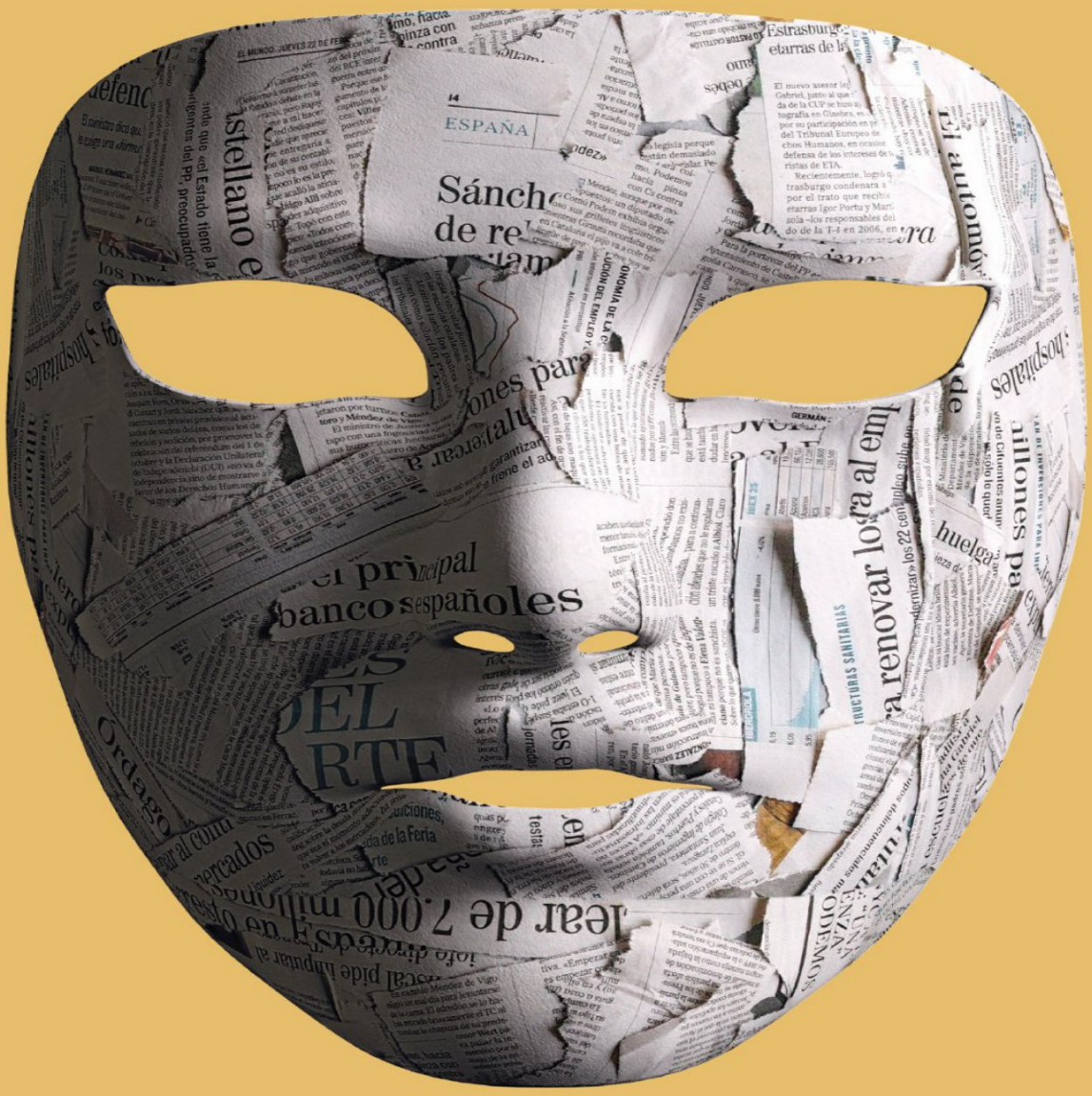
David Jiménez

EL DIRECTOR



Secretos e intrigas de la prensa
narrados por el exdirector de *El Mundo*

LIBROS DEL K.O.

David Jiménez
EL DIRECTOR
Secretos e intrigas de la prensa narrados por el exdirector de El Mundo

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2019
© David Jiménez García, 2019
© Libros del K.O., S.L.L., 2019
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid
ISBN: 978-84-17678-09-8
CÓDIGO IBIC: DNJ, BMS
DISEÑO DE PORTADA: Xavier Comas (Cover Kitchen)
MAQUETACIÓN Y ARTES FINALES: María O'Shea
CORRECCIÓN: Antonio Rómar

Para los futuros periodistas

I EL DESPACHO

El guardia levantó la mirada y preguntó el motivo de mi visita. Había pasado los últimos 18 años lejos de la redacción como corresponsal y el hombre no me reconocía como uno de los periodistas del diario. Me pidió la identificación y, al llevarme la mano al bolsillo, me di cuenta de que no la llevaba conmigo.

—Vaya —dije—, olvidé la cartera en casa.

—Si no tiene identificación, no puede entrar. ¿Tiene una cita?

—Verá… Yo en realidad venía a…

Chismes, nuestro redactor jefe de crónica rosa, apareció en ese momento haciendo aspavientos:

—¡Es el nuevo director! ¡Es el nuevo director!

Una de las secretarias corría hacia nosotros para aclarar el malentendido, mientras el vigilante quería que se lo tragara la tierra y yo me preguntaba si aquello no sería una señal de que todo iba a ser más difícil de lo que había imaginado. Después de todo, el tipo al que habían parado en la entrada era el más improbable de los directores de periódico que hubiera tenido el país.

A director de un diario nacional se llegaba tras construirse un perfil político en los pasillos del poder o escalando puestos durante toda una vida de intrigas y rivalidades en la redacción. Yo había enviado crónicas desde lugares remotos, cubierto guerras olvidadas y viajado a revoluciones que nunca terminaban de serlo, acompañado por un bloc de notas y mi vieja Nikon. Nunca había gestionado un equipo y no tenía el número de teléfono de ningún político o empresario del país. Siempre había mostrado desdén por los despachos, convencido de que se podía pasar por la vida con relativo éxito sin mandar a nadie y sin que nadie te mandara a ti.

Pero ahí estaba, a punto de ocupar no ya un despacho, sino El Despacho.

Entre las cuatro paredes del rincón más noble del diario se habían tomado decisiones que habían tumbado gobiernos y hundido carreras políticas —resucitado otras—, desvelado secretos de Estado y urdido las exclusivas más

importantes de las últimas tres décadas. El despacho del director de *El Mundo* había sido en todo ese tiempo uno de los mayores centros de influencia del país, cortejado por reyes y jueces, ministros y celebridades, escritores y cantantes, caciques y conseguidores. Aunque había perdido peso en los últimos años, seguía siendo uno de los pocos lugares temidos por el poder.

Mi llegada coincidía con el peor momento de la prensa. Nuestra circulación impresa había caído más de un 60 % en los siete años anteriores, ingresábamos la mitad en publicidad y vivíamos bajo una economía de guerra en la que se dejaban de cubrir noticias para no tener que pagar el taxi a los reporteros.

El País nos había arrebatado el liderazgo en internet, a pesar de haber sido los pioneros digitales de la prensa nacional. La redacción, desmoralizada, había sufrido años de reducciones de sueldos y despidos, ninguno más traumático que el del fundador del diario y director durante su primer cuarto de siglo de historia, Pedro Jota Ramírez. Casimiro García-Abadillo, durante años apodado el Príncipe Carlos porque nunca terminaba de suceder a Jota, había durado 15 meses en el puesto cuando finalmente ocupó El Despacho. El país vivía, además, el momento de mayor tensión política desde la transición a la democracia, con una economía herida, una elite que se aferraba atemorizada a sus privilegios, nuevos partidos que amenazaban el orden establecido y unos medios de comunicación en su mayoría arrodillados ante el poder, que había aprovechado nuestra fragilidad para organizar el mayor y más coordinado ataque contra la libertad de prensa desde el final de la dictadura del general Franco.

¿Qué podía salir mal?

Mientras caminaba hacia la redacción, una vez superado el malentendido con el guardia de seguridad, sentí el mismo hormigueo en el estómago que había precedido a las más estúpidas y algunas de las mejores decisiones que había tomado en el oficio: al ser enviado a mi primera noticia —«Jiménez, manifestación en Carabanchel. Vete para allá»—, al aterrizar en Hong Kong para inaugurar la corresponsalía en Asia, o cuando marché, con fantasías sacadas de *El año que vivimos peligrosamente*, chaleco multibolsillo incluido, a mis primeras revueltas, desastres naturales y guerras. No tardé en descubrir que había escogido un trabajo que podía cambiarme y que, si me descuidaba, no podría elegir de qué forma. Si volvía de una masacre en

Borneo, me asaltaba la duda: ¿me horrorizaría de la misma forma la siguiente? Si había vivido rodeado de cadáveres tras el Gran Tsunami del Índico y, pasados unos días, su hedor se me hacía soportable, ¿acaso me estaba importando menos la gente cuya tragedia había ido a contar? Si pasaba demasiado tiempo en lugares tomados por la hijoputez, donde vecinos que antes se pedían la sal ahora se degollaban, ¿cuánta de aquella oscuridad me llevaría conmigo de regreso a casa?

Y, sin embargo, en contra de lo que pensaba entonces, no sería en aldeas de Afganistán, revueltas en Birmania o entre las ruinas de Sumatra donde más a prueba se iba a poner mi idea de lo que debía ser un periodista, sino en ese despacho desde donde me disponía a disfrutar de inmejorables vistas al poder y lo que este hace a las personas. ¿Conspiraría y traicionaría como había visto hacer a otros por conservar mi pequeña parcela? ¿Confundiría mis intereses con el proyecto noble y necesario que era un periódico? ¿Me convertiría, también yo, en uno de ellos?

En mi discurso de presentación ante la redacción recordé mis dificultades para acceder al periódico y dije que no me parecía mala idea que los guardias de seguridad me pararan todos los días antes de entrar, preguntándome quién era y a qué venía. Quizá me ayudaría a recordar que solo era un periodista, no un gerente o un político, y que si mi trasero se acomodaba excesivamente en mi nuevo sillón me convertiría en uno de los segundos. Admití las inconveniencias de mi elección como director —no conocía a muchos de mis compañeros, no tenía contactos en España y sin duda había candidatos con más experiencia—, pero me comprometí a aprender rápido y dejé caer la ventaja que quizá compensaba aquellas carencias. Había llegado al puesto sin deberle un favor a nadie. Y sin que nadie me lo debiera a mí.

—El día que salga por esa puerta —dije—, mi mochila estará igual de ligera que hoy.

Terminé mi discurso prometiendo que mi lealtad estaría siempre con mis periodistas y con los lectores y, sin haberlo preparado, me giré hacia los directivos que me flanqueaban diciendo que ese compromiso estaba también por encima de ellos. El Cardenal cambió el gesto y lo recompuso rápidamente con una sonrisa forzada. Aquella misma tarde, en nuestra primera reunión en su despacho de La Segunda, se mostró amable y condescendiente al censurar mi intervención:

—Créeme que entiendo todo lo que has dicho y me parece inteligente, porque

ahora es importante que te ganes a la gente y era lo que tenías que decir.

—En realidad —dije—, creo todo lo que les he dicho.

—Bien, bien… Todo eso está muy bien, pero pronto entenderás que, en el mundo real, las cosas no son tan fáciles. Yo te voy a ayudar en todo.

—¿Sabes? —dije aparcando una discusión que me parecía prematura—. Nunca pensé que fueras a tener los huevos.

—¿Los huevos?

—Sí, para traerme. Para hacer la revolución en un diario de la prensa tradicional. Nadie en este país se ha atrevido a hacer nada parecido.

El Cardenal sonrió, sin ocultar que le había agradado el comentario:

—Eso es porque no me conoces todavía. Estamos juntos en esto, no lo olvides. Si lo piensas bien, yo estoy más en tus manos que tú en las mías. Eres mi última bala.

Lo que El Cardenal trataba de decirme era que, si las cosas tampoco le salían bien conmigo, los propietarios italianos pedirían su cabeza, no la mía. Había despedido a los dos anteriores directores en menos de dos años, pagando una fortuna en indemnizaciones y desestabilizando el periódico. No sería fácil culpar a un tercero de que las cosas siguieran marchando mal. En realidad, nadie que conociera la historia de la empresa podía aspirar a sobrevivir al nuncio de Milán. Había salido airoso de todas las crisis, ganado todas las batallas internas y eliminado a todos sus rivales, reales e imaginarios, para mantenerse al frente entre olas de despidos, amenazas de bancarrota y asedios políticos. Y todo lo había hecho sin arrugarse el traje, sin una salida de tono o un mal gesto con nadie, operando y deshaciéndose de sus adversarios con la discreta opacidad de un cardenal, encontrando siempre una salida al laberinto de intrigas en el que los demás se perdían. La broma que circulaba por la redacción era que, en caso de apocalipsis nuclear, al día siguiente abriríamos con un titular a cinco columnas: «Sobrevivieron las cucarachas y El Cardenal».

El Cardenal y yo solo nos habíamos visto tres veces en los últimos 18 años. La tercera me ofreció dirigir *El Mundo*. Tomó un avión y vino a buscarme a Estados Unidos, donde me encontraba en excedencia tras recibir una beca Nieman de la Universidad de Harvard. Le acompañaba el joven ejecutivo que acababa de fichar en California con el encargo de modernizar la empresa y que enseguida recibió el mote de Silicon Valley. En el encuentro donde se

fraguó todo, en el Marriott East Side de Nueva York, me hablaron de las graves dificultades por las que pasaba el diario, la supuesta pérdida de rumbo y la necesidad de llevar a cabo una transformación radical. Me dijeron que yo era un hombre de la casa, pero que estaba al margen de las luchas de poder internas; que me había ganado la admiración de la redacción con mis coberturas por el mundo, por lo que tenía su respeto; y que reunía la formación internacional y digital que requerían los tiempos. Les conté cuáles serían mis planes para el diario, las dificultades que creía encontraríamos en el camino y mis dudas de que estuvieran dispuestos a apostar por un plan de transformación que llevaría al menos tres años, encontraría fuertes resistencias y supondría poner patas arriba la forma en la que se había trabajado durante décadas. El Cardenal miró a Silicon Valley:

—¡Te dije que era nuestro hombre!

—Tienes mi palabra de honor —dijo—. La empresa te dará el apoyo, los medios y el tiempo necesarios para sacar adelante tu proyecto.

No iba a recibir ninguna de esas tres cosas, pero supongo que habría aceptado incluso si lo hubiera sabido, porque se trataba de dirigir el proyecto al que había dedicado mi carrera desde becario. Y porque uno no haría nada interesante en la vida si no creyera, de vez en cuando, en las falsas promesas de otros hombres.

—Vamos a hacer la revolución —dijo El Cardenal, mientras paseábamos por Manhattan.

—Vamos a hacer la revolución —repitió Silicon Valley.

—¡Hagámosla! —dije yo.

Y así quedó sellada, bajo una leve llovizna neoyorquina, la imprudencia de convertir a un reportero en director de periódico.

El Despacho ocupaba una habitación amplia en una esquina del edificio, con cristaleras tintadas dando a la calle. Nadie podía ver al director desde fuera, pero el director podía ver quién llegaba, a los redactores haciendo recesos para salir a fumar o a El Cardenal marchándose para verse con algún ministro. Salvo la colorida moqueta y un cuadro sin gracia, no quedaban recuerdos de ninguno de los dos directores que me habían precedido. Del último de ellos, Casimiro García-Abadillo, había heredado algo mucho mejor: Amelia, mi nueva secretaria.

Amelia era parte de Las Secres que desde la fundación del diario se habían

encargado de poner algo de orden en el caos de la redacción. Atendían las llamadas, organizaban los viajes, distribuían la lotería de Navidad, manejaban la mejor agenda de contactos del país y enviaban flores a los funerales de los difuntos importantes, incluidos aquellos que se habían llevado mal con el periódico. Aunque había alguna incorporación nueva, la mayoría me conocían desde que «eras un niño» y durante mis años de corresponsal habían sido más madres que secretarias para mí. Amelia había llamado a casa para decirle a mi familia que estaba bien tras días sin dar señales de vida, me había encontrado un sitio donde pasar la noche en lugares donde nadie habría querido pasar la noche, me había enviado dinero cuando se me terminaba, sin preguntar si lo había gastado sobornando a guardias de puestos fronterizos o en bares de reporteros, y había tomado al dictado mis crónicas cuando no tenía otra manera de enviarlas. Al verla sentada en la mesa del recibidor de mi despacho sentí el alivio de quien encuentra un rostro familiar en una fiesta a la que ha acudido solo.

—No sabes lo que me alegra verte —dije.

—Por fin te tenemos con nosotros —dijo ella, antes de enfriar mi entusiasmo —. Ya sabes que me encantaría ayudarte en todo, pero solo me puedo quedar contigo hasta que estés instalado. Necesito las tardes libres por asuntos personales y tú necesitarás a alguien con dedicación plena. Podrás trabajar con otra de las chicas. Ya sabes que son todas estupendas.

—Claro…

Amelia dijo que teníamos que decorar El Despacho.

—Así, vacío, está triste y da sensación de provisionalidad. Y tú has venido para quedarte, ¿eh?

—Puedo poner una foto de la familia con los niños sonrientes, ¿no es así como adornan los jefes sus despachos?

En ese momento apareció por allí nuestro redactor jefe de Ciencia, Pablo Jáuregui. Me traía un regalo de bienvenida: una pegatina con el lema *Failure is not an option* del director de vuelo de las misiones Apollo, Gene Kranz.

—*Failure is not an option, Failure is not an option*! —repetí mientras la pegaba en el armario frente a mi escritorio, en un lugar donde estuviera siempre a la vista—. ¡Despacho decorado!

Amelia me lanzó una mirada de reprobación.

—Vale, vale. Te prometo que lo decoraremos en cuanto tenga tiempo.

Vinieron compañeros a darme la enhorabuena, empezando por los veteranos

con los que había coincidido antes de marcharme de corresponsal. Mi nombramiento había supuesto para ellos un súbito desorden jerárquico. Me había convertido en el jefe de mis jefes, de amigos con los que había empezado en el oficio y de un buen puñado de aspirantes a ocupar El Despacho que sentían que había saltado inmerecidamente sobre sus ambiciones, trabajadas durante décadas en la sala de máquinas. Daba lo mismo que yo creyera ser el mismo, o que estuviera lejos de interiorizar que era el director, enseguida noté que se había abierto una distancia jerárquica entre nosotros que solo desapareció cuando apareció por allí El Reportero, uno de nuestros mejores cronistas. Entró observándolo todo, mirando arriba y abajo, a izquierda y derecha, como si fuera la primera vez que pisaba aquel despacho. Sonrió y dijo:

—Joder.

—Sí —dije—. Joder.

Éramos amigos desde nuestros tiempos de novatos, cuando nos presentábamos madrugadores en la redacción con la esperanza de que algún veterano se hubiera quedado dormido y nos enviaran a cubrir algún crimen de la España profunda, un incendio en la sierra o la última redada antidroga. Al marcharme a Asia, mientras yo empezaba a cubrir la pobreza de las barriadas de Manila, él iba a buscar historias al Madrid marginal del Pozo del Tío Raimundo; mientras yo informaba de los muyahidines tullidos de Rawalpindi, él lo hacía de las nuevas víctimas del caballo; y mientras yo cubría el *boom* económico de China, él contaba la historia de los desahuciados por la crisis económica en España. Cada vez que regresaba a Madrid por vacaciones nos juntábamos en la Churrería Siglo XIX con Irene Hernández Velasco, la corresponsal en Roma, y hablábamos de las heridas del periódico al que habíamos dedicado nuestros mejores años. La última vez que nos habíamos visto terminamos cogiendo una servilleta de papel y redactamos sobre ella el documento fundacional de nuestro diario imaginado. Sería como sueñan los periodistas jóvenes. Independiente y abierto. Insobornable. Tolerante con todas las ideas. Contaría las cosas que le importaban a la gente. Apostaría por las grandes historias. Lo llamaríamos *El Normal*.

—¿Todavía tienes la servilleta? —me preguntó El Reportero.

—La tengo —dije.

—Mira, señor director —dijo él, como si siguiéramos sentados en la churrería—, ya sé que debería tenerte respeto y te lo tengo todo. Pero con tu

permiso, si me lo concedes, voy a seguir diciéndote las cosas como las pienso. Creo que seré más útil si no te hago la pelota, que es lo que va a hacer la mayoría.

—Bien —dije—, pero que sepas que en adelante yo también voy a decirte lo que pienso de tus historias.

—Hecho.

—Y te las voy a tumbar cuando sean una mierda.

—Qué cabrón.

—Y no esperes del director privilegios ni aumentos de sueldo.

El Reportero no aspiraba a ocupar ningún otro cargo que el de contador de historias y sabía que yo jamás le ofrecería otra cosa.

—¿Sabes lo que me preocupa? —dijo poniéndose serio—. Te conozco y me temo que no sabes dónde te has metido. Llevas muchos años fuera. No conoces esto. Puede que no seas lo suficiente hijo de puta para este puesto. Y no digo que lo tengas que ser, ¿eh?

—¿Sabes? —dije—. Vamos a hacer *El Normal*.

—No tengo ninguna duda, señor director —dijo él mientras se marchaba—. ¿Te dejo la puerta abierta o cerrada?

—Abierta, gracias.

II LOS NOBLES

Llegaron técnicos para poner al día mi ordenador y mi correo electrónico. Me dieron un teléfono móvil, una tableta y una tarjeta de crédito. Fui informado de que el chófer esperaba indicaciones en caso de que tuviera que salir.

—¿Chófer? —pregunté—. ¿Tengo chófer?

Llamé a Recursos Humanos para preguntar si podía cambiarlo por un reportero. Me pareció escuchar una risa contenida al otro lado del teléfono, adelanto del mal trato que acababa de hacer: por supuesto la austeridad era política de la empresa en tiempos de crisis y agradecían que quisiera prescindir del conductor, pero en estos momentos no se contemplaba un aumento de la plantilla.

Me quedé sin chófer y sin reportero.

Mientras los operarios terminaban de poner a punto El Despacho, me di una primera vuelta por mi nuevo lugar de trabajo. Tuve que pedir indicaciones para encontrar los baños. Todo me resultaba extraño en nuestra sede de la Avenida de San Luis, a la que nos habíamos trasladado cuando vivía en Hong Kong. Mis recuerdos estaban vinculados a las antiguas oficinas de la calle Pradillo, que había visitado por primera vez cuando todavía era un estudiante de periodismo. Una nube de humo envolvía el ambiente —entonces se permitía fumar—, periodistas y fotógrafos iban de un lado a otro, las paredes estaban adornadas con reproducciones de portadas con grandes exclusivas y los jefes discutían acaloradamente en La Pecera, la sala acristalada donde se decidían los temas de portada. Podías entrar en aquel lugar con los ojos cerrados y saber que estabas en una redacción solo por el ruido: el tac tac de las máquinas de teletipos escupiendo noticias, el bullicio de los corrillos junto a las fotocopiadoras, las carreras del cierre, los transistores de radio sobre las mesas de los redactores jefes y los gritos del director maldiciendo al gilipollas que había descrito como *inóspito* el lugar desde donde enviaba la crónica de sucesos:

—Que lo pongan a escribir el jodido horóscopo.

Tenía 22 años y no podía imaginar un lugar mejor para empezar en el oficio.

El Mundo era entonces el diario rebelde y contestatario que los estudiantes de periodismo llevábamos bajo el brazo con orgullo. Había sido fundado en 1989, cuando un grupo de periodistas siguieron a Pedro Jota Ramírez tras su despido de *Diario 16*. La nueva cabecera se forjó rápidamente una marca alrededor del periodismo de investigación y la denuncia de los abusos del poder, a menudo publicando lo que otros no querían o no se atrevían. Su desparpajo iba de la mano de un diseño moderno para su tiempo y un equipo joven donde era difícil encontrar reporteros que hubieran cumplido los 30. La emergente clase media urbana y una generación de lectores jóvenes nacidos en el *boom* de los 60 y 70 vieron en *El Mundo* un soplo de aire fresco. Publicaba a columnistas de izquierda y de derecha, no defendía a ningún partido —los problemas comenzarían cuando empezó a hacerlo—, buscaba ocupar el espacio del centro y defendía un liberalismo reformista que rompía con el periodismo ideológico que dominaba la prensa del país. Pero sobre todo era un diario personalista, identificado con un director que reunía similares dosis de ego, ambición y talento. Jota era por entonces más gurú que jefe: si en lugar de ejercer el periodismo hubiera decidido arrastrar a la redacción a un suicidio colectivo en la sierra de Guadarrama, no habría tenido problema en encontrar voluntarios. Ejercía su autoridad gracias a una mezcla de admiración reverencial y el terror que provocaban sus broncas legendarias. Sus aproximaciones a las secciones, anunciadas con repetidas toses secas, sumían a los periodistas más ruidosos en un silencio sepulcral y había redactores jefe que temblaban físicamente ante su presencia. Tenía una influencia sobre la política que habría sido impensable para cualquier otro director, sobre todo después de que las investigaciones del periódico fueran determinantes en la caída del Gobierno socialista de Felipe González y la llegada al poder del líder conservador José María Aznar en 1996. El nuevo presidente, agradecido, repetía en el parlamento frases textuales que el director le había sugerido la víspera por teléfono y sus ministros cortejaban El Despacho en busca de protección como peticionarios en la escena inicial de *El Padrino*. Yo acababa de ser contratado como reportero raso cuando apareció por allí visiblemente alterado el entonces vicepresidente del Gobierno, Francisco Álvarez Cascos, que había abandonado a su esposa por una joven estudiante cordobesa de 22 años y temía caer en desgracia con el ala más puritana de su partido.

—Si pudieras hablar con el presi e interceder por mí —pidió al director.

—Veré qué puedo hacer…

La prensa se encontraba en mitad del *boom* de los 90, cuando parecía que nada podía salir mal. Nuestra circulación impresa llegó a los 330.000 ejemplares diarios, doblándose en los días de grandes exclusivas. La publicidad no dejaba de crecer y los anunciantes pagaban fortunas por las páginas impares de los domingos. Los aumentos de sueldo —se cobraban 16 pagas al año—, las nuevas contrataciones y las promociones se sucedían. Podías proponer un viaje a Siberia para escribir sobre los nómadas del hielo, gastos de caviar y champaña incluidos, sin que nadie se escandalizara.

Empecé en el diario haciendo de todo: cubrí protestas vecinales y sorteos de Lotería de Navidad, indagué sobre difuntos en el tanatorio y policías corruptos en los barrios marginales, me disfracé de médico para entrevistar a supervivientes de un atentado de ETA y vi mi primer cadáver en una riada en Badajoz. El barro lo cubría completamente y atenuó el impacto. En una ocasión fui escogido para la «delicada misión» de seguir durante días a Bárbara Rey, la examante del rey Juan Carlos I que supuestamente le chantajeaba con un vídeo sexual. Pero aquellas eran aventuras ocasionales en mitad del tedio. Podían pasar semanas sin que hiciera nada parecido a reporterismo, editando crónicas de corresponsales a los que envidiaba una vida de acción, mientras yo escribía soporíferas crónicas sobre temporales y atascos vacacionales. La redacción era ya por entonces un lugar duro y competitivo donde mostrar excesiva iniciativa era visto con recelo por los veteranos, pisar el terreno de uno de ellos se pagaba caro y el entusiasmo de los jóvenes se contenía enviándonos a las ruedas de prensa que no daban para una nota breve. Me costaba seguir las reglas, cumplir horarios rígidos y respetar las jerarquías. Quería que me enviaran a cubrir cosas importantes y mis jefes me mandaban a ver si había algo que rascar al cuarto olvidado donde *Pi 3,14* —el mote hacía referencia a su sueldo de 314.000 pesetas, que las malas lenguas atribuían a su *affaire* con un director adjunto— ordenaba las noticias que escupían las máquinas de teletipos, antes de repartirlas en montones por las secciones. Las paredes de aquella habitación estaban adornadas por portadas con las crónicas de enviados especiales y un gran mapa del mundo. Un día me encontré observando aquel atlas y buscando lugares donde no tuviéramos corresponsales. Solo quedaba libre Extremo Oriente. Mari Carmen, la secretaria de redacción y madrina de los recién llegados, me animó a dar el paso:

—David, tú no vales para la redacción. Vete lo más lejos que puedas.

Entré en el despacho de Jota y me ofrecí voluntario para abrir nuestra primera delegación en Asia.

—¿Has estado alguna vez por allí? —preguntó el director.

—No.

—¿Tienes un plan de gastos e ingresos para la oficina?

—No.

—¿Conoces o sabes algo de la región?

—No.

—Vete —dijo—. Podemos probar seis meses.

Había regresado 18 años más tarde… para ocupar su puesto.

Pero la redacción a la que había vuelto ya no era el lugar joven, exultante y lleno de energía que recordaba. Ahora podías entrar con los ojos cerrados y no saber si estabas en un diario o en una oficina de seguros. Los jefes decían que la falta de ruido se debía a la moqueta de San Luis, que lo absorbía. Pero había algo más: el espíritu de Pradillo se había desvanecido entre las ambiciones no satisfechas de unos y las enemistades sin resolver de otros; las decisiones empresariales absurdas y las promociones de quienes las habían tomado; los daños colaterales de las guerras de poder internas, con sus lealtades exigidas y deslealtades consumadas; la erosión de la ilusión, hasta transformarse en desencanto; y los efectos de una crisis que había hundido nuestra difusión, ingresos y moral. Las ambiciones habían dejado de estar gobernadas por los ascensos para hacerlo por la supervivencia en mitad de continuas olas de despidos. Cada vez que la cicatriz de un Expediente de Regulación de Empleo (ERE) parecía estar a punto de cerrarse, la empresa anunciaba el siguiente. El compañerismo había sido puesto a prueba como nunca antes, porque el despido del colega que se sentaba a tu lado aumentaba las posibilidades de salvación propias y de seguir pagando la casa y el colegio de los niños.

Porque los redactores, ahora, tenían hipotecas e hijos.

La imagen de compañeros recogiendo sus cosas para marcharse se había hecho dolorosamente cotidiana, más aún por la forma en la que se producían las salidas. Los despidos se decidían a menudo sin tener en cuenta los méritos, en reuniones donde los jefes sentenciaban el destino de reporteros, maquetistas o fotógrafos en función de manías personales y amistades de conveniencia. Los sacrificados terminaban siendo buenos profesionales que no

habían dedicado suficiente tiempo a labrarse una red de protección en los despachos. Las bajas voluntarias incentivadas, cuando se ofrecían, habían sido aprovechadas por los más brillantes para ganar un buen dinero y buscar nuevos retos, reduciendo poco a poco nuestro talento. *El Mundo* seguía teniendo grandes reporteros, y en su ADN estaba grabada la búsqueda incansable de la primicia, pero nos habíamos dejado mucho en el camino. Lejos quedaban los días en los que, entre rencillas y envidias, rivalidades por ocupar un hueco en la portada o un despacho en la esquina, se imponía el sentimiento de pertenencia a un proyecto que creíamos por encima de nuestras vanidades periodísticas.

La empresa había dejado de convocar la tradicional cena de Navidad.

Me fui deteniendo en cada sección, saludando a viejos conocidos y presentándome a los desconocidos, que en mi ausencia se habían convertido en mayoría. La sala de reuniones, La Pecera, partía la planta en dos: a un lado se situaban las secciones duras: España, Internacional, Economía, Sociedad, Ciencia, Madrid o el equipo de Últimas Noticias de la web, que al poco de llegar trasladé al centro. En el otro lado quedaban Cultura, Suplementos y el equipo de Diseño, que incluía a los ilustradores, los maquetadores y los miembros del departamento de infografía. En el lugar más incómodo y escondido, tras una columna, quedaban las secretarias. Habían sido las más perjudicadas por el traslado a San Luis, pero su rincón no había perdido su función como diván del periódico. Los periodistas acudían allí a liberar frustraciones y buscar comprensión, pedir consejo sobre disputas domésticas o enseñar las fotografías de la comunión de un hijo. El suyo era un espacio neutral y ajeno a las disputas: nadie presumía en Las Secres de ambiciones que rivalizaran con las suyas. No había mejor lugar para conocer el estado anímico de la redacción.

—En menudo agujero os han metido —dije al entrar.

—Nos quieren ocultar —bromeó una de ellas.

—Todo se torció cuando nos vinimos a San Luis —dijo otra—. Creo que este lugar está maldito. Nada ha vuelto a ser como antes. Ojalá puedas arreglar todo esto, David.

Había bastado un primer *tour* para darme cuenta no solo de lo mucho que había cambiado todo en mi ausencia, sino de lo ajeno que había permanecido a

esos cambios desde la confortable distancia de mi embajada periodística en el Extremo Oriente. Lo único inalterable al paso del tiempo, las crisis y los despidos era el orden jerárquico que gobernaba el lugar y que tenía en lo más alto a la sección de España, donde con mayor escepticismo se había recibido mi llegada. A los ojos de la vieja guardia, mi currículo tenía un gran déficit en la política nacional. ¿Acaso no eran las páginas de Nacional las que nos habían dado los mayores días de gloria, publicando los grandes escándalos que habían tumbado gobiernos y desnudado corruptelas? ¿No era en la redacción donde se curtía el liderazgo y se ganaba la legitimidad entre los colegas? ¿Cómo podía dirigir el periódico alguien que no había mamado la política como ellos?

Los periodistas de Nacional ocupaban el espacio más cercano a El Despacho y tenían interlocución directa con el director y sus adjuntos. Manuel Sánchez, que trabajó muchos años en la sección, la describió en su libro *Las noticias están en los bares* como un «poder fáctico en el periódico». El número de periodistas que la formaban cuadriplicaba al de otros departamentos, como Internacional o Cultura, el reparto de páginas de la edición impresa se hacía en función de su agenda y sus periodistas eran los únicos a los que se consultaba a la hora de escribir los editoriales o decidir nuevas contrataciones. También eran los mejor pagados: ocho de ellos, incluida su rama de Investigación, ostentaban jefaturas. La Digna, nuestra corresponsal política estrella, se erigía sobre todos ellos, sin competencia en estatus o influencia.

—Tienes que ganártela —había sido el consejo que más veces había recibido antes incluso de poner los pies en Madrid.

La Digna y yo llevábamos dos décadas trabajando para la misma empresa, pero nunca habíamos cruzado una palabra. En mis inicios la observaba desde la distancia reverencial que se concedía a quienes tenían acceso al director y alzaban la voz en las reuniones de portada. Había sido una de las pocas mujeres que había prosperado en un diario donde los jefes las enviaban a las galeras de Documentación cuando se quedaban embarazadas o pretendían una jornada que les permitiera conciliar su vida familiar. Por eso sorprendió tanto el día que, habiendo subido a lo más alto, anunció que se marchaba a trabajar al gabinete de comunicación del presidente José María Aznar. Aquello provocó una conmoción, porque eran los tiempos en los que todavía se creía que el viaje de un periodista a la política debía ser solo de ida. Quienes

trataban de regresar lo hacían con la sombra de la duda: si no seguían trabajando para el partido que les había tenido en nómina, se pasaban la vida tratando de demostrar que ya no lo hacían. La Digna volvió al diario al poco tiempo y, lejos de perder estatura moral, se autoproclamó su conciencia crítica y guardiana de sus esencias. Ejercía su influencia sin sutilezas, a gritos en mitad de la redacción, casi siempre con tono abrasivo y sin atender a jerarquías. Su voz era la primera que se escuchaba ante los grandes acontecimientos y mi nombramiento no había sido una excepción. En la asamblea donde se anunció mi llegada había sido la encargada de expresar el malestar de Los Nobles, iniciando un conato de rebeldía.

—¿Quién es ese muchacho para dirigir *El Mundo*? —preguntó.

Pensé que sería una buena idea invitarla a un café y explicárselo.

Quedamos en el VAIT del Arturo Soria Plaza y nada más sentarnos tomé carrerilla, repitiendo un discurso idealista sobre el periodismo y mis intenciones con *El Mundo* que mis interlocutores recibían con una mezcla de cinismo e incredulidad. La mayoría atribuían mi visión del oficio a una afección romántica adquirida en mi etapa de corresponsal y mi paso por Harvard: vaticinaban una pronta vuelta a la realidad, en cuanto descubriera el ambiente político, empresarial y periodístico al que regresaba. Pero La Digna, para mi sorpresa, acogió mi discurso con entusiasmo.

Estaba convencido de que, con nuestros excesos y errores, nuestros intereses y ataduras, que las teníamos, habíamos sido el diario más valiente de la democracia. Y, sin embargo, cada vez era más difícil reconocer en lo que hacíamos el periódico sin compromisos ideológicos, tolerante y reformista de los 90.

—¿Y tienes el apoyo de la empresa para hacer todo eso que dices? —preguntó cuando le conté mis planes.

—Me vinieron a buscar con la promesa de hacer una revolución y es lo que vamos a hacer. Entienden que si no cambiamos moriremos lentamente.

—Suena demasiado bonito. La redacción está herida, David. Los ERES, los recortes, la salida de Pedro Jota… Han sido años muy duros. Tú no los has vivido. No sabes lo que hemos pasado.

—Volvamos a ser lo que fuimos —dije—. ¿Puedo contar contigo?

—Sí: te voy a ayudar en todo lo que pueda.

III PALACIO

Cuando llegó el momento de mi puesta de largo ante la clase política del país, en la tradicional recepción en el Palacio Real con motivo de la Fiesta Nacional, La Digna se ofreció a ser mi acompañante.

—¿Es una cita? —bromeé.

—Quiero que conozcas la España que se acaba —dijo.

Quedamos en la Plaza de Oriente y, tras caminar unos metros, entramos en el Palacio Real, retrocediendo varias décadas en el tiempo.

La jornada que todos los años reúne a la clase política, judicial, social y empresarial española empieza con el besamanos. Los Reyes reciben uno a uno a los 1.700 invitados en el Salón del Trono, decorado con paredes tapizadas en terciopelo rojo de Génova, leones de bronce dorado y una bóveda pintada por Tiépolo en 1764 para representar «La Grandeza de la Monarquía Española». Los invitados, excesivamente vestidos para la hora del aperitivo, aguardan su turno para estrechar la mano de los monarcas mientras el perfume embriaga el ambiente y la espera se aprovecha para compartir confidencias. ¿Has oído lo del ministro con su secretaria? La Reina está muy delgada, ¿no? Dicen que tiene anorexia. La remodelación del Gobierno es inminente. Ya sabes, mis fuentes nunca fallan…

Tras el saludo a los monarcas se pasa a la sala contigua, donde comienza el baile de corrillos y hay codazos para formar parte de los que se organizan alrededor de los Reyes o los personajes del momento. Me costó un rato comprender que yo era uno de ellos, el nuevo director de *El Mundo* con galones de reportero de guerra que llegaba con la promesa de renovar el periodismo. Ministros, congresistas y políticos se acercaban con las frentes sudorosas, dejando sus tarjetas de visita y esperando que me dejara invitar a comer. No importaba hacia dónde mirara, tenía la sensación de estar rodeado de caras que habían estado ahí antes de que me marchara del país. Me saludó como si nos conociéramos Celia Villalobos, que llevaba casi tres décadas como diputada del Partido Popular y estaba tan aburrida de lo que hacía,

desde hacía tanto tiempo, que meses antes había sido pillada jugando a videojuegos en mitad del debate sobre el estado de la nación, el más importante del calendario político.

—Los directores cada vez sois más jóvenes —dijo al verme, con un tono que sonó a reproche generacional.

La diputada había sido el verso suelto del partido, dispuesta a enfrentarse a las órdenes de los suyos por defender aquello en lo que creía, pero hoy era una caricatura de su pasado, aferrada al cargo, al sueldo y a la notoriedad. Tenía el discurso descreído y previsible de quienes han empujado el cambio, para terminar aceptando que su fin último debía ser que todo siguiera igual. Aunque guardaba dosis de veneno político, y gracia andaluza para repartirlo, simbolizaba la decadencia de una clase política necesitada de sangre nueva. La Digna parecía disfrutar de su papel de acompañante y, cada vez que veía a un representante de lo que ella consideraba la «vieja política», le echaba en cara su falta de espíritu renovador y hacía una comparación con mi nombramiento.

—Os presento al Adolfo Suárez del periodismo —decía.

Ana Romero, que me había ofrecido mi primer contrato en *El Mundo* siendo redactora jefe de Sociedad, y que había abandonado el diario poco antes de mi llegada, escuchó la frase y empezó a hacer aspavientos para que saliera del corrillo, me cogió del brazo y me llevó a un aparte como si el reloj se hubiera retrasado 20 años y yo volviera a ser el reportero novato a sus órdenes:

—¡Adolfo Suárez del periodismo! ¡Adolfo Suárez del periodismo! Ay, mi niño —dijo con su acento gaditano—, no olvides a los amigos y cuídate de los pelotas. Un día se volverán contra ti.

En ese momento alguien se acercó por la espalda y me susurró al oído:

—David, los Reyes te quieren conocer.

Los corrillos se fueron estrechando y hubo un movimiento por parte de quienes tenían más experiencia en manejarlos para que me encontrara con Felipe VI y la reina Letizia, pero aquello era como abrirse paso en una jungla birmana. Cada vez que parecíamos estar cerca del objetivo, algún caballero forzaba su presencia a empujones, una dama se hacia un hueco a codazos o un grupo de cortesanos atacaba de forma coordinada, interponiéndose en el camino.

—Teníamos ganas de conocerte –dijo el Rey con tono informal cuando finalmente se logró el encuentro.

El monarca se interesó por mis viajes y coberturas en el extranjero. La Reina me preguntó por el traslado, mi mujer y la adaptación de los niños a España. Quedamos en vernos en una ocasión más discreta y dejé mi sitio a los impacientes cuyo aliento sentía a mis espaldas, en lo que parecía una indirecta: «Oiga, que es mi turno». Busqué el ambiente más cercano de los periodistas que habían ido a cubrir el acto. Unos me ofrecían palabras de ánimo y otros me pedían trabajo, ilusionados con la idea de que «uno de los nuestros» ocupara al fin un despacho. David Gistau, parte de una nueva generación de columnistas que habían adquirido estatus de estrellas de rock, se acercó para decirme que quería unirse a mi proyecto.

—¿Has visto la portada de mi periódico? No lo aguanto más.

La había visto: *ABC* conmemoraba el Día Nacional con una primera página con dibujos de mujeres vestidas con trajes regionales. El texto decía: «*ABC* demuestra que nuestro país es singular y plural».

Gistau quedó en traerme su contrato a la tertulia que compartíamos en el programa *Espejo Público* de Antena 3, aunque le insinué que no sería fácil igualarlo. El columnismo español llevaba años viviendo por encima de sus posibilidades, aferrado a la época en la que los grandes maestros, con Francisco Umbral a la cabeza, escribían genialidades literarias que no decían mucho, pero arrastraban a los lectores al quiosco. El testigo había sido recogido por una generación de imitadores que seguían sin decir gran cosa, pero ya sin el talento de los clásicos o aportar un lector de más. Los Inspirados se iniciaban en la columna muy jóvenes, antes de haber viajado o vivido suficiente, se aplaudían las ocurrencias entre ellos y se paseaban por las facultades de periodismo esperando ser agasajados por *groupies*, que lo mismo caía un número de teléfono. Los mejor pagados ganaban por lo que Umbral llamaba «el puto folio» —400 palabras escritas en bata desde casa— más que un reportero *freelance* jugándosela durante un mes en el frente sirio. Su influencia en las redacciones era grande y contaban con la protección de los directivos de las empresas, que los mimaban a cambio de que entretuvieran sus cenas y pretendieran escuchar sus opiniones.

Entre los pocos que se salvaban estaban David Gistau, que escribía valiente hasta contradecir a los directores de los diarios donde trabajaba, y Manuel Jabois, un gallego bohemio que manejaba con talento crónica o columna y resistía mejor que sus contemporáneos las vanidades que afligían a Los Inspirados. Los dos se habían consagrado en *El Mundo* antes de marcharse a

ABC y *El País*, en una continuación de la sangría que veníamos arrastrando desde hacía años. El periódico había escogido como sustituto de Jabois a un columnista joven y conservador que gustaba mucho a El Cardenal y al presidente Mariano Rajoy. No estaba destinado a darnos días de gloria. La marcha de Gistau se había intentado suplir reforzando a Salvador Sostres, fichado por Jota en los baños del restaurante El Bulli dentro de su estrategia de derechizar nuestra línea editorial y tratar de quitarle lectores a *ABC*. Sostres era un buen analista de la política catalana, pero el resto de sus artículos habían manchado nuestra hemeroteca como nadie en la historia del diario. Recordaba especialmente el que escribió tras la muerte de 200.000 personas en el terremoto de Haití de 2010:

«No me alegro de la tragedia de Haití, pero estas cosas pasan y equilibran el planeta. La mayor parte de los que pueden estar en desacuerdo con este tipo de comentarios son pobres muertos de hambre que suerte tienen que éstos que están más muertos de hambre que ellos, de vez en cuando, un mal viento se los lleva […] Lo de Haití es una manera un poco aparatosa —pero una manera, al final— de limpiar el planeta […]».

Despedí a Sostres en mi primera semana como director y se marchó a *ABC*. Un intercambio con Gistau me parecía un buen negocio, siempre que el precio fuera razonable. Pero el día acordado para que me enseñara su contrato me dijeron que había abandonado la tertulia de *Espejo Público* y cuando le emplacé a una nueva cita no dio señales de vida. Me respondió con una columna en la que criticaba con dureza una de mis portadas —quizá había superado aquella tan folclórica de su diario— y despachándose a gusto contra el director en cuyos brazos se había arrojado tan solo unos días antes durante la Fiesta Nacional. Pensé que se le habría pasado el capricho o que había utilizado el acercamiento para mejorar su contrato, cosas ambas, el capricho y las (casi) deserciones para subirse la paga, muy de los columnistas. Lo miré desde el lado positivo: utilicé el dinero para ofrecer mejores condiciones a seis corresponsales *freelance* que reporteaban desde zonas complicadas y que, juntos, ganaban menos que el menos inspirado entre Los Inspirados.

Llevaba apenas una hora en palacio y sentía el insoportable sopor de las formalidades y las poses. Empecé a planear la escapada. Pero aquel era un

mundo pegadizo del que no era fácil zafarse y, cada vez que me disponía a buscar la salida, alguien me cogía del brazo y me llevaba a otro corrillo con gente interesantísima que «no podía perderme». Estaba atrapado en una charla donde exministros y secretarios de muchas e importantes cosas discutían sobre el cambio que no terminaba de llegar, en política o periodismo, cuando vi mi oportunidad. Pregunté por los baños y me perdí por un pasillo, aceleré el paso mientras me deshacía de la corbata y, cuando finalmente encontré la calle, respiré aliviado el aire fresco del presente. Aquella mañana solo competí en atención con unos reyes recién llegados al trono que se suponía que venían a renovar la monarquía; el nuevo líder de los socialistas, Pedro Sánchez, que se suponía que venía a renovar un partido socialista centenario y en decadencia; y el joven político estrella del momento, Albert Rivera, que se suponía que venía a renovar la manera de hacer política. Rodeado de aquel ambiente donde lo nuevo parecía dispuesto a arrollar a lo viejo, en un salón del siglo XVIII que reunía a la España impasible, resultaba difícil no dejarse contagiar por el ansia de cambio e incluso creer que era posible. Y, sin embargo, quienes como La Digna daban por muerta a la elite que dirigía los destinos del país, desde los medios, la política y la economía, subestimaban la determinación con la que sus notables iban a defender una época que temían que se les estuviera escapando entre los dedos.

También nosotros teníamos un *establishment* que se resistía al cambio. Sus despachos rodeaban la redacción, literalmente. Los había grandes y pequeños. Algunos diminutos, con espacio para una mesa y un par de sillas. Otros vacíos: sus inquilinos apenas aparecían por allí. Las promociones durante los años de bonanza habían aumentado el número de jefaturas hasta dotarnos de un buró que habría sido la envidia del Partido Comunista Chino (PCCh) y que en su apogeo incluía los cargos de director, vicedirectores, adjuntos al director, directores adjuntos —nunca entendí la diferencia—, subdirectores, redactores jefe y jefes de sección. Más que un periódico, parecíamos un ministerio.

—Tenemos un jefe por cada tres empleados —me dijo El Sindicalista al presentarme sus respetos.

Conocía al presidente del Comité de Empresa de mis comienzos en el diario y tenía una buena relación con él. Me contó lo duro que había sido representar a los empleados en tiempos de recortes y su negativa a aceptar más despidos.

—¿Quién ha hablado de despedir a nadie? —pregunté.

—Hay rumores y la gente está nerviosa.

—Nadie me ha dicho nada de despidos. Me han prometido medios y tiempo para sacar esto adelante, no recortes.

—Mejor, mejor. Tú eres de los nuestros, creciste en esta redacción y no en los despachos. Si nos ayudas, te ayudaremos. No nos puedes fallar.

La inflación de jefes era motivo de tensión y nos había vuelto ineficientes. Los capos habían creado pequeños cortijos a su alrededor, desde donde defendían su territorio, pagaban lealtades y conspiraban contra potenciales rivales. Los mediocres buscaban su protección, conscientes de que en la carrera interna solía ser más rentable trabajarse el despacho que la exclusiva. El mejor talento quedaba taponado en aquella maraña de intereses, hasta el punto de que teníamos especialistas en disimular su buen criterio, para evitar ser identificados como una amenaza.

La llegada de un nuevo director era vista como una oportunidad en el baile de despachos y no tardaron en presentarse en el mío peticionarios de todo tipo. La redacción esperaba expectante que anunciara mi nuevo *staff* y los rumores se sucedían, casi siempre con intención de aupar a unos candidatos o dañar las posibilidades de otros. La Digna creía estar en la carrera: me había repetido el suficiente número de veces lo poco que deseaba un cargo como para hacerme entender que eso era precisamente lo que anhelaba. Si yo era el Adolfo Suárez del periodismo, bien podría ella ocupar una vicepresidencia. Le dije que me alegraba de que no albergara esa ambición, porque estábamos en año electoral y no podía prescindir de sus crónicas políticas. Aunque llevaba años sin hacer información, centrada en el menos expuesto periodismo de análisis, tenía buenas fuentes, escribía bien y conocía como nadie la psicología de los políticos, sus motivaciones, aprehensiones e intrigas.

—Tienes que escribir las grandes historias del cambio que viene.

El Cardenal y Silicon Valley presionaban para que tomara una decisión cuanto antes, en contra de mi idea inicial de esperar seis meses, conocer mejor a la gente y entonces escoger a mi equipo. Me comunicaron que no había presupuesto para traer un *staff* de fuera, aunque estaba convencido de que lo necesitábamos. Cedí a las presiones y, en el error que marcaría mi etapa como director, escogí a mis lugartenientes entre la vieja guardia del diario. Pensaba que quienes habían ambicionado mi puesto aceptarían su posición si les implicaba en el proyecto, que los resistentes al cambio serían seducidos por las ventajas de un futuro prometedor y que las rivalidades quedarían

aparcadas ante la urgencia de nuestra delicada situación. Nada de ello iba a ocurrir. Mantuve al frente de Diseño a El Artista, quizá el mejor diseñador de periódicos impresos del mundo y uno de los jefes más opuestos a cualquier renovación. Richard Gere, el veterano director adjunto al que algunas chicas atribuían un parecido lejano con el actor estadounidense, se mantendría al frente del fin de semana y los suplementos. Rescaté como jefe de Opinión a Pedro Cuartango, nuestro gran intelectual y el hombre que había escrito la mayor parte de nuestros editoriales. Conté para diferentes cometidos con dos subdirectores que tenían la ventaja de no mostrar ningún interés en la intriga. Reforcé nuestro equipo digital con el único fichaje que pude traer de fuera: Virginia Pérez Alonso, que había llevado a cabo la transformación digital de *20 Minutos* y que sería clave en el rápido avance de nuestro proyecto digital. Y elegí como número dos al hasta entonces responsable de la web y uno de los jefes con el que más trato había tenido cuando él era redactor jefe de *Crónica*, el suplemento de reportajes de los domingos, y yo el corresponsal que aceptaba sus propuestas más insensatas. A mi nuevo adjunto le gustaba recordarme la anécdota del día que me envió a La India a hacer un reportaje sobre los trenes del país. Compré un billete para el *Maharaja*, un convoy que cruzaba el estado de Uttar Pradesh y, cuando estaba en la estación, pensé que sería buena idea viajar como los locales, en el techo del vagón. Una vez arriba me di cuenta de que no había nada a lo que agarrarse y que los bordes tenían una forma curva que dificultaba mantener el equilibrio con el traqueteo del tren. Tenía decidido bajarme cuando el convoy echó a andar y a coger velocidad. Los indios reían al verme tumbado boca abajo, tratando de pegar las palmas de las manos al metal resbaladizo, mientras ellos iban relajadamente sentados con las piernas cruzadas, jugaban a las cartas y se ponían de pie para estirarse. Pensé que aquella era una gran fotografía, agarré la cámara, me solté de una mano y apunté, cuando un vaivén del tren me desplazó al borde, donde un tipo con una barba que le llegaba al ombligo me agarró en el último momento.

—Estuve a punto de morir como un idiota por tu culpa y no como corresponde a un reportero, en el frente o en alguna revolución importante.

—¿Y lo bien que lo has pasado gracias a mí? —me decía.

El Dos era en aquella época un buen editor, uno de los pocos a los que se podía confiar un texto con la garantía de que lo mejoraría. Habíamos hablado mucho sobre el periódico y lo que creíamos que debía hacerse. Fue de los

primeros a los que escribí desde Harvard cuando se conoció mi nombramiento, para decirle que contaba con él y que íbamos a hacer grandes cosas juntos. Su respuesta me sorprendió: decía que estaba harto de entregarse al periódico, que se alegraba por mí pero que sentía que nadie le había agradecido sus servicios durante 25 años de duro trabajo. Había perdido la ilusión. No entendí su reacción hasta que me contaron que había albergado esperanzas de ser el nuevo director, en parte porque de todos los jefes él era el que tenía una relación más cercana con El Cardenal. Le ofrecí el puesto a pesar de mis dudas, bajo dos condiciones:

—La primera es que estés por encima de las intrigas de la máquina del café. Eres el director adjunto de todos los empleados. La segunda es que seas leal al director. Si alguna vez estás en desacuerdo, dímelo. Pero nunca vayas contra el proyecto.

Mi elección sentó mal a la redacción y en especial a Los Nobles, porque suponía la destitución de un director adjunto más cercano a ellos, y porque recelaban de las formas bruscas y los altibajos emocionales de mi escogido. La Digna entró en mi despacho visiblemente contrariada y, por primera vez desde el comienzo de nuestro idilio profesional, se mostró abiertamente decepcionada.

—Tú eres el director y tienes que elegir a tu equipo, pero has cometido un grave error —dijo.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, sin saber hasta qué punto ella y mi nuevo director adjunto se detestaban.

—Porque nadie desea tu puesto más que él.

IV EL PRESIDENTE

Amelia dejaba cada día sobre mi mesa montones de cartas de presidentes de empresas del IBEX, políticos, famosos y gentes de las que no había oído hablar, al parecer todos muy importantes, con mensajes de felicitación por mi nombramiento. Todo el que era alguien en el país, o creía ser alguien, se congratulaba de mi llegada y pedía una cita. Una de las notas más tempranas venía firmada por Esther Koplowitz, dueña de la constructora FCC y una de las mujeres más ricas del país. Acababa de leerla cuando Woodward, nuestro investigador estrella, entró en mi despacho para contarme que tenía una exclusiva sobre el pago de comisiones de una gran empresa al clan del expresidente de Cataluña Jordi Pujol.

La empresa implicada era FCC.

—Justo acabo de recibir una felicitación de Esther Koplowitz.

—Pensará que le das una hostia de bienvenida.

Abrimos con la historia de Woodward, de quien empezaba a descubrir su don para la oportunidad. Imaginé a la señora Koplowitz leyendo el periódico de la mañana y pensando: «Menudo idiota, le felicito por su llegada y, ¿esta es su respuesta?».

Amelia trataba de gestionar lo mejor posible las solicitudes de reuniones, que en el caso de los ministros del Gobierno habían degenerado en una surrealista competencia por ver quién conocía antes al nuevo director de *El Mundo*. Cuando se les daba una fecha que consideraban demasiado lejana, se ofendían:

—¿Acaso no sabe el director quién soy?

Los más hábiles utilizaban sus amistades en la redacción para reducir el tiempo de espera. La Digna organizó una comida con la ministra de Fomento, Ana Pastor, que comenzó con una anécdota que revelaba hasta qué punto yo era una novedad para la clase política española. Junto a cada asiento había una tarjeta con el nombre del comensal y en la mía podía leerse: «David Pérez».

—Ministra —dije—. Es Jiménez.

—Uy, vaya, no sé cómo ha podido pasar —dijo ella divertida, haciendo menciones sobre la confusión durante la comida y preguntándome qué opinaba de esto o aquello, «señor Pérez».

Cuando volví al ministerio para una segunda comida, meses después, expresé mi decepción al encontrar el error corregido:

—Llámeme Pérez, ministra. Ver mi nombre bien escrito me hace pensar que ya soy parte del *establishment*.

El país celebraba elecciones en unos meses y el Gobierno se encontraba en una situación frágil. Al avance de los populistas de izquierda de Podemos, que tras irrumpir con fuerza en las elecciones europeas no dejaban de subir en las encuestas, se sumaba la emergencia del joven Albert Rivera y su partido Ciudadanos, más cercano ideológicamente al Partido Popular (PP) y por lo tanto una amenaza directa a su hegemonía en el centro derecha. El PP había acumulado el mayor poder desde los tiempos del socialista Felipe González: controlaba la mayoría de los gobiernos autonómicos y municipales del país, ambas cámaras del parlamento y el Gobierno central con mayoría absoluta. La mezcla de ese poder abrumador, la debilidad de las instituciones que debían supervisarlo y una enraizada cultura de la trampa hizo que el partido degenerara hasta operar como «una organización criminal» en bastiones como Madrid o Valencia, según los jueces. Más de medio centenar de escándalos se acumulaban en los despachos de los magistrados con nombres como caso Gürtel, caso Púnica, caso Bárcenas o caso Nóos, la trama de corrupción que había salpicado a la Casa Real e iba a sentar en el banquillo a la Infanta Cristina y a su marido, Iñaki Urdangarin. La respuesta desde el partido gubernamental había sido ocultar pruebas, proteger a los cargos bajo sospecha, maniobrar para cambiar de destino a jueces incómodos y acosar a los medios que, como *El Mundo*, investigaban los escándalos. El control de la prensa se había convertido en una obsesión para el Gobierno.

Los ministros con los que me citaba tenían para mí un mensaje tan parecido, expresado con frases tan similares, que llegué a la conclusión de que formaban parte de una estrategia coordinada. *El Mundo* y el Gobierno habían tenido sus diferencias —la mayoría de sus casos de corrupción habían sido destapados por nuestros reporteros—, pero había llegado la hora de «la reconciliación». La idea era que el país estaba en un momento crítico y la irrupción del

populismo amenazaba no solo la recuperación económica, sino la integridad nacional y los principios constitucionales. Moncloa esperaba que nuestro periódico tomara la postura «patriótica» de apoyar a su candidato. «No son tiempos para la neutralidad», me dijo el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, en una frase que luego repetirían varios de sus colegas.

La reunión con el ministro había sido organizada por Asuntos Internos, uno de Los Nobles y el encargado de cubrir a la policía. El ministro pasaba por ser el más devoto de los miembros del gabinete después de haber dejado atrás una vida libertina —su ex compañero de partido, Jorge Verstrynge, contó en *Jot Down* que visitaron juntos un burdel de Barcelona— y haberse reencontrado con Dios en un viaje a Las Vegas. Fernández había concedido la Medalla de Oro al Mérito Policial a la Virgen de Nuestra Señora María Santísima del Amor, se oponía al matrimonio gay con el argumento de que amenazaba «la pervivencia de la especie» y aseguraba contar con la ayuda de un ángel de la guarda, de nombre Marcelo, que le guiaba en los asuntos del ministerio. Mi llegada al periódico coincidía con uno de sus últimos escándalos: la oposición le pedía explicaciones por utilizar el avión oficial para el transporte privado de Lola, su perra.

El encuentro prometía.

Asuntos Internos me dijo que si había un ministro con información que nos podía interesar era Fernández, porque tenía bajo su mando a los cuerpos policiales que investigaban la corrupción, el terrorismo y el crimen organizado. Pero una vez sentados en la mesa, cada vez que yo trataba de llevar la conversación a aquellos terrenos, el ministro volvía al verdadero motivo de su invitación: la cantante Isabel Pantoja, protagonista de la prensa rosa y la farándula nacional. La tonadillera cumplía una pena de dos años en la prisión de Alcalá de Guadaira por blanqueo de capitales y nosotros habíamos publicado que recibía un trato de favor que incluía criadas que lavaban su ropa. El ministro quería dejar claro que se había llevado a cabo una investigación interna «muy seria» y que estaba listo para desvelar sus resultados a la prensa.

—Bueno —pensé—. No es el *Watergate*, pero lo mismo nos vamos con algo.

Pero el ministro no iba a adelantar nada del informe. Se limitó a preguntarme una y otra vez mi opinión sobre si debía dar sus resultados en persona o dejar que lo hiciera uno de sus colaboradores, en rueda de prensa o a través de un comunicado, por la mañana o por la tarde.

Pasadas dos horas de aquella encerrona miré el reloj y dije que tenía que estar de regreso para recibir una visita. Fernández insistió en dar una vuelta por las dependencias del ministerio. Visitamos su despacho, adornado con todo tipo de motivos religiosos, repasamos las fotos de sus viajes al Vaticano y escuchamos sus aventuras en peregrinaciones a santuarios donde había reencontrado el camino hacia la virtud. Para entonces ya nos tuteábamos como solo podían hacerlo dos personas que hubieran compartido intimidades de Isabel Pantoja. Cuando creía que estaba a punto de escapar y bajábamos las escaleras hacia la salida, el ministro me susurró el otro tema que le preocupaba:

—¿Sabes? —dijo—. En estas elecciones lo vamos a tener difícil. Las encuestas no están con nosotros. ¿Por qué *El Mundo* nos trata tan mal?

—Tratamos igual a todos los partidos, ministro.

—*La Razón* y *ABC* no nos preocupan. Ya sabemos que están con nosotros y dirán que todo lo hacemos estupendamente. Pero vosotros podéis decidir las elecciones, ahí están los indecisos, en *El Mundo*.

—Nah —dije—. Las elecciones todavía las decide la televisión.

—Eso es verdad, vosotros y Antena 3. Son los medios que importan al Gobierno. Mi pregunta es: ¿podemos contar con vosotros? El país se enfrenta a enemigos peligrosos. No son tiempos para la neutralidad.

Traté de articular una respuesta razonada. Había pasado las últimas dos décadas fuera de España y no tenía sintonía especial por ninguno de sus partidos políticos. Por supuesto el ministro podía esperar de mí un tratamiento justo, pero no favorable. *El Mundo* iba a seguir publicando las informaciones que considerara relevantes sobre la corrupción del Partido Popular porque en eso consistía nuestro trabajo.

—Un periódico independiente es para un Gobierno como su departamento de Asuntos Internos gratuito —dije—. Hacemos vuestro trabajo e identificamos las manzanas podridas, para que sean apartadas. Creo, ministro, que esa es la mejor forma de verlo.

Perdía el tiempo. El Gobierno había liderado en los tres años anteriores el mayor ataque contra la prensa en democracia, en una campaña en la que el ministro había participado activamente y que estaba dirigida por cuatro mujeres: la vicepresidenta, Soraya Sáenz de Santamaría; su jefa de gabinete, María González Pico; la secretaria de Estado de comunicación, Carmen Martínez Castro; y, haciendo la guerra por su lado, la secretaria general del

Partido Popular, María Dolores de Cospedal.

La llegada al poder de los populares había comenzado como la de tantos otros gobiernos, de uno y otro bando, con una purga en los medios públicos. Al frente de RTVE se colocó a José Antonio Sánchez, un tipo que aparecería en *Los Papeles de Bárcenas* entre quienes supuestamente habían cobrado sobresueldos del partido gubernamental. El jefe de informativos de la cadena pública, Fran Llorente, fue laminado y los directores territoriales apartados y sustituidos por comisarios políticos. Los periodistas que se negaron a convertir TVE en el gabinete de prensa del Gobierno fueron cesados, mientras se creaba una redacción paralela dispuesta a hacer el trabajo sucio. Los medios privados, mientras, fueron sometidos con la estrategia del palo y la zanahoria. Moncloa forzaba el despido de periodistas incómodos, utilizaba la publicidad institucional para castigar a los desobedientes y controlaba las tertulias políticas en radios y televisión, que se habían convertido en el principal centro de debate del país y tenían grandes audiencias.

Conocí cómo funcionaba el reparto cuando empecé a recibir ofertas para participar en programas de radio y TV. El Cardenal estaba empeñado en que escogiera para mis colaboraciones los medios del grupo Atresmedia, con el que decía que teníamos posibilidades de futuras alianzas. Me pareció una buena opción porque los programas donde se me proponía participar, *Espejo Público* en Antena 3 y *Más de Uno* en Onda Cero, eran conducidos por periodistas que respetaba. Fui informado de que mi asiento sería parte de la «cuota libre», es decir, los huecos que quedaban después de que el Gobierno y los caciques mediáticos de la casa colocaran a marionetas y esbirros. El reparto, en el caso de Atresmedia, incluida en su pujante cadena la Sexta, lo manejaba su consejero Mauricio Casals, que desde la presidencia de *La Razón* operaba en la oscuridad como enlace con el Gobierno y estaba siendo investigado en varios casos de corrupción relacionados con el Partido Popular. En los platós se contaba cómo colegas acudían a implorar a *El Príncipe de las Tinieblas*, como le habían bautizado en su propia empresa, para que no les sacara de las mesas políticas, mostrando su arrepentimiento si se habían salido de la línea y prometiendo ser «mejores chicos» en el futuro. *El Príncipe* no era de derechas ni de izquierdas. Era del poder. Había convencido al anterior Gobierno socialista de que quitara la publicidad a RTVE, que supuso una inyección millonaria al duopolio de Atresmedia y Mediaset, y ahora servía a los conservadores, ya fuera imponiendo líneas

editoriales o haciendo de intermediario con el partido gobernante. Nadie tenía mejor información en el país, pero tampoco nadie iba a leerla en su diario, *La Razón*.

El control del Gobierno había llegado a tal punto que sus dos principales facciones, lideradas por la vicepresidenta Santamaría y la secretaria del partido Cospedal, batallaban por colocar en las tertulias al mayor número de afines para atacarse mutuamente, prueba de que en política el fuego más letal es siempre amigo. Era una guerra donde se humillaba al tertuliano enviándole mensajes con las consignas a repetir, se exigían lealtades ciegas y se destruían o promocionaban carreras a capricho, incluidas las de algunos de los Los Inspirados, esa nueva generación de columnistas que se abría paso imitando a sus mayores. Nuestra última incorporación, el articulista de cabecera del presidente Rajoy, era un buen ejemplo. Un par de años antes se encontraba en paro y pidiendo trabajos en las cercanías del Partido Popular, hasta que le dieron una oportunidad en la radio pública, a ver qué tal se portaba. Cumplió y fue recibiendo más encargos, hasta que Casimiro lo trajo a *El Mundo* en un intento de superar el luto por la pérdida de Jabois. Nuestro fichaje, que con el tiempo haría carrera y llegaría a jefe de Opinión, cayó bien en el ala conservadora de la redacción: muy de derechas, había concluido que escoger bando era la manera más rápida de prosperar, sin saber lo difícil que era soltarse los grilletes una vez dejabas que te los pusieran. Gistau contó en una columna cómo había sido testigo del día que María Pico, la mano derecha de la vice y colocadora en serie de tertulianos, lo avasalló en los pasillos del Congreso para soltarle la frase que definiría la época que vivía el oficio: «Recuerda quién te ha puesto ahí».

La otra encargada de mantener el reparto mediático entre las familias del poder era la secretaria de Estado de comunicación Martínez Castro, conocida como *el bulldog de Moncloa* por las broncas que echaba a directores de medios y periodistas. Sus mensajes eran legendarios en el oficio y no tardé en recibir el primero de ellos quejándose por una viñeta en la que nuestros humoristas gráficos, Gallego & Rey, bromeaban sobre la vinculación del presidente Rajoy con la corrupción del partido.

«*Que* sentido de actualidad», decía la secretaria de Estado de comunicación en un texto al que le faltaban tildes, «*que* alusión a algo noticioso, *que* golpe de humor tiene esta viñeta? Yo solo veo ganas de denigrar al presidente, sin la menor justificación ni en su conducta ni en la actualidad».

Cuando comenté el mensaje con el *staff* me dijeron que les parecía suave. Lo normal era que Castro incluyera insultos, pero no debía tener aún suficiente confianza conmigo y me trataba con «cariño». Hacía 18 años que no ejercía el periodismo en mi país, pero habían bastado unos días para entender que algo fundamental había cambiado en mi ausencia. El poder había dejado de temer a la prensa y ahora era la prensa la que temía al poder. El periodismo nacional se había llenado de fieras amaestradas que, como dice uno de los personajes de *La conspiración de la fortuna*, de Héctor Aguilar Camín, «lamían la mano que les daba de comer y mordían lo que ella les mandaba».

El Mundo había perdido algo del arrojo de su juventud, lastrado por la carga de imprudencias pasadas, y andaba necesitado de un nuevo impulso. Pero seguía dispuesto a morder. El Gobierno había logrado domesticar a tres de los cuatro grandes diarios de la prensa madrileña —«*La Razón* y *ABC* no nos preocupan»—, después de que Juan Luis Cebrián, el presidente de PRISA, sumara *El País* a la lista de vencidos. La muerte del fundador del grupo, Jesús de Polanco, había dejado la empresa en manos de Cebrián en 2007, en vísperas de la Gran Recesión. La cosa prometía porque el nuevo jefe era periodista, había sido el primer director del diario y lo había convertido en medio de referencia del mundo hispanohablante. Sin duda cuando se viera en la encrucijada de tener que escoger entre poder y verdad, dinero y periodismo, sus intereses o los del periódico, optaría por lo segundo. Eligió lo primero. Cebrián presidió durante la siguiente década un hundimiento sin precedentes de una gran empresa de comunicación europea. PRISA sufrió una caída del 99 % de su valor en bolsa y la generación de una deuda impagable le llevó a poner la empresa en manos de multinacionales como Telefónica, grandes bancos como Santander o HSBC y fondos de inversión extranjeros de Qatar y Estados Unidos. La operación para salvar la compañía fue apadrinada por la vicepresidenta Santamaría, hizo a Cebrián inmensamente rico —en un año con pérdidas de 450 millones de euros se embolsó 12 millones— e incluyó en su letra pequeña la increíble transformación del principal diario progresista del país en un medio afín a un Gobierno conservador, donde Santamaría pasó a ser La Intocable. Periodistas que no eran del agrado de la vicepresidenta fueron enviados al exilio de una corresponsalía o marginados; quienes pretendían hacer periodismo de investigación, relegados a ocupaciones menos molestas; y cronistas de prestigio, como Fernando Garea, forzados a marcharse «para

poder seguir escribiendo de política». En Miguel Yuste se vivía con desolación el asalto y la renuncia de su director, Antonio Caño, a oponer resistencia. Media docena de los mejores periodistas de *El País* se ofrecieron a venir con nosotros en mi primer mes en el puesto, en un traspaso que habría sido impensable unos años antes. Y me los habría llevado a todos, si nos lo hubiéramos podido permitir.

El Gobierno estaba a punto de completar su domino de la prensa tradicional con sede en Madrid, y la llegada de un nuevo director a *El Mundo*, sin padrinos ni experiencia, era vista como la oportunidad de completar el trabajo. El diario viviría en los siguientes meses la ofensiva final contra su independencia tras un cuarto de siglo de acoso. Esta vez, el poder contaba con un aliado inestimable: se sentaba en el despacho justo encima del mío, en la segunda planta de San Luis.

El Cardenal me llamó para anunciarme que también él creía que había llegado la hora de la reconciliación con el Gobierno.

—No son tiempos para la neutralidad —dijo.

—Vaya —pensé—. ¿Dónde he oído esa frase antes?

Moncloa ofrecía al diario empezar de cero y dejar atrás el enfrentamiento tras la publicación dos años antes de los mensajes privados del presidente Mariano Rajoy a Luis Bárcenas —«Luis. Lo entiendo. Sé fuerte»—, cuando se descubrió que el extesorero del partido ocultaba una fortuna en Suiza. Los mensajes apuntaban a la complicidad de Rajoy con la corrupción del partido y su disposición a encubrirla. Las informaciones sobre la trama, recogidas en *Los Papeles de Bárcenas*, habrían costado el puesto al presidente en cualquier otro lugar. En España habían acelerado la caída de los directores que las habían publicado: Javier Moreno en *El País*, en la que sería la última investigación importante que el periódico publicaría bajo el mando de Cebrián, y Pedro Jota en *El Mundo*.

El Cardenal me comunicó que la reconciliación quedaría oficiosamente sellada en un acto para conmemorar el XXIX aniversario de *Expansión*, la cabecera económica del grupo. Durante los siguientes días organizó el evento como si se tratase de la boda de una hija, llamándome ilusionado cada vez que un ministro confirmaba su asistencia y recordándome a cada paso lo importante que era que todo saliera bien.

—No te lo vas a creer —me dijo cuando tuvo la lista final de asistentes—.

Vienen el presidente, la vicepresidenta y siete ministros. ¡Siete! La presidenta de la Comunidad. Presidentes del IBEX…

Me costaba entender por qué un grupo de comunicación supuestamente independiente iba a agasajar de aquella forma a un Gobierno que estaba haciendo todo lo posible por mermar la libertad de prensa, incluida la nuestra. El Cardenal se esforzó por despertar mi entusiasmo:

—El presidente está deseando conocerte y será una buena ocasión. No puede ser que no os hayáis visto todavía.

—Dile que será un placer.

El acto era al mediodía y ese día fui pronto al periódico. Me sorprendió ver a Woodward por allí. Los periodistas de prensa escrita no madrugan; los de investigación madrugan menos aún.

—Tengo algo importante —dijo.

—Dispara.

—Tenemos el escrito de defensa de Bárcenas. Confirma que los cuatro presidentes del PP, incluido el presidente Rajoy, conocían la existencia de una caja B en el partido. El dinero procedía de mordidas pagadas por empresarios: financiaba sus campañas y los sobresueldos a los líderes.

—¡Mierda!

—¿Pasa algo?

—¿Puede aguantar hasta mañana?

—¿Por?

—Tengo a Rajoy y a medio Gobierno en el acto de *Expansión* en un rato.

—Nos arriesgamos a que nos lo pisen.

Leí el texto: el hombre que había llevado las cuentas del partido en el Gobierno durante dos décadas acusaba a los líderes de su formación, incluidos los dos que habían llegado a presidentes, Rajoy y José María Aznar, de ser parte del entramado de corrupción en sus filas. Caminé hacia la sección de Últimas:

—¡Apertura a toda página!

El teléfono empezó a sonar mientras me dirigía en taxi al Círculo de Bellas Artes de Madrid, donde empezaban a llegar ministros y personalidades. No respondí porque sabía lo que El Cardenal quería pedirme y no podía concedérselo. Me bajé del taxi, empecé a subir la escalinata de la entrada, alcé la vista y le vi en lo alto, esperando la llegada del presidente. Hay tres o cuatro caras que uno no olvida en la vida y aquella sería una de ellas: tenía el

gesto del padre al que acaban de llamar diciéndole que su hijo está detenido en comisaría. Seguí subiendo las escaleras y, al pasar a su lado, le susurré:

—No podía hacer otra cosa.

Ocupé mi lugar en la mesa con varios empresarios, banqueros y miembros del Gobierno, no muy lejos de donde se sentaban El Cardenal y Rajoy. Se acercó una persona de su gabinete para preguntarme si no sería posible al menos llevar la información a un lugar más discreto de la web, «por respeto hacia el presidente». Dije que lo sentía: no era posible. Rajoy dio su discurso y se marchó sin que nos conociéramos como estaba previsto. El Cardenal me evitó durante todo el acto y solo volví a saber de él por la tarde, antes de la reunión de portada donde debía decidir qué lugar ocupaba nuestra exclusiva en la versión impresa del día siguiente.

—No sé si te das cuenta de lo que ha pasado hoy. Del esfuerzo que he hecho por traer a medio Gobierno. De lo importante que era este día. Tu decisión ha ido contra los intereses de la empresa.

—¿Qué podía hacer? —insistí—. Teníamos una primicia y había que darla.

—Podíamos haber esperado al menos.

—Lo habría dado la competencia antes que nosotros. Era una información relevante. Joder, el partido en el Gobierno ha mantenido una contabilidad paralela durante años, cobrando mordidas de empresas y repartiendo ese dinero entre sus dirigentes. Somos un periódico, no podemos guardar algo así en el cajón.

—Bien, bien, ya no se puede hacer nada. Solo te voy a pedir una cosa. No le des mucha relevancia en el papel mañana. Ya lo ha llevado la edición digital todo el día. El presidente ha estado en nuestra casa y le debemos un respeto. Ha anunciado medidas económicas importantes. Le pedimos un titular y nos lo ha dado.

—Todavía no he visto los temas del día —dije evitando comprometerme—. Pero lo pensaré.

—¿Lo pensarás? ¿Debo recordarte que el periódico no es tuyo?

—Soy responsable de su contenido —dije, consciente de que estábamos viviendo nuestro primer pulso por el control editorial del diario.

—Y yo de que sobrevivamos. ¿No lo entiendes? Un periódico solo puede contar la verdad si sobrevive. Yo también quiero que hagas un periódico independiente, pero si estamos muertos no será posible. Tus antecesores lo comprendían. Todos los directores del mundo lo saben. Queremos lo mismo.

Ni siquiera te estoy pidiendo que no lo des, solo que vaya más discretamente.

—Ya te he dicho que lo pensaré.

Las Secres me avisaron de que los jefes esperaban ya en La Pecera para la reunión de portada. El Artista tenía preparado un papel en blanco y un lápiz para dibujar la primera página. El jefe de fotografía había dejado sobre la mesa las mejores fotografías del día. Y los responsables de cada sección traían sus reportajes y noticias, listos para ofrecerlas, en un estricto orden jerárquico que comenzaba por Los Nobles. El director escuchaba las propuestas de cada jefe de sección y decidía, como un César del periodismo, pulgar arriba o abajo, quién merecía un espacio en aquel lugar venerado por sus periodistas. Los veteranos creían que la portada les pertenecía, al menos un pedacito de ella. Los recién llegados soñaban con desplazarlos, aunque fuera ocasionalmente. Los corresponsales aguardaban desde la distancia para saber si sus crónicas, desde Pekín, Beirut o Lima, arrancarían en el lugar más visible del diario. Los columnistas llamaban para ver si se podía anunciar su análisis del día, una línea a pie de página al menos… Pero la portada era demasiado pequeña para acoger los egos de una redacción y aquel trozo de papel estaba condenado a provocar celos, rivalidades y frustraciones.

Una vez decididas las historias y sus firmas, los elegidos, se repartía el espacio que debían ocupar y se escogían los titulares a una, dos o tres columnas. Abriendo a cuatro o cinco columnas. La reunión entraba entonces en el sopor del baile de palabras para encajar el titular en el espacio reservado. Los jefes bajaban las cabezas y se ponían a contar matrices, en un ejercicio que en días poco inspirados hacía que las reuniones fueran interminables. Una de mis primeras decisiones al llegar a la dirección había sido terminar con algunas de las ceremonias que tenían lugar en La Pecera. Dejamos de repasar cada página de la edición impresa en la reunión de la mañana, un trabajo en el que se esperaba que el director regañara a los responsables de pifias y deslices. En su lugar, discutiríamos qué periódico estábamos haciendo en ese momento en nuestras plataformas digitales y qué haríamos para mejorarlo en adelante. Incorporé a las reuniones a los encargados de vídeo, redes sociales o SEO. Instalé una pantalla gigante para reproducir nuestra web, conectada a los datos de tráfico, tiempos de lectura y otras mediciones, y buscamos formas de potenciar el alcance de nuestro contenido. Traté de agilizar la reunión de la tarde y acabé con el recuento de matrices, a menudo inútil porque nada más salir de La Pecera se conocían novedades informativas que obligaban a

cambiarlo todo. Nada de aquello era revolucionario o distaba mucho de lo que se hacía en los diarios mínimamente actualizados, pero fue visto como un ultraje por los tradicionalistas porque alteraba un lugar que consideraban sagrado.

Pedí que llamaran a Woodward para ver qué novedades tenía del caso Bárcenas.

—Lo de esta mañana —dijo—, pero sigue siendo el tema importante del día.

Los responsables de las secciones presentaron sus propuestas. No había gran cosa. Una ola de calor en Europa. Rafa Nadal había caído en la segunda ronda de Wimbledon. Y la bajada de impuestos anunciada por Rajoy en nuestro acto en *Expansión*, que El Cardenal quería como apertura. El jefe de fotografía mostró las reproducciones de los justificantes de transferencias que demostraban el dinero cobrado por el Partido Popular en las mordidas.

—¿Con qué vamos? —preguntó El Callado, nuestro jefe de Nacional.

Era un tipo discreto y riguroso que hablaba tan bajo que a veces no se le entendía en las reuniones. No despertaba grandes pasiones, ni a favor ni en contra, y quizá por ello había sobrevivido al difícil encargo de gestionar a Los Nobles. Entre sus objetivos estaba evitar el choque entre los mayores egos de San Luis y, aunque no siempre lo conseguía, su carácter templado sosegaba los ánimos.

Permanecí en silencio unos segundos, mientras decidía entre decepcionar a El Cardenal o a mí mismo. Aceptar su idea de una reconciliación que comprometía nuestra independencia o mantener el espíritu combativo del periódico. Evitar un enfrentamiento con la persona de la que dependía mi puesto o enviarle el mensaje claro de que jamás le cedería un milímetro del control editorial. No había cumplido ni dos meses como director, pero no me parecía demasiado pronto para fijar las reglas que debían regir nuestra relación. Tampoco podía imaginar un lugar mejor para hacerlo que ese pedazo de papel donde presentábamos lo mejor de nosotros mismos, en el que tantas veces había buscado poner mi firma, y sobre el que ahora debía decidir qué queríamos ser.

—¡Apertura a cuatro con la corrupción! —dije levantándome de la mesa.

—¿Título?

—Bárcenas implica a todos los presidentes del PP en la caja B.

V BALAS PERDIDAS

Woodward entró en mi despacho unos días después de firmar su última exclusiva para comunicarme que se marchaba. Tenía una oferta de *El Español*, el nuevo diario fundado por Pedro Jota. Al poco de conocernos me había comunicado su intención de irse, justificando su decisión en las dudas sobre si el periódico mantendría su independencia bajo mi dirección.

—Hagamos una cosa —le había dicho entonces—. Espera un tiempo y juzga si seguimos siendo el periódico en el que quieres trabajar.

Le pregunté si pensaba que había cumplido mi compromiso de defender su trabajo.

—Lo has cumplido de sobra —dijo—. Todas mis historias se han publicado y me he sentido apoyado. Mi preocupación en realidad no eras tú, sino que no te dejaran hacer.

—¿Entonces?

—Necesito otra motivación, nuevos retos. Llevo años con los mismos casos de corrupción y empiezan a agotarse. Es el momento de empezar de cero otras investigaciones, abrir nuevas líneas de trabajo, desde otro lugar.

No le ofrecí mejoras en su contrato ni ascensos. Le deseé suerte y le dije que regresaría antes de lo que pensaba y que la puerta estaría abierta para él. Seis meses después, me pidió volver.

Woodward se llevaba consigo algunas de las principales investigaciones del periódico y las fuentes que las habían hecho posibles, no todas limpias. Como tantos otros periodistas, tenía entre sus principales gargantas profundas a Las Cloacas del Estado y la policía patriótica, el cuerpo paralelo creado por el ministro del Interior para destruir adversarios y avanzar la agenda del Gobierno. Uno de los grandes filtradores dentro del hampa policial era el comisario José Manuel Villarejo. La primera vez que escuché su nombre fue al poco de llegar a la dirección. Dos de nuestros reporteros me contaron que había sido, desde hacía al menos dos décadas, una de las principales fuentes de *El Mundo* y facilitador de la mayor parte de nuestras exclusivas. Mis

predecesores habían mantenido una estrecha relación con el comisario, que pedía conocerme antes de continuar su colaboración. La cita se concertó en el mesón L'Escampreru, en el madrileño barrio de Chamartín.

Villarejo parecía sacado de una película policiaca de los años 80. Había comenzado su carrera en el cuerpo en la etapa final de la dictadura, ganándose a políticos, periodistas y empresarios con el tráfico de información. Operaba como un agente libre, sin responder más que a sí mismo y con la complicidad de los ministros del Interior, sin importar a qué partido pertenecieran. Nada más verme me dijo que tenía buenos informes sobre mí. Recordó «los servicios» que había hecho para nuestro periódico y dijo que estaba dispuesto a seguir trabajando para nosotros, con una condición: debía «parar los pies» a Asuntos Internos, nuestro hombre en la policía, porque decía que estaba publicando informaciones que le perjudicaban. El comisario no aportó detalles, dando por hecho que yo sabía de qué hablaba, pero llevaba menos de un mes en España y no tenía ni idea. Uno de mis directores adjuntos me puso al día esa tarde. Me contó que Villarejo había provocado un enfrentamiento entre Woodward y Asuntos Internos, que tenían como fuentes a facciones enfrentadas de la policía.

—Cada facción exige a uno de ellos la publicación de informaciones perjudiciales para la otra, como condición para seguir filtrando informes. Es una guerra interna insostenible.

—¿Utilizan el periódico?

—En parte, sí.

—¿Por eso no se hablan [Woodward y Asuntos Internos]?

—Así es.

Cuando salimos de la reunión con Villarejo, uno de los periodistas que había hecho las presentaciones me preguntó si había visto la grabadora que sobresalía de su chaqueta.

—¿Grabadora?

—Sí, lo graba todo.

—¿Lo graba todo? ¿Y me lo dices ahora?

Había recibido una primera pincelada de cómo funcionaban Las Cloacas y la forma en la que habían contaminado el trabajo de la prensa en España. Sus filtraciones podían tener como origen investigaciones reales o ficticias, sus informes estar documentados o inventados y sus intenciones ser más o menos corruptas. La diferencia era que, mientras Woodward al menos trataba de

distinguir unas de otras, toda una generación de supuestos periodistas de investigación había prosperado comprando un material que sabían averiado, en un juego de favores donde la verdad era un incordio prescindible. El comisario tenía a un buen puñado de informadores bajo su cuerda, había cimentado las carreras de algunos de ellos y, de la misma forma, tenía la información y los audios para hundirlas. Atrapados en su red, habían pasado a ser «sus chicos».

Villarejo buscó una segunda reunión semanas después, pero no respondí a sus mensajes. La salida de Woodward nos daba la oportunidad de romper para siempre con la que quizá había sido la fuente más importante en la historia del periódico, pero también la más tóxica. Si el precio a pagar era que un puñado de exclusivas se fueran a la competencia, estaba dispuesto a pagarlo. No supe hasta qué punto había tomado la decisión acertada hasta la detención del comisario dos años después, acusado de utilizar su posición para lograr informaciones confidenciales que ofrecía al mejor postor y hacer de mercenario a sueldo de los poderosos del país, que lo contrataban para que les solucionara problemas o los ayudara a eliminar adversarios. Los agentes de la Unidad de Asuntos Internos se incautaron en sus oficinas de la Torre Picasso y en su chalet de Boadilla del Monte de cientos de vídeos, audios y dosieres de políticos, empresarios y periodistas, un material que durante décadas fue su seguro de vida y que con el tiempo serviría para tumbar a algunos de los políticos y empresarios más poderosos del país.

Escogí para sustituir a nuestro investigador estrella a Starsky y Hutch, una pareja de jóvenes reporteros que trabajaban siempre juntos y estaban alejados de la putrefacción de la política nacional, curtidos en la sección de local cubriendo sucesos, crímenes y corruptelas regionales. Habían entrado en mi despacho para pedirme una oportunidad y se la había dado. De la misma forma que yo había entrado en el despacho de Jota dos décadas antes para pedir la mía.

Y me la había dado.

Quería reforzar el equipo de investigación y crear uno nuevo de reportajes, con periodistas liberados de las cargas de la edición y las miserias de las jefaturas. El periódico estaba lleno de buenos reporteros que habían sido promocionados a malos jefes, porque durante años la única forma de mejorar el sueldo obligaba a aceptar algún cargo intermedio y la esclavitud de los

cierres. Tenía prisa por mejorar las cosas y sabía que el tiempo no estaba de nuestra parte. Nuestro diario carecía de una definición ideológica tan clara como la de nuestros competidores, no contaba con el apoyo radiofónico o promocional de *El País* ni con la fidelidad del lector tradicional de *ABC*. Nuestra línea informativa había sido históricamente errática, en el mejor sentido de la palabra: éramos el diario cuyas informaciones golpeaban a unos y otros, el único entre los tradicionales cuyo director podía recibir quejas de todos los líderes políticos en un mismo día. En un país de trincheras, donde la obsesión era definir al otro ideológicamente y el sectarismo volvía a abrir una brecha social importante, contaminando desde las conversaciones en los bares a los debates en las televisiones, *El Mundo* se encontraba en una posición de honrosa desventaja.

El nuevo equipo de reporteros liberados echó a andar en pocos días. Estaba formado por algunos de los mejores periodistas del país: incorporé a Enric González, uno de los grandes cronistas de las dos últimas décadas, desaprovechado escribiendo columnas, y me traje de París a Irene Hernández Velasco, que había conspirado con El Reportero y conmigo en la Churrería Siglo XIX estampando su firma en la servilleta fundacional de *El Normal*. Me sentí algo culpable con ella porque aproveché nuestra amistad para cambiarle una corresponsalía, el mejor refugio de un periodista, por el cementerio de reporteros que podía ser una redacción, donde las inercias burocráticas, la esclavitud de la edición y las rivalidades internas habían enterrado el talento de algunos de nuestros mejores periodistas. Mi amistad con Irene se había forjado en nuestros comienzos, cuando nos quedábamos a apurar los cierres de segunda edición hasta bien entrada la madrugada, aprovechábamos el papel secundario de la sección de Sociedad para colar las historias más irreverentes y nos repetíamos que teníamos el mejor empleo del mundo, uno que creíamos que servía para cambiar las cosas. Irene aceptó volver —«no me lo perdería por nada del mundo»—, y completé el equipo con una de las mejores periodistas del diario, que llevaba años en el suplemento dominical *Crónica*, y con El Reportero, que andaba impaciente y cada poco tiempo me preguntaba cuándo lanzábamos ese *Normal*:

—A ver si te van a echar antes de que se ponga a andar.

Pensé que el *dream team* de reporteros podría arreglárselas por su cuenta. Me preocupaba más cómo quedaría el equipo de investigación tras perder a Woodward, porque una de nuestras mejores investigadoras estaba de baja por

maternidad y a Starsky y Hutch les llevaría tiempo construir una buena red de contactos y fuentes. Traté de quitarles presión: la impaciencia y disparar antes de tiempo habían llevado al periódico a cometer sus mayores errores. Les dije que eran una apuesta a largo plazo y que no se preocuparan si tardaban en traerme grandes temas. Mi trato con ellos incluía el compromiso de que pasado un tiempo empezarían a trabajar por separado. Llevaban tanto tiempo firmando sus historias juntos que habían pasado a ser indistinguibles. Había división de opiniones sobre cuál de los dos era el bueno y los informes que me llegaban eran contradictorios. Quizá ambos, Starsky y Hutch, eran cojonudos y estábamos de suerte: pronto tendría dos grandes reporteros por el precio de uno.

La aspiración de crear un periódico más riguroso, ético e independiente parecía razonable, pero cada vez que la mencionaba me encontraba con la misma respuesta: nuestros periodistas pensaban que ya éramos todas esas cosas. Y quizá era cierto, si utilizábamos como referente un periodismo español que tenía uno de los niveles de exigencia más bajos de Europa. Estaba convencido de que podíamos aspirar a ser mejores.

La cultura periodística de *El Mundo*, con sus virtudes y defectos, era herencia de los 25 años de dirección de Pedro Jota. Había inculcado la valentía de publicar aquello que otros no se atrevían y la búsqueda obsesiva de la exclusiva. La idea de que el poder debía temer a la prensa y no al revés. Pero Jota también había creado un ambiente donde todo valía en la búsqueda del *scoop*, se eludía cualquier debate moral sobre los métodos y existía una gran tolerancia a las trampas, ya consistieran en situar a un enviado especial en la noticia cuando todavía estaba en su casa, publicar informaciones antes de que hubieran sido suficientemente contrastadas o birlar las primicias de la competencia sin citarla. Habíamos aceptado con naturalidad la doble personalidad de un director que mezclaba el coraje de Ben Bradley en su empeño de seguir con el *Watergate* hasta el final y la flaqueza ética de Walter Burns, el director de *Primera Plana* dispuesto a todo por la noticia.

Una noche Irene y yo estábamos tomando algo fuera de la redacción cuando escuchamos que *El País* había adelantado a las emisoras de radio un avance de su portada con el titular «El Tribunal Supremo condenará a Barrionuevo y Vera a 13 años de cárcel». La sentencia enviaba a prisión a ex altos cargos de

la seguridad del Estado implicados en la guerra sucia contra la banda terrorista ETA. Nosotros habíamos cerrado ya nuestra edición con unas declaraciones del entonces presidente Aznar, pero al ver la exclusiva de la competencia Jota ordenó un cambio de planes. Apareció por allí visiblemente estresado el adjunto al director que había contribuido a destapar el terrorismo de Estado y empezó a fusilar la crónica de *El País* mientras los maquetadores rediseñaban la portada y el jefe de edición de noche hacía esfuerzos por disimular su bochorno. Nuestra nueva portada, sin citar a la competencia, llevaba un titular casi idéntico: «El Tribunal Supremo condenaría a Barrionuevo y Vera a 13 años». Jota había tenido la valentía de enfrentarse a todo para denunciar que el Estado estaba implicado en el secuestro, tortura y asesinato de sospechosos de pertenecer a ETA, resistiendo el acoso del poder mientras diarios como *El País* silenciaban las investigaciones por su cercanía con el entonces Gobierno socialista de Felipe González. Que ese mismo diario llevara ahora el final de la historia, «nuestra historia», que jamás habría llegado a la justicia sin el empeño del director, era un trago difícil de asumir. Nuestra reacción reflejaba uno de los defectos que más daño nos iba a hacer en el futuro: como periódico, no sabíamos perder.

Cuando años después el terrorismo islámico provocó una masacre en Madrid, el 11 de marzo de 2004, el equilibrio de nuestras virtudes y defectos se decantó del lado de los segundos y nos llevó a cometer el error que marcaría a *El Mundo* para siempre. El Gobierno del Partido Popular, al que nos habíamos acercado en exceso —eran los días en que Jota jugaba al pádel con el presidente y acudía de invitado a la boda de su hija—, intentó culpar del atentado a la banda terrorista ETA. La decisión de participar en la guerra de Irak unos meses antes había sido muy impopular y Aznar temió que una autoría islámica les haría perder las elecciones, que se celebraban tres días después. Jota creyó la versión del Gobierno y, cuando la realidad nos mostró que no era así, en lugar de rectificar nos embarcamos en una huida hacia delante que nos llevó a publicar durante años supuestas investigaciones para reafirmar nuestra teoría de una gran conspiración. Era difícil encontrar a alguien en la redacción que pensara que lo que estábamos haciendo tenía algún sentido, pero más difícil era encontrar a alguien que tuviera las agallas de decírselo al director. Todos, unos desde las cercanía de El Despacho y otros, como yo, desde la comodidad de una corresponsalía, callamos mientras el diario convertía coincidencias en evidencias, se alimentaba de informaciones

poco fiables de la facción policial que degeneraría en Las Cloacas, exageraba cualquier elemento que ayudara a defender su versión —y ocultaba datos que pudieran contradecirla—, se camelaba a testigos para que defendieran nuestras informaciones y buscaba la destrucción de la reputación de cualquiera, juez, policía o periodista, que no siguiera nuestra estela. Quienes disintieron, como Sindo Lafuente y Borja Echevarría, negándose a trasladar aquellas informaciones a la web del diario que dirigían, fueron purgados. Los que se sumaron con más entusiasmo a las fantasías del director fueron promocionados. Las desventajas de una dirección personalista y sin una estructura de gestión, dependiente de los golpes de brillantez de una sola persona, habían quedado en evidencia. Jota jamás lograría demostrar sus teorías, decepcionando por igual a quienes las creyeron y a quienes nunca lo hicieron. El Callado, nuestro jefe de Nacional, definiría en una reunión en La Pecera lo que nos había ocurrido: «Quedamos atrapados en una mentira y no importa que en su origen nos la creyéramos. Una vez dentro, no supimos o no quisimos salir de ella».

Una década después esa mentira seguía persiguiéndonos y cada vez que iba a un foro a hablar de la renovación del periodismo alguien me recordaba que éramos los voceros de la conspiración nunca probada del 11M. Pensé pedir disculpas públicas por aquello, en un intento de dejar atrás nuestro legado más oscuro, pero no quería juzgar públicamente el trabajo de mis antecesores. Estaba decidido, eso sí, a que nunca volviéramos a hacer nada parecido.

Vinieron a verme los abogados del periódico: una letrada joven y trabajadora, cuyo despacho en La Segunda seguía iluminado cuando no quedaba nadie, y el hijo de la jurista que había defendido las causas del diario desde sus inicios. Me traían una lista con las demandas interpuestas contra el diario en los últimos meses:

—Cada vez son más. Tenemos que hacer algo.

La forma en la que rapidez y cantidad se estaban imponiendo al rigor en el periodismo habían hecho que se perdieran reglas de primero de facultad, como la comprobación de una información por varias fuentes o la obligación de recabar la versión de los afectados. Me traían como ejemplo un artículo de *La Otra Crónica* (*LOC*), nuestro suplemento de crónica social, en el que revelamos que Irina Shayk, la exnovia del futbolista Cristiano Ronaldo, había tenido una aventura con el presidente de la FIFA Joseph Blatter, 50 años mayor. Una gran exclusiva, salvo por el detalle de que era falsa.

La modelo rusa amenazaba con una demanda millonaria si no rectificábamos, así que publicamos sin cambiar una coma la nota que nos remitió: «A instancias de Irina Shayk, y a fin de evitar una demanda de los Tribunales, el diario *El Mundo* reconoce la falsedad, y por lo tanto que no es veraz ni cierta la noticia…». Que la autora, nuestra corresponsal en Berlín, creyera lo que había escrito era lo de menos: había incumplido las mínimas prácticas periodísticas de comprobación, elaborando su información con fuentes de tercera y rumores. Sus jefes no habían leído la noticia o habían renunciado a hacer preguntas. Nadie había editado o verificado el texto.

El Mundo tenía una mayoría de periodistas honestos, pero como en toda familia teníamos hijos descarriados que funcionaban bajo el lema que tradicionalmente había definido el periodismo de moral más frágil:

«Que la realidad no te estropee una buena historia».

El problema era que, a diferencia de la prensa alemana o estadounidense, no teníamos un sistema para prevenir errores como el de Shayk y Blatter. Se trataba de un defecto común en la prensa nacional que venía de largo y que en nuestro caso había sido advertido a finales de los 90 por una joven periodista estadounidense. Nadie supo cómo o por qué Dale Fuchs terminó trabajando en Sociedad, aunque la versión que circulaba entonces era que a los jefes les había parecido exótico tener a La Gringa en plantilla. Fue un error de cálculo, porque Fuchs se había formado en una cultura periodística más seria que la nuestra, traía el manual del oficio aprendido de Columbia —«Si tu madre te dice que te quiere, compruébalo»— y no iba a tardar en sacarnos los colores. Meses después de su llegada escribió para *Poynter* un retrato del diario utilizando como ejemplo el error de nuestro reportero de sucesos, que había confundido los nombres de dos médicos para terminar acusando de la muerte negligente de un paciente al que nada tenía que ver. «¿Dónde estaba el editor de contenido? ¿El director? ¿Dijo alguien las tres palabras mágicas: “consigue una reacción”?», se preguntaba nuestra redactora estadounidense. Su perfil nos describía como un periódico ferozmente independiente, una rareza en el periodismo militante del país, pero con periodistas de disparo fácil y jefes tan poco rigurosos que ni siquiera la editaban a ella, que escribía en una segunda lengua que todavía no dominaba del todo. Fuchs pensó que su texto sería visto como una crítica constructiva y que daría pie a nuevos controles.

Fue despedida.

Unas semanas después de la rectificación de Shayk y Blatter llegó la denuncia de un fotógrafo acusándonos de utilizar sin permiso sus fotografías para un reportaje sobre los últimos monumentos de Lenin en Berlín. La denunciada era la misma periodista que había escrito la noticia del falso romance de la ex de Ronaldo. Lo negó todo, pero el análisis de las imágenes que encargué demostró que las fotografías habían sido pirateadas desde su ordenador. Lo que más me llamó la atención fue que, al comentárselo a la redactora jefa de Internacional, no mostró sorpresa alguna. Fusilar el contenido de los diarios extranjeros había sido la norma durante décadas en la prensa española, aprovechando que los diarios de fuera no llegaban o casi nadie podía leerlos. Había corresponsales que habían hecho carrera copiando cada párrafo del *New York Times* o *Le Monde*, sin que nadie lo advirtiera. Pero creía que aquello había quedado atrás, aunque solo fuera porque ahora todo el mundo tenía acceso a las ediciones digitales de la prensa extranjera y las probabilidades de ser descubierto eran mucho mayores.

—Llevamos años recibiendo quejas por plagios desde Alemania —dijo la redactora jefa de Inter—. Se comunicó a la dirección muchas veces, pero nunca se tomó ninguna decisión.

Le dije que llamara a la colaboradora de Berlín para comunicarle que no volvería a publicar en *El Mundo*. Un grupo de redactores se presentó en El Despacho para pedirme que reconsiderara mi decisión. ¿No merecía todo el mundo una segunda oportunidad? ¿No cometíamos todos errores alguna vez? En nuestra hemeroteca había unos cuantos míos, incluida una crónica de una misión espacial que jamás tuvo lugar. Estaba empezando en el oficio cuando llegó una convocatoria de la Fundación Sputnik, dedicada al estudio de la carrera espacial rusa. Me mandaron a cubrir la rueda de prensa y al regresar escribí una detallada información sobre cómo los soviéticos habían ocultado la pérdida de Ivan Istochnikov y la perrita Kloka en una misión de 1968. «El cosmonauta Ivan Istochnikov nunca existió…», arranqué mi crónica en un juego de palabras sobre las mentiras de la propaganda rusa. Solo que, efectivamente, ni Istochnikov ni su mascota espacial existieron. La rueda de prensa a la que había asistido era parte de una exposición del artista Joan Fontcuberta, que completaba sus recreaciones con fotografías falsas y montajes ficticios. Podía recordar como si fuera ayer las náuseas que sentí al recibir la llamada de mis jefes pidiéndome explicaciones, la sensación de haber hecho el más absoluto de los ridículos y mi angustia ante la

irreversibilidad del periódico impreso una vez ha salido de la rotativa y ha empezado a ser repartido por los quioscos. El cuerpo me pedía salir corriendo, buscar hasta el más remoto puesto de venta del país y prender fuego a cada uno de aquellos ejemplares en los que temía que hubiera quedado grabado en tinta, para siempre, mi naufragio como periodista. Uno de mis jefes me consoló: la ventaja de nuestro oficio era que fracasos y triunfos caducaban nada más imprimirse la siguiente edición.

Si yo mismo había cometido errores graves en mi carrera, ¿por qué no aceptar las peticiones de clemencia hacia nuestra corresponsal en Alemania? Intenté explicar la diferencia: mientras su exclusiva sobre la modelo y Blatter podía pasar con una advertencia, aunque en cualquier diario serio le habría costado el puesto a ella y a los editores de la sección, el plagio sistemático del trabajo de otros compañeros no era una equivocación, sino un intento deliberado de engañar a los lectores. Que mi decisión se considerara desproporcionada demostraba hasta qué punto necesitábamos revisar nuestra forma de trabajar. La Digna entró en mi despacho esa misma tarde y supuse que también me reprocharía el despido.

—Te felicito —dijo—, has logrado acojonar a la gente.

—No era mi intención —respondí.

—Pero envía un mensaje importante. No valen las palabras. Siempre es duro cuando alguien se marcha, pero era necesario.

Acordé con los abogados que se organizarían talleres informativos para recordar prácticas indispensables, como contrastar la información por varias fuentes, dar la oportunidad de ofrecer su versión a las personas afectadas o rectificar cuando metíamos la pata, sin necesidad de esperar a una demanda. Estaba convencido de que nuestra salvación, como le había dicho a El Cardenal en nuestro primer encuentro en Nueva York, pasaba por diferenciarnos del resto elevándonos, nunca compitiendo por abajo. Convoqué a las secciones que estaban trabajando con menos rigor para comunicar que en adelante habría tolerancia cero con las negligencias informativas, las manipulaciones o los plagios. En nuestro propósito de buscar la verdad, no cogeríamos atajos. Daba lo mismo que fuera una gran exclusiva política, una historia de deportes o un cotilleo de Isabel Pantoja, la cantante favorita del ministro Fernández: si no teníamos bien atada una información no la daríamos. Si la competencia se adelantaba, lo aceptaríamos y la citaríamos. Los abogados me pasaron los nombres de periodistas reincidentes que tenían

denuncias indefendibles, nuestros balas perdidas, y los llamé para decirles que estaban sobre aviso. Tenían una última oportunidad. No volveríamos a hacer trampas, aunque supusiera ceder una primicia o tener que abrir el periódico con la curación del reuma en las ardillas. Y no solo porque nos hacían daño e iban en contra del proyecto que queríamos construir, sino porque teníamos talento suficiente para sacarlo adelante sin hacerlas.

VI LOS POETAS MUERTOS

La redacción quedó desierta por las vacaciones de agosto. Decidí quedarme a trabajar en los dos proyectos que definirían mi arranque: el lanzamiento de un nuevo periódico impreso de domingo y una renovación de la web con la que queríamos recuperar el liderazgo digital. Los directivos de La Segunda estaban en la playa. Nadie les echaba en falta.

El Viti, nuestro redactor jefe de información web, me propuso irnos a tomar algo con el equipo tras el cierre. Era un tipo trabajador y con buen criterio periodístico que tenía en los toros y el fútbol sus dos grandes pasiones. Formaba parte de la mejor generación de becarios que había dado el periódico, un grupo variopinto de periodistas que rondaban los 40 y que tenían, cada uno a su manera, un carisma especial. Una redactora de Últimas los había apodado *El Club de los Poetas Muertos*, ya fuera por la forma en la que teatralizaban su lado más bohemio, porque le recordaban a los protagonistas de la película de Peter Weir o simplemente porque entre ellos estaba el único poeta de la redacción, una condición que él mismo decía que le convertía en sospechoso.

La pertenencia al grupo variaba según a quién preguntaras, pero incluía a Javi Gómez, el director de la nueva revista dominical que preparábamos para después del verano; a su segundo en ese proyecto, que había hecho gran periodismo de datos mucho antes de que los gurús digitales lo pusieran de moda; a El Africano, un buen reportero de Internacional desaprovechado en la mesa de edición; a Starsky y Hutch, los dos jóvenes investigadores que habían sustituido a Woodward; o al propio Viti, que además de coordinar la web se encargaba de organizar las salidas nocturnas. Su generación incluía a un grupo de buenas reporteras que mantenían la frescura del diario, aportaban creatividad y batallaban por incluir un contenido menos masculino. Habíamos superado los tiempos en los que las mujeres eran enviadas a Documentación cuando pedían conciliar trabajo y vida familiar, pero seguíamos lastrados por un machismo crónico y más sutil: el trabajo de las mujeres, especialmente las

jóvenes, era juzgado con condescendencia y sus oportunidades de alcanzar jefaturas, coartadas. A mi primera reunión de portada en La Pecera habían asistido una veintena de jefes. Solo una era mujer. Mis primeras decisiones en la reorganización habían incluido la incorporación de Virginia Pérez-Alonso como directora adjunta, la promoción de una de nuestras periodistas a redactora jefe y la contratación indefinida de tres reporteras que habían demostrado su valía, pero tenían una situación laboral precaria. Dar un empujón a nuestro talento femenino no era solo una cuestión de justicia, sino de interés para el periódico. Los estudios de *marketing* de la empresa mostraban que nuestro contenido alejaba a potenciales lectoras, con la excepción de los sábados donde publicábamos la revista femenina *Yo Dona* y *La Otra Crónica* (*LOC*). Nuestras periodistas empujaban historias sobre educación, desigualdad o salud, trataban la política más allá de las grescas entre dirigentes y nos traían enfoques cercanos a la calle. El cambio generacional y la renovación que buscaba solo podrían hacerse si ocupaban un papel relevante en la organización y participaban en las decisiones editoriales.

Los Poetas Muertos eran los únicos que mantenían una vida social parecida a la que yo recordaba de los tiempos de Pradillo cuando, tras los cierres, nos íbamos de copas al Pop & Roll, el bar que Javi Molina, el batería de los Hombres G, había abierto cerca del periódico. Algunos jefes se unían a las juergas, para intentar ligarse a las becarias y porque en aquellos días las jerarquías no definían nuestras relaciones y todavía no se habían formado clanes. Los caóticos horarios nocturnos promovían un ambiente golfo y propenso a los líos, facilitados por una larga lista de excusas domésticas. Hemos tenido un cierre infernal. Hubo que cambiar la página a última hora. El Sistema, el muy cabrón, se ha vuelto a caer. El diario vivía idilios sonados que en algunos casos terminarían en relaciones serias y, con el tiempo, en rupturas incómodas. Para el periodista siempre es más fácil emparejarse con otros periodistas que comprendan los desórdenes vitales y las tormentas emocionales de un gremio lleno de personajes anárquicos, yonquis de la información, egos insufribles y románticos con exageradas convicciones sobre la importancia de su trabajo, capaces de sacrificarlo casi todo por una primicia de la que nadie se acordará al día siguiente. Aquellas noches del Pop & Roll tenían un final tan predecible como una nota de prensa con las últimas cifras del paro: unos terminaban emparejados y los demás lamentándose de

aquella vida desordenada, repitiendo lo hartos que estaban de que las noticias les persiguieran allí donde iban, cuando en realidad sucedía al revés: eran ellos los que se pasaban la vida persiguiendo a las noticias.

Acepté la propuesta de El Viti de ir a tomar algo tras el cierre. Lo que en principio iba a ser una copa inocente terminó de madrugada en el ContraClub, un garito de la calle Bailén, con una treintena de periodistas cada vez más animados y mi autoridad menguando con el paso de las horas. Cada viaje a la barra me hacía olvidar un poco más que era el jefe y bastaba mirar a mi alrededor para entender que algo parecido le estaba sucediendo a mis redactores. Los hubo que hablaron más de la cuenta, desvelando fobias y rivalidades. Otros aprovecharon la ocasión para promocionarse, con la falsa esperanza de que recordara sus peticiones al día siguiente. Me marché cuando la cosa empezaba a complicarse y al día siguiente todo eran rumores sobre la salida nocturna del director, relatados con los adornos y exageraciones de los que son capaces los periodistas. Hice mi ronda por las secciones, deteniéndome ante compañeros que bajaban la cabeza al verme, tratando de quitar hierro a la noche anterior.

—¿Qué, alguna cosa de la que arrepentirse? —pregunté.

No volví a salir con la redacción, por eso de guardar las distancias y porque una noche había bastado para entender que había cosas que el director no necesitaba conocer de sus periodistas.

El tedio veraniego se había instalado en el ambiente y las reuniones de portada parecían funerales, con los políticos de vacaciones, la agenda informativa suspendida y ninguna buena revuelta, crisis de Gobierno o boda real que llevarse a primera página. Asuntos Internos, nuestro hombre en la policía, me despertó del letargo entrando en mi despacho para contarme que le habían soplado que el ministro Jorge Fernández se había reunido en secreto en su despacho con el exvicepresidente Rodrigo Rato, que terminaría en la cárcel por corrupción. Nuestra información enfureció al ministro, con el que tan solo un mes antes había compartido confidencias sobre Isabel Pantoja y la independencia del periodismo. Fernández ordenó que Asuntos Internos fuera excluido de la lista de periodistas que recibían filtraciones de su departamento y con el paso de las semanas nuestro reportero de Interior comenzó a desesperar. Al pasar por su mesa le preguntaba qué tal iba lo suyo y se

encogía los hombros:

—Seguimos en la lista negra.

Comenté la situación con El Cardenal, que enseguida se prestó a mediar con el ministro. Y así fue como terminé viviendo una secuela de mi primera reunión con Fernández, escuchando las mismas historias sobre vírgenes, milagros y heroicas peregrinaciones, y preguntándome cómo era posible que la seguridad del país estuviera en semejantes manos. El ministro dijo estar realmente cabreado por la información de su encuentro con Rato y por un momento pensé que se refería a las sospechas que había despertado.

—Me llamó el presidente —dijo, aclarando el motivo de su enfado—, y tuve que suspender mis vacaciones para ir a declarar al parlamento. ¡En pleno agosto! ¡En mis VA-CA-CIO-NES!

El Cardenal, que tenía tacto diplomático y entendía las necesidades egocéntricas de los políticos, tan parecidas a las suyas, consiguió ablandarle tras una hora de cortejo y no pocos halagos sobre su labor al frente del ministerio. Pedimos que volviera a abrir las comunicaciones con la policía y Fernández hizo llamar al secretario de Estado de seguridad, Francisco Martínez.

—Oye, Paco, ¿qué tenemos para nuestros amigos de *El Mundo*? Da orden de que en adelante se cuente con ellos de nuevo.

—Está lo de Cataluña, ministro.

—Bien, bien. Pues que se lo den a estos señores.

Era una información sobre corrupción y comisiones ilegales cobradas por dirigentes nacionalistas catalanes. El ministro dejó caer dos condiciones para filtrar los documentos: mencionó la escasa cobertura que había tenido en la prensa la condecoración que había otorgado a unos policías, por lo que vería bien la publicación de una nota. Y pidió que en adelante Asuntos Internos dejara de cubrir las informaciones de Interior.

Empezaba a fatigarme la manía de los políticos de querer organizarme los equipos. Nada más llegar a la dirección, El Cardenal me había enseñado el periódico impreso de la mañana y subrayado en rojo una crónica política que consideraba injusta con el presidente Rajoy.

—¿Has leído esto?

—Sí, ¿por?

—Es todo negativo hacia el presidente. Hay juicios de valor. Opiniones. Una crónica no debe tener opinión, tú mismo lo dices.

—Así es.

—¿Entonces?

El primer párrafo tenía un adjetivo que sobraba. El resto de la crónica era impecable.

—¿A qué periodista no se le ha escapado un adjetivo alguna vez? Es un problema de edición.

—No, es un problema de persecución y mala intención.

El Cardenal empezó a pasearse por el despacho, como si estuviera pensando la mejor forma de decir algo que no me iba a gustar.

—El Gobierno vería bien un cambio en la persona que cubre el Partido Popular. Creen que están siendo tratados injustamente.

—Me estás pidiendo…

—No, no. No te pido que la despidas. Solo te transmito lo que me llega desde ahí dentro. Moncloa lo vería como un buen gesto en esta nueva etapa. Un cambio, nada más.

—¿Desde cuándo deciden los partidos políticos quién informa sobre ellos?

—No te lo tomes así, solo te transmito su sugerencia. Puedes hacer lo que quieras. Tú eres el director y la decisión final es tuya.

Esa tarde me acerqué al lugar donde se sentaba la periodista que cubría el Partido Popular. No habíamos hablado nunca y todavía no sabía que era excepcionalmente buena. Le dije que había quejas del Gobierno hacia su trabajo y que me preocuparía el día que no fuera así. Le señalé el adjetivo que sobraba en su crónica y pedí que extremara el cuidado para que sus informaciones fueran puramente informativas.

Coleccionar cabezas de periodistas era un hobby con larga tradición entre nuestros políticos desde los tiempos de la dictadura, cuando en una ocasión le entregaron al director de *Pueblo*, Emilio Romero, una lista con los nombres de los informadores que debía cesar. Dijo que faltaba uno: el suyo. Si se seguía haciendo era porque siempre había directores dispuestos a obedecer las órdenes. No solo estaban en peligro tertulianos marcados por la vicepresidenta —«recuerda quién te ha puesto ahí»—, sino redactores rasos, cronistas parlamentarios, presentadores de telediarios e incluso corresponsales. Ricardo Ortega, considerado como uno de los grandes reporteros del país tras cubrir guerras como las de Chechenia o Afganistán, donde compartimos cobertura y hospedaje en casa de un señor de la guerra de Jalalabad, perdió su puesto como delegado de Antena 3 en Nueva York porque

al entonces presidente, José María Aznar, no le gustaban sus crónicas sobre los preparativos de la guerra de Irak. Lo único que había hecho Ricardo era poner en duda la existencia de unas armas de destrucción masiva que nunca fueron encontradas y con las que se justificó la invasión. Unos meses después de su cese, el 7 de marzo de 2004, fue abatido en Haití cuando cubría como *freelance* una manifestación contra el derrocado presidente Jean Bertrand Aristide. Los directivos que le cesaron acudieron a su funeral, hicieron grandilocuentes declaraciones sobre su pérdida y promovieron una fundación en su nombre, alabando su insobornable independencia con la hipocresía de quienes, sin haber pisado jamás el frente o haber escuchado el silbido de una bala, ni siquiera tuvieron el valor de defenderle desde la confortable seguridad de sus despachos.

Le dije al ministro que no habría problema en atender la primera petición, una nota sobre la entrega de medallas, pero que lamentaba no poder satisfacer la segunda. Asuntos Internos seguiría cubriendo las informaciones del ministerio. Fernández dijo que lo comprendía y me pareció que salimos de la reunión con un entendimiento. El Cardenal debió pensar lo mismo, porque en el viaje de vuelta a San Luis no dejaba de repetir lo bien que había salido todo, sacando su lado evangelizador para convencerme de las ventajas del mamoneo institucional y el engrasamiento de ministros para sacar adelante buenas historias, algo que pensaba que nos llevaría más lejos que mi imprudente manía de «matar gobiernos a exclusivas». Publicamos la nota que quería el ministro y Asuntos Internos esperó al día siguiente a que le pasaran la primicia prometida sobre Cataluña, que empezaba a incendiarse ante la ofensiva independentista. Pero pasaban las horas y los documentos no llegaban. Cuando finalmente tuvimos la oportunidad de leerlos, fue en la portada de *ABC*.

—¡Menudo cabrón! —pensé—. Nos la ha jugado.

Habíamos hecho el ridículo y todo por recuperar una fuente que no solo no era de fiar, sino que en los últimos años había puesto al periódico en serios apuros. Aunque habíamos cortado la relación con Villarejo, el comisario en jefe de las filtraciones de Las Cloacas, el ministro seguía siendo un suministrador importante de información en temas clave como Cataluña o el terrorismo islámico. Interior habría utilizado, según la instrucción del «caso Kitchen», fondos públicos para pagar a policías e intermediarios para que hicieran «trabajos» para el partido, incluido el robo a Bárcenas de supuestas

pruebas sobre la financiación ilegal y los sobresueldos. Desde las oficinas del ministro en el Paseo de la Castellana, adornadas con vírgenes y fotografías del Papa, emanaba un hedor insoportable que hacía que cada vez fuera más difícil distinguir las informaciones reales de las contaminadas. Solo unos pocos periodistas estaban dispuestos a hacer el trabajo de separarlas, incluida La Hormiga. Nuestra periodista de investigación más rigurosa vivía con desazón la deriva del gremio. No aceptaba filtraciones sin más, se podía pasar meses indagando una historia y cuando iba a verla me la encontraba dibujando a mano, en murales improvisados con varios folios pegados, complejas tramas y conexiones entre los protagonistas de corruptelas. Los jefes desesperaban, porque estaban acostumbrados a la filtración y publicación exprés de todo lo que nos llegara. Una vez vino a verme indignada porque desde la policía política del ministro Fernández se estaba ofreciendo a los medios un informe policial fabricado a la carta sobre la supuesta financiación de Podemos en el extranjero.

—¿Pero existe ese informe? —había preguntado La Hormiga.

—Existirá —le dijeron, dando a entender que lo improvisarían si había interés por nuestra parte.

Los papeles resultantes eran parte de una supuesta investigación sin supervisión judicial ni pretensiones de veracidad, carecían de membrete oficial de la policía o firma autorizada por algún funcionario, y consistían en una mezcla de informaciones sabidas, rumores de la prensa sensacionalista y conclusiones sin pruebas. Intentaron colármelos dos veces y, ante mi negativa a publicarlos sin llevar a cabo nuestra propia investigación, terminaron siendo difundidos como «grandes exclusivas» por dos medios de la competencia. El problema era que esos atajos éticos salían rentables: los medios que los tomaban prosperaban y sus reporteros se convertían en estrellas que publicitaban sus primicias en televisiones y radios, mientras el rigor de La Hormiga y otros como ella no recibía ninguna atención o era ridiculizado dentro de la profesión.

¿Era a cambio de ese periodismo de filtración y tertulia por lo que habíamos ido a ver al ministro? Si nos hubiera dado la información prometida, ¿la habríamos publicado sin dedicar un día a investigarla? Sentía que, al intentar ayudar a Asuntos Internos a recuperar sus fuentes, había comprometido la integridad del periódico. Y que, además, lo había hecho a cambio de nada. El ministro pensó que con su jugada estábamos empatados —nos había devuelto

el golpe: nadie jode las VA-CA-CIO-NES a Jorge Fernández— y que nuestra relación podía empezar desde cero. Cuando me llamó, unos días después, no me puse al teléfono. Decliné su siguiente invitación para vernos en el ministerio. No volví a hablar con él.

A la vuelta de las vacaciones teníamos preparados los primeros borradores de nuestros dos grandes proyectos para el otoño, la renovación de la web y la nueva edición dominical. Solo el segundo de ellos interesaba a la redacción, que seguía volcando todas sus energías en el papel. Teníamos dos redacciones: una digital en torno a Últimas Noticias, que tenía sus propios horarios y sueldos, estaba formada por periodistas con perfiles innovadores y entendía la necesidad del cambio. Y otra dominada por Los Nobles, que se resistían a una transformación que veían como una amenaza para su estatus. Mientras ultimaba el plan que acabaría con aquella dualidad, reorganizando nuestra forma de trabajar, un pequeño grupo de personas nos conjuramos para recuperar un liderato en internet que muchos pensaban que todavía manteníamos. La contraportada del diario llevaba, junto a la cabecera, la frase que nos distinguía como «líder mundial de la información en español». Pero hacía tiempo que habíamos dejado de serlo en España y fuera ni siquiera competíamos, después de que nuestra edición América fuera abandonada cuando efectivamente éramos el «líder mundial», en una de las decisiones más absurdas que nadie recordara en el diario. Di instrucciones de que se quitara el lema promocional de la contra: no podíamos presentarnos como un medio que buscaba la verdad y no ser capaces de contarla sobre nosotros mismos.

Aparte de mí, el equipo que trataría de impulsar el proyecto digital lo formaban El Viti, la nueva directora adjunta, Virginia Pérez Alonso y dos grandes fichajes que había hecho Silicon Valley nada más llegar: Mela, nuestra creativa e incansable responsable de Redes Sociales, y La Argentina, la directora de estrategia digital que venía de Yahoo. En nuestra primera reunión le había pedido a La Argentina una *newsletter* del director, con la que pensaba enviar por correo una selección de nuestras mejores historias a los lectores que se suscribieran al servicio. La petición se convertiría en el símbolo de la desidia de la empresa y de nuestro retraso tecnológico, porque no había manera de sacarla adelante. Nuestro sistema de envíos era tan arcaico que el servidor se colapsaba si mandábamos un correo a más de 6.000 lectores.

—Están en ello —decía La Argentina, que hacía de todo y todo lo hacía bien,

cada vez que preguntaba a los técnicos por la *newsletter*.

—Lo mismo llega antes de que me echen —le decía.

Y nos reíamos, de impotencia.

Pasamos las siguientes semanas viendo diseños, negociando con técnicos desbordados y ultimando los detalles de una web renovada que debía estar lista en septiembre, mientras se extendía el rumor de que aquel Comando Digital Clandestino (CDC) estaba formado por gandules que nunca estaban en sus puestos, porque la mayoría de nuestros periodistas desconocían que técnicos, desarrolladores y diseñadores trabajaban en los sótanos de San Luis. Al frente del búnker digital estaba El Americano, un amigo de Silicon Valley que no parecía tener mucha idea de lo que hacía y que sin embargo prometía grandes cosas:

—No te preocupes por nada —me decía cada vez que expresaba mis dudas —. Te voy a dar un Ferrari. Tú sólo tendrás que conducirlo hasta la meta.

Cuando llegaron las primeras pruebas de la nueva web, teníamos un 600 de tres ruedas y sin volante. El diseño era pobre y carente de personalidad, las funciones limitadas en comparación con las de otros diarios y su edición compleja. Fui a ver a Silicon Valley, clave en mi fichaje en Nueva York. Su discurso digital y transformador también había sido recibido con recelo por los tradicionalistas, pero yo veía en él a un potencial aliado para mis planes. Coincidíamos en que la tecnología era más una oportunidad que una amenaza para un medio tradicional como el nuestro, si dejábamos de temerla y le sacábamos partido para llevar nuestro periodismo más lejos. No había en nuestro ejecutivo de La Segunda un atisbo de curiosidad intelectual, sentimentalismo o épica. Solo el corte limpio del tiburón preparado, ambicioso y pragmático que transmitía la sensación de querer comerse el mundo. Silicon Valley era nuestro *Lobo de Wall Street*, sin las putas, la cocaína y las fiestas en la oficina. ¿Y si era eso lo que necesitábamos, después de años de burocracia, compadreo y promoción de la mediocridad?

Le enseñé a Silicon Valley el boceto de la nueva web y le pregunté si pretendía que con eso recuperáramos el liderazgo.

—Uf —dijo—. Es una mierda.

—Sí, y apenas tenemos tiempo para arreglarla. ¿Podemos retrasar el lanzamiento?

—Imposible —dijo—, luego tenemos que hacer la renovación de *Marca* y hay más proyectos esperando. Hay que salir en la fecha prevista.

Mientras trataba de arreglar los problemas de la web, trabajé intensamente en la nueva edición impresa del domingo, un proyecto iniciado por mi antecesor que no terminaba de convencerme. Íbamos a invertir grandes cantidades de dinero en la parte del negocio que se estaba desplomando, cuando el futuro y las oportunidades estaban en digital. Podríamos gastar ese dinero en contratar nuevos perfiles, montar la gran redacción multimedia que necesitábamos y renovar nuestra tecnología. Miguel Ángel Mellado, uno de los jefes que me enseñó el oficio y que había abandonado el diario antes de mi nombramiento como director, nos advirtió de que la apuesta sería un fracaso. Había sido el fundador y responsable de nuestros suplementos de más éxito. Su predicción era que, tras un pico de ventas inicial, el periódico iría cayendo cada semana hasta volver a los descensos anteriores al lanzamiento.

—Los quioscos están cerrando —me dijo—. La gente hace planes los fines de semana y no se queda en casa a leer como antes. El nuevo dominical tendrá 20 páginas de publicidad hoy, 15 mañana y 5 después. *El Mundo* nunca ha podido luchar contra la tradición dominical de comprar *El País*, *ABC* o *La Vanguardia*. Puedes hacer el mejor periódico del mundo y no habrá servido para nada.

El Cardenal se negaba a cancelar los planes porque su apuesta seguía siendo el papel y no tenía ningún interés en el negocio digital. Silicon Valley dudaba, pero mantenía que ya era tarde para echarse atrás y tampoco parecía tener las fuerzas o la audacia para contradecir a su jefe. La empresa había contratado un equipo para desarrollar la nueva revista, poniendo al frente a Javi Gómez, uno de los Poetas Muertos que se había marchado un tiempo a la televisión y regresaba como subdirector. En San Luis le habían guardado el mote de su primera etapa —Javi Dios—, por el concepto inmejorable que tenía de sí mismo. Era un periodista brillante e imaginativo que se tomó con entusiasmo un encargo imposible. La difusión de nuestra edición de los domingos caía un 20 % anual y todos los dominicales que el periódico había lanzado desde su fundación habían fracasado, a pesar de haber cambiado de nombre, tamaño, formato y estilo. Javi era optimista y, además, decía tener un nombre que crearía marca:

—¡*Papel*!

—¿*Papel*?

Al principio no me gustó y en los despachos de La Segunda les horrorizó.

—En medio de la revolución digital —dijo Javi—, nosotros sacamos *Papel*. Es un juego porque la palabra evoca un producto clásico y vamos a hacer una revista moderna y diferente, con el mejor reporterismo de siempre, pero que además tendrá una gran apuesta digital detrás.

Me convenció y lo defendí. La revista se llamaría *Papel* e iría acompañada de una renovación total de nuestras secciones y suplementos dominicales, incluida la creación de uno de buena vida y bienestar que llamamos Zen, en un pequeño guiño a mi etapa asiática. Lo dirigía, con ayuda de una buena amiga de mi juventud, un subdirector cuyo carácter encajaba a la perfección con el nombre —vivía las tormentas a su alrededor con admirable temple— y que asumió el encargo con entusiasmo porque, entre otras cosas, no quería saber nada de las batallas internas del diario. Una de sus propuestas fue incluir una sección de sexo, una idea que espantó a El Cardenal y al resto de la facción opusina de La Segunda. La pusimos en marcha de todas formas y aquello terminó en incendio cuando nuestro jefe más Zen subió el tono y publicó el reportaje «*Bondage* para principiantes», un relato en primera persona que empezaba: «Me han atado. Lo deseaba con absoluta devoción. Y me encantó». Para El Cardenal debió de ser la prueba definitiva de que su director trataba de hundir el diario y espantar a nuestros últimos lectores. Me llamó para implorarme que acabara con la sección, que hasta entonces había estado moderada, y que tuviera en cuenta a nuestro público «mayor». Los de Publicidad se unieron a la campaña, asegurando que su incapacidad para vender la publicidad de Zen se debía a lo inapropiado del contenido. Muy bien, dije, hagamos la prueba. Dejamos el sexo fuera unas semanas, comprobamos que la publicidad seguía sin entrar y fui a ver a El Cardenal para anunciarle que lo recuperábamos, prometiéndole un tono más suave:

—El sexo no ahuyenta a anunciantes, pero bien tratado seguro que retiene lectores.

La gran duda, discutida hasta el último día en interminables reuniones, era si daríamos el paso de cambiar el tradicional diseño de la portada del periódico, que en la prensa española era tamaño tabloide, por uno en formato sábana que hiciera de gran escaparate de nuestras mejores exclusivas, fotografías y diseños. No terminaba de decidirme hasta que, cuando apenas quedaban unas horas para dar instrucciones a la imprenta, me presenté en el despacho de El Artista.

—Se nos acabó el tiempo —le dije—. Tenemos que decidir.
—¿Tú que crees? —me preguntó.
—¿Y tú? —pregunté.
—No sé, ¿tú?
—Parecemos idiotas.
—Ya que hacemos algo nuevo y diferente —dijo él—, ¿por qué no ir a por todas? Será lo nunca visto.
—Si hay que morir —dije, repitiendo una frase que se escuchaba constantemente desde la llegada de la crisis—, que al menos sea con honor. ¡Portada sábana!
El Artista había ganado todos los premios de diseño internacionales posibles y tenía estatus de gurú en San Luis, donde sus genialidades eran celebradas. Era, además, un trabajador incansable que atendía las más surrealistas demandas de secciones que querían impresionar a jefes y lectores con sus diseños. La empresa le había dado, a cambio, medios que habrían sido la envidia de cualquier gran publicación del mundo y que se mantenían a pesar de que nuestra versión impresa vendía menos de la mitad de lo que solía. Cuando vino a verme mi amigo Nabil Wakim, jefe de innovación de *Le Monde* con el que había coincidido en Harvard, se quedó impresionado al ver el tamaño de un departamento de diseño para el papel que incluía ocho infografistas, once maquetadores y cuatro dibujantes, sin contar con un ejército de *freelance* que trabajaban desde fuera.
—¿Todo eso para diseñar el papel? —preguntó Nabil.
—Sí —dije—, todo.
Los grandes diarios del mundo hacía tiempo que se habían adaptado a la realidad de una versión impresa en decadencia, trayendo nuevos perfiles que potenciaran los gráficos interactivos, la visualización, el vídeo o la experiencia de usuario. Al proteger su departamento, El Artista mostraba su pasión por un producto al que había dedicado la vida, esculpiéndolo cada día con el propósito de ofrecer al lector algo más que simples noticias, fotografías y gráficos. El papel le había dado los mayores días de gloria profesional y temía que la transformación digital amenazara ese legado, enfrentándole a un mundo que no dominaba y para el que no estaba preparado. Podía haber intentado reciclarse y formarse para dar el salto, pero había escogido aferrarse a lo que conocía. Los primeros intentos de implicarle en la renovación de la web habían sido un fracaso. Nos presentaba propuestas

atractivas que no podían aplicarse y no tenía en cuenta los dispositivos móviles, el vídeo, la experiencia de los usuarios o la forma de informarse en digital. Cuando nos reuníamos con él para discutir la renovación de la web, pretendíamos atender sus aportaciones como los nietos atienden las batallas mil veces contadas por sus abuelos, para terminar desechándolas por irrealizables. El Artista era un genio que no veía las cosas como eran en realidad porque, como decía Oscar Wilde, «si lo hiciera, dejaría de ser artista».

Mis reticencias iniciales al proyecto del domingo desaparecieron una vez me metí de lleno en el trabajo: si íbamos a hacerlo, y no había forma de echarse atrás, al menos que fuera el mejor periódico que hubiéramos hecho nunca. Preparamos grandes reportajes durante semanas, enviamos a nuestros reporteros a lugares fascinantes, probamos mil y un diseños de páginas, suplementos y portadas, creamos de cero nuevos productos, mientras en paralelo planeábamos convertirlos en nuevos canales digitales, e inculcamos al nuevo proyecto la idea de que cada gráfico, página, historia o fotografía debían ser únicas. La víspera del lanzamiento teníamos tanto material, y nos parecía todo tan bueno, que el problema fue decidir qué dejábamos fuera. Nos decidimos por llevar a portada la primera entrega de *Conversaciones Imposibles*, una serie de reportajes en las que El Reportero había juntado a personas que en teoría no tenían nada que decirse y que en esa España a la que había vuelto, cada vez más crispada y dividida, nadie habría juntado en una misma habitación: la activista de los derechos animales y el torero, el banquero y la desahuciada por no poder pagar su hipoteca, la ginecóloga abortista y el religioso que había hecho carrera luchando contra el aborto y, para el estreno, el terrorista de ETA Ibon Etxezarreta y la viuda del hombre al que mató a tiros 15 años antes, el ex gobernador civil de Guipúzcoa Juan Mari Jauregi. La Digna tendría su hueco con su análisis político de los domingos, en lo que sería un serial sobre la batalla electoral que comenzaba. Berta Herrero, una joven reportera que acababa de terminar su beca, había logrado entrar en Corea del Norte y narraba desde Pyongyang la tímida apertura del régimen más hermético del mundo. Denunciábamos en otro reportaje la falta de atención de los pacientes de alzhéimer, abandonados por un sistema de salud que se había olvidado de ellos. Llevábamos una crónica de Enric González sobre la vinculación identitaria del Fútbol Club Barcelona con el

nacionalismo catalán, la primera entrevista con el mítico portero del Real Madrid Iker Casillas desde su marcha del equipo o la historia de Muhammad Faris, el único astronauta sirio de la historia, convertido en un refugiado más de un país en guerra. Todo parecía lucir más en aquellas portadas en formato sábana con las que El Artista empapelaría las paredes de la redacción en las siguientes semanas. Al pasar junto a ellas sentía que pasaban *la prueba del amarillo*, que servía para distinguir a los diarios que merecían el viaje al quiosco: el papel podía cambiar de color, pudrirse incluso, pero sus reportajes, fotografías o entrevistas seguían vigentes como el primer día.

La noche del lanzamiento nos reunimos alrededor de El Cura, un religioso que trabajaba en la mesa de cierre, y le dimos al botón de enviar a imprenta, poniendo en marcha un proceso de fabricación de los diarios que apenas había variado durante siglos. Nuestros reporteros habían ido allí donde no eran bienvenidos, llevando a los lectores grandes historias y testimonios; los fotógrafos se habían convertido en sus ojos, ofreciéndoles su mirada de la realidad; nuestros columnistas habían compartido sus opiniones, sin que nadie les dijera sobre qué o cómo debían hacerlo; nuestros maquetadores habían pintado las páginas y embellecido junto a los ilustradores incluso las noticias desgraciadas; y los editores habían repasado textos y ajustado títulos, asumiendo el más desagradecido y no menos importante periodismo de retaguardia. Cuando el puzle estaba a punto de ser completado, nos reunimos en La Pecera para repetir la ceremonia que servía para conceder honores y satisfacer egos en el espacio de la portada. El Sistema concedió una tregua, tan benevolente en momentos críticos, y nos permitió cerrar a la hora prevista. El producto final viajó a la planta de impresión, con sus aciertos y errores irreversiblemente grabados en tinta. Inmensas bobinas de papel fueron colocadas en las máquinas y miles de periódicos idénticos quedaron listos para ser repartidos. Los diarios fueron empaquetados en montones, metidos en cientos de furgonetas y distribuidos de madrugada hasta miles de puntos de venta, donde quiosqueros madrugadores los colocaron en montones perfectamente alineados y a la vista, con la esperanza de que un titular o una fotografía llamaran la atención de los lectores.

Al día siguiente madrugué y caminé hasta la plaza del Presidente Cárdenas, pedí un ejemplar a José, mi quiosquero, y traté de abrirlo como si fuera un lector más, no el director. Todo de lo que era capaz la redacción, su talento, esfuerzo y determinación, estaba en ese montón de papel que sujetaba en las

manos y que observaba con la falta de objetividad con la que un padre ve una obra de arte en los garabatos de su hijo.

Las dudas se disiparon y durante algún tiempo nadie me preguntó si había venido a matar el papel o a rebajar nuestro periodismo. El Reportero entró en El Despacho con la mirada ilusionada del becario que había conocido 20 años antes:

—Te dije que lo haríamos —me adelanté—. Un periódico normal, ¿no?

—Normalísimo —dijo él—. ¿Puedo abrazarle, señor director?

Esperé ansioso a que el *Publisher* me diera las cifras de venta del domingo. Habíamos vendido 30.000 ejemplares más. Un éxito en los tiempos que corrían. Y, sin embargo, en mitad de la euforia, algo dentro de mí presentía que nada de lo que habíamos hecho tenía sentido o servía para algo. Todos nuestros esfuerzos e inversión económica. La manera en la que habíamos volcado las energías en aquel producto. La vanidad y el orgullo con el que hablábamos de lo conseguido. Sí, habíamos hecho un gran periódico de papel. El mejor, quizá.

Dos décadas tarde.

La ceremonia de lanzamiento se repitió unas semanas después, esta vez con nuestro proyecto digital. Los periodistas de Últimas se reunieron alrededor de un ordenador y El Viti le dio al botón que estrenó nuestro segundo gran proyecto entre vítores y aplausos. Fue una celebración más discreta, porque una parte importante de la redacción, con Los Nobles a la cabeza, seguía pensando que aquello no iba con ellos. Solo unos pocos de nosotros sabíamos el esfuerzo que había detrás de aquel nacimiento gestado en la trastienda del diario, sin medios ni apoyo. No era el Ferrari que me había prometido El Americano, pero tras semanas de trabajo contrarreloj habíamos logrado que se pareciera al menos a un Volkswagen, que tuviera cuatro ruedas y echara a andar. La tendencia de la audiencia digital se invertiría en nuestro favor a partir de ese momento: recortamos la diferencia con *El País* en tiempo récord —tres meses después del lanzamiento habíamos reducido casi dos millones de usuarios únicos para lograr un meritorio empate— y volvimos a alejarnos de *ABC*. Pronto llegaría el invierno, y con él algunos de los días más negros de la historia del diario, pero por el momento las cosas parecían marchar bien.

VII EL LECTOR CABREADO

Acababa de abrir la puerta de casa cuando recibí una llamada de la redacción:

—Atentado terrorista en París. Parece serio.

Volví a San Luis sin quitarme la chaqueta. El equipo de Últimas Noticias trabajaba en la actualización de los datos que llegaban. Se estaban produciendo tiroteos en varios puntos de la capital francesa, incluida la sala Bataclan donde esa noche tocaba el grupo *Eagles of Death Metal*. Redactores de otras secciones se unieron a la cobertura de Internacional. Compañeros que habían oído la noticia por la radio, camino de su casa, habían dado media vuelta y llegaban para echar una mano. Corresponsales de la zona se ofrecían para reforzar la información. El periódico recuperaba en los grandes acontecimientos, aunque solo fuera por unas horas, el pulso de un proyecto común.

La sección de Últimas tenía buenos periodistas cuyo mayor inconveniente era que habían sido atrapados por la edición desde sus comienzos y apenas habían hecho reporterismo. En nuestra loca carrera por la audiencia, con la idea errónea de que debíamos desbordar de contenido el pozo sin fondo que era internet, publicábamos hasta medio millar de noticias al día. Mi intención era reducir ese número y hacer menos, pero mejor. Esperaba que la próxima reorganización, y un mayor foco en la calidad, diera una oportunidad a nuestra generación de reporteros digitales, antes de que las ataduras del escritorio se llevaran el entusiasmo que les quedaba. Eran rápidos: los más rápidos. Pero les pedí que levantaran el pie del acelerador. No ganábamos nada si éramos los primeros en contar algo que después tuviéramos que desmentir. No nos haríamos eco de rumores o informaciones no verificadas propagadas por las redes y solo actualizaríamos la cifra de víctimas cuando estuviera confirmada por fuentes oficiales. Algunos eran demasiado jóvenes para recordarlo, pero yo tenía grabada nuestra portada tras los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, en 2001. «El mayor ataque terrorista de la Historia derriba los símbolos del poder de EEUU y causa más de 10.000 muertos y heridos», decía

nuestro titular a cinco columnas. Nunca se llegó a esa cifra.

Todo el mundo trabajaba de forma frenética cuando recibí una llamada de Silicon Valley diciéndome que El Cardenal estaba quejoso por nuestra cobertura.

—Dice que no tenéis la web actualizada. Hay medios dando 21 muertos y nosotros llevamos 19 (los terroristas matarían ese día a 137 personas).

—¿Cómo dices?

—Que no lleváis bien actualizada la web.

—Tiene cojones —alcancé a decir antes de colgar el teléfono.

Si había un momento, uno solo, en el que la empresa podía tener la certeza de haber escogido al director adecuado era durante un atentado. Había cubierto masacres terroristas en Bali, Yakarta o Pakistán; viajado durante más de una década a Afganistán y Pakistán para informar de yihadismo, entrevistado a líderes fundamentalistas y visitado sus escuelas coránicas en un intento de entender qué llevaba a jóvenes musulmanes a buscar la muerte del mayor número de inocentes. Pero ahí estaban los principales ejecutivos de la empresa, ninguno de ellos periodista o con experiencia en la cobertura de una manifestación de vecinos, mucho menos un atentado, llamando a unos editores desbordados de trabajo para dar instrucciones sobre cómo contar muertos. Quise dejarlo pasar, pero no pude contenerme y perdí un par de minutos en escribir a ambos para decirles que se ocuparan de cuadrar cuentas y dejaran el periodismo a quienes estábamos en la primera planta.

¿Cuándo había empezado a joderse el periodismo? Seguramente el día que los gestores empezaron a hacer de periodistas y los periodistas de gestores. Hacía ya un tiempo que había llegado a la conclusión de que en La Segunda no tenían la menor idea de lo que era una redacción, cómo funcionaba o cuáles eran sus necesidades. Y lo que era peor: estaban convencidos de saberlo.

Mis diferencias con El Cardenal eran cada vez mayores y nuestras conversaciones seguían sin ir a ningún lado. Me llamaba todos los días para analizar la edición impresa, criticando que diéramos relevancia a la corrupción del Partido Popular, publicáramos cualquier noticia negativa sobre empresas del IBEX o lleváramos a portada temas sociales que él consideraba excesivamente progresistas, aunque para mí carecían de ideología. Nunca había entendido que el cambio climático, la pobreza, la inmigración o la desigualdad fueran desechadas como preocupaciones de izquierdas. O que la defensa de la Constitución, ahora amenazada por el desafío del

independentismo catalán, la promoción del emprendimiento o la exigencia de una educación de calidad fueran de derechas. Aunque la información política seguía mandando, buscaba oportunidades para llevar a la primera página historias de las secciones de Internacional, Ciencia, Sociedad y Reportajes, tradicionalmente marginadas. El Artista me había pedido licencia para diseñar portadas más atrevidas y se la había concedido. Había erradicado la publicación en portada de soporíferas imágenes de políticos en ruedas de prensa, un clásico de la prensa española. Y estaba empeñado en eliminar el periodismo declarativo que llevaba a los partidos a marcar la agenda con citas prefabricadas a sabiendas de que las recogeríamos sin contexto ni información adicional para contrastarlas. Eran cambios que difícilmente podían considerarse revolucionarios, pero El Cardenal los veía con disgusto. A veces subía a su despacho y me enseñaba portadas de *ABC* con títulos opinativos que trataban de pasar por información y adjetivos grandilocuentes que rompían las reglas más elementales del periodismo:

—Sus portadas tienen más intención que las nuestras.

—Titulan las informaciones con opiniones, por supuesto que tienen más intención.

—Ríete lo que quieras, pero sus ventas caen menos que las nuestras.

—En papel, quizá. Tenemos tres millones de usuarios únicos más en la web. Solo pierden a los lectores que se les mueren. Nosotros tenemos un problema y es que nos atrevemos a hacer periodismo incluso contra nuestros lectores. Denunciamos la corrupción del Partido Popular, aunque muchos de nuestros lectores les votan. Aspiramos a ser un periódico de verdad.

El Cardenal sacaba entonces su ejemplo favorito y me recordaba qué había pasado tras la publicación de los mensajes de Bárcenas que comprometían al presidente Rajoy y que habían terminado con la destitución de Jota al frente del diario.

—Vendimos 30.000 ejemplares más ese día —decía—. Pero después entramos en caída libre y la gente nos abandonó. No se puede hacer un periódico contra tus lectores.

—¿Nos iría mejor si hiciéramos uno más carca, más monárquico y más favorable al Gobierno? Ese es un mercado que ya está ocupado. La marca de *El Mundo*, lo que ha sido siempre, se perdería. Estaríamos muertos.

—No está funcionando —dijo El Cardenal, ignorando los datos cada vez más positivos de nuestro proyecto digital—. Algunos de los temas que llevas a

portada alejan a nuestros lectores. Te podría enseñar comentarios que me llegan.

—¿De tus amigos del IBEX? ¿De un ministro? Ni tú ni ellos sois representativos del lector de *El Mundo*. La mayoría de ellos no dirigen una gran empresa, no cruzan Madrid en *limousine* y no comen cada día con un ministro. El periódico no te tiene que gustar a ti. Tú no eres nuestro lector medio.

El Cardenal seguía encajando con buen talante mis discrepancias y rara vez perdía la compostura en nuestras discusiones. Sentía que podía hablarle con franqueza. Me veía como un utópico descarriado al que debía alejar de la senda del idealismo, aunque yo me consideraba lo suficientemente viajado, y desengañado por el viaje, como para creer en purezas absolutas. Ni siquiera en la mía.

El único asunto en el que El Cardenal y yo parecíamos estar en la misma página era Cataluña, cuyo Gobierno había lanzado una ofensiva en favor de la independencia que fracturaría la sociedad catalana y llevaría a España a su mayor crisis institucional en democracia. No tenía nada en contra de que uno quisiera emanciparse de lo que fuera, padres, jefes o incluso Estados, pero no podía comprender que los líderes nacionalistas catalanes pretendieran hacerlo en contra de la voluntad de al menos la mitad de sus ciudadanos, ignorando una Constitución que, con sus defectos, había dado al país un periodo de estabilidad sin precedentes. Los desafíos de la Generalitat eran cada vez más osados, espoleados por medios locales que hacían de *cheerleaders* tras haber sido bañados en subvenciones públicas. Pero ni siquiera cuando el parlamento catalán proclamó el inicio «del proceso de creación del Estado catalán independiente en forma de república» el presidente Rajoy pareció tomarse en serio lo que estaba pasando. Nuestro registrador de la propiedad tenía aversión a las decisiones difíciles y afrontaba los problemas con la confianza ciega de que se esfumarían si tan solo permanecía inmóvil el tiempo suficiente, hasta desesperar o aburrir a sus adversarios. No estaba funcionando en Cataluña y nuestros editoriales criticaban su falta de liderazgo.

Uno de los días de mayor tensión informativa en Cataluña iba en el coche cuando recibí una llamada de un número desconocido. Era el presidente. Mis hijos se peleaban en el asiento de atrás, así que tuve que apañármelas para hablar con Rajoy, concentrarme en la carretera y lanzar miradas de asesino en serie a los niños en un intento de mantenerlos callados. Ni siquiera podía

recurrir a las amenazas, una forma de intimidación parental que los psicólogos modernos —sin hijos— decían que perjudicaba su estabilidad emocional y que habría utilizado sin dudarlo si el presidente no hubiera estado escuchando a través del manos libres. Imposté el tono de voz de director sentado en su despacho y con los pies sobre la mesa mientras conducía sin rumbo —¿tenía que llevar a los niños al colegio o al médico?—, y el líder popular me contaba lo enérgicamente que iba a seguir haciendo nada.

—Los abogados del Estado están estudiando todas las opciones legales —dijo—, pero la presión mediática y el ruido no ayudan. Debemos ser firmes y mantener la calma… [mirada asesina a los niños]… El Gobierno no va a tolerar que se quebrante la Ley… En momentos como estos agradecería tu comprensión…

La deriva nacionalista, ayudada por la inacción de Rajoy, continuaría y llevaría a Cataluña a un punto de no retorno dos años más tarde, cuando los líderes independentistas convocaron una consulta sobre la ruptura con España que terminó en una declaración efímera de independencia, el encarcelamiento de los organizadores y la suspensión de la autonomía catalana. El número de catalanes favorables a la independencia se había triplicado bajo el Gobierno de Rajoy y el conflicto prometía enquistarse durante décadas. Estaba convencido de que los líderes nacionalistas, más allá de los errores cometidos por Madrid, estaban engañando a los ciudadanos sobre las consecuencias reales de romper con España y abandonar la Unión Europea. Nuestra delegación en Cataluña, formada por reporteros incansables, informaba con rigor sobre las contradicciones, excesos e imposiciones del nacionalismo más radical. La cobertura agradaba a El Cardenal y supuso una tregua en nuestro enfrentamiento, pero fue recibida con incomprensión por amigos de mi Barcelona natal. Me escribían para decirme que el diario había perdido la objetividad y me preguntaban dónde estaba la mesura que había prometido imponer en el diario. El periódico les gustaba cuando ejercía su función de contrapoder con el Partido Popular o el Gobierno de Madrid, pero no con políticos catalanes que habían encontrado en el sentimentalismo patriótico una forma de ocultar años de mala gestión y corrupción endémica. La verdad tiene muchos amigos, pero muy pocos sinceros.

Mi defensa de un periódico más sobrio y riguroso, menos marcado ideológicamente y más combativo en la denuncia de la corrupción y los abusos

de poder, sin importar siglas o partidos, tenía su punto débil en que las ventas no marchaban. Recibía un correo diario con los datos y a veces dejaba pasar toda la jornada antes de abrirlo, porque sabía que serían malas noticias. Las reuniones semanales de difusión eran tan deprimentes que propuse reducir su número y pasaron a ser quincenales. Siempre terminaban en largos debates sobre los motivos de la caída del papel en las que todos los participantes se alineaban con El Cardenal y su teoría de que el problema era que nuestras informaciones no masajeaban lo suficiente las ideas de «los nuestros».

—Nos falta *punch* —dijo en una de las reuniones, mientras el resto asentía —. Historias como las del 11M traían lectores.

—Pero muchas resultaron ser falsas.

—Eso no lo sabemos. Además, los lectores se las creían.

La idea de tratar de empujar las ventas con un periodismo de intenciones, militante y sin rigor me parecía absurda, cuestiones deontológicas aparte, porque nos llevaría a agravar la crisis de credibilidad que sufríamos desde nuestra cobertura de los atentados de Madrid. No podía discutirles el descenso en las ventas, pero me negaba a aceptar sus causas. La circulación había caído más de un 60 % antes de mi llegada y siempre lo había hecho más que la competencia desde el inicio de la crisis. La venta al número, la que no tenía en cuenta los datos inflados con repartos gratuitos y promociones, había descendido de forma similar en los meses previos a mi llegada y lo seguiría haciendo tras mi salida.

Mi oferta en la disputa siempre era la misma: la empresa podía decidir la línea editorial del diario a través de su Consejo Editorial, pero mientras yo fuera el director las noticias serían valoradas por estrictos criterios periodísticos. La separación radical de la opinión y la información era un concepto que chirriaba en la prensa nacional, que las mezclaba sin rubor. Podías coger los cuatro principales periódicos del país y leer versiones opuestas de los mismos hechos, adaptados a la línea editorial o interés de cada diario. Luego, en reuniones y debates, los grandes editores se preguntaban el porqué de la pérdida de credibilidad de la prensa.

Mi argumento era que las razones del desplome eran estructurales y se debían sobre todo a factores que estaban fuera de nuestro control, lo que hacía aún más urgente acelerar una apuesta digital, de calidad y por el periodismo independiente que nos permitiera algún día desarrollar un plan de suscripciones digitales capaz de sostener el negocio. *El País*, *El Mundo*, *ABC*

y *La Razón*, que habían llegado a tirar más de un millón de ejemplares antes de la crisis, no vendían ni la mitad entre todos y seguían cayendo con fuerza. Muy pronto el papel tendría una presencia testimonial como soporte de información diaria. Más de 5.000 quioscos de prensa habían cerrado y los que sobrevivían lo hacían más por la venta de chucherías y cromos para niños que con prensa. *El Mundo* siempre había dependido de sus exclusivas para atraer a compradores ocasionales, pero ahora nuestras investigaciones eran reproducidas al minuto en decenas de webs y habían perdido gran parte de su valor. Nuestra situación se había agravado, además, por la decisión de Silicon Valley de reducir la inversión en promociones en un intento de cuadrar las cuentas, ignorando los vicios de un mercado que había acostumbrado a los lectores a recibir algo con la compra de su diario. Durante décadas les habíamos ofrecido desde cruasanes a patinetes, y desde cacerolas a películas de acción, quizá porque no confiábamos en atraerles con nuestro periodismo. *ABC* triunfaba regalando un rosario y *La Razón* había logrado vender hasta 50.000 ejemplares más con la entrega a plazos de un robot de cocina, para perderlos todos en cuanto agotó la oferta. Las promociones ya no eran rentables, pero nuestros competidores estaban dispuestos a seguir haciéndolas para sostener su difusión y nosotros, en mitad de la inestabilidad que suponía haber tenido tres directores en menos de tres años, las habíamos reducido.

La idea de que podríamos subir nuestras ventas ofreciendo un gran diario de domingo o apostando por un periodismo más independiente se desvanecía. Tras un par de meses de empuje, nuestra edición dominical regresó a las caídas previas al lanzamiento, como había vaticinado Mellado. Los estudios de mercado eran deprimentes, porque demostraban que a muchos lectores de prensa no les importaba la calidad de la información o su rigor, sino que el diario reforzara sus creencias y posiciones. Empecé a dudar: ¿Y si El Cardenal tenía razón? ¿Y si lo que yo quería para el periódico y lo que le convenía no era lo mismo?

Quería conocer la percepción que los lectores tenían de lo que estábamos haciendo y empecé a visitar el quiosco de José para preguntárselo directamente. Mi quiosquero era un vendedor despierto que había heredado el negocio de su tío tres décadas antes y sabía de prensa más que muchos de los directivos de La Segunda. Me dijo que *El Mundo* solía tener buenas promociones, pero que ahora apenas podía competir con lo que ofrecían *ABC*, *El País* y, sobre todo, *La Razón* y sus robots de cocina. José me presentaba a

los clientes que se acercaban, orgulloso de poder decir que el director de uno de los grandes diarios del país compraba en su tienda. En una de mis visitas coincidí con Miguel Ángel Aguilar, uno de los periodistas históricos de *El País* que semanas antes había fundado *Ahora*.

—Dos directores juntos en mi quiosco —dijo José exultante—. Esto sí que no me lo esperaba.

Aguilar me dijo que admiraba lo que quería hacer en *El Mundo*, pero que no me iban a dejar. Luego sugirió que me llevara su periódico, que aseguró era de lo mejor que se había hecho nunca, aunque unos meses después cerraría por falta de lectores y publicidad. Pedí mi ejemplar de *Ahora* y pregunté a Aguilar si a cambio se llevaría *El Mundo*:

—Ah, eso nunca —dijo con una sonrisa, recordando nuestra rivalidad histórica con *El País*.

Y se marchó sin llevárselo.

La mayoría de los lectores que llegaban al quiosco eran señores de más de 50 años que llevaban siendo fieles al mismo diario toda la vida. Mis sondeos nada científicos con ellos me confirmaron que todo lo que habíamos hecho por levantar el papel había sido un error. Compraban el periódico por tradición y veían los cambios con recelo. La revista *Papel* era un gran producto, creativo y fresco, pero estaba pensada para un lector 20 años más joven. La sábana nos permitía hacer magníficas portadas, pero irritaba a quienes preferían un formato más pequeño y cómodo mientras desayunaban. Pensaba que si uno estaba de acuerdo con todo lo que leía en su periódico era porque no era un periódico, sino un panfleto. Pero muchos de aquellos lectores creían justamente lo contrario. Los más religiosos no querían historias sobre los abusos en la Iglesia católica, aunque existieran. Los seguidores del Real Madrid buscaban críticas a los árbitros que no pitaban penaltis a favor de su equipo, aunque no lo fueran. Los taurinos no querían reportajes sobre derechos animales ni los conservadores sobre el matrimonio gay. Un lector me reprochó que hubiéramos entrevistado a Manuela Carmena, la alcaldesa de Madrid, porque era de izquierdas. La había conocido unas semanas antes en la sede del Ayuntamiento, en el Palacio de Cibeles, desbordada tras haber llegado a la política después de una carrera en la judicatura. En las oficinas tenía una pequeña cocina y cuando llegué estaba allí, cocinando magdalenas para el postre. Le dije a la alcaldesa que nuestra línea editorial sería crítica, pero que juzgaríamos su gestión como la de cualquier otro alcalde. El tráfico, la

limpieza, los impuestos… Cuando expliqué aquello a nuestro lector, temí que devolviera el diario que acababa de comprar.

—Es una comunista —dijo.

Quizá Enric González, nuestro columnista y reportero, tenía razón, y lo peor de la prensa eran «sus lectores». O tal vez aquello era algo que nos repetíamos porque no habíamos sido capaces, cuando tuvimos la oportunidad, de acostumbrarles a un periodismo que mereciera más la pena y que ya no reclamaban.

Pocos días después de que *El Mundo* estrenara su portada en formato sábana para la edición de los domingos recibí la carta de un lector cabreado. El sobre contenía la primera página hecha trizas y un breve comentario: «Vuelvan ustedes a ser un periódico serio». Recibí la misma protesta, sin remitente y con la portada del domingo troceada, todas las semanas mientras fui director.

—Ha vuelto a escribir —me decía Amelia cuando recibíamos carta.

—¿Sin remitente?

—Sí, solo la portada en trocitos.

Me apenaba que fueran anónimas, porque me habría gustado explicarle el porqué de aquella apuesta —la portada como gran escaparate de nuestras mejores exclusivas, reportajes, diseños y fotografías— y agradecerle el paseo dominical al quiosco, a pesar del disgusto. Esperé su carta todas las semanas para confirmar que seguía comprando el diario a pesar de lo irritante que le resultaba el nuevo diseño de los domingos. Quizá pensaba que, a pesar de nuestros errores y contradicciones, las faltas cometidas por los duendes de la imprenta y las opiniones no compartidas, de nuestras ataduras e incoherencias, seguíamos siendo necesarios en nuestra imperfección.

No todos los esfuerzos invertidos en el nuevo domingo habían sido en balde. Quizá los suplementos incorporados no estaban atrayendo a lectores a los quioscos, pero las versiones digitales de *Papel* o *Zen*, junto a nuevos canales recientemente creados para un público más joven, nos estaban dando el empujón que necesitábamos para acercarnos de nuevo al liderazgo en internet. Los reportajes e historias sociales no agradaban a El Cardenal, pero estaban siendo un éxito de audiencia y atraían a un público femenino al que habíamos alejado. Los datos demostraban que los lectores preferían una buena historia de educación, ciencia o salud a tediosas crónicas de política declarativa. La

historia más leída bajo mi dirección sería una exclusiva de Starsky y Hutch sobre acoso escolar. Diego, un niño de 11 años, se había arrojado por un balcón en Leganés (Madrid) y nuestra pareja de investigadores andaba detrás del motivo del suicidio. Mantuvieron el contacto con los padres, que les enseñaron la nota que habían encontrado en el alféizar de la ventana del cuarto de su hijo:

—Mirad en Lucho —había escrito Diego, señalando a su muñeco.

La pista dirigía a una carta en la que el menor contaba que había decidido quitarse la vida porque no soportaba el acoso de sus compañeros de colegio.

—Los dos sois increíbles pero juntos sois los mejores padres del mundo —había dejado escrito—. Os digo esto porque yo no aguanto ir al colegio y no hay otra manera para no ir. Por favor espero que algún día podáis odiarme un poquito menos.

La información de Starsky y Hutch obligó a las autoridades a reabrir la investigación sobre la muerte de Diego, hizo que decenas de colegios revisaran su política de prevención sobre el acoso escolar y provocó un aumento del 75 % de las denuncias. Qué más daba que se hubiera publicado en papel o en digital, que se hubiera leído en el sofá de casa o en el móvil, que fuera un tema político o social. Era una buena historia, relevante para mucha gente, y habíamos apostado por ella. Había perdido la paciencia con los debates fútiles y estaba decidido a dejar de prestar atención a quienes, por interés o nostalgia, seguían resistiéndose a los cambios.

Mi discurso sobre la transformación se radicalizó a partir de aquellas visitas al quiosco, cuando vi que no podía detener la caída del papel y comprobé el avance de nuestro proyecto digital, en audiencia, fidelidad e ingresos, a pesar de la falta de medios. No se trataba de abandonar la versión impresa, que seguiría siendo un referente esencial para nuestra marca y un producto cada vez más cuidado, sino de aceptar que nos jugábamos el futuro en acertar con nuestra oferta digital y su plan de negocios. Pero cualquier propuesta de futuro, fuera el rediseño de la redacción, la renovación de equipos desfasados o la incorporación de perfiles clave en un diario moderno —llevábamos meses tratando de que se aprobara la contratación de un jefe de vídeo—, languidecía entre la burocracia de La Segunda y las resistencias nostálgicas de La Primera. Pedí voluntarios que quisieran cambiar de horario, sin entender por qué San Luis seguía siendo un desierto en nuestros picos de tráfico digital, a primera hora de la mañana, o durante los muy españoles e interminables

recesos de la comida. El Sindicalista vino a verme alarmado:

—No se pueden cambiar los horarios de la gente así como así, sin hablarlo con los trabajadores.

—Necesitamos gente cubriendo los picos de actualidad y potenciar nuestra apuesta digital. Tenemos a millones de lectores en la web que no están recibiendo lo mejor de nuestro periodismo en periodos clave del día.

—La gente tiene su vida hecha —insistió—, no se puede cambiar.

—Por eso he dicho que es voluntario. Hay gente que prefiere un horario más concentrado o venir antes. No forzaremos a nadie.

—Esto traerá problemas.

—Ya tenemos problemas, ¿no?

Tenía prisa por cambiar las cosas, pero las cosas no tenían ninguna prisa por cambiar.

VIII LOS ACUERDOS

El Cardenal llamó más irritado que de costumbre.

—¿Qué hemos hecho esta vez? —pregunté.

—¿Has visto lo de Economía?

Me leyó el titular: «La cúpula del IBEX cobra un 10 % más y los salarios caen un 5 %».

Era una información sin ningún tipo de valoración, que se limitaba a reflejar con datos cómo durante los años de crisis los salarios de los altos directivos habían subido, mientras bajaban los de la mayoría de los trabajadores. El Cardenal creía que era una información injusta y que daba munición a Podemos, el partido de izquierdas de Pablo Iglesias que empezaba a ser visto con pánico por la elite.

El Cardenal tenía razones para sentirse en deuda con sus amigos del IBEX. Los Acuerdos, como se conocían los pactos negociados con las grandes empresas al margen de las cifras de audiencia o el impacto publicitario, habían salvado a la prensa durante la Gran Recesión. Era un sistema de favores por el que, a cambio de recibir más dinero del que les correspondía, los diarios ofrecían coberturas amables, lavados de imagen de presidentes de grandes empresas y olvidos a la hora de recoger noticias negativas. No necesitaba que nadie me explicara la letra pequeña de Los Acuerdos porque había vivido sus ataduras incluso desde la lejanía de la corresponsalía en Asia, después del derrumbe de una fábrica textil en Bangladesh en la que murieron más de un millar de personas. Mientras preparaba mi viaje a Dhaka hice algunas llamadas y supe a través de un contacto que El Corte Inglés era una de las empresas que producía ropa en el Rana Plaza, el edificio del siniestro. Envié mi crónica a última hora de la noche y por la mañana me encontré un *mail* de Internacional que empezaba diciendo: «Sé que te vas a cabrear…».

Jota había ordenado que todas las referencias a El Corte Inglés, uno de los mayores anunciantes de la prensa del país, que había mantenido su inversión

incluso en los peores años de crisis, fueran eliminadas del artículo. No entendía que el buen nombre de una empresa estuviera por encima de la información de una tragedia que había costado la vida a toda aquella gente. Llamé a mis jefes —efectivamente: me había «cabreado»— y les dije que suspendía mi viaje a Bangladesh. No escribiría más sobre el suceso salvo que tuviera garantías, por escrito, de que mis textos no serían censurados. Durante los siguientes dos días viví un pulso con el *staff*, que insistía en que debía desplazarme a Dhaka. El periódico tuvo que continuar la cobertura con noticias de agencias.

El intercambio de favores entre prensa y empresas estaba tan enraizado, desde hacía tanto tiempo, que no hacía falta descolgar el teléfono para que los directivos se cobraran su parte: en las redacciones se había interiorizado que empresas como Telefónica, el Banco Santander o el Corte Inglés eran intocables. Los Dircom del IBEX habían adquirido un gran poder sobre los medios, distribuyendo sus presupuestos en función de la influencia que atribuían a cada uno y castigando a los díscolos. A veces, ni siquiera el director conocía los detalles detrás de Los Acuerdos. Una tarde recibí la visita de un ejecutivo de La Segunda pidiéndome que retiráramos una noticia negativa sobre Mercadona, la mayor empresa de distribución del país. Cuando pregunté por qué le preocupaba tanto una noticia de una corporación que ni siquiera nos ponía dinero, me dijo:

—Porque lo pone.

No había visto nunca un anuncio de Mercadona en nuestras páginas y había leído informaciones donde se ensalzaba el éxito de la empresa «a pesar de no invertir nada en publicidad». No le hacía falta: la empresa pagaba a la prensa —incluidos pujantes digitales nativos que se declaraban pulcros—, importantes sumas de dinero en «patrocinios» con los que lograba coberturas amables y protección ante las molestias del periodismo. Los departamentos de publicidad de los medios habían usurpado funciones a las redacciones, influyendo cada vez más en el contenido periodístico o elaborándolo directamente. Nuestro equipo de Salud, el mejor de la prensa nacional, se indignaba con las intromisiones de Publicidad. Un día publicaron una historia titulada «El engaño de los suplementos de omega-3», con citas de expertos y estudios que ponían en duda sus beneficios. Poco después se encontraron otra noticia en la web promocionada por Puleva sobre las ventajas de la leche enriquecida con omega-3. Subí a Publi y les dije que los contenidos

promocionados no podían llevar la misma tipografía que las informaciones y que debían incluir una advertencia que los diferenciara claramente. Era un pulso constante que los periodistas habían perdido en la mayoría de las redacciones: la crisis se había convertido en la coartada perfecta para romper algunas de las reglas sagradas del oficio.

El mercadeo de información había contaminado incluso el mítico género periodístico de la entrevista, que ahora se ofrecía a cambio de publicidad o dinero. Una amiga que trabajaba en la industria agrícola me explicó cómo había recibido una de aquellas ofertas de un diario regional:

—Primero escriben algo negativo que nos afecta y después me llaman para recoger mi opinión y ofrecerme una entrevista donde ofrecer mi versión. Digo que vale y me dicen que son tantos miles de euros.

La relación incestuosa entre periodismo e intereses comerciales también afectaba a las radios, donde los locutores pasaban de dar la noticia del día a publicitar las rebajas, y las televisiones, que ni siquiera necesitaban los favores porque los dos grandes grupos, Atresmedia y Mediaset, funcionaban como un lucrativo duopolio. Paolo Vasile, el consejero delegado de Mediaset, que incluía los canales de televisión Telecinco y Cuatro, había dado instrucciones de que en los informativos no aparecieran noticias positivas de empresas que no pusieran publicidad, según me contaron varios de sus periodistas. Vasile, que tenía buen ojo para atraer audiencias, no estaba interesado en la información porque le daba muchos quebraderos de cabeza y poco dinero en comparación con los *realities* y los programas del corazón. Tenía la ventaja de que tampoco fingía lo contrario: no le tembló el pulso al cargarse *CNN+* tras comprársela a PRISA y sustituir la programación por 24 horas diarias de *Gran Hermano*.

El grado de sumisión a Los Acuerdos dependía, en el caso de la prensa escrita, de la beligerancia de la empresa y de la capacidad de resistencia del director de turno. Ahora que me encontraba en el otro lado de la barrera, me preguntaba cuál sería la mía y si mantendría mi decoro periodístico con la misma determinación que cuando era un simple reportero sin responsabilidad en la marcha del periódico. El diario vivía la situación financiera más delicada de su historia y no podía permitirse perder las campañas de sus principales anunciantes. Al principio, opté por mantener una distancia con los grandes capos del dinero que me ahorrara dilemas morales. No se trataba de

eludir el contacto, sino de evitar que esas relaciones tuvieran una cercanía que comprometiera nuestra cobertura del IBEX. La línea no era nítida, pero parecía evidente que ir a las bodas de las hijas de sus directivos, tomar el sol en la cubierta de sus yates o dejar que te pagaran viajes de lujo suponía cruzarla. Al poco de llegar rechacé una invitación de CaixaBank para asistir a un concierto privado de Sting, todos los gastos pagados con acompañante, hotel de seis estrellas, billetes en primera y recogida con chófer en la puerta de casa. Mientras leía las condiciones de la excursión, sorprendido de que un banco del que informábamos casi a diario esperara que aceptara semejante propuesta, repasé la lista de invitados del año anterior. No faltaba nadie: directores de periódicos, presentadores de radio y televisión, directivos de grupos de prensa y periodistas de renombre. Mis diplomáticos rechazos a palcos, eventos privados y viajes fueron interpretados como muestras de desdén y El Cardenal me los reprochó contándome que sus amigos del IBEX andaban quejosos por lo que consideraban una actitud prepotente por mi parte:

—Dicen que no tienen interlocutor en *El Mundo*.

—No es cierto —me defendí—. He hablado con varios de ellos y no tengo ningún problema en verlos. Simplemente, no vamos a ser mejores amigos.

—No hace falta que te diga cuál es nuestra situación y lo importante que son esas relaciones. Muchos contratos se logran por afinidad con el director. No tienes que hacer nada malo ni comprometer tu integridad, pero es parte del trabajo. Y, además, manejan la mejor información de Madrid. Te pueden ser muy útiles.

Unos días después El Cardenal me pidió que fuera con él a una cita con Francisco González, el todo poderoso presidente del BBVA. En su despacho, en la última planta de la entonces sede del banco en el Paseo de la Castellana, había espacio para montar una redacción. El nuncio de Milán empezó a hablar de las dificultades que estaba viviendo la prensa y de lo complejo que estaba siendo para la empresa cerrar el presupuesto del año. Y, con toda la naturalidad de quien pide una segunda cucharada de azúcar para el café, dejó caer la posibilidad de que se inyectara una buena cantidad de dinero extra a Los Acuerdos que teníamos con el banco. González dijo que lo arreglaría, sin más. El banco, como otras empresas del IBEX, tenía un fondo dedicado a comprar favores periodísticos, ayudaba a crear diarios de periodistas afines y premiaba a los líderes mediáticos que ayudaban a mejorar la imagen de su presidente. Salí de la reunión con la sensación de que El Cardenal me había

llevado en calidad de discípulo, para que aprendiera cómo se hacían «estas cosas».

Con el tiempo acepté encuentros con varios presidentes de grandes multinacionales, tras asumir que no podía escapar del papel institucional que se esperaba de mí. No tardé en darme cuenta de que no servía. Una de mis primeras citas con el poder económico fue un desayuno con el presidente de una multinacional energética, que hizo una encendida defensa de la independencia del periodismo, asegurando que *El Mundo* era un periódico necesario que políticos y empresarios querían acallar. Pero no él, según me dijo.

—He aquí un tipo con el que quizá podría llevarme bien —pensé.

La reunión tocaba a su fin y mi anfitrión concretó sus halagos en mí, asegurando que mi proyecto era importante y que quería ayudarme.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Me quedé en silencio, sin saber si debía pedir que redujera la factura de la luz de San Luis, un millón de euros adicionales en publicidad o información confidencial sobre los expolíticos —incluidos los expresidentes Felipe González y José María Aznar— que habían cobrado de los consejos de administración de empresas energéticas sobre las que habían legislado.

—Hmmm… Nada, gracias —dije tras un largo silencio.

Mi anfitrión insistió:

—Sé que lo estáis pasando mal y creo que debemos apoyar a un director joven y moderno como tú, sobre todo ahora que arranca tu proyecto. ¿Seguro que no hay nada que pueda hacer por ti? ¿Algo fuera de Los Acuerdos?

Volví a declinar la oferta y durante el viaje de regreso me pregunté si no había hecho el gilipollas. Podía haber sacado algo y, si más adelante me pedía un favor, recordar su encendida defensa del periodismo independiente.

Empecé a padecer el incordio de las llamadas de la elite económica del país, porque una vez te conocían podías estar seguro de que llamarían. Sus peticiones me parecieron bastante inocentes al principio. Borja Prado, el presidente de Endesa, de quien me habían advertido que era clave en mi supervivencia porque era «el hombre de los italianos en España», llamaba para pedir ser incluido en *Vox Populi*, la sección de las páginas de Opinión en la que sacábamos una foto tamaño carnet de personajes del día, con una flecha para arriba o abajo y un comentario elogioso o crítico sobre algo que hubieran

hecho. Me costaba entender que alguien que ganaba una fortuna y dirigía una multinacional con miles de empleados le diera importancia a aquel pedacito de periódico, pero ni era mi trabajo resolver los misterios insondables del ego humano ni me causaba mayores problemas satisfacerlo: dos centímetros del diario difícilmente me comprometían a nada. Pablo Isla, presidente del imperio Inditex y Zara, pidió en una ocasión si podíamos llevar más discretamente una noticia sobre su hijo Santi, que tenía una banda de rock y el humor de haber llamado a su anterior grupo *Sin Blanca*. «Por preservar la intimidad de la familia». Me pareció bien, porque la información había estado toda la mañana en la portada de la web y no era relevante. Otros presidentes se limitaban a enviar un mensaje los días que tenían Junta de Accionistas, pidiendo que por favor recogiéremos la noticia de sus resultados. Sabía que tarde o temprano tendría que lidiar con peticiones más comprometedoras y batallas más importantes.

La mayor de ellas no tardó en llegar.

El más poderoso entre los presidentes del IBEX era César Alierta. Había construido un formidable entramado de poder e influencia utilizando Telefónica, una de las grandes empresas del país, como su cortijo personal. Se podía caminar por los pasillos de las plantas nobles de su sede y ver en las puertas de los despachos los carteles con los nombres de sus colocados: exministros tanto del PP como del PSOE (Trinidad Jiménez o Eduardo Zaplana), familiares de dirigentes políticos (Iván Rosa Vallejo, marido de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría), cercanos a la realeza como el ex jefe de la Casa Real Fernando Almansa e incluso la realeza directamente. El cuñado del Rey, Iñaki Urdangarin, fue enviado por Alierta a Washington con un generoso sueldo en cuanto empezó a tener problemas con la justicia.

Tener una larga lista de empleados VIP no solo engrasaba los contactos del presidente de la corporación con el poder, sino que enviaba a futuros candidatos la señal de que también a ellos podía esperarles un despacho con sueldo de seis cifras —siete, incluso— si se portaban bien. Alierta había organizado, además, una asociación de grandes empresarios que, bajo el inofensivo nombre de Consejo Empresarial de la Competitividad, había sido concebida en 2011 como un poder fáctico en la sombra. Entre sus impulsores estaban, aparte del presidente de Telefónica, el entonces presidente del Banco Santander, Emilio Botín; el hombre fuerte de La Caixa, Isidro Fainé; el

presidente de Iberdrola, Ignacio Sánchez Galán, o el del BBVA, Francisco González. El mundo del dinero funcionaba como una comuna: sus relaciones estaban forjadas por los mismos intereses, sus accionariados entremezclados y sus enemigos eran compartidos y purgados sin miramientos. Pedro Jota culpaba al IBEX de estar detrás de su destitución tras su enfrentamiento con el presidente Rajoy, en una conspiración para derribarle que unió a los empresarios más influyentes del país, al Gobierno y a El Cardenal, que se deshacía así del director con poder absoluto que le había relegado a un papel secundario. El pacto para la destitución del fundador de *El Mundo* se acordó en Milán y el golpe final lo dieron los grandes capos del dinero, que previamente habían ahogado nuestras cuentas con una reducción de la inversión publicitaria. El IBEX era un enemigo que no querías tener. Yo estaba a punto de sumarlo a una lista que empezaba a ser demasiado larga.

Money, nuestro corresponsal liberado en la sección de Economía, uno de los pocos Nobles que no pertenecía a Nacional, escribía todas las semanas un artículo sobre el poder del dinero. Cada poco tiempo venía a mi despacho a pedirme una promoción, justificándola en que podría ser mi enlace con el *establishment* y ahorrarme esa parte del trabajo que sospechaba que no me gustaba. Me dijo que tenía una información delicada sobre las relaciones empresariales de Alierta con Rodrigo Rato, el exvicepresidente del Gobierno y exdirector del Fondo Monetario Internacional (FMI) implicado en varios casos de corrupción.

El presidente de Telefónica tenía una participación en un hotel en Berlín que la justicia sospechaba había sido utilizado por Rato para el blanqueo de dinero y evasión de capitales, dentro de una compra realizada a través de una sociedad familiar administrada por uno de sus sobrinos. Le pregunté a Money si Alierta sabía en qué andaba metido Rato cuando invirtió en el negocio de Berlín:

—No lo creo —dijo—. Rato fue determinante en la elección de Alierta como presidente de Telefónica. Son amigos. Lo normal es que le propusiera invertir y Alierta confiara en él.

Una hora después de que Money abandonara mi despacho recibí la llamada de El Cardenal. Tenía la voz entrecortada y sonaba preocupado. Me pidió que subiera a verle.

—Lo de Alierta… —dijo—. Esto no… No puede salir. Esto no.

Me sorprendió que estuviera al tanto de una historia que yo no le había mencionado. Supuse que Money se lo había adelantado y no me gustó. Fue la primera de muchas pistas que me indicaron que El Cardenal mantenía una relación paralela con algunos de mis periodistas, saltándose al director que ignoraba sus presiones para negociar el tratamiento de informaciones directamente con sus autores.

—Esto es muy muy serio —continuó—. He hablado con Alierta y nos pide que no demos esa información. Todo se ha hecho legalmente. No entiende esta persecución.

—No parece que haya nada ilegal —dije—. Pero que el exvicepresidente del Gobierno implicado en corrupción y el empresario más influyente del país sean socios en un hotel que la Justicia cree que fue utilizado para lavar dinero es relevante. Mi idea es publicarlo.

El Cardenal perdió su compostura.

—¡No lo entiendes! No se puede hacer periodismo si no hay un periódico para hacerlo. Estamos a punto de firmar el acuerdo de patrocinio con ellos.

—¿Me estás diciendo que nos amenazan con no firmar?

—Te estoy diciendo que vivimos de favores. Esa es la realidad. No podemos ir contra los amigos que nos ayudan. Esto no es una corresponsalía, tienes responsabilidades. Con la empresa. Con tus compañeros. Con el periódico.

El Cardenal me sometió durante los siguientes días a la mayor presión de mi año como director. Silicon Valley se unió a ella, diciéndome que los números no cuadraban y que estábamos en grandes dificultades:

—No podemos permitirnos sustos.

La fecha de publicación se acercaba y no daba mi brazo a torcer. Money había hablado con Telefónica y les había dado oportunidad de rebatir el artículo. Parte de la información sobre Alierta había sido ya adelantada por *El Economista*, no acusábamos al presidente de Telefónica de ninguna ilegalidad y la posibilidad de que tuviera un impacto para él era mínima, entre otras razones porque la mayoría de los medios no se atreverían a reproducirla.

El Cardenal bajó a mi despacho e hizo un último intento por detener la publicación, recuperando el tono paternal de otras veces. Daba vueltas por la habitación y buscaba la forma de convencerme. La puerta estaba ligeramente entreabierta.

—Piensa en ellos —dijo señalando a la redacción a través del hueco—. Hay decisiones que cuestan puestos de trabajo.

Fue un golpe bajo. Al relacionar mi decisión al futuro de mis compañeros, El Cardenal me sometía a un chantaje emocional que sabía que podía funcionar. ¿Acaso no estaba siendo egoísta si elegía publicar, sin tener en cuenta las consecuencias que podía tener para mis periodistas? Si escogía no hacerlo, ¿no estaba traicionándoles también, al fallar en mi defensa de la integridad del diario? ¿Había alguna manera de hacer ambas cosas, cumplir mi promesa de ser leal a la redacción y a los lectores, y no poner en riesgo las cuentas del diario? El Cardenal se marchó dejando todas aquellas preguntas en el aire y por un momento eché en falta la liviandad del periodismo de infantería, cuando mi mayor preocupación era lograr un visado de entrada a algún país a punto de desmoronarse, no salvar la hipoteca de mis redactores. No podía compartir las presiones que estaba recibiendo con nadie. El director era el muro entre el poder y quienes escribían sobre él: si se resquebrajaba, y trasladaba una carga que me correspondía llevar a mí, les dejaba en una posición de vulnerabilidad y les enviaba el mensaje de que no debían traerme historias que dieran problemas.

Podía matar el artículo de Alierta y justificar la decisión en un bien superior. El periódico. Los puestos de trabajo. Las cuentas. Y, sin embargo, me parecía una bajada de pantalones inasumible. El pasado de Alierta hacía creíble el riesgo de retirada de publicidad o patrocinios. Más de una década antes *El Mundo* había revelado que el presidente de Telefónica y su sobrino, Luis Plácer, habían utilizado información privilegiada cuando el primero dirigía Tabacalera, comprando acciones de la compañía antes de que se revalorizaran con la adquisición de la estadounidense Havatampa y con una subida del precio de los cigarrillos. Alierta fue absuelto por prescripción del delito, aunque la sentencia demostró los hechos, y nosotros pagamos las consecuencias de nuestras informaciones con una retirada de publicidad que hizo un gran agujero en las cuentas. Pero aquello había ocurrido en los buenos tiempos, cuando las páginas de Clasificados pagaban los sueldos de media plantilla —la mayoría eran de prostitución: fotografías y textos gráficos incluidos—, los diarios ganaban fortunas y, si nos vendíamos, al menos podíamos decir que había sido por un precio digno. Ahora que teníamos dificultades para pagar las nóminas y los de Publicidad suspiraban porque entrara otro anuncio sobre el tratamiento de la impotencia, recordándonos la edad media de los lectores que nos quedaban, la pérdida de una cuenta como la de Telefónica bastaba para poner en duda la viabilidad del diario. Tampoco

tenía la certeza de que esa amenaza existiera. Alierta hablaba directamente con El Cardenal y su directora de comunicación, Marisa Navas, jamás mencionó la inversión publicitaria o Los Acuerdos cuando me llamó para dar su versión del artículo.

Tres días antes de la publicación recibí una última llamada de El Cardenal:

—Me dicen que vas a publicar.

No sabía que, con los cambios de la nueva edición impresa del domingo, el suplemento económico cerraba los jueves y que ya había sido enviado a imprenta.

Cuando se lo dije se despidió atropelladamente. Volvió a llamar unos minutos después.

—Todavía se puede cambiar —dijo—. Estamos a tiempo.

—Te digo que hemos cerrado y está en impresión.

—Acabo de hablar con la imprenta. He dado orden de que paren las máquinas.

—¿Que has hecho qué?

—No te enfades, Alierta nos pide un favor. Uno solo. Asume que el artículo va a salir, pero quiere que quitemos la mención a su sobrino. ¿Has visto el título? Es injusto.

Tenía la página sobre mi mesa: «Alierta y Rato, socios en el hotel de lavado de dinero de Berlín». Pensé que llevaba razón en lo del título, porque daba a entender que el presidente de Telefónica sabía que estaba entrando en un negocio ilícito y no teníamos ninguna prueba de que fuera así. El Cardenal me dijo que había hablado con Money y que estaba de acuerdo con revisar su texto.

—¿Hablas con mis periodistas a mis espaldas?

—Alierta nos pide un favor sin importancia —dijo—. Él no tiene hijos y sus sobrinos son todo para él. Está viudo y es todo lo que tiene. Es solo eso: quitar un nombre.

No tenía autoridad sobre la imprenta, que trabajaba para todo el grupo y dependía directamente de El Cardenal. Le dije que llamaría a Money y que le consultaría sobre el título y el nombre del sobrino.

—Si él cree que no es relevante para la historia, lo quitamos. De lo contrario, se queda.

Money estaba de acuerdo en que se le había ido la mano en el título, pero dijo que el sobrino era clave para entender la historia, porque era el

administrador de la empresa que había comprado la participación en el hotel. Llamé a El Cardenal para comunicarle que no podía atender el favor que pedía Alierta:

—Jamás vuelvas a parar la imprenta sin mi autorización. Tú no eres el director, no lo olvides nunca.

Publicamos el artículo de Alierta y continuamos con la cobertura en los siguientes días, abriendo la web con una información sobre las investigaciones judiciales por los presuntos pagos irregulares a Rodrigo Rato por parte de Telefónica y del banco de inversión Lazard. El enfrentamiento con El Cardenal por esas informaciones continuaría y compañeros de otros diarios me advirtieron de que en adelante debía vigilar mis espaldas. No solo había publicado algo negativo de uno de *Los Intocables* del Ibex, desautorizando a El Cardenal ante su círculo íntimo de poder, sino que había roto Los Acuerdos que gobernaban las relaciones del triunvirato económico, político y mediático que movía los hilos del poder. Si un gobierno en apuros visto con simpatía por la elite te pedía ayuda en un momento delicado, cuando sus expectativas electorales se hundían, Los Acuerdos no escritos estipulaban que debías concedérsela. Si el empresario más poderoso del país te pedía que sacaras el nombre de su sobrino de un artículo, y su empresa era uno de tus mayores anunciantes, Los Acuerdos no escritos estipulaban que debías concedérselo. Y si desde la planta noble de tu empresa te sugerían que miraras a otro lado cuando se ordenaba parar la imprenta, Los Acuerdos estipulaban que debías hacerlo, salvo que no tuvieras ningún aprecio por tu futuro profesional.

Leyendo la prensa en la última década era fácil llegar a la conclusión de que vivíamos en un país donde banqueros, tiburones inmobiliarios y políticos se habían burlado del sistema en beneficio propio, mientras dejaban una enorme factura al resto. Y, sin embargo, ese siempre había sido un relato incompleto en el que los periodistas habíamos dejado fuera a personajes clave en la trama. Las razones de nuestro descuido eran obvias: se sentaban, literalmente, sobre nuestras cabezas.

La derrota que el periodismo estaba viviendo frente al poder solo era posible con la connivencia y en ocasiones la participación directa de importantes aliados dentro de los medios. Los tres grandes grupos de prensa del país, PRISA, Unidad Editorial y Vocento, se encontraban en serios apuros económicos y habían pasado a depender, más que nunca, de la publicidad institucional que el Gobierno distribuía a capricho, la concesión de licencias

de radio y televisión digital, cuya última partida iba a entregarse en vísperas de las elecciones, y los pactos con las grandes empresas del país. El *establishment* se sentía más vulnerable de lo que había estado en décadas y había encontrado en los ejecutivos de los medios a los aliados necesarios para sumarse a la causa de su protección. ¿Qué importaban los resultados económicos, el periodismo independiente o el daño a las marcas periodísticas para alguien como El Cardenal? Su posición dependía de una red de influencia que había acudido a su rescate cada vez que se veía amenazado y que tenía en César Alierta a su general, el hombre que daba empleo a los exministros en paro, podía salvar las cuentas de diarios en apuros o eliminar a directores incómodos. De repente caí en la fragilidad de mi posición. El Cardenal no podría tolerar nunca a un director que no acatara sus instrucciones porque aquella resistencia le condenaba a una posición de irrelevancia, disminuía su valor a los ojos del poder y comprometía su propia supervivencia. ¿Qué utilidad tenía para los que mandaban si no era capaz siquiera de conseguir que su director quitara un nombre de un artículo? ¿Si no podía atender el favor más simple? ¿Si no podía hacer cumplir Los Acuerdos?

El sistema estaba perfectamente engrasado y dependía de que ninguna pieza se moviera del lugar donde había sido colocada. El poder económico protegía al poder político. El poder político protegía al poder económico. La prensa protegía al poder económico… El Cardenal había tratado de explicarme cómo funcionaba todo desde nuestra primera reunión en su despacho —«pronto entenderás que, en el mundo real, las cosas no son tan fáciles»—, tratando de alejarme de la fantasía de que podría ocupar El Despacho y no ser salpicado por las impurezas del poder. Para él había llegado la hora de que tomara una decisión: participar en *El Gran Juego de los Favores*, donde se ofrecía a ser mi maestro, o ser expulsado de la partida.

IX COSA NOSTRA

Ni siquiera un periódico combativo como *El Mundo* podía operar completamente fuera de Los Acuerdos, el sutil mercadeo de información y favores al que la prensa estaba enganchada como un yonqui a su droga. El sistema llevaba demasiado tiempo en funcionamiento, tras haber sido instalado por una mezcla de empresarios y directores de medios salidos de la Transición. Sus principales representantes en la prensa eran los Tres Tenores: Juan Luis Cebrián (*El País*), Pedro Jota Ramírez (*Diario 16* y *El Mundo*) y Luis María Anson (*ABC* y *La Razón*), todos ellos buenos periodistas que terminarían malográndose en los pasillos del poder. Mantenían una cercanía incestuosa con el *establishment*, en parte por su deseo de pertenecer a él, y mezclaban con naturalidad periodismo e intriga política. No se dedicaban solo a contar noticias, sino a generarlas; ni a criticar a ministros, sino a nombrarlos y cesarlos; y tampoco se conformaban con editar periódicos, sino que los utilizaban como armas en batallas de poder donde ejercían de fiscales, jueces y, en ocasiones, verdugos. Eran, cada uno a su manera, *ministroperiodistas*, chófer y reservado en el restaurante de moda incluidos.

Jota era el más periodista e imprudente de los tres, Cebrián el más calculador e interesado y Anson el más tendencioso y aristócrata. El fundador de *La Razón* y exdirector del *ABC* había tenido en el segundo de esos diarios el despacho más grande que haya acogido nunca a un director. Incluía una salida privada que le permitía entrar y salir sin ser visto y un semáforo en la entrada para indicar su disponibilidad. Si estaba en rojo no recibía llamadas ni visitas, en ámbar solo llamadas y en verde ambas. La cultura de Los Acuerdos que tanto envenenaría la relación entre la prensa y el dinero se fraguó en esos despachos que, daba igual su tamaño, nunca fueron lo suficientemente amplios para acoger el ego de los Tres Tenores.

La decadencia de los grandes directores había dado paso a una nueva hornada de imitadores que, sin su influencia, talento o pegada, habían aparcado las sutilezas de épocas pasadas para abrazar lo que en las

redacciones se conocía como el *periodismo de trabuco*, una versión de Los Acuerdos que parecía sacada del manual de la Cosa Nostra. El sistema sostenía a nuevos diarios digitales que operaban haciendo a empresas e instituciones públicas ofertas que no podían rechazar: o ingresaban una determinada cantidad de dinero en publicidad o serían golpeados con informaciones comprometedoras, a menudo inventadas. La primera vez que supe de la existencia del *periodismo de trabuco* fue a través de dos directivos de un gran banco, que se me quejaron amargamente de tener que pagar mordidas publicitarias. Cuando sugerí que denunciaran la situación, o incluso que me aportaran las pruebas para que lo publicáramos en el diario, me miraron sorprendidos:

—Todo el mundo paga —dijo uno de ellos.

—¿Todo el mundo?

—Piensa que para una gran empresa no es dinero, unos pocos miles de euros. Pero las consecuencias de no hacerlo pueden ser graves si propagan un rumor que dañe la imagen de la empresa o de su presidente.

Entre los más descarados estaban los llamados *confidenciales*, diarios creados sin apenas medios que vivían del chantaje y contaban con el silencio cómplice de los tradicionales, porque dedicaban mucho espacio a publicar chismes sobre la prensa. Los jefes los temían.

Un día llegó la noticia de que el dueño de *PR Noticias* había sido condenado por exigir 300.000 euros a Íñigo Lapetra Muñoz, director de Comunicación del Consejo General de Enfermería de España, bajo la amenaza de publicar un dosier que destruiría su carrera. Pedí a Últimas que publicara la noticia y dos minutos después Las Secres me dijeron que tenía al teléfono al dueño de *PR Noticias*, Pedro Aparicio Pérez.

—No estoy —dije.

Pérez empezó a gritar todo tipo de insultos desde el otro lado de la línea y amenazó con «hundir en 15 días el periódico de mierda» que dirigía. Supuse que en adelante me trataría con especial cariño, pero no me importaba demasiado. ¿Quién iba a tomarse en serio artículos sin una sola fuente o testimonio, escritos con la simpleza narrativa de un texto de primaria? Para mi sorpresa, la dirección de la empresa al completo.

El Cardenal envió a El Secretario a convencerme de que retirara la noticia de la condena de Pérez. La mano derecha del nuncio de Milán era un tipo de formas rudas y ambición desproporcionada para su talento que años antes

había esquivado el despido por un golpe de suerte. Jorge Fernández, uno de nuestros históricos, que había pilotado la nave junto a Fernando Baeta en la etapa dorada del diario, dejaba la empresa tras haber sido relegado a un puesto como coordinador de la redacción. El Secretario aceptó sustituirle y pasó a disfrutar de una cómoda vida en una esquina olvidada de San Luis, controlando gastos y eludiendo el estrés de los cierres. Su fortuna cambió cuando El Cardenal descubrió en él aptitudes que habían pasado desapercibidas para los demás. Lo convirtió en el ejecutor de los trabajos más sucios de la empresa, ya fuera comunicar despidos, reducir sueldos, intimidar a quienes se salían de la línea o filtrar rumores a los *confidenciales* para destruir reputaciones, especialmente de gente de dentro. Entre sus funciones estaba proteger la imagen de su jefe, que sufría obsesivamente por lo que se decía de él y bajaba a mi despacho como el niño al que le han robado la merienda en el patio del colegio, cabizbajo y ofendido tras haber leído algo negativo sobre su gestión.

—Solo dos minutos, le escuchas y ya está —me dijo El Secretario pidiéndome que al menos me pusiera al teléfono con Pérez—. Si no lo haces, va a publicar mierda de la empresa. Es una petición personal de arriba.

El Secretario me pedía un doble favor, para su jefe y para él mismo, porque su posición dependía de su capacidad para ahorrar a El Cardenal las inconveniencias del mando. El trabajo le había convertido en nuestro directivo más detestado, pero a cambió había sido recompensado con cargos adornados con nombres rimbombantes y coches de empresa cada vez más ostentosos, que solía estrenar tras completar la última ola de despidos.

—De verdad que me gustaría ayudarte en esto —dije a El Secretario—, pero no voy a poder. No quiero saber nada de *confidenciales*.

Pérez le dio una buena tunda a El Cardenal en su digital poco después.

—Gracias —me escribió el nuncio con sarcasmo.

Le respondí enviándole una colección de artículos con invenciones sobre mí y una nota que decía:

—Va con el sueldo.

El periodismo nacional vivía una doble vida. En una anunciábamos a los cuatro vientos nuestro papel fundamental en democracia, nos concedíamos constantes premios por nuestra labor —¿había un oficio que se premiara más a sí mismo?— y censurábamos los excesos, prebendas y corruptelas de los

políticos. En la otra hacíamos lo mismo que ellos, resistíamos cualquier intento de control sobre nuestra labor, ignorábamos los códigos deontológicos que nosotros mismos habíamos redactado y nos integrábamos cómodamente en el sistema que nos habíamos comprometido a vigilar. Mientras los herederos de la Transición convertían el país en una inmensa agencia de colocación para sus afines, las instituciones se gangrenaban y los partidos políticos que debían defender el Estado de Derecho se aprovechaban de él, los medios escogíamos el bando equivocado. Durante décadas ofrecimos a la monarquía inmunidad informativa y adulación, enviando a sus miembros de moral más endeble la señal de que nunca serían censurados. Vivimos en connivencia con bancos y tiburones inmobiliarios, sin denunciar sus excesos porque su publicidad engordaba nuestras cuentas de resultados. Nos sometimos a Los Acuerdos, sin oponer ninguna resistencia o promocionándolos. Y alineamos nuestros intereses con los de los partidos políticos y gobiernos, a cambio de dinero institucional, licencias de televisión o favores. La prensa, atrincherada en ideologías irrenunciables y fiel a una verdad que encajara en ellas, había malgastado sus mejores días en batallas mediáticas y luchas de egos, mientras guardaba silencio sobre sus propias deshonras.

Ni siquiera podíamos acogernos a la excusa de la necesidad, porque todo había empezado en los buenos tiempos, cuando la prensa vivía en la abundancia y los regalos de empresa colapsaban cada Navidad los servicios de mensajería de las redacciones. Jamones, cajas de vino, puros Montecristo, tarjetas regalo de El Corte Inglés y cestas con caviar incluido se acumulaban junto a las mesas de los redactores jefe y en los despachos del *staff*. Entre las anécdotas legendarias del oficio, Ramón Lobo, uno de los grandes reporteros del país, contaba el día que una conocida marca de electrodomésticos obsequió con un televisor a cada uno de los asistentes a una rueda de prensa. Al final del reparto sobraba uno, así que un compañero preguntó si podía llevárselo también.

Y se marchó con dos televisores.

Las comidas gratis en los mejores restaurantes, los coches prestados indefinidamente y los créditos a intereses inimaginables para el resto de los mortales estaban a la orden del día. Un exconsejero del Banco Popular me contó que la política de la empresa era «tener contentos a los periodistas de Economía» con hipotecas por debajo del mercado, para asegurarse una cobertura amable. El banco terminó yéndose a pique tras haber mantenido

durante décadas la imagen de ser el mejor gestionado del país. Era un sistema en el que los jefes se llevaban la mejor parte del botín, pero donde siempre había algo para la infantería.

—¡Viaje por la jeta a Tanzania! —gritaba alguien—. ¿Quién lo quiere?

—¡Comida en el Ritz!

—¡Rueda de prensa de una marca de relojes: igual cae uno!

Llegó un momento en que el diario tuvo que recordar a los redactores que aquellos viajes contaban como vacaciones y no como coberturas, por mucho que al volver se escribiera una crónica al dictado de la oficina de turismo. La crisis había terminado con la barra libre, pero la fiesta continuaba para la aristocracia del oficio. Lo que en países con larga tradición de libertad de prensa resultaba inaceptable pasaba por normal en el nuestro. A nadie le extrañaba que la imagen del rigor en los telediarios, Matías Prats, fuera desde hacía años el rostro publicitario de la aseguradora de un gran banco. Que el líder de la radio, Carlos Herrera, se fuera de excursión a la Eurocopa de Polonia, junto con algunos de los informadores más conocidos del país, en un avión fletado por la multinacional Iberdrola. O que la mayoría repitieran, gratis total, en el Mundial de Brasil. Ni que los directores de *El País*, *El Mundo* o *ABC* se dejaran agasajar en el palco del Santiago Bernabéu por la elite del poder y el dinero, compartiendo confidencias y champaña con Florentino Pérez, el presidente del Real Madrid que a la mañana siguiente pedía la cabeza de los cronistas que criticaban al equipo. Los periodistas estábamos tan convencidos de nuestra excepcionalidad, de formar parte de una casta privilegiada que merecía un trato preferencial, que una de las reporteras más célebres del país, que en su día había trabajado en *El Mundo*, llamó en una ocasión a la Comunidad de Madrid para pedir que enviaran a los bomberos a su casa porque se había dejado las llaves dentro. Cuando le sugirieron que avisara al cerrajero, se sorprendió como solo podía hacerlo alguien que perteneciera a un gremio que había perdido todo contacto con la realidad:

—Eso me costaría una pasta.

Todo aquel mundo de ventajas había empezado antes de mi marcha, pero durante mi ausencia en la corresponsalía se había desmadrado. Los sobresueldos para informadores estaban ahora a la orden del día, pagados por agencias de comunicación, clubes de fútbol, partidos políticos y grandes empresas como Telefónica, que durante la presidencia de César Alierta llegó a

tener subvencionados a 80 de los más conocidos informadores del país. La publicación a través de la plataforma *Fíltrala* de la base de datos de donaciones y patrocinios de El Corte Inglés reveló que la empresa de grandes almacenes pagaba por trabajos y consultorías a reconocidos periodistas como Fernando Ónega, Isabel Durán o el jefe de Opinión de *ABC* Jaime González. La lluvia de dinero se extendía a media docena de asociaciones de prensa, que en teoría debían proteger el oficio de esas tentaciones. Las agencias de noticias, tradicionalmente más escrupulosas, oficializaron el periodismo de pago con la creación del Servicio Bajo Demanda: por un módico precio, empresarios, corporaciones o instituciones garantizaban la cobertura periodística de sus eventos. Ni siquiera la romántica cobertura internacional se libraba: los viajes a los focos de atención eran ahora sufragados por ONG, gobiernos, el Banco Mundial o alguna cadena hotelera. La muralla que debía separar la propaganda de la información, la nota de prensa de la noticia y la publicidad del periodismo se había desmoronado. Comprarse un periodista no era posible en España, pero como dice el dicho afgano sobre la corrupción: del alquiler se podía hablar.

La crisis moral del periodismo había ido acompañada, inevitablemente, del deterioro de su calidad. Con presupuestos cada vez más ajustados, los medios habían encontrado fórmulas ganadoras y de coste limitado para mantener a las audiencias enganchadas: bastaba juntar en la arena del debate a un grupo de periodistas dispuestos a insultarse, previo arreglo del sistema de cuotas organizado por políticos y caciques, para poner en marcha programas con grandes audiencias y ninguna sustancia. *El Mundo* había aportado unos cuantos personajes al *show* entre quienes habían ido dejando el periódico en purgas y despidos. Alfonso Rojo, que cuando me marché de corresponsal era el reportero estrella del país y adjunto al director —el único al que se aumentaba el cuerpo de la firma en sus crónicas—, hacía ahora periodismo de *confidenciales* y actuaba como uno de los grandes provocadores de las tertulias, donde era llamado como parte de la cuota del Gobierno. Nunca defraudaba: había sido expulsado de un plató de la Sexta tras decirle a la futura alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, que estaba «muy gordita para el hambre que se pasa» en el país. Eduardo Inda, con el que había cubierto mi primera noticia en la sección de local veinte años antes, y que durante algún tiempo hizo tándem de investigación con Woodward, terminaría creando un

diario sensacionalista y organizando trifulcas con «podemitas» en radios y televisiones. Tomás Roncero, uno de nuestros célebres cronistas de la sección de Deportes, protagonizaba ahora programas televisivos a los que acudía disfrazado de *hooligan*, lloraba en directo ante las victorias del Real Madrid y disparaba las audiencias teatralizando sus intervenciones hasta convertirlas en escenas de telenovela. Quizá fuera el lado más triste de la decadencia del oficio: la manera en la que había llevado a buenos periodistas a olvidarse de lo que habían sido. En mitad de la precariedad de los tiempos y las olas de despidos, informadores discretos sobrevivían entregándose al ruido, opinadores antaño intelectualmente honestos se vendían a un bando político y reputados profesionales aceptaban indignidades bien remuneradas, *haciéndose un Milá*, en referencia a la célebre periodista de los años 80 y 90 que terminó como presentadora del *reality* Gran Hermano porque, según decía, «tenía que pagar la hipoteca».

De los periodistas se esperaba ahora que entretuvieran, no que informaran. Y en ese nuevo escenario nadie competía, en presencia o caché, con Paco Marhuenda, erigido en la gran estrella de lo que los mexicanos llaman la *comentocracia*. El expolítico del Partido Popular dirigía *La Razón* y había firmado algunas de las portadas legendarias del *Nuevo Periodismo* español. Una de ellas revelaba una encuesta que daba como ganador en unas hipotéticas elecciones generales al exministro franquista Manuel Fraga, que llevaba cinco años muerto.

Marhuenda era el patito feo que seguía la estela de los Tres Tenores de la información, Cebrián, Jota y Anson, pero aunque se esforzaba en imitarlos, carecía de su carisma o consideración. A cambio ofrecía al Gobierno una entrega sin condiciones que le abría todas las puertas y que en nuestro país incluso iba acompañada de cierto estatus. El ministro del Interior Jorge Fernández, mi frustrada garganta profunda en el caso Isabel Pantoja y fontanero jefe de Las Cloacas del Estado, le había nombrado comisario honorario de la Policía Nacional; Rajoy lo recibía en Moncloa con los brazos abiertos y el IBEX patrocinaba sus eventos, concediéndole prioridad en Los Acuerdos. El Comisario participaba en una media de ocho tertulias semanales y a mí aquello me producía asombro, porque yo solo iba a dos y me angustiaba estar quitándole tiempo al diario. Ni siquiera cuando se difundieron grabaciones en las que se jactaba de manipular su periódico para presionar a políticos —«ya nos hemos inventado una cosa muy buena para darle una

leche», decía de la presidenta de Madrid, Cristina Cifuentes—, el último de la estirpe de *ministroperiodistas* perdió su posición en los platós.

—Yo creo en el periodismo ideológico —me dijo en una ocasión, en un receso publicitario del programa de Carlos Alsina en Onda Cero.

Y al escucharlo pensé que quizá El Cardenal se había equivocado y que su hombre era Marhuenda. Un personaje sin talento para la política o el periodismo, pero que había fusionado ambas especialidades hasta convertirse en el favorito del poder y estrella del circo televisivo, donde era arrojado a la arena del periodismo de entretenimiento para que riñera con tragasables de la izquierda, que también los había en abundancia, y el espectáculo no decayera. El Comisario era el tipo de director que demandaban los tiempos.

Los Serios, la prensa que nos considerábamos distinguida, tampoco estábamos en posición de criticar el espectáculo o mirar por encima del hombro a quienes se entregaban a él. Nuestras webs, inmersas en una batalla por la audiencia y desesperadas por buscar los ingresos que habían desaparecido con la debacle del papel, mezclábamos sesudos análisis políticos, crónicas de corresponsales en lugares remotos, revelaciones de intimidades de famosos y buenas dosis de *sexyperiodismo*, que tenía entre sus normas de titulación añadir el nombre de un famoso y la palabra sexo para garantizarse lectores y popularidad. Era un modelo en el que también había caído *El Mundo* y que nos había llevado a publicar historias como «El de Laura Pausini y otros "tesoritos" mostrados por descuido»: una fotogalería con las famosas que «han tenido despistes que han permitido ver su bien más preciado sin quererlo». El artículo, publicado antes de mi llegada, provocó protestas y los jefes, convencidos de que el único problema era su tufo machista, decidieron enmendarlo con una serie sobre «Los famosos a los que no les gusta marcar paquete».

Las dos historias habían sido publicadas en *La Otra Crónica* (*LOC*), nuestro suplemento de prensa rosa que yo había criticado desde su nacimiento y con el que ahora mantenía una relación complicada. Entendía la estrategia que había llevado a su creación: en un país con uno de los niveles de lectura de prensa más bajos de Europa, donde las grandes tiradas eran protagonizadas por revistas del corazón y los programas más vistos exponían la intimidad de celebridades, ¿por qué no añadir a nuestra oferta informativa lo que la gente quiere? No tenía nada en contra de la prensa rosa: no todo en periodismo

debía ser drama, política y gestas de reporteros intrépidos. También a mí me relajaba más el *Hola* que *The Economist* en la consulta del dentista. Lo que me costaba aceptar era la mezcla dentro del mismo proyecto intelectual del último escándalo de corrupción gubernamental y la «exclusiva» sobre la infidelidad del torero, el reportaje gráfico de la crisis de refugiados en Lesbos y el *topless* robado a la cantante de moda en Marbella, los últimos datos de paro juvenil y los «tesoritos» de las famosas.

Los periodistas de *LOC* padecieron mis prejuicios hacia el suplemento desde el principio y Chismes, el redactor jefe que en mi primer día había solventado el malentendido en la entrada para que me dejaran pasar —«¡Es el nuevo director! ¡Es el nuevo director!»—, disimulaba como podía la irritación que le generaban mis pudores periodísticos. Nada más llegar había enterrado el contenido de *LOC* en la parte más baja de nuestra web, tratando de suavizar su tono en una decisión que tenía su incoherencia: o cerrabas el suplemento, algo que su éxito hacía inviable en nuestra situación, o dejabas hacer su trabajo a sus periodistas, que eran los mejores de la prensa rosa del país.

Los sábados recibía puntuales llamadas de políticos, cantantes, empresarios o deportistas indignados al despertarse con las crónicas de sus amoríos, peleas, disputas financieras, infidelidades y descuidos públicos. El acuerdo que había alcanzado conmigo mismo consistía en tolerar la existencia de nuestro lado más frívolo dentro de unos límites y atender las peticiones de quienes expresamente pedían respeto a su intimidad, una norma en la que no hice excepciones. Veté que se informara sobre la vida sentimental del exdiputado del Partido Popular y empresario Manuel Pizarro —vivíamos en el mismo edificio de apartamentos—, pero también de la dirigente de Podemos Carolina Bescansa. La diputada se había presentado en el parlamento con su bebé recién nacido en brazos, según decía para denunciar las dificultades de conciliación familiar de las mujeres. No conocía a Bescansa y su protesta me pareció un *show* para la galería —el Congreso tenía un estupendo servicio de guardería—, pero cuando me llamó para pedirme que respetáramos su deseo de privacidad acepté, a pesar de sus contradicciones. Tumbar una página de *LOC* no me causaba ningún remordimiento: los lectores podrían subsistir sin conocer quién era el padre del primer bebé parlamentario del país. Me preocupaba más que fuera demasiado tarde para revertir el descenso de la prensa tradicional a los infiernos de la banalidad y la nadería, porque en las redacciones había empezado a escucharse la frase que había llevado a la

indigencia intelectual a la televisión generalista: «Damos al público lo que quiere».

El periodismo espectáculo y de trabuco, los sobresueldos, los periodistas anuncio, las prebendas institucionalizadas o la rendición frente al poder de la prensa tradicional, atrapada entre Los Acuerdos y la búsqueda de audiencias menos exigentes, habían llevado al oficio a su momento más bajo en democracia. Y, sin embargo, nadie lo habría dicho asistiendo a las reuniones de un diario, un telediario o un programa de radio. La profesión llevaba su decadencia con la discreción de una *madame* del Moulin Rouge y nuestras intimidades apenas traspasaban los corrillos de periodistas. El oficio que tenía como esencia contar las cosas se había convertido en guardián de sus propios secretos inconfesables: a los periodistas nos gustaba contar una buena historia, pero no la nuestra.

X MARTE

Mi presencia pública era cada vez mayor y la clase política empezaba a familiarizarse conmigo, con alguna excepción. Fui a la entrega de la IX edición del Paquiro, el premio al torero del año que concedía nuestro diario. Me encontraba disciplinadamente formando el comité de recepción de invitados, que incluía a El Cardenal y a Luis María Anson, uno de los Tres Tenores de la prensa, cuando llegó la exalcaldesa de Madrid Ana Botella. Empezó a saludar a los presentes hasta que llegó junto a mí y dijo:

—Felicidades. Soy admiradora de su toreo.

No supe bien qué decir, porque yo solo había estado en una plaza de toros una vez en mi vida, invitado por una novia cordobesa y como espectador. Botella me había confundido con Miguel Ángel Perera, el torero al que homenajeábamos. La mujer del expresidente Aznar no cayó en el error hasta que el premiado salió al estrado a recoger su premio, 20 años más joven y 10 kilos más liviano que yo. Entonces miró hacia mi mesa ruborizada como una niña y se acercó a disculparse:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

—No se preocupe —dije—, me han confundido con cosas peores.

La velada reunía en el Palace a una España que pensé había dejado de existir. Una mezcla de toreros retirados, aristócratas con la piel estirada, tonadilleras venidas a menos, latifundistas con muchas cabezas de ganado y representantes de la alta sociedad, la mayoría engominados hasta las patillas. Empezaba a echar de menos mi anterior vida social y todo indicaba que la fiesta no había hecho más que empezar.

Las elecciones generales estaban cerca y El Cardenal organizó una serie de foros bajo el título *La España Necesaria*, con la idea de que los cuatro principales candidatos presentaran sus programas en actos organizados por el diario. Teníamos confirmados a los líderes de los partidos de la oposición, Pedro Sánchez, Albert Rivera y Pablo Iglesias. Nos faltaba el presidente

Rajoy, que supuse no había olvidado la tarjeta de bienvenida —«Bárcenas implica a todos los presidentes del PP en la caja B»— con la que le había recibido en nuestra invitación anterior.

Teníamos a nuestro favor que los políticos no tienen memoria, ni tiempo para el resentimiento, cuando están en campaña electoral. Tras nuestro encuentro fallido, Rajoy me había invitado a una reunión personal en el Palacio de la Moncloa. Me pareció cercano en el trato y resultaba fácil sentirse cómodo con él. Pero mientras en mis entrevistas con otros líderes, el Dalai Lama, Corazón Aquino o Aung San Suu Kyi, había tenido la sensación de que mis interlocutores llenaban la habitación en la que me encontraba con ellos, Rajoy fue empequeñeciendo según desgranaba en su despacho iniciativas parlamentarias, medidas contra el déficit y números por cuadrar, sin que articulara una idea mínimamente inspiradora o pronunciara una frase de esas que uno dice:

—Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

En algunos momentos tenía que hacer esfuerzos por recordar que estaba con el presidente y no con un registrador de la propiedad, su oficio anterior a la política. Y, sin embargo, el armario de Rajoy estaba lleno de cadáveres de políticos, empresarios y periodistas que lo habían subestimado, ignorando que tras su aparente simpleza de carácter se escondía un político astuto e implacable. Había escalado hacia lo más alto sin hacer apenas ruido mientras sus adversarios se inmolaban en batallas internas y él emergía como la solución de consenso. Su mayor hándicap de cara a la reelección era la corrupción, que había podrido su partido hasta convertirlo, en plazas como Madrid o Valencia, en una maquinaria de pelotazos que empezaba a ser desgranada en los juzgados y que terminaría costándole el poder.

Luis Bárcenas, el contable convertido en *garganta profunda* de la prensa tras el hallazgo de su fortuna en Suiza, me contó días antes de mi encuentro con Rajoy cómo había funcionado el chiringuito de su partido. Bárcenas era un hombre culto y viajado que había recorrido Asia, una coincidencia que nos hizo conectar enseguida. Convenía verle sin su mujer, que controlaba la cantidad de vino que bebía y la temeridad de sus revelaciones. La precisión con la que empezó a desvelar cifras, números y localizaciones, sin necesidad de mirar una nota, la forma en la que ingresos y partidas cuadraban, el detalle en el manejo de los datos, hacían inverosímil que pudiera estar mintiendo. Los empresarios del país compraron durante décadas la voluntad y los favores de

los políticos del Partido Popular a cambio de licencias, concesiones y concursos públicos. El dinero obtenido se utilizaba para pagar extras a los dirigentes de la formación, financiar campañas o ganarse el favor de periodistas. El extesorero me contó cómo entregaron «30 millones de pesetas en un maletín» al más célebre locutor de la radio española en vísperas de las elecciones del 96 a cambio de una cobertura amable durante la campaña. O cómo se fraguó la operación para inyectar dinero procedente de la Caja B del partido en la ampliación de capital de *Libertad Digital*, la empresa de medios de nuestro columnista Federico Jiménez Losantos. Las visitas a despachos para pedir mordidas eran tan asiduas que a veces provocaban descoordinación. Bárcenas visitó en una ocasión a un gran banquero para pedir «una donación» y este le respondió que «ya lo había arreglado» unos días antes con su presidente. El reparto posterior de sobresueldos había sido ingeniado para que nadie de la cúpula se quedara sin su parte, la mejor garantía de que todos guardarían el secreto.

—¿Nadie dijo no a los sobres? —pregunté a Bárcenas.

—Mira —me dijo cuando el vino había desinhibido sus últimas reservas sobre mí—. En mi vida solo he conocido un político completamente honesto y ese fue Manuel Fraga. Todos cobraban su parte.

—¿El presidente Rajoy?

—Álvaro Lapuerta [ex tesorero nacional del partido] tenía un amigo que viajaba a Cuba y siempre le traía dos cajas de puros. Una me la daba a mí y la otra se la entregaba a Rajoy, con el dinero que le correspondía. Lo que no sabía Lapuerta era que los puros no eran los Montecristo A que encargaba —Bárcenas soltó una carcajada—, y que su amigo le traía unos mucho más baratos.

Todo lo que contaba Bárcenas coincidía con lo que el periódico había publicado después de que Jota le entrevistara antes de su ingreso en prisión, en el inicio de un pulso entre el director y el presidente del Gobierno que terminaría con la destitución del primero. Como me dijo un exministro de Rajoy, a nuestro director le faltó una exclusiva para tumbar al presidente. El extesorero me contó que esa información definitiva existía en forma de un vídeo que supuestamente mostraba a Rajoy cobrando dinero negro, una revelación que también había compartido con la periodista Marisa Gallero y que con el tiempo desmentiría.

—Es lo único que puede salir antes de las elecciones y dañar al partido. El resto del material lo tengo yo, incluidas las cosas que no han salido.

—¿Habría alguna posibilidad de…?

Bárcenas sonrió.

—Me caes bien —dijo—. Pero no es posible. Ya me he hecho suficiente daño a mí mismo. No me interesa hacer ruido antes del juicio.

Sentado frente a Rajoy en su despacho de Moncloa, mientras me hablaba de lo difíciles que habían sido sus primeros años al frente del Gobierno, no podía dejar de reproducir en mi mente la escena de los puros. Imaginaba al presidente cogiendo uno, haciéndole el corte, llevando el mechero a la punta, aspirando hasta encenderlo y, mientras daba una primera calada, guardarse el fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta. Pregunté a Rajoy si no creía que la corrupción era un problema para él y su partido, que incluso sus cercanos creían necesitado de una renovación.

—Eso estamos haciendo precisamente —dijo—. Nadie ha hecho más contra la corrupción que nosotros.

Pero el presidente tenía tantas intenciones de regenerar la política como El Cardenal el periodismo o César Alierta la empresa. Los tres eran parte de la cadena de mediocridad nacional que empezaba en la escuela, donde el pensamiento crítico era visto con recelo y la popularidad se ganaba a empujones en el patio; continuaba en la oficina, donde las promociones se reservaban a los sumisos y el exceso de iniciativa se veía como una amenaza; seguía en las redacciones de los medios, donde una casta privilegiada se había hecho fuerte a costa de pisar el entusiasmo de periodistas con más talento; gangrenaba las instituciones, donde miles de cargos eran repartidos por militancia, sin tener en cuenta el mérito; y seguía hasta el último peldaño de la escalera, donde un presidente acosado por la corrupción podía aspirar a la reelección, confiado en que unos cuantos millones de españoles le votarían con la lealtad ciega de los seguidores de un equipo de fútbol.

Era una visión del país que había descrito desde mi corresponsalía con un artículo, «El triunfo de los mediocres», que llevaba años circulando por internet atribuido al humorista gráfico Forges. El texto había tenido más éxito que ningún libro o reportaje que hubiera escrito nunca: se había colgado en oficinas por empleados cabreados, versionado en vídeos y cantado en fiestas de pueblos, aunque también tenía sus detractores. Entre ellos estaba el

expresidente José Luis Rodríguez Zapatero. Conocí al líder socialista en una comida organizada por La Digna a la que acudí cargado de los estereotipos que rodeaban a Zapatero como un líder inepto y sin preparación que había sido incapaz de ver la mayor crisis económica de la democracia, agravando sus consecuencias. Pero el líder socialista desmontó la imagen que tenía de él con propuestas novedosas para los problemas nacionales y un discurso menos sectario del que esperaba. Quizá había alcanzado la preparación para presidir el país cuando había dejado de ocupar esa responsabilidad, una demora demasiado costosa. Su conversación me pareció más entretenida y menos forzada que la de Rajoy, que en cambio se había mostrado como un gestor más serio y disciplinado. Cuando llegó el momento de los postres, Zapatero se empleó a fondo en criticar mis artículos, que según decía eran pesimistas, deslegitimaban las instituciones y no aportaban soluciones. ¿«El triunfo de los mediocres»?

—Si en este país solo triunfan los mediocres —dijo—, ¿cómo explicas que tú hayas llegado a director de un gran periódico?

Me alegré de que nuestro encuentro fuera en el reservado de La Ancha y no en un auditorio público, porque me costó varios segundos reponerme del golpe.

—Supongo que conmigo han cometido un error —dije finalmente— y que no tardarán en corregirlo.

Rajoy aceptó presentar su programa electoral en nuestro foro de *La España Necesaria*. El Cardenal estaba lo suficientemente exultante como para recordar con buen humor el fracaso de la anterior invitación al presidente:

—Dime que esta vez no tendremos sustos.

—Uf — dije sin poder contener la risa—, con estos cabrones de periodistas nunca se sabe.

La víspera de la intervención del presidente recibí una guía con los detalles del acto. La miré por encima sin prestar demasiada atención y vi que El Cardenal recibiría a Rajoy en la puerta, daría un gran discurso y protagonizaría el acto, como gustaba. Uno de mis directores adjuntos me comentó que tenía la sensación de que El Cardenal me ninguneaba, robándome el protagonismo que me correspondía como director de *El Mundo*. Mi *staff* esperaba que utilizara el diario como plataforma de autopromoción como había hecho Jota durante su etapa. Nuestro fundador publicaba constantes

noticias sobre sí mismo, llevaba a portada cualquier encuesta que le posicionara entre los más influyentes del país, dedicaba grandes despliegues a los premios que recibía y organizaba coberturas propias de grandes crisis internacionales alrededor de los actos a los que acudía. Al mérito de haber creado uno de los grandes diarios europeos, y las capacidades de una mente brillante, Jota sumaba la inelegancia de un personalismo que fue clave en el éxito del diario, pero que tras su marcha se había convertido en un lastre. Aunque el recuerdo de sus excesos me llevó a adquirir el compromiso conmigo mismo de evitar titulares con mi nombre, nunca llegué a romper del todo con la inercia que nos llevaba a dar un espacio exagerado a nuestros saraos corporativos, donde los directivos de la empresa se empujaban, literalmente, por salir en las fotos. Intentaba pasar lo más desapercibido posible, pensando que así podría escapar antes y sumido en un despiste protocolario que me impedía distinguir si estar sentado al lado de la ministra de Agricultura era menos ilustre que hacerlo junto al de Economía. Una buena amiga me describió la sensación que transmitía en aquellas citas: «Se te ve tan a gusto como a mí cuando llevo tacones».

Mi papel institucional, las reuniones sobre *marketing*, publicidad o circulación, las visitas de peticionarios de todo tipo y los compromisos me quitaban energías periodísticas y un tiempo que no tenía. Llevaba cinco meses como director y sentía que había envejecido cinco años. No había cogido vacaciones. Me levantaba a las seis de la mañana y a la una de la madrugada seguía revisando portadas, releyendo artículos, buscando cómo apagar los incendios de la redacción o la manera de detener la caída del papel. Mi gestión, poco proclive a delegar e innecesariamente detallista, no ayudaba. Enviaba decenas de mensajes a los responsables de Últimas Noticias, cambiando enfoques y jerarquías informativas. Una noche llevé a mis hijos a ver *Marte*, la nueva película de Matt Damon: cada poco tiempo encendía el móvil a escondidas, revisaba la web, enviaba sugerencias y alertaba sobre títulos que estaban descuadrados. La obsesión por que los títulos estuvieran perfectamente alineados —no podía haber palabras descolgadas y las filas de noticias debían tener el mismo número de líneas— desesperaba a los editores, que no entendían que el director estuviera encima de aquellos detalles en vez de discutir la alta política con ministros. Y no tenía sentido, aunque detrás había un propósito: quería cambiar la cultura de dejadez en la edición que en

su día había denunciado nuestra *insider* estadounidense, Dale Fuchs, antes de que la despidieran y todo siguiera igual. Si iba en persona a cuadrar títulos y a corregir erratas, si preguntaba a los investigadores si habían conseguido «una reacción» o pedía a los jefes que se aseguraran de las fuentes, si había cortado mi relación con el ministro Fernández y distanciado al periódico de Las Cloacas, era porque pensaba que, si mis periodistas veían que todo aquello me preocupaba, también les preocuparía a ellos.

Carmen Serna, una de las jefas de Últimas, se tomaba mis constantes visitas a su mesa con una mezcla de humor y resignación:

—¿Qué no está cuadrado esta vez, jefe? —preguntaba al verme llegar.

Y repasábamos la web de arriba abajo para corregir cada noticia.

Carmen era una buena editora. Tenía criterio, muy mala leche y una particularidad difícil de encontrar: no respetaba la jerarquía de Los Nobles ni tenía miedo a enfrentarse a ellos. Los veteranos de Nacional detestaban la forma en la que ponía en evidencia su ignorancia digital. No entendían que sus textos no permanecieran quietos en la web, como en el papel, la necesidad de actualizar sus artículos o que se cambiaran sus títulos planos pensados para la versión impresa. Cuando se retrasaban en mandar algo, estancados en el ritmo al que estaban acostumbrados o en una de sus comidas hasta las cinco, Carmen metía un teletipo y el noble de turno enfurecía al ver que la actualidad no podía esperarle. ¿Cómo se atrevía? Era una rebeldía que Serna terminaría pagando cuando llegaron nuevos despidos, tras mi salida, y Los Nobles promovieron su inclusión en la lista de bajas.

A pesar de que la gestión consumía mis energías, al terminar la jornada dedicaba unos minutos a escribir un diario por recomendación del editor de mis libros, Ángel Fernández Fermoselle, que me decía que todo lo que estaba viviendo era demasiado fascinante para que no terminara en un libro. Los sábados me ponía con mi carta del director de los domingos. Era un artículo de una página que había llamado *Notas desde Aquilea*, en referencia a los lugares mitológicos asediados y defendidos en desventaja. Las *Notas* también eran motivo de fricción con El Cardenal y provocaron una de nuestras grandes peleas después de que en una de ellas denunciara el estado de la prensa que me había encontrado en España:

> Si les describiera un país donde el Gobierno maniobra para despedir a periodistas incómodos, impone tertulianos en programas de radio y televisión y presiona a los

directivos de medios de comunicación para evitar las críticas, pensarían que hablo de una república bananera. Ocurre en España. El mismo país donde el reparto de las nuevas licencias de televisión se hace a pocas semanas de las elecciones generales, en un intento de condicionar la línea editorial de las cadenas. El mismo, también, donde televisiones públicas pagadas por todos se utilizan como gabinetes de prensa particulares, al servicio de gobiernos que se quejan de que no les llega para educación o sanidad, pero no tienen problema en derrochar en propaganda…

El Cardenal me tuvo ese domingo dos horas al teléfono, ofendido como no lo había visto nunca antes, convencido de que había sido un ataque directo a su honor que le dejaba en evidencia ante la redacción, los lectores y, peor aún, sus amigos del *establishment*. El enfado le duró varios días en los que solo me hablaba para lamentarse, repetía que yo no le comprendía e insistía en que quería lo mejor para mí, si tan solo me dejara guiar por el buen camino.

Para entonces había llegado a la conclusión de que no había manera de mantener una discusión profesional en una empresa donde las emociones contaminaban hasta las decisiones más pequeñas. Las disputas, incidentes, motines, rabietas y escenas se repetían entre personajes que un novelista habría tenido dificultades en imaginar y que el periodismo producía en cantidades desproporcionadas. Teníamos a Rasputín, el exjefe de Opinión que en ausencia de mis adjuntos *okupaba* sus despachos, por los que sentía una atracción casi fetichista; a Malaúva, nuestro carácter más antipático y con el ego menos justificado, que jamás traía una historia propia pero se pavoneaba por la redacción como si tuviera cinco *Watergates* a las espaldas; a El Dos, que era una montaña rusa emocional y en una pataleta se marchó a casa antes de la reunión de portada; o a nuestro chupatintas —toda oficina tiene el suyo—, que dedicaba la primera hora del día a ordenar sus rotuladores, gomas de borrar, papeles y un sinfín de manualidades de escolar de primaria. Era un personaje único: había prosperado hasta jefaturas medias sin que nadie supiera a qué dedicaba el tiempo, sobreviviendo a las continuas olas de despidos y purgas internas gracias a su capacidad para deslizarse entre los líos sin que ninguno le rozara jamás. Aunque nadie podía identificar en él alguna de las habilidades que se requerían para trabajar en un diario, había adquirido la más valiosa de todas para sobrevivir en uno: la invisibilidad. No tenía enemigos porque era buena gente y, sin duda, el más listo entre todos nosotros. En su última etapa había encontrado acomodo como subalterno de la

mano derecha de El Cardenal, lo que le convertía en El Secretario de El Secretario, con funciones que incluían la aprobación y compra de suministros. Un día fui a verle para insistir en la urgente renovación de los ordenadores, que eran lentos incluso para una revista mensual, y por enésima vez me dijo que aquello estaba en marcha y que por supuesto era una «prioridad absoluta de la empresa». Le dije que en el departamento de vídeo los preferían de la marca Apple, mejores para la edición multimedia, pero nuestro administrador de bienes y servicios me informó de que la empresa había vetado cualquier compra de equipos Apple.

—Demasiado caros —dijo.

Mis ojos se clavaron en su ordenador, que tenía la pantalla más grande que hubiera visto jamás y era Apple.

—¿Este? Me lo dieron antes de que entrara en vigor la norma.

Solo quienes llevaban poco tiempo en la casa, y observaban todo con la mirada de los recién llegados, caían en nuestras excentricidades. Cuando me las recordaban, no sabía bien qué responder, porque había crecido con muchos de aquellos personajes, a algunos les tenía cariño y había aceptado que, cada uno a su manera, resultaban necesarios para cumplir con la insensatez de producir un periódico todos los días.

El día de la inauguración de *La España Necesaria* me levanté con 40 grados de fiebre, me tomé dos aspirinas, me puse el traje y me dirigí al acto. No había prestado demasiada atención a la información que el departamento de eventos había dejado en la mesa de mi despacho y me había quedado con la idea inicial de que mi papel se limitaría a dar la bienvenida a los invitados. Llegó el presidente, El Cardenal lo recibió haciendo genuflexiones y esperamos entre bastidores a que el público ocupara sus asientos, departiendo entre nosotros con la comodidad con la que se habla en los trayectos en ascensor. Cuando salimos, vi que tenía un asiento reservado junto a la vicepresidenta, Soraya Sáenz de Santamaría, y el presidente de Telefónica, César Alierta. Quizá El Cardenal esperaba que hiciera las paces con ambos.

Una de las chicas de eventos se acercó a mí y me susurró al oído:

—Director, no más de 10 minutos de discurso.

—¡Mierda! —pensé—. ¿Esperan que dé un discurso?

Entonces escuché mi nombre y todo el auditorio aplaudió mientras subía, entre náuseas y mareos, las escaleras que llevaban al escenario. El acto estaba

siendo retransmitido en directo y la audiencia en el auditorio incluía, aparte de La Digna y Los Nobles, a todos los jefes y las principales personalidades del país. Una gota de sudor resbaló por mi frente y sentí la urgencia de salir corriendo: los focos apenas me dejaban ver la primera fila, donde El Cardenal se inclinaba para compartir confidencias con el presidente Rajoy. Quién sabe, quizá le decía:

—No es tan cabrón como parece, pero le está costando aprender de qué va esto.

Alcancé a hilar cuatro o cinco frases, se hizo un silencio, me despedí agradeciendo la asistencia y, mientras volvía a mi asiento, escuché el aplauso que se dedica a los patinadores artísticos que acaban de darse de bruces con el hielo nada más empezar su actuación. No había sentido un fracaso mayor desde mi reportaje sobre el cosmonauta Ivan Istochnikov y la perrita Kloka, cuando mis jefes me llamaron para decirme que ninguno de los dos existían y pedirme explicaciones. Acababa de ofrecer la peor intervención pública de mi vida, a pesar de haber hablado con relativo éxito en decenas de presentaciones de libros, conferencias, actos y tertulias. En Harvard había tomado dos cursos de comunicación pública, incluido uno en el que, bajo el título de *La fabricación de un político*, el estratega demócrata Steven Jarding te entrenaba en el arte del debate y el discurso público. Daba igual: todo había desaparecido en el instante en el que subí, enfermo y agotado, al escenario donde se esperaba de mí que diera las claves sobre lo que España necesitaba. Y, aunque en las siguientes citas del Foro, con las intervenciones de Sánchez, Rivera e Iglesias, mis intervenciones mejorarían, la frustración por el estropicio inaugural me duró semanas.

De regreso al periódico, Amelia puso su mejor cara y me preguntó qué tal me había ido.

—Ya lo viste, un desastre.

—No digas eso, no has estado tan mal. Pero no puedes seguir así o petarás. Tienes que cogerte vacaciones y descansar.

Amelia seguía en su puesto a pesar de que cada poco tiempo me repetía que no podía quedarse y que debía escoger a otra de Las Secres. Le decía que no se preocupara y que me las podía arreglar, que lo entendía, pero al día siguiente, al llegar al diario, seguía ahí. Quizá sabía lo mucho que la necesitaba. Podía hablar con ella con franqueza, compartir mis debilidades y descargar mis frustraciones. Sentía que era la única persona en San Luis que

no juzgaba cada cosa que decía o hacía.

—Tienes razón —dije dejándome caer en el asiento—. Unas vacaciones es lo que necesito. En cuanto pueda, te lo prometo.

XI INVIERNO

Necesitaba esas vacaciones, pero la tensión había vuelto a la redacción y no podía ausentarme. El consejero delegado de RCS MediaGroup, nuestro grupo matriz en Italia, había sido despedido. Sabíamos por experiencia que cada vez que había cambio en nuestros dueños, Milán tenía alguna ocurrencia sobre lo que debía hacerse en España. Eran malas noticias.

Aunque apenas conocía a Scott Jovane, el jefe saliente, tenía buena sintonía con él y coincidíamos en que la transformación de *El Mundo* llevaría un mínimo de tres años y requeriría de una clara apuesta digital. Había trabajado en Microsoft y entendía que la alternativa sería una lenta agonía. Además, hablaba inglés. Era un detalle importante que me permitía tener con él una interlocución directa y no depender completamente de El Cardenal para comunicarme con Italia. Jota solía decir que todo empezó a torcerse para el periódico el día que El Cardenal aprendió italiano y se llevó su arte para la intriga a Milán. En realidad, había sido mucho antes: el día que él lo escogió como gerente del diario.

Los italianos habían entrado en el accionariado de *El Mundo* poco después de su creación en 1989, ampliando su porcentaje con la compra de más participaciones a sus fundadores, que hicieron un gran negocio con la venta. La forma personalista de dirigir el periódico de Jota dejó de tener sentido al crecer la empresa, los beneficios y el personal. Teníamos un director que era a la vez responsable de publicidad, jefe de marketing y director de Recursos Humanos, porque aunque todas esas posiciones estaban en manos de otras personas, las decisiones las tomaba siempre él. Los italianos pensaban que aquello no era manera profesional de llevar su negociado y pidieron un fichaje que se encargara de la gestión no editorial. El director buscó a alguien que diera la cara ante los italianos, tuviera un papel meramente institucional y asumiera un papel irrelevante a su sombra. Su escogido fue un profesor de derecho que había pasado sin destacar por el mundo empresarial y no tenía ninguna experiencia en medios de comunicación.

El Cardenal fue conocido, durante años, como el conserje de Pedro Jota. Nadie presumía en él grandes ambiciones ni dio mayor importancia a aquellas clases de italiano que tomaba en su tiempo libre, que entonces era mucho. Empezó a viajar a Milán casi todas las semanas, se trabajó a las diferentes familias que se peleaban por el control de RCS y se alió siempre con los ganadores en sus luchas internas. Poco a poco se fue ganando el favor de los italianos, mientras en España tejía una amplia red de relaciones con el poder y sacaba todo el partido al papel de relaciones públicas al que había sido reducido por Jota.

El Cardenal ascendió puestos y acumuló títulos sin ningún poder ejecutivo, porque durante aquellos años seguía a la sombra del fundador y aceptaba sin aparente resentimiento su papel de lugarteniente y las humillantes broncas que de vez en cuando le propinaba el director. Nuestros capitanes visionaron entonces lo que se conocería como el Gran Desastre y en 2006 convencieron a los italianos para que compraran Recoletos, la empresa propietaria de *Marca*, *Expansión*, *Telva* y otras publicaciones. O mejor dicho: para que nosotros compráramos todo aquello, porque lo que se organizó fue una operación de ingeniería financiera por la cual pedimos un crédito a nuestra matriz para adquirir unas propiedades que no nos podíamos permitir. Los sueños de grandeza del director y su conserje de crear el mayor grupo de prensa del país costaron 1.100 millones de euros. Meses después, al estallar la crisis financiera, nuestras nuevas propiedades no valían ni la mitad de lo pagado. El director de periódicos que quería ser gestor y el gestor que quería ser director de periódicos, sin que ninguno supiera hacer el trabajo del otro, habían diseñado una jugada ruinosa que en cualquier país civilizado les habría costado el puesto a ambos. Empezó a correr la broma de que teníamos al frente a dos genios, porque sabido era lo difícil que era engañar a un italiano. Y ellos lo habían logrado por segunda vez.

El resto es historia: la crisis se alargó, la difusión se derrumbó y los ingresos se redujeron a la mitad, mientras nuestros directivos sacaban pecho y aseguraban que todo pasaría porque los diarios éramos indispensables para la sociedad y estaban en manos de gestores infalibles. Las suyas. Montaron proyectos audiovisuales que terminaban en sonoros fracasos y provocaron más pérdidas, ignoraron los soportes digitales porque no los entendían y regalaron el principal valor de nuestras cabeceras, el contenido periodístico, a cambio de audiencias que no conseguíamos monetizar. Todo vino acompañado de un

festín de bonus, coches de empresa y American Express sin límite de gastos, mientras avanzábamos, empujados por su ego y ambición, hacia el precipicio. La operación Recoletos lastró nuestras cuentas durante años, mientras intentábamos pagar la deuda a Italia y sumíamos a nuestro principal accionista en una crisis interminable. La factura la terminaron pagando los periodistas con despidos y recortes que redujeron la calidad del diario y obligaron a más recortes aún, en un círculo vicioso del que todavía tratábamos de salir.

El Cardenal no solo salió airoso del Gran Desastre, sino que logró prosperar en mitad del naufragio. Vocento, editor del grupo *ABC*, trató de ficharle, pero el propio Jota intervino, voló a Milán y convenció a los italianos de que lo retuvieran, sin saber que estaba cavando su propia tumba. El encargado se quedó con la promesa de recibir un sueldo, bonus incluido, de 3,2 millones de euros el mismo año que nos lo bajaría al resto de empleados porque, aseguraba, cobrábamos «por encima del mercado». Después esperó su oportunidad. Cuando tras años de pérdidas, y con la tirada cayendo en picado, Jota lanzó su envite al presidente Rajoy con la publicación de los mensajes privados a Bárcenas, El Cardenal ya tenía los contactos, en España e Italia, para dar el gran golpe y hacerse con el control.

—El problema —se lamentaría Jota— es que terminó creyéndose los puestos que le ofrecí.

La nueva jefa de RCS MediaGroup en sustitución de Jovane, Laura Cioli, era una ejecutiva con fama de dura que no tardó en presentarse en Madrid para pasar revista a sus dominios. Durante su visita hizo un *tour* por las redacciones de *Marca*, *Expansión* y *El Mundo*, donde me tocó ser su guía personal. Caminábamos por las secciones mientras ella preguntaba cosas sobre el funcionamiento y la organización, sin hacer ningún esfuerzo en caer simpática a nadie, hasta que llegamos al final. Entonces echó una mirada atrás e hizo la pregunta que me estaba temiendo y cuya respuesta sin duda debía conocer:

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

—Somos unos 300 —dije—, contando corresponsales y delegaciones regionales.

—¿300?

—Bueno —dije viendo que le parecían muchos—. Llegamos a ser el doble antes de la crisis.

—Ah.

Y se marchó a Milán a idear su plan para Hispania.

Unos días después fui llamado a una reunión con El Cardenal y Silicon Valley, que estaba relajadamente sentado en el sofá del despacho de su jefe con las piernas cruzadas y un brazo sobre el respaldo. Me confirmaron que la nueva jefa quería reducir la plantilla aún más y que ellos estaban de acuerdo, porque «nuestra estructura es insostenible».

—Siempre lo mismo —dije—. No se atreven a tocar sus medios en Italia y vienen con el hacha a España.

—Nuestra situación es peor que la suya —dijo El Cardenal.

—¿Cuántos?

—Las plantillas amplias para hacer periódicos son cosa del pasado.

—¿Cuántos?

—Son tiempos de apretarse el cinturón.

—¿Cuántos?

—Sobran más de 100 —dijo Silicon Valley.

Solté una carcajada de incredulidad.

—¿Es broma, no? ¡Imposible, joder!

—Sobra grasa.

—¿Grasa? Es imposible hacer el periódico con esos despidos. No saldremos a la calle. No se aceptará jamás. Habrá un levantamiento.

—Tenemos que pararlo todo —dijo Silicon Valley—. Todos los proyectos quedan en suspenso, incluida la transformación y los planes que tuvieras. No podemos hacer nada hasta nueva orden.

—La reorganización de la redacción…

—Nada hasta nueva orden, lo siento.

Las promesas de El Cardenal y Silicon Valley en Nueva York se habían desvanecido en apenas cinco meses. No solo no habría fichajes que yo consideraba indispensables en desarrollo, vídeo o redes sociales, una renovación de columnistas o inversión en tecnología, sino que entrábamos en una fase de duros recortes que hacían inviable el proyecto para el que me habían traído y me ponían en una situación imposible frente a la redacción, cuando aún estaba lejos de consolidarme como director. Italia exigía el despido inmediato de 13 personas, a la espera de presentar un plan de recortes más ambicioso de cara a la primavera. Pedí tiempo para encontrar la manera de recortar otros gastos. Seguíamos teniendo grandes excesos y creía que

podía encontrar el dinero que exigía Milán, pero todos mis argumentos chocaban con una palabra que se repetía una y otra vez en las reuniones de La Segunda: *headcount*.

Me explicaron que no se trataba solo de reducir los gastos, sino del *headcount*, que sonaba bien en inglés y si lo traducías al español parecía que hablabas de cabezas de ganado. Nosotros, al parecer, teníamos demasiadas. Los bancos asediaban a la matriz italiana, cuyas condiciones de refinanciación dependían de que presentara planes que agradaran a sus prestamistas. Y nada gustaba más a los contables de la banca y los consultores financieros que la promesa de una reducción del *headcount*. Fui convocado a una reunión con Recursos Humanos, donde se me explicó que el grifo del dinero para pagar las nóminas lo tenía Italia y daba lo mismo lo que protestáramos. Antes de final de año teníamos que despedir a esas 13 personas: dos en Madrid, cinco en la delegación de Andalucía y otras seis en Valencia. El jefe del departamento me aconsejó que me mantuviera al margen y evitara salir quemado.

—Los despidos se harán en buenas condiciones, esta empresa siempre ha hecho bien las cosas. Nos das los nombres y nosotros nos encargamos de todo.

Pregunté cómo habían gestionado la situación directores anteriores. Jota había vivido dos ERE y un recorte de sueldo generalizado.

—El día que se comunicaban los despidos se buscaba algo que hacer fuera de la redacción.

Pensaba en lo humillante que sería que después de años de trabajo te despidieran sin una explicación de tu director, dándote un par de palmaditas en la espalda en un despacho de La Segunda y diciéndote aquello de «no es nada personal», mientras te entregaban una caja donde meter tus cosas. O peor aún: que la noticia te la diera El Secretario, que seguramente tendría su corazón, como todos, pero mostraba la empatía de una hiena con el estómago vacío. Dije que comunicaría personalmente los despidos en Madrid y di instrucciones para que los directores de las dos delegaciones afectadas hicieran lo mismo en sus redacciones. Y, según escuchaba las palabras que salían de mi boca, me di cuenta de que acababa de adquirir un compromiso que no estaba seguro de poder cumplir.

El primer periódico de la historia fue creado por Johann Carolus, hijo de un sacerdote de Estrasburgo, en 1605. Carolus llamó a su invento *Relation aller Fürnemmen und gedenckwürdigen Historien*: *Colección de todas las noticias*

distinguidas y conmemorables. Tenía una única columna y se imprimía semanalmente. La idea se extendió por Europa, donde los primeros folletos buscaban captar la atención de los lectores con noticias de «crímenes, violaciones, incestos, monstruos, catástrofes naturales, fenómenos celestes, fantasmas y diabluras de todo tipo», según el historiador Maurice Lever. Ni el gusto de los lectores ni la disposición de los editores a satisfacerlos habían cambiado mucho. El éxito de aquellas gacetas hizo que aumentaran las publicaciones, las tiradas y el número de páginas por ejemplar. Los periódicos empezaron a competir por contar las noticias antes y mejor que la competencia. En 1854 el director de *The Times*, John Delan, creó la figura del corresponsal enviando a uno de sus reporteros a la Guerra de Crimea, desde donde William Russell dio a los británicos la mala noticia de que su imperio no era invencible. «A las 11:35 no quedaba un solo soldado británico, excepto los muertos y los moribundos, ante los sangrientos cañones moscovitas», escribió. Las primeras fotografías fueron añadidas a los diarios a finales del siglo XIX y poco después la publicidad empezó a costear los gastos de las redacciones, que dejaron de depender solo de la venta al número. Mejoraron las cuentas de resultados, se incorporaron nuevas secciones, se compitió por atraer a los mejores reporteros y columnistas, se invirtió en investigación y se ganó influencia: con el tiempo incluso tumbarían presidentes como Richard Nixon. Los ordenadores reemplazaron a las máquinas de escribir. El color, al blanco y negro. Y el envío electrónico de las crónicas a los despachos al dictado que malgastaban el tiempo de Las Secres. Pero el periódico, en esencia, seguía fabricándose como la *Colección de todas las noticias distinguidas y conmemorables* de Johann Carolus. Recabar información, imprimirla en papel y distribuirla físicamente a los lectores fue durante siglos un negocio estable, ajeno a las transformaciones sociales o las innovaciones que obligaban a otros sectores a renovarse. La profesión vivía al abrigo de sus confortables tradiciones y sus periodistas no tenían la necesidad de actualizarse o aprender nuevas habilidades. Y, entonces, todo cambió.

Un día de 1996 llegué a la redacción y vi que Mario Tascón, nuestro jefe de infografía, se había cambiado de sitio y trabajaba con la mirada clavada en la pantalla de un ordenador. Me acerqué a preguntarle en qué andaba.

—Navegando —dijo.

—¿No hay que irse al mar para eso?

—En internet.

—¿Internet?

—Sí, esto va a cambiar el periodismo, ya lo verás.

No le presté demasiada atención. Unos meses después había dos mesas en lugar de una en la zona de internet. Luego fueron tres. Los lectores de aquella primera página electrónica crecían cada día. Se decidió conceder a Mario y su equipo el estatus de sección, con rango inferior a la Cartelera, El Tiempo o los Obituarios. La web fue expandiéndose, obligando a reubicar otros departamentos y despertando suspicacias entre quienes creíamos que nos dedicábamos a lo verdaderamente importante, el papel de toda la vida. Fue un momento clave porque podíamos haber visto la llegada de lo nuevo como una oportunidad y en su lugar decidimos que era una amenaza. Yo mismo me uní a la resistencia, primero desde Madrid y después desde mi corresponsalía. Me negaba a escribir para la web, convencido de que mis historias debían lucir solo en el papel. Ridiculizaba a los gurús que decían que nuestro futuro sería digital o no sería. Y fui un entusiasta promotor de la idea de que el buen periodismo debía entregarse al lector en algo que manchara sus dedos de tinta.

La primera vez que comprendí que estaba equivocado, y que en realidad estábamos ante una revolución irreversible, fue cubriendo… otra revolución. Era 2007 y media docena de periodistas de todo el mundo habíamos logrado entrar en Birmania para informar de la Revuelta del Azafrán, liderada por monjes budistas contra el régimen militar. El equipo de internet me convenció al fin para que enviara mis crónicas a la web aprovechando que era el único reportero español en el país. Nunca antes había sido más leído o mis crónicas habían tenido más impacto. Nunca hasta entonces amigos que jamás habían comentado mis artículos me decían haberlos seguido. Y nunca antes había encontrado lugares más remotos donde satisfacer mi ego de corresponsal, desde la Patagonia a Australia. Las posibilidades de la web parecían obvias y a mi regreso me pasé al grupo de los conversos, mientras la resistencia a cualquier innovación seguía inamovible, con Los Nobles al frente. Al llegar a la dirección, años después, estaba convencido de que el viejo debate entre papel y digital habría muerto en el camino, pero para mi sorpresa seguía ahí y condicionaba todo lo que se hacía en el diario, atrapado entre la utopía de restablecer el orden anterior y la nostalgia de revivir un pasado que no iba a volver. Ni los números ni los datos de audiencia, tampoco la evidencia de que el modelo al que se aferraban no podría pagar los sueldos, habían logrado romper la falsa esperanza de que, si lo deseábamos con suficiente fuerza, los

días de gloria del papel regresarían y la web volvería a ser ese rincón abandonado desde el que Mario Tascón trabajaba entre la indiferencia del resto. Era un estado de negación de la realidad que quedaría simbolizado con la frase de uno de los redactores jefe del diario en un día difícil:

—¡Qué ganas tengo de que pase la puta moda de internet!

Las ambiciones, la codicia y la falta de visión de los directivos de los medios habían sido decisivos en nuestra decadencia. Políticos y grandes empresarios habían minado nuestra libertad y aprovechado nuestra debilidad para atacar nuestra independencia. Quizá nuestros lectores se habían hecho más sectarios e intolerantes, demandando una verdad que se ajustara más a sus ideas y menos a la ética periodista. Todo eso podía ser cierto y aun así muchas de las decisiones que habían agravado nuestra situación habían sido tomadas en las redacciones, por una elite periodística atemorizada ante la posibilidad de perder su estatus. El periodismo tenía como esencia ir a los lugares, abandonar la zona de confort y descubrir lo nuevo, pero todos aquellos instintos habían sido anulados por el miedo que durante años nos había paralizado, como un ciervo cegado por las luces de cruce en mitad de la carretera. Miedo a perder la posición. Miedo a lo nuevo y revolucionario. Miedo a tener que volver a aprender. Ahora, entre despedidas de compañeros y recortes sin fin, apenas quedaba tiempo para reaccionar: debíamos movernos o el camión nos pasaría por encima.

Tenía que despedir a 13 personas de una redacción que apenas conocía, dos de ellas en Madrid, y temía que una vez más volvieran a caer quienes menos habían hecho para llevarnos a nuestra situación. Pregunté al *staff*. Cada uno tenía sus candidatos, pero no había garantías de que el mérito estuviera detrás de sus preferencias. Decidí que en Madrid serían personas con jefaturas en puestos donde su ausencia pudiera ser cubierta por compañeros que ya estaban en las secciones y que dieran continuidad a su trabajo. Pero cuando finalmente tuve los nombres, empecé a sentirme incapaz de ejecutar los despidos. Lo había pasado mal al prescindir de la corresponsal que inventaba romances improbables entre una modelo y el gran padrino del fútbol, de jefes que apenas aparecían por el trabajo o de la responsable de sección que acosaba a sus redactores, algunos de los cuales habían entrado en mi despacho entre un mar de lágrimas diciendo que preferían el paro a seguir soportando su situación. Incluso despedir a Sostres, el más faltón de nuestros Inspirados, había sido un

mal trago después de que hubiera celebrado mi nombramiento con un artículo-masaje en el que aseguraba que mi compromiso con la verdad empatizaba «de un modo extraordinario con miles y cientos de miles de lectores potenciales».

La diferencia era que ahora tenía que despedir a periodistas sin más motivo que una orden de un despacho de Milán justificada con una palabra, *headcount*, que parecía sacada de un rancho de Texas. El plazo se había agotado y desde La Segunda recibía constantes llamadas para preguntarme si ya había comunicado la noticia a los afectados.

—Todavía no —respondía, escribiendo y desechando las palabras que iba a decirles, levantando y colgando el teléfono sin decidirme a marcar sus números.

Ahí estaba: el reportero que podía cruzar el paso de Kryber entre talibanes o correr hacia un desastre nuclear en Fukushima, dando vueltas por El Despacho incapaz de encontrar el valor —o la cobardía— para decirle a dos compañeros que recogieran sus cosas y se marcharan a casa tras haberle dado sus mejores años al periódico. La hora del cierre se acercaba cuando finalmente llamé al primero de ellos. Tenía mi edad. Tras pasar muchos años en España, había sido transferido al equipo de Datos, donde yo quería hacer cambios. Le conocía desde mis comienzos en el diario y sabía que era un buen editor que había recalado en el lugar equivocado. Me miró como si no estuviera hablando en serio.

—¿Me echas?

—Créeme si te digo que… yo jamás… si tuviera otra opción…

—Me dejas en la puta calle. ¿Así? ¿Por qué motivo?

—No puedo darte ninguno, porque no lo hay. Exigen recortes…

—He dado todo por esta empresa durante todos estos años y ahora me pides que me vaya a mi casa. Así, sin más. No sabes lo que esto supone para mí. La putada que me haces.

La escena se repitió con el segundo compañero, de Internacional, y de nuevo supe que nada de lo que dijera serviría para aliviar el daño. La noticia de los despidos corrió por la redacción y los periodistas que todavía seguían en el diario se concentraron frente a mi despacho. No estaba de humor para hablar porque tenía un nudo en la garganta, pero salí y traté de dar explicaciones:

—Solo hay dos personas que sientan más estos despidos que yo y son los compañeros que han perdido su puesto de trabajo…

La Digna se sintió obligada a dar su opinión y censuró la manera en la que se

habían hecho las cosas. El Dos contestó y ambos se enzarzaron en una pelea a gritos, mientras yo trataba de continuar.

—No existe un director en el mundo que quiera trabajar con menos periodistas. Ninguno. Cuando tomé este puesto nunca pensé que despedir a mis compañeros sería parte de…

Me detuve, respiré hondo y traté de continuar, pero no pude. Entré en El Despacho, lloré durante un minuto, me sequé las lágrimas y salí de nuevo. Me había desmoronado y lo había hecho ante quienes se suponía debía mostrar fortaleza. No importaba que los recortes no hubieran sido decisión mía, que hubiera hecho lo posible por evitarlos o que apenas llevara unos meses en el puesto: al comunicar los despidos los había asumido como propios —«me dejas en la puta calle»— y me sentía responsable de las consecuencias personales que tenían para los afectados y sus familias. ¿Era ya lo suficiente hijo de puta para dirigir un periódico? ¿Me había graduado y estaba listo para el poder, como esperaba de mí El Cardenal? ¿Habían conseguido convertirme en uno de ellos? Dije unas últimas palabras, la concentración frente a mi despacho se disolvió y desde la distancia vi al compañero de Internacional recogiendo sus cosas y abandonando cabizbajo la redacción. Y, por primera vez, pensé que yo no era la persona indicada para dirigir *El Mundo*.

XII EL SISTEMA

Antes de que la ilusión fuera envenenada por las ambiciones de unos y los miedos de otros; antes de que los oportunistas aprovecharan las dificultades y la mayoría silenciosa fuera arrastrada por la minoría ruidosa; antes de que El Reportero y yo nos decepcionáramos mutuamente, disimulándolo como solo podían hacerlo dos buenos amigos; antes de que Amelia lamentara por última vez que no hubiera decorado El Despacho y el teléfono dejara de sonar, sustituido por el silencio que sigue a la caída; antes del desmoronamiento, siempre hay un momento concreto en el que las cosas empezaron a torcerse, aunque solo puedas identificarlo tiempo después. Los despidos de diciembre fueron ese momento.

La Digna vino a verme y se excusó por el comportamiento de la redacción, diciendo que debía entender que la paciencia de la gente había llegado al límite tras años de recortes y quejándose amargamente «del despido». Me sorprendió que hablara en singular, cuando se habían producido dos en Madrid y once en las delegaciones de Andalucía y Valencia.

—Era uno de los nuestros —dijo, aclarando que una cosa eran los despidos dolorosos y otra los inaceptables.

La salida de un jefe que había desarrollado su carrera en la sección de España formaba parte de los segundos. No solo eran intocables Los Nobles. También quienes habían formado parte de su órbita o contaban con su protección.

Los despidos también habían estado rodeados de dramatismo en las delegaciones de Valencia y en Andalucía, donde había dado indicaciones al director para que comunicara las salidas a los afectados, antes de dejar la delegación para venirse a trabajar a Madrid. Pero El Señorito no era de mancharse las manos. Todas las energías de nuestro hombre en el sur iban destinadas a las relaciones públicas, los contactos y el *cócteling,* donde se movía como nadie. Formaba parte de esa generación de directores capaces de cruzar la ciudad de despacho en despacho sin pisar la calle, recogiendo

favores en cada parada antes de dar sentidos discursos lamentando que los periodistas ya no trabajaran sobre el terreno. En Madrid tenía muy mala prensa, sobre todo después de que en las últimas elecciones andaluzas abandonara su puesto para irse a una tertulia televisiva, en plena noche electoral y mientras sus redactores trabajaban a destajo.

El Señorito desobedeció mis instrucciones y la víspera de los despidos se cogió un tren rápido a la capital, dejando que fuera su sustituto quien comunicara, también entre lágrimas, las salidas de un puñado de buenos reporteros. Cuando me lo encontré por los pasillos de San Luis le pregunté por qué no estaba en Sevilla, como le había indicado. Balbuceó una excusa ininteligible y le convoqué a una reunión urgente en el despacho de El Cardenal.

—¿Has sido nuestro director en Andalucía los últimos 20 años y te largas la víspera de tener que comunicar los despidos? ¿Te pasas por el forro las órdenes del director y no eres capaz de tener los huevos de ponerte delante de tu gente? Quiero que cojas un tren de vuelta y que estés allí antes del cierre y des la cara.

El Cardenal y Silicon Valley podían ver por mi tono que hablaba en serio. Los dos asintieron y confirmaron la orden. Pero El Señorito nunca cogió ese tren y en su lugar se presentó en mi despacho unos días después, pensando que todo estaría olvidado, para preguntarme dónde pensaba ubicarle en Madrid.

—No tengo nada para ti. Lo mejor es que subas a Recursos Humanos y arregles tu salida del diario.

El Cardenal lo salvó en el último momento, dándole un trabajo en La Segunda como coordinador de los eventos del grupo. Tenía grandes planes para él: los dos eran profundamente conservadores y miedosos, entendían el periodismo como un intercambio de favores y veían la lealtad como una enfermedad debilitante. Al situar al Señorito en un despacho junto al suyo, El Cardenal lo convertía en su conserje, de la misma forma que había hecho Jota con él 20 años antes.

—Haz con él lo que quieras —le dije—, yo no puedo decidir en La Segunda. Pero no quiero verlo por la redacción.

—Te equivocas —me dijo—. Te podría ayudar si le dejas.

—El que se equivoca eres tú. Los cobardes no sirven para este oficio.

El Secretario estaba de mi lado en la disputa, no tanto por solidaridad con el director, sino porque temía ser desplazado como favorito y sentía un ataque de

celos que pensé lo humanizaba un poco. Venía a mi despacho y despotricaba contra su nuevo adversario, quejándose con deliciosa incongruencia de sus maneras serviles, tan parecidas a las suyas. Los dos se enzarzaron en una competición por la conserjería en la que El Cardenal les daba y quitaba cariño a capricho, enfrentándoles para después pedirles que no se comportaran como niños y obligándoles a arrastrarse por las moquetas de La Segunda, en una batalla disputada en las llanuras de la dignidad. Quizá todas las oficinas tenían personajes como aquellos, pero en pocos lugares prosperaban tanto como en San Luis, donde El Cardenal había instituido la cultura de que, para llegar alto, antes había que descender a lo más bajo.

La campaña electoral de diciembre comenzó como casi todas, con ataques de unos políticos a otros y escasas propuestas. Mi obsesión era que el periódico mantuviera su independencia, una vez rechazadas las insinuaciones del Gobierno para que le apoyáramos. Mi negativa había llevado a destacados miembros del Partido Popular a propagar el rumor de que *El Mundo* tenía como director a un peligroso izquierdista radical. No era solo la dureza de nuestra línea informativa con la corrupción del PP lo que alimentaba el rumor, sino el hecho de que mi forma de comportarme no fuera la que se esperaba del director de un gran medio. Nuestro columnista más veterano, Raúl del Pozo, me trasladó esa percepción cuando le llamé para invitarle a comer.

—A sus órdenes, director —dijo con su sarcasmo habitual—. ¿Me llamas para despedirme o para bajarme el sueldo?

—Lo primero está descartado, pero de lo segundo… Los italianos aprietan, ya sabes.

—Eso me dicen. Si hace falta apretarse el cinturón, se lo aprieta uno.

—Quería invitarte a comer.

—Mi director —me dijo—, será un honor. Pero se rumorea que llevas a tus invitados a La Veguita, ese sitio de menús baratos al lado del periódico, y yo no tengo edad para ir a ciertos sitios.

—Solo llevo allí a los malos columnistas. Vamos donde quieras.

Raúl del Pozo tenía, a sus 80 años, la ilusión por el oficio que había abandonado a periodistas que podían ser sus nietos. Ninguno de Los Inspirados, con sus destellos literarios y cotilleos políticos de sobremesa, tenía su hambre de información. Me llamaba antes del cierre para contarme que tenía una primicia, compartir confidencias de Estado o pedirme que

llevara su artículo a portada, «una exclusiva» recién extraída de la trastienda del poder.

—Solo si hay un hueco, mi director.

Y yo siempre intentaba hacérselo, para que no dejara de llamar con su entusiasmo de principiante y porque, al menos en su caso, no era cierta su descripción de los columnistas como «reporteros cansados».

La percepción de que yo era un infiltrado del populismo se desvaneció entre informaciones que fiscalizaban la actuación de Podemos, incluida una serie de reportajes sobre cómo estaban gestionando los ayuntamientos donde gobernaban. Desde el partido pasaron a acusarme de ser parte de la conspiración del *establishment* que buscaba evitar el cambio. Su líder, Pablo Iglesias, había irrumpido en la política desde las tertulias televisivas, captando el voto de los indignados tras la crisis económica. No era difícil coincidir con su diagnóstico de cómo una partitocracia egoísta y corrompida había contaminado las instituciones y deteriorado la democracia española, en connivencia con una elite económica que salió reforzada de la Gran Recesión y una prensa que miró a otro lado. El problema era que la mayoría de las soluciones que proponía estaban sacadas de viejos manuales comunistas que habían empobrecido todos los lugares donde se habían aplicado.

Iglesias me había visitado en El Despacho al poco de llegar a la dirección. Le dije que, a pesar de que nuestra línea editorial discrepaba de sus ideas, informaríamos de su partido bajo estrictos criterios periodísticos. Yo creía haber cumplido mi compromiso, pero él no estaba de acuerdo y durante un acto en la Universidad Complutense señaló públicamente al periodista que teníamos asignado a su formación, acusándole de buscar una promoción con sus noticias. «Si yo trabajo en el diario *El Mundo* es imposible que yo consiga colocar en la portada “Podemos lo hace todo muy bien”. Tengo que colocar noticias que digan “Podemos lo hace todo fatal”», dijo Iglesias. En realidad nuestro reportero no afirmaba ni una cosa ni la otra: sus textos eran pulcramente informativos y quizá por ello molestaban especialmente a Iglesias. Al contrario que las coberturas de otros medios, ideológicamente envenenadas e incluso fabricadas, la nuestra consistía en el relato de los hechos, decisiones y acciones de un político que tenía entre sus mayores debilidades la incoherencia entre lo que decía y lo que hacía.

Nuestra obligación era poner todo nuestro empeño en desvelar los abusos del

partido conservador en el Gobierno, pero también indagar en los méritos, intenciones y propuestas de quienes desde la izquierda aspiraban a reemplazarlo. Era un propósito no exento de errores. Antes de las elecciones comenzamos a publicar una serie de noticias sobre la jueza Victoria Rosell, diputada de Podemos y previsible ministra de Justicia si su partido llegaba al poder. Durante semanas Asuntos Internos informó de las supuestas irregularidades cometidas por la magistrada tras una querella del ministro José Manuel Soria, que la acusaba de los delitos de retardo malicioso en la administración de justicia, prevaricación judicial y cohecho para beneficiar al socio empresarial de su pareja en una causa por delito fiscal. La mayoría de nuestras informaciones se basaban en las actuaciones del juez Salvador Alba, que promovió la causa tras reemplazar a Rosell en el Juzgado de Instrucción 8 de Las Palmas de Gran Canaria. La diputada me llamó varias veces para denunciar que todo era parte de una conspiración del juez y de Soria para destruirla, una versión que Asuntos Internos desmentía y que a mí me resultaba poco creíble. ¿Un ministro y un juez conspirando contra una jueza en Canarias? Tiempo después, estando ya fuera del diario, la querella contra Rosell fue archivada y el juez Alba terminó siendo procesado por cinco delitos, incluido el de prevaricación judicial, ante la evidencia de que sus actuaciones habían estado encaminadas a desacreditar a la magistrada. Pero ya era tarde. Rosell tuvo que dimitir y su salto a la política quedó frustrado. Que las informaciones estuvieran sustentadas en actuaciones judiciales no era excusa suficiente: como director, no había hecho las preguntas necesarias y había desatendido las sospechas de quienes desde el entorno de la acusada me habían advertido de que se trataba de una conspiración. Y, aunque podía decirme a mí mismo que había sido un tropiezo más en la búsqueda de la verdad, gajes del oficio, lo cierto es que mi juicio periodístico había sido nublado por el deseo de quitarme de encima la percepción de que estaba virando el periódico a la izquierda y acelerando con ello la caída de su difusión.

El Gobierno, viendo que nuestra línea informativa también era beligerante con Podemos, pasó a atribuirme un idilio editorial con Pedro Sánchez, el líder de los socialistas que por entonces no sospechaba ni en sus sueños más salvajes que llegaría a presidente y que me escribía sentidos mensajes —«¿Pasa algo? Noto que desde hace tiempo todas nuestras coberturas son negativas o no

existen»— quejándose sobre lo que consideraba un tratamiento injusto por mi parte. Si el nuevo director de *El Mundo* no era del PP ni de Podemos, y al parecer tampoco del PSOE, sin duda su opción era Ciudadanos, la formación de Rivera que amenazaba con hacerse con el electorado de los populares y que recibía menos críticas por la sencilla razón de que aún no gobernaba en ningún sitio. El ministro de Economía, Luis de Guindos, me sugirió esa afinidad cuando coincidimos en el Club de Tenis Chamartín, donde yo había jugado desde mi infancia y él se sacaba el estrés de tener que reparar una economía llena de cicatrices. Me encontraba en la pista, a punto de sacar, cuando el ministro me saludó desde la distancia:

—¿¡Pero tú no tienes un periódico que dirigir!?

—¿¡Y tú no tienes un país que sacar de la ruina!?

Luego, cuando nos encontramos fuera de la pista, me reprochó que nos hubiéramos convertido en el medio favorito de Ciudadanos. Guindos me parecía de lo más decente que tenía el Gobierno, estaba más viajado que sus compañeros de gabinete y, al contrario que la mayoría de los políticos, empresarios y periodistas del país, podía razonar más allá de las dos Españas. Era una división que llevaba décadas siendo la coartada perfecta para que los partidos que representaban a cada bando ignoraran el interés general, se entregaran al clientelismo para beneficiar a sus fieles y eludieran cualquier regeneración. ¿Para qué, si el origen de todos los problemas estaba en el bando contrario? La judicatura, la policía, la política, las instituciones o la prensa estaban divididas en bandos irreconciliables. Incluso la redacción, que yo recordaba ajena a la batalla ideológica, tenía ahora sus facciones. La Digna representaba a la izquierda y hablaba de «los chicos» de Podemos con creciente simpatía, en un giro que chirriaba por su pasado en el gabinete de prensa de José María Aznar, el más conservador de los presidentes que había tenido el país en democracia. La derecha tenía a su autoproclamado capitán en El Dos, convencido de que una de sus misiones vitales era defender el periódico —y la patria— de la agenda oculta de comunistas, feministas y progres de diferente corte, todos dispuestos a contaminar la pureza de la España verdadera. Ninguno de los dos iba a entender lo que les había pedido en mis primeras reuniones con ellos:

—Nada de intrigas de máquina del café.

A los no alineados, fuera y dentro de San Luis, los que creían en una tercera España alejada del sectarismo de los tiempos, se les afeaba su anemia

ideológica y su centrismo descafeinado, que fue donde finalmente fui ubicado por quienes no entendían que había vida más allá de sus trincheras.

Tenía asumido que jamás convencería a nadie de que iba en serio cuando decía que mantendría la independencia del diario, decidido a criticar los disparates, absurdos y corruptelas de ambas Españas, pero insistí en la idea de todas formas cuando llegó el turno de que Albert Rivera presentara sus propuestas en nuestro foro de *La España Necesaria*. Anuncié que rompería con la tradición que nos había llevado a pedir el voto para un partido concreto —en las siete ocasiones anteriores habíamos apoyado al Partido Popular— la víspera de la jornada electoral:

—Debo confesar que últimamente me preguntan mucho a qué partido va a apoyar *El Mundo* en estas elecciones. Y que son muchos los que creen que ese partido es Ciudadanos y nuestro candidato Albert Rivera. Ahora que no me escucha —Rivera estaba sentado en primera fila—, voy a darle una mala noticia: no vamos a pedir el voto para él. Tampoco para ninguno de los demás candidatos. *El Mundo* no es un periódico de partidos, sino de principios. No apoyamos siglas, sino propuestas. No tenemos miedo a enfrentar a nuestros lectores a ideas que les incomodan, aunque tampoco olvidamos que ellos son nuestros verdaderos jefes y a ellos nos debemos.

Starsky y Hutch vinieron a verme unos días después con su primer gran *scoop* desde su incorporación al equipo de investigación. El congresista Pedro Gómez de la Serna y el embajador español en la India, Gustavo de Arístegui, ambos del Partido Popular, llevaban años cobrando comisiones para facilitar contratos en el exterior a empresas españolas. La trama que dirigían había cobrado presuntamente millones de euros, sobornando a políticos y altos funcionarios en países como Argelia o Guinea Ecuatorial.

—Es bueno —dije—. ¿Lo tenéis bien atado?

—Muy atado.

—Estamos en campaña electoral y será un lío. ¿Cómo vamos de fuentes?

—Son buenas.

—¿Habéis llamado a los afectados?

—Hecho.

Sabía que el Gobierno se tomaría la publicación de la información en plena campaña electoral como un intento de dañar la reelección de Mariano Rajoy. La exclusiva de Starsky y Hutch perjudicaba el mensaje de regeneración del

PP y complicó el debate decisivo del presidente Rajoy con el líder opositor Pedro Sánchez. Estábamos preparando la cobertura del duelo cuando nuestros reporteros se presentaron con la última entrega de su investigación, una grabación que reforzaba sus informaciones sobre la trama de Arístegui y De la Serna. El primero de ellos había renunciado ya a la embajada en la India y el Gobierno llevaba todo el día tratando de forzar a De la Serna a dejar su escaño en el Congreso, para que el presidente pudiera presentarse en el debate diciendo que estaba depurando las manzanas podridas del partido. Pero el diputado estaba en paradero desconocido y no conseguían localizarle. En la grabación en nuestro poder, De la Serna conversaba con un exsocio y una secretaria sobre sus problemas con Hacienda y nos regalaba el titular que resumía el escándalo:

—¡A mí me han dado una pasta!

Les dije a Starsky y Hutch que prepararan la crónica y los editores de sonido incorporaron el audio. El debate Rajoy-Sánchez iba a tener lugar en una hora y media. Con la crónica terminada y lista, a falta de darle al botón de publicar, se generó un debate entre el *staff*. ¿Deberíamos esperar al final del encuentro televisivo para dar la información? ¿Ofrecerla como segundo tema para no dar la impresión de que queríamos influir en el desenlace? ¿O abrir a tope con nuestra exclusiva? El Callado, nuestro jefe de Nacional, pensaba que sería mejor ofrecerlo de segundo tema, con lo que cumplíamos con nuestra labor de informar y no se vería como un intento de favorecer a nadie. El Viti, que padecía tortícolis, siempre pendiente de las pantallas de audiencias colgadas de las columnas de la redacción, prefería vaciar el cargador. A Starsky y Hutch no hacía falta preguntarles.

—¡Abrimos a toda página! —dije.

Nuestra información empezó a ser rebotada por otros medios mientras en la segunda planta El Cardenal trataba de parar el golpe de las llamadas y los enfados del Gobierno. El debate que siguió fue uno de los más duros de la democracia y tuvo su punto más agrio cuando Pedro Sánchez puso en duda el honor del presidente con una frase que marcaría la campaña: «Usted no es decente».

Cuando llegó el día de la votación lo teníamos todo a punto para cubrir las elecciones más importantes en años. Decenas de nuestros reporteros estaban repartidos por todo el país, una de las ventajas de los periódicos de alcance

nacional. Los analistas estaban avisados para que escribieran sus primeras valoraciones. Fotografía e Infografía tenían sus planes a punto para ilustrar los comicios. El equipo de Redes Sociales dirigido por Mela, mi suministradora de golosinas —todos los viernes me traía una bolsa—, había empezado a cubrir nuestras carencias en vídeo, preparando una cobertura especial que incluía entrevistas en directo con redactores y opinadores. Su trabajo, como el de la mayoría de quienes estaban sacando adelante el proyecto digital, era especialmente desagradecido porque no se comprendía. Perseguía a los veteranos para que se abrieran cuentas de Twitter, aceptaran hacer vídeos en directo o se dejaran formar para que pudieran utilizar las herramientas que aumentarían el alcance de sus historias. Había convertido el equipo de Redes, que cuando llegué consistía en una sola persona trabajando a tiempo parcial, en el más innovador y efectivo de la prensa española.

El periódico se disponía a cubrir por primera vez unas elecciones coordinando nuestra potencia editorial con las secciones de vídeo, audio, datos o redes sociales, en un plan que Virginia llevaba meses desgranando. El recuento empezaría nada más cerrarse los colegios electorales, a las 20:00 horas, y nuestro único temor era que la web no soportara el aumento de tráfico.

La empresa seguía sin invertir en la tecnología que necesitábamos y nadie se fiaba del Sistema, el nombre con el que se conocía el misterioso ente informático que nos hacía funcionar, mitificado por sus poderes caprichosos y su capacidad para joder los cierres. La web, en sus inicios ejemplo de innovación en todo el mundo, se caía al menos una vez al mes, en apagones que podían alargarse durante horas. Los ordenadores seguían funcionando a paso de tortuga, a excepción del estupendo Apple de nuestro chupatintas. Pablo Jáuregui, el jefe de Ciencia, que tenía el temple de un astronauta en el Apolo 13 y al que no había visto enfadado en 20 años, había venido a verme indignado unos días antes.

—No podemos seguir así —dijo—. Tengo el mejor equipo de Salud y Ciencia de la prensa española y trabajan con ordenadores que no arrancan o van a paso de tortuga.

Failure is not an option era nuestro lema, salvo cuando se trataba del Sistema.

Las visitas a nuestra página empezaron a crecer a primera hora de la tarde y minutos antes de empezar el recuento triplicábamos el tráfico de un día

normal. En el encabezado llevábamos el cuadro donde se irían actualizando los resultados en tiempo real. Pero cuando al fin se empezaron a contar los votos, tras meses de tensión política, nuestro marcador permaneció a cero. Me metí en las webs de la competencia, convencido de que sería un problema del escrutinio, pero vi que éramos los únicos que no teníamos la información actualizada. Corrí a la mesa de últimas noticias, donde El Viti se llevaba las manos a la cabeza y los redactores se miraban unos a otros como ingenieros de la NASA ante una misión fallida.

—¿Qué pasa?

—No lo sabemos, pero algo va mal.

—Joder, joder, hay que arreglarlo cuanto antes.

Virginia, nuestra adjunta digital, se acercaba a la carrera con el rostro desencajado. Era eficiente y todo lo organizada que me habría gustado ser a mí. A pesar de llevar solo unos meses en la redacción, donde había sido recibida con hostilidad por jefes y tropa, se desvivía como si hubiera trabajado con nosotros toda la vida. En los momentos duros que estaban por llegar, me demostraría otra cualidad: una lealtad inquebrantable.

—Voy al sótano a hablar con los técnicos —dijo.

La curva de tráfico a nuestra web empezó a desplomarse en el que iba a ser el mejor día del año.

Virginia me llamó desde abajo.

—Hay un problema con el *widget*. No funciona.

—¡Que lo arreglen! ¡Deprisa!

Pedí que me pusieran con el jefe de soporte técnico de *El Mundo*. Me dijeron que se había marchado meses antes y no había sido reemplazado. Silicon Valley había creado un servicio de tecnología transversal para todas las cabeceras del grupo que estaba desbordado y era incapaz de atender emergencias como la que vivíamos. Los meses de planificación y trabajo, el esfuerzo por mantener nuestra independencia e investigar a todos los candidatos, las exclusivas de Arístegui y De la Serna, todo parecía en vano ante nuestra incapacidad de hacer lo más sencillo. Ofrecer los resultados.

La investigación interna revelaría que alguien había olvidado añadir un código al *widget* que conectaba nuestro sistema informático con la central de datos donde se hacía el recuento. Los técnicos que debían haberlo hecho estaban trabajando en el rediseño de *Marca*, el diario deportivo del grupo, y de decenas de proyectos a la vez. Llamé a Silicon Valley enfurecido:

—Hemos hecho el ridículo.

—Vamos a llegar al fondo de lo que ha pasado. He abierto una investigación.

—¿Hace falta? —pregunté—. Nuestro departamento de tecnología es un desastre y llevamos meses advirtiéndolo. La web se cae cada poco tiempo, los sistemas se quedan congelados y hay gente que se trae ordenadores de casa porque los de aquí son del paleolítico. Me prometiste medios y no los tengo. No podemos seguir así.

Las elecciones confirmaron el fin del bipartidismo en España y el castigo a los partidos tradicionales. El PP había ganado, pero se dejaba su mayoría absoluta y cerca de cuatro millones de votos por la corrupción. El Partido Socialista recibió un duro golpe, con los peores resultados de su historia. Podemos había irrumpido en el parlamento con 69 escaños y un apoyo del 20 %. Y Ciudadanos, que durante algún tiempo había sido visto como alternativa al PP, se había desinflado en el esprint final, quedando en cuarto lugar con 40 diputados. Empezamos a trabajar en las crónicas del día y pedí que La Digna nos hiciera una primera valoración para la web, pero al levantar la mirada vi en uno de los monitores de televisión que estaba en el plató de la Sexta. Fui a ver a El Callado:

—¿Qué hace ahí? ¿El día político más importante en años y no está en la redacción?

—Nos ha dicho que mandará su crónica para la versión impresa más tarde.

—¿Cómo? ¿Para mañana? *El País* tiene ya publicados análisis de sus principales articulistas. No podemos esperar a mañana. ¡Necesitamos la crónica de nuestra corresponsal política ahora!

Los Nobles seguían sin entender nada. Estábamos compitiendo en el ahora y ellos seguían pensando en mañana. Mientras nuestros veteranos trabajaban al ritmo de los años 80, como si nada hubiera cambiado —«¡qué ganas tengo de que pase la puta moda de internet!»—, un grupo de jóvenes reporteros empezó a sacar la cobertura adelante con buenas historias, contadas con formatos diferentes. Uno de ellos era una incorporación nueva llegada desde la delegación de Valencia. Rápido y preciso, El Valenciano lo mismo editaba un vídeo que hacía una crónica callejera, preparaba un análisis o trabajaba durante días un reportaje en profundidad. Formaba parte de una generación de buenos periodistas que escribían mejor que algunos de nuestros veteranos, que cuando no aburrían con un texto escrito con el alma de una nota de prensa

narraban un debate parlamentario como si fuera la caída del Muro de Berlín. Algunos de nuestros mejores escritores habían terminado malográndose tras arrastrar hasta la madurez defectos que podrían haberse subsanado, si tan solo se les hubiera editado en el camino, o hubieran hecho caso a la advertencia de Walter Lippmann: «La pretenciosidad ha arruinado a más periodistas que el alcohol». Otros eran casos perdidos y ni Hemingway armado de paciencia podría haberles enseñado a escribir. Un domingo estaba en casa cuando me llegó el texto de uno de Los Nobles con una historia que pensábamos llevar a portada. Tuve que parar en el tercer párrafo y llamar a la redacción porque no entendía nada.

—Ay, ¿no lo sabías? —dijo el jefe de turno—. Llevamos 20 años rehaciendo sus textos completamente.

Los periodistas que venían de delegaciones no tenían el lujo de adornarse, por suerte para ellos. Estaban acostumbrados a trabajar al límite y sin apenas medios, se escribían tres crónicas al día y aún les quedaba tiempo para editar textos de compañeros. Podían titular con una mano y llevarse el almuerzo a la boca con la otra. Una vez en Madrid, dejaban en evidencia a nuestros aristócratas, que veían su empuje con inquina y buscaban la manera de que bajaran una marcha. El Valenciano era un diamante, así que decidimos sentarlo con la gente de Últimas, para evitar que Los Nobles lo domesticaran como habían hecho con otros jóvenes valores que caían en su sección. Viendo el talento de redactores que empezaban a despuntar; la manera abierta de afrontar el periodismo de jefes intermedios que buscaban dar nueva vida a secciones y suplementos; el trabajo discretamente riguroso de periodistas que no salían en las tertulias ni daban ruidosas lecciones; la energía incombustible de los de Últimas, que tras una jornada editando escribían historias que nadie les pedía en sus horas extra; la creatividad atrevida de los de Vídeo, Datos o Redes Sociales; las reporteras que empujaban nuevas y diferentes historias; viendo sobre todo la forma en la que todos ellos se entregaban a una empresa que rara vez les correspondía, estaba convencido de que teníamos una oportunidad única de hacer algo grande y diferente.

XIII RATAS DE REDACCIÓN

La redacción de un periódico puede ser el Serengeti en temporada de escasez de alimentos. En otros oficios existe rivalidad: en un diario es depredación y supervivencia. Quizá el motivo sea que en el periódico el trabajo queda expuesto a la mirada no solo de los jefes y colegas, sino de miles de lectores. Grandes egos compiten por una notoriedad para la que existe un espacio reducido y que se persigue con los colmillos afilados.

Aprendí las reglas no escritas de la territorialidad nada más aterrizar en el diario como becario. Uno de mis jefes mantenía que la lectura imprescindible de un periodista no era *El Nuevo Periodismo,* de Wolfe, sino «el Boletín del Estado (BOE)»:

—Tiene más historias que la Biblia.

Así que todas las mañanas pasaba media hora repasando las leyes, decretos y noticias del BOE, hasta que di con algo que me llamó la atención. El Ministerio de Sanidad anunciaba que dejaba de utilizar unas prótesis defectuosas implantadas en cientos de pacientes. Al indagar un poco más descubrí que dirigentes de la sanidad pública habían puesto en peligro la salud de los enfermos al no revisar y alertar a tiempo de los riesgos, en lo que parecía un intento de ahorrar costes. Escribí la historia y levité entre los escritorios de mis compañeros hasta llegar a la mesa del redactor jefe, seguro de que me esperaba una palmadita en la espalda, dos páginas interiores y hasta un arranque en portada. Recibí una reprimenda por meter las narices donde no debía.

—Tú no cubres sanidad —me dijo el jefe—. ¿Cómo crees que se sentirá el compañero que lo hace?

El colega encargado enfureció, efectivamente, y como hacía funciones de segundo jefe, empezó a hacerme la vida imposible. Me enviaba a ruedas de prensa inútiles y me encargaba historias sabiendo que no se publicarían o terminarían en La Nevera, la carpeta donde se guardaban los artículos «no urgentes», con la idea de utilizarlos en vacaciones o en los días de letargo

informativo. El periodo de congelación variaba. A veces algo que llevaba en La Nevera dos años se recuperaba en plena sequía de información, se hacían un par de llamadas para sacarle el polvo y terminaba salvando la portada del diario, porque los jefes lo presentaban como material fresco en la reunión de La Pecera. Otros reportajes caían en el olvido y el estigma los volvía impublicables, precisamente porque habían estado demasiadas veces a punto de publicarse. Uno llevaba grabado en el subconsciente periodístico sus dos o tres historias perecidas en aquella carpeta: ninguna de Pulitzer —recordaba una sobre prostitución en las universidades con un gran dibujo de Ulises, nuestro ilustrador mexicano—, pero tampoco tan flojas como para merecer una muerte por congelación.

La cultura del territorio permanecía intacta y los viejos leones seguían devorando a los cachorros que pisaban sus dominios. Los jefes competían entre ellos por poner bajo su cuerda al mayor número de subalternos, creando islas de poder con sus tribus e inercias, entre las que destacaba, inmune al paso del tiempo, el presentismo. La fidelidad al diario no se medía tanto por la calidad del trabajo como por las horas que uno pasaba en él. A veces todo estaba hecho, la sección cerrada, pero nadie quería ser el primero en marcharse. Si tenías mala suerte, y caías bajo el mando de un jefe con una familia disfuncional a la que no quería volver, tus horarios se volvían infernales. La redacción se convertía entonces en una jaula y la única forma de escapar era marcharse lo más lejos posible, de corresponsal o a un gabinete de prensa con horario de oficina.

En San Luis no se vivía una competencia sana, pero era parte del aprendizaje para los nuevos. Las rivalidades indecorosas y las miserias del fuego amigo eran comunes a todas las redacciones y en todo caso palidecían ante la existencia de una especie de la que siempre había oído hablar y cuya existencia me negaba a creer: la rata de redacción. Se trataba de colegas que habían llegado a la conclusión de que, cuanto peor fueran las cosas, mejor les iría a ellos. Su instinto de supervivencia les permitía escapar siempre del caos e incluso prosperar en él. Nuestras ratas filtraban calumnias a los *confidenciales* y difundían falsos rumores tras una columna del párking, desde donde se extendían a más velocidad de lo que lo habrían hecho en un patio de vecinos. Un día me llegaba la noticia confirmadísima de que tenía en el cajón de El Despacho una lista negra de gente a la que supuestamente iba a despedir,

otro el confirmadísimo fichaje de alguien cuyo nombre no había oído antes y cada dos por tres mi confirmadísimo plan secreto para cerrar nuestra edición impresa, que seguía menguando, pero todavía aportaba unos ingresos sin los cuales no podríamos pagar las nóminas, incluida la mía. Desde La Segunda se filtraba un mal dato de difusión y por los pasillos corría la falsa noticia de que *ABC* nos había superado, cuando la caída había sido generalizada porque ese día había llovido. El rumor podía nacer de la nada más absoluta: el director había salido del despacho con un gesto contrariado, según un astuto periodista, y aquello derivaba en las más surrealistas conjeturas sobre guerras internas, purgas inexistentes y problemas inventados en una contradicción que me admiraba: ¿cómo era posible que los infundios más extraordinarios se propagaran de aquella manera en una redacción, supuestamente el lugar donde se trabajaba para separar ficción y realidad?

El aspecto más antipático de las ratas de la redacción era su disposición a echar una mano a la competencia. *El Español*, el nuevo diario de Jota, difundió en vísperas de las elecciones el resultado de una encuesta encargada a Sigma Dos que manteníamos en secreto hasta su publicación. No había nada sorprendente en que Jota adelantara un contenido que no le pertenecía: seguía siendo el Ben Bradley que mordía por una exclusiva, ahora venido a menos, y el Walter Burns que no tenía problemas en robársela a la competencia. Lo que me provocaba una absoluta incomprensión era que alguien de dentro pudiera haber pasado la información a un diario rival. Los datos de la encuesta habían sido comentados en una reunión de portada, por lo que era probable que hubieran sido filtrados por uno de los jefes. ¿Cuál de ellos? Las ratas de redacción se movían sigilosamente y en secreto, rara vez dejaban pistas y, aunque podías tener el presentimiento de tenerlas localizadas, la certeza incluso, carecías de pruebas para confrontarlas. En los próximos meses iban a encontrar un hábitat hecho a su medida gracias a los nuevos recortes, una plantilla en guerra con La Segunda y unos directivos que empezaban a intensificar sus intrigas, decididos a sacrificar a quien hiciera falta por sobrevivir a la tormenta que se avecinaba.

La publicación de las grabaciones de De La Serna, minutos antes del debate entre el presidente Rajoy y el líder de la oposición, fue el punto de ruptura definitivo con el Partido Popular. Sus dirigentes dejaron de llamar y supuse que habían tirado la toalla conmigo. Rafael Hernando, portavoz del partido en

el Congreso, sería el último enviado del partido con el que me vi en privado y ni siquiera esa cita iba a empezar con buen pie. Hernando me llamó esa misma mañana y me preguntó si seguía adelante nuestra comida.

—Claro —dije—, ¿por qué no?

—Como justo hoy me das una hostia en tu periódico.

Abrí el periódico y ahí estaba de nuevo, la pequeña sección de *Vox Populi*, con las caras de los protagonistas de la jornada y la fotografía de Hernando con una flecha abajo y un duro comentario sobre una de sus asiduas salidas de tono.

—Vaya —dije—, me pasa a menudo con esta sección. Te lo explico en la comida.

Había una gran brecha entre la importancia que empresarios, políticos y personalidades le daban a *Vox Populi* y la atención que yo le prestaba. Unas semanas antes había conocido a Florentino Pérez, que como presidente del Real Madrid y dueño de la multinacional ACS era uno de los empresarios más poderosos del país. Andaba disgustado conmigo porque habíamos criticado su gestión y, como era de Los Intocables, no estaba acostumbrado. El Cardenal organizó la cita en el restaurante Señorío de Alcocer, cerca del Santiago Bernabéu. Pérez me pareció un tipo divertido y despierto. Había profesionalizado al Real Madrid como empresa, multiplicado su valor y cosechado una de las mejores etapas deportivas de su historia. Pero dirigía el club como si fuera su cortijo particular, buscaba la destrucción de sus enemigos de forma implacable y, detrás de supuestas formas amables, mantenía atemorizada a la prensa. En aquellos días andaba presionando al nuncio de Milán para que se cargara a Óscar Campillo, el director de *Marca*, un buen periodista que no le bailaba el agua. Aunque era íntimo de El Cardenal, Pérez tenía vetado cualquier acuerdo promocional del Real Madrid con los diarios del grupo mientras Campillo siguiera al frente del diario deportivo.

—¿Cómo puede ser que tengas en *Marca* a un director del Barça? —repetía Pérez durante la comida, mientras El Cardenal ponía una sonrisa boba y aceptaba las regañinas del capo del fútbol.

Me sentía mal por Campillo, porque aunque no éramos amigos y apenas le conocía, sabía que era un muerto andante y no podía decírselo. A la reunión de Nueva York donde me ofrecieron la dirección de *El Mundo* se había incorporado en el último momento el periodista Borja Echevarría, al que El

Cardenal y Silicon Valley ofrecieron dirigir *Marca*. Nuestros ejecutivos visionaban sus dos grandes diarios del grupo dirigidos por lo que llamaban los *Harvard Boys* —también él había sido Nieman en la universidad estadounidense—, en lo que Silicon Valley decía que sería el *dream team* de la prensa española. A Borja le hablaron igualmente de estrategias, difusión y proyectos de futuro, pero El Cardenal no iba a marcharse sin hacer a su potencial fichaje la pregunta que realmente le importaba:

—¿De qué equipo eres?

Tuve que clavar la mirada en el suelo, porque conocía bien a Borja y sabía que su corazón futbolístico estaba partido entre el Athletic de Bilbao y el Barça:

—Del Athletic —dijo para salir del paso.

Borja estaba algo más curtido en los despachos que yo, tenía un buen trabajo como vicepresidente de Univisión en Miami y no quiso cambiar de aires, en parte porque había trabajado muchos años en el periódico, donde había sido depurado por Jota por negarse junto a Sindo Lafuente a sumarse a la conspiración del 11M, y conocía las disfunciones de la empresa. Campillo fue despedido de todas formas unos meses después y sustituido por su segundo. El presidente del Real Madrid añadió así otro cadáver a su armario, ordenó restablecer los acuerdos promocionales del club con la empresa y confirmó que la suerte de un director de periódico dependía en España de todo, menos de lo bien o mal que hiciera su trabajo.

Después de la comida con el presidente del Real Madrid me pasé por la redacción para repasar la portada y dar algunas instrucciones, antes de partir de viaje. Como de costumbre, olvidé revisar *Vox Populi*. Cuando al día siguiente abrí el periódico, el rostro de Florentino Pérez era uno de los escogidos, con flecha hacia abajo y nueva crítica a su gestión. El Cardenal me trasladó, suavizadas, las palabras que Pérez me dedicó cuando lo leyó, convencido de que había sido una chulería por mi parte.

—Lo que te comentaba —le dije a Hernando mientras le contaba la anécdota —. Esa sección no hace más que darme disgustos.

La cita no dio mucho de sí. Repetí al portavoz que no tenía nada en contra del Gobierno y que también estaban cabreados sus adversarios políticos, porque nuestro trabajo consistía básicamente en eso, cabrear al poder. Starsky y Hutch no venían a verme con la historia de De la Serna y Arístegui porque les hubiera indicado que golpearan al Partido Popular, sino porque el olor a

putrefacción procedía de sus despachos. Woodward no había calculado cuándo se haría con el auto en el que Bárcenas acusaba al presidente Rajoy de conocer la Caja B de su partido porque quisiera fastidiar la reconciliación de El Cardenal con el Gobierno. Había perseguido la información y la había encontrado aquella mañana. Si la corrupción ocupaba con frecuencia la portada del diario no era porque fuera mi tema favorito. Al revés: habría preferido llevar a portada más reportajes de Ciencia, Internacional o Sociedad. En realidad, le dije a Hernando, mi vida sería mucho más fácil si su partido limpiara de una vez por todas sus armarios.

Empezaban a llegarme señales de que el poder político se estaba moviendo en mi contra. Un comisario de policía de Cataluña me había transmitido a través de mi entorno que el Gobierno estaba maniobrando para forzar mi salida. Susanna Griso, la presentadora del programa *Espejo Público*, me advirtió en una cena de Navidad con su equipo de los riesgos que corría:

—No sé si sabes bien cómo opera esta gente —dijo—. Estás haciendo muchos enemigos, muy pronto. Van a ir a por ti.

—¿Crees que voy camino de convertirme en *El Breve*?

—Algunas cosas, como lo de De La Serna en plena campaña… Es valiente, pero no te lo van a perdonar.

Cuando terminamos la cena, Griso sugirió que abandonáramos el restaurante por separado. Ella era un rostro conocido y tenía a un grupo de paparazzi siguiéndola a todos lados.

—Lo mismo tienes mañana una portada con la noticia de un *affaire* de la presentadora y el director de *El Mundo*.

—Lo que me faltaba. Sumar a mi mujer a la lista de cabreados.

Los fotógrafos esperaban a la salida. Mientras nos despedíamos, cada uno tomando un sentido de la calle, Griso me repitió su consejo:

—Piénsatelo, quizá deberías frenar un poco.

La historia reciente de *El Mundo* no invitaba al optimismo. Si habían logrado la destitución de Jota, yo debía parecerles un aperitivo. Deshacerse de Casimiro García-Abadillo tampoco había sido un problema. Como lugarteniente de Jota siempre había sido visto como un enlace con el *establishment*, cuidando las relaciones y haciendo de «poli bueno» cuando al director se le iba la mano. Pero una vez en la dirección sorprendió a El Cardenal y continuó publicando informaciones que comprometían a sus amigos. Un exdirector de *El País* me contó que había asistido a un encuentro

de empresarios del IBEX y políticos donde uno de ellos resumió con una pregunta el malestar con Casimiro y la fragilidad de su situación:

—¿Y para esto hemos montado todo el lío de sacar al otro?

«El otro», por supuesto, era Pedro Jota. Nadie había sufrido en persona las consecuencias de denunciar la corrupción tanto como él. En vísperas de mi marcha a Asia, el fundador del diario había sido víctima de un complot para destruirle con el envío masivo de un vídeo sexual en el que aparecía manteniendo relaciones sexuales con una amante, Exuperancia Rapú. La mujer había sido sobornada por ex altos cargos del Estado para tender una trampa a Jota, permitiendo que grabaran las escenas desde el interior del armario del apartamento donde se veían. Las cintas fueron después enviadas por correo —internet estaba en su infancia— a políticos, empresarios, periodistas, funcionarios, académicos y particulares. Cuando en verano de 1997 acudí a la sede de la Comisión Europea en Madrid para una entrevista, me encontré a un grupo de funcionarios sentados alrededor del televisor viendo el vídeo. Fui invitado a unirme como si se tratara de un partido de fútbol —«mira a qué se dedica tu jefe»—, di media vuelta y salí de la habitación dando un portazo. La redacción se había unido como nunca en defensa de su director y en contra de los intentos de utilizar su vida privada para atacar al diario. Hubo momentos en que temimos que Jota tirara la toalla, en mitad de rumores sobre la existencia de más vídeos y viéndole caminar apesadumbrado por Pradillo, sus energías consumidas por el trago de ver su intimidad expuesta ante todo el mundo. Pero en su lugar decidió darle la vuelta al escándalo, admitió la existencia del vídeo, puso a nuestros mejores investigadores a averiguar quién estaba detrás de la conspiración y, cuando tuvo la información, abrió el diario a cinco columnas: «Vera, Tirapu y un exayudante de [el expresidente] González, implicados en el montaje contra el director de *El Mundo*». La noticia dejó de ser qué hacía o dejaba de hacer el director en su tiempo libre para convertirse en la crónica de la decadencia del poder y los riesgos de denunciarla.

¿Estaba quemando demasiados puentes, demasiado pronto? ¿Y si, creyendo que estaba defendiendo el periódico, en realidad lo estaba perjudicando? Quizá era momento de hacer recuento de los daños, dar tiempo a que se cerraran heridas y dejar que todo se enfriara. La principal crítica de El Cardenal era que no controlaba a mis reporteros, ni les guiaba en la dirección

correcta. Para él yo era como el entrenador de fútbol sin sistema que, convencido de que tenía un gran equipo, les decía a sus jugadores que salieran al campo a divertirse.

—Ninguno de tus predecesores actuaba así —decía—. Hacían periodismo igual que tú, pero medían los tiempos. Esto que estás haciendo no es bueno para nadie.

El Cardenal empezó a utilizar a terceras personas para forzar una rectificación por mi parte. Cada poco tiempo organizaba comidas en La Bodeguilla del periódico, un reservado que se había hecho construir en los sótanos de San Luis. Estaba estratégicamente situado en una parte del edificio que parecía abandonada y a la que se podía acceder por la parte trasera, para ofrecer intimidad a los invitados que no querían ser vistos. Muchos de los empleados de la empresa desconocían su existencia, a pesar de que estaba a pocos metros del restaurante donde se servía el *buffet* de empleados, maldito para un personal que echaba en falta la oferta de bares y restaurantes de la antigua sede. Tras una discreta puerta corredera se pasaba a un recibidor elegantemente decorado y a un salón donde se entretenía a la elite del poder y se servían comidas encargadas a uno de los mejores cáterin de Madrid. No tardé en aborrecer el comedor de dirección, porque lo identificaba con la parte que menos me gustaba del trabajo: soporíferas reuniones donde se cortejaba a anunciantes, cenas de compromiso a las que debía asistir tras agotadoras jornadas de trabajo o esas encerronas donde las discusiones sobre el futuro del periódico terminaban siempre en un diálogo de sordos, porque El Cardenal no podía entender que su director quisiera seguir siendo periodista y yo que él no se comportara como uno. Y así, nos despedíamos de aquellas veladas llegando a la misma conclusión, que no terminábamos de confesarnos: ni yo era el director de periódico que él quería ni él sería nunca el editor que a mí me habría gustado tener.

Si nuestra relación se me hacía soportable era porque seguía manteniendo el control editorial del diario y El Cardenal no perdía sus impecables formas ni cuando discrepaba. Una noche me convocó sin apenas tiempo a una reunión nocturna en La Bodeguilla y le dije que no podía asistir porque era el cumpleaños de Carmen. Insistió durante todo el día, asegurando que la reunión era importantísima, aunque no debió serlo tanto porque no recuerdo de qué se habló o quién participó en ella.

—Sin ti no podemos hacerlo y habría que cancelar todo —dijo.

Me quedé a la cena y al día siguiente mi mujer recibió un ramo de flores de El Cardenal con una nota disculpándose por haberme entretenido la noche anterior. Las formas, descubriría con el tiempo, eran sus mejores armas, porque nunca dejaban entrever sus verdaderas intenciones. Para entonces había concluido que no era un gestor especialmente trabajador o brillante. Carecía de carisma o profundidad de pensamiento. Tampoco estaba preparado para liderar una gran empresa envuelta en un cambio de modelo, ni tenía intención de aprender a hacerlo. Repetía las ideas que escuchaba de otros, haciéndolas suyas; se esforzaba por aparentar las virtudes que le eran más ajenas, y que al principio uno asumía en alguien de su posición; y manejaba los afectos con cálida impostura, alejando de su entorno a quienes descubrían sus limitaciones y rodeándose de quienes fingían no verlas. Todas sus lagunas las compensaba con un don para la simulación y el artificio sacado del manual de intrigas del cardenal Mazarino (1602-1661), partidario de que los hombres en posiciones de poder maquillaran su corazón «como se maquilla un rostro». Los adversarios de El Cardenal, e incluso quienes no lo éramos, repetíamos una y otra vez el mismo error de no mirar más allá de su máscara. La liviandad de su personalidad te hacía considerarlo inofensivo, creías estar nadando junto a un amable delfín y bajabas la guardia. Cuando descubrías que en realidad era un tiburón, ya era tarde.

Unos días después de la cena le dije que lo nuestro no estaba funcionando:

—Solo te voy a pedir una cosa. El día que quieras quitarme de en medio, dímelo y no pondré problemas. No sé moverme en las intrigas ni en las conspiraciones. Me aburren. Solo te pido que me llames, hablemos y lo arreglaremos. Nunca haré nada que haga daño al periódico.

—¿A qué viene todo esto? —dijo él—. Estamos juntos en este proyecto y lo vamos a sacar adelante.

—Vale —insistí—, pero si todo se tuerce y cambias de opinión, simplemente dímelo. Solo eso.

Volvimos a saber de Laura Cioli, nuestra nueva jefa en Italia, tras las elecciones. Quería ser entrevistada en el periódico y durante el encuentro con uno de nuestros periodistas se le preguntó por su plan para la empresa:

—Creo que es ambicioso, pero, al mismo tiempo, pragmático y realista. No contempla grandes incrementos en los ingresos (1,5 % anual acumulado) y sí relevantes ahorros de costes (60 millones de euros, 15 millones de ellos laborales repartidos en dos terceras partes en Italia y una tercera parte en

España).

Mandamos la entrevista de vuelta a Milán, sugiriendo un cambio para que los empleados no tuvieran que enterarse en las páginas del diario de que sus puestos corrían peligro, pero Cioli dijo que quería que saliera sin modificaciones. Sus palabras cayeron como una bomba y ese día, en mi ronda por las secciones, los rostros reflejaban una mezcla de tristeza y miedo. Daba lo mismo que preguntara por los temas del día o el tiempo, la respuesta era siempre la misma:

—¿Cuántos esta vez?

No sabía qué responder, aunque solo había que repasar los números de Cioli para saber que serían muchos. Quizá Italia tenía razón y necesitábamos recortar gastos. La pregunta era dónde. No podíamos seguir despidiendo a quienes generaban el contenido, mientras en La Segunda se mantenían los privilegios y las estructuras que tanto habían contribuido a nuestra decadencia. El Cardenal mantenía un Consejo de Administración formado por amigos que ratificaban todas sus decisiones y que a cambio habían sido recompensados generosamente. La noticia de que habían percibido «más de 30 millones en plena crisis», publicada por *El Confidencial*, había escandalizado a la redacción y había abierto aún más la brecha entre las dos plantas de San Luis. La productividad, cometidos y competencias de algunos de aquellos directivos eran un misterio para quienes hacíamos el diario. Uno de nuestros principales directivos, por ejemplo, era un italiano simpático e impecablemente vestido que había empezado a hacer negocios en España en la época del general Franco y de quien nadie sabía decir a qué dedicaba el tiempo, aparte de servir de enlace de El Cardenal en Milán.

El Italiano tenía un despacho, pero nunca estaba allí: podían pasar meses sin que supiéramos de él. Lo que nuestro dandi italiano no se perdía era un cóctel o una celebración del periódico y, como era obsesivamente presumido, ponía gran interés en que las imágenes que publicábamos de él lo sacarán lo más favorecido posible. La primera vez que vino a verme a El Despacho fue para mostrar su enfado porque en una de aquellas fotos, en uno de los foros de *La España Necesaria*, aparecía con los ojos cerrados.

—Como entenderás —me dijo—, doy una malísima impresión.

Traté de mantener el gesto sin reírme y le dije a El Italiano que aquello había sido un error intolerable y que el responsable sería debidamente amonestado. Fui a ver a los chicos de fotografía. Con algunos de los veteranos había

cubierto inundaciones y sucesos en mis primeros años en el periódico, una confianza que no ayudaba a que se tomaran en serio mi «profunda decepción» porque sus fotografías no mostraran el gran esfuerzo que nuestros directivos hacían por la empresa:

—Aquí tenéis el ejemplo. El Italiano aparece con los ojos cerrados como si no le interesara el importante acto de la empresa al que asistía. Así no hay manera de hacer un periódico.

—Pues es verdad, jefe —dijo uno de ellos con sorna.

—Bueno, bueno… Que no vuelva a ocurrir.

—Entendido, jefe. Nunca más una foto con los ojos cerrados. Pero jefe…

—Sí…

—Nosotros vamos a intentar sacar a El Italiano con los ojos abiertos…

—Bien, bien. Lo habéis pillado.

—Pero no podrías pedirle que se mantuviera despierto durante los actos. Eso haría nuestro trabajo más fácil.

Estallamos en una carcajada.

De regreso al despacho pensé que la escena planteaba la duda de qué era yo, un ejecutivo de la empresa o un periodista de la redacción. Me sentía mucho más cómodo rodeado de redactores o fotógrafos que de los directivos de La Segunda. Pero tenía sueldo de directivo y coche de empresa, representaba al grupo en actos públicos y tenía responsabilidades que iban más allá de decidir los titulares o la portada. La Primera y La Segunda, dos mundos dispares y cada vez más enfrentados, tiraban de mí mientras se dirigían a un choque inevitable en el que tenía muchas posibilidades de terminar arrollado.

XIV LA REINA

El Rey me invitó a La Zarzuela para el encuentro que habíamos acordado en la recepción del Día Nacional. Comprendí los inconvenientes de haberme desprendido del conductor nada más aparcar en la entrada del palacio. El bedel abrió la puerta trasera de mi VW Golf, esperó unos segundos y, viendo que de allí no salía nadie, asomó la cabeza dentro del coche. Convencido de que yo era el chófer, preguntó:

—¿El director de *El Mundo*?

—Yo mismo.

—Ah, perdone, los invitados que no vienen con conductor no pueden aparcar aquí.

Dejé el coche donde me indicaron y caminé hacia la entrada, desde donde fui conducido al despacho del Rey.

Había estado en el Pardo 18 años antes para cubrir la pedida de mano de su hermana la Infanta doña Cristina y el jugador de balonmano Iñaki Urdangarin. La monarquía se encontraba entonces en la cima de su popularidad. El Rey Juan Carlos I era un tipo carismático que vivía de las rentas de su intervención para frenar el golpe de Estado del 23F, la familia llenaba páginas de la crónica rosa y una prensa cortesana ocultaba las juergas, infidelidades y corruptelas del patriarca. La inmunidad informativa concedida a la realeza hizo creer a sus miembros que podían hacer a su antojo y fue vista como una ventana de oportunidad por Urdangarin, que aprovechó su incorporación al clan para enriquecerse. No le costó mucho esfuerzo corromper a políticos prestos a hacer méritos, concederle contratos y bañarle en dinero público.

El escándalo salió a la luz cuando finalmente la justicia empezó a investigar y *El Mundo* rompió la regla no escrita de que la familia real era intocable, sacando de nuevo el mejor lado de Jota. El caso Urdangarin fue el inicio de la decadencia del reinado de Juan Carlos I, cuya imagen sufrió un golpe definitivo cuando se supo que se había fugado a Botsuana con su amante, la princesa Corinna zu Sayn-Wittgenstein, para disfrutar de la caza de elefantes

mientras España vivía los peores días de la Gran Recesión. Una caída en la que el Rey se rompió la cadera reveló un viaje que había sido ocultado por razones obvias y que le obligó a pedir disculpas públicas. Pero era tarde: para entonces los escándalos habían sumido a la Casa de Borbón en una trama tolstoiana —«todas las familias dichosas se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera»— de lealtades enfrentadas, disputas palaciegas y reproches familiares, ahora sí expuestos al detalle por la misma prensa que había guardado silencio durante décadas. La monarquía estaba tocada y para salvarla se orquestó la abdicación de Juan Carlos I en su hijo, Felipe VI.

El nuevo monarca llevaba un año en el trono y trataba de poner orden tras un discurso de proclamación en el que había anunciado «una monarquía renovada para un tiempo nuevo». Su idea era devolver la normalidad a palacio y llevar a cabo reformas dentro de lo tolerable para una institución cuya supervivencia dependía de que los cambios no terminaran en revolución. El Rey había aprobado una mayor transparencia en las cuentas reales, recortado drásticamente la concesión de títulos nobiliarios y abierto las puertas de La Zarzuela a colectivos que hasta entonces no eran bienvenidos, incluidos representantes de la comunidad gay. Nada iba a poner más a prueba la determinación reformista de Felipe VI que la imputación de su hermana Cristina por delito fiscal y de su cuñado Urdangarin por corrupción en el caso Nóos. El Rey trató de convencerla, sin éxito, de que renunciara a sus derechos sucesorios y su negativa le forzó a escoger entre familia y Corona. Había sido educado para elegir siempre lo segundo, así que rompió con su hermana, la persona de la familia que más quería junto a su madre, y revocó su título de duquesa de Palma.

La certeza de que ni el nuevo Rey, ni mucho menos su mujer doña Letizia, una periodista sin pedigrí real, iban a contar con el crédito inicial de sus predecesores había envuelto a la monarquía en una cortina de protección que irritaba a la prensa que cubría la Casa Real. Felipe VI se mostraba distante y oficialista en los actos públicos, en contraste con la campechanía juancarlista. Era un carácter reservado del que el monarca se despojaba en las distancias cortas, donde se transformaba en un interlocutor espontáneo y divertido, quizá para compensar el hastío de los actos oficiales y las exigencias protocolarias. Entré en su despacho con un ejemplar de *El lugar más feliz del mundo* bajo el brazo y, al regalárselo, me pidió una dedicatoria.

—Hmm… —dije—. No estoy seguro de cómo se dedica un libro a un rey.

—Como a una persona normal, supongo —dijo él riendo.

—Una persona normal, claro.

El libro que había regalado al Rey arrancaba en Bután, un país que los dos conocíamos y que yo había visitado por primera vez a finales de los años 90 para cubrir el 25 aniversario de la ascensión de Jigme Singye Wangchuck. El monarca del pequeño reino del Himalaya celebraba la ocasión abriendo el país al mundo, permitiendo la llegada de internet y levantando la prohibición que impedía a sus súbditos ver la televisión. Cuando regresé, siete años después, aquella apertura había transformado su sociedad: series como *Los Vigilantes de la Playa*, con sus modelos en bikini y sus romances instantáneos, habían acabado con la preferencia de los butaneses por las mujeres gruesas, los jóvenes habían aprendido que la marihuana se podía fumar —hasta entonces se utilizaba para abrir el apetito de los cerdos—, y la capital, que en mi primer viaje no tenía un solo semáforo, sufría sus primeros atascos. Se habían abierto varios tugurios donde los adolescentes bailaban rap con gorras puestas del revés y las chicas cambiaban el traje tradicional por minifaldas que llevaban ocultas en sus bolsos. Pero el verdadero cambio, que hacía que los butaneses se me echaran a llorar cada vez que les preguntaba por él, era la decisión del Rey de terminar con la monarquía absoluta, dar paso a una democracia y abdicar en su hijo con el argumento más republicano que jamás haya esgrimido un monarca: «Si el pueblo fuera afortunado, en el futuro podría tener en el trono a una persona dedicada y capaz. Por otra parte, el heredero podría ser una persona de habilidades mediocres e incluso un incapaz».

Felipe VI no parecía ser ninguna de esas cosas y por amigos que lo habían conocido tenía la impresión de que era un buen tipo, sin duda mucho más preparado que cualquiera de los políticos con los que había tratado hasta entonces. Hablaba idiomas, estaba viajado, podía pilotar un caza o conversar sobre literatura, debatir sobre geopolítica y cuadrar un presupuesto. Que todas aquellas aptitudes emanaran de los privilegios adquiridos por nacimiento era una contradicción que no se le escapaba. Al hablar del gesto del Wangchuck de Bután, y su renuncia voluntaria al trono, me dijo que también él podía imaginar una vida lejos de palacios, besamanos interminables y actos oficiales:

—Esto es una democracia y, si algún día una mayoría no me quiere, no tendré problema ninguno en marcharme y dedicarme a otra cosa.

Y por la forma en la que lo dijo, no solo me pareció que lo pensaba de veras,

sino que probablemente lo había deseado en alguno de sus días grises. Tenía la impresión de que, a pesar de los privilegios y las atenciones, aquel palacio distaba de ser el lugar más feliz del mundo para el Rey y mucho menos para doña Letizia, que no había crecido en ese ambiente encorsetado y tenía dificultades para adaptarse al sopor de la función pública.

Unas semanas después de mi encuentro con el monarca, en uno de esos días de tedio informativo sin nada que llevarnos a portada, Asuntos Internos entró en El Despacho sujetando en las manos varios folios. Dijo que contenían la transcripción de mensajes privados enviados por los Reyes a Javier López Madrid, un amigo de juventud de Felipe VI y consejero delegado del Grupo Villar Mir, una de las principales empresas inmobiliarias del país. Los mensajes se habían intercambiado cinco días después de que se revelaran los gastos que López Madrid y otros consejeros de Bankia, una entidad intervenida por el Estado, habían cargado al banco a través de las conocidas como tarjetas *black*, utilizadas para juergas nocturnas, productos de lujo, arte, viajes de esquí y retiradas en efectivo que servían para defraudar a Hacienda. El amigo del Rey, López Madrid, no había sido de los más derrochadores, pero había utilizado el plástico del banco para pagos particulares por un valor de 34.087 euros.

El escándalo Bankia simbolizó como ningún otro la era del pelotazo que llevó a la Gran Recesión y la impunidad de sus principales responsables. El banco tuvo que ser rescatado por el Estado después de que partidos políticos, sindicatos y empresarios llevaran décadas enchufando a sus miembros en el consejo de administración, a pesar de que no tenían ningún conocimiento de banca. Mientras miles de ahorradores, incluidos ancianos con demencia, perdían su dinero tras haber sido engatusados para que suscribieran arriesgadas inversiones, los gestores de la caja se pegaban la vida padre en una fiesta cuya factura terminaría pagando el contribuyente. La prensa había mirado a otro lado en medio de aquel entramado, renunciando a investigar el chiringuito que tenían montado tiburones inmobiliarios, banqueros y políticos regionales por la sencilla razón de que nos habíamos convertido en sus grandes beneficiarios. Los anuncios de nuevas promociones inmobiliarias y créditos con condiciones «inmejorables» llenaban nuestras páginas. Y así, cuando el Gobierno empujó la salida de Bankia a bolsa, con cuentas manipuladas y promesas imposibles, no existía en el oficio ningún interés en

investigar lo que se convertiría en una trampa para miles de inversores. Desde Moncloa se llamó a los principales directores de los periódicos del país para pedirles que apoyaran la operación y Los Acuerdos hicieron el resto. «Éxito», decían los titulares sobre el estreno bursátil de Bankia. Y lo fue: para políticos, empresarios, directivos y nuestro departamento de Publicidad.

En los mensajes en poder de Asuntos Internos, la Reina Letizia quitaba importancia a los gastos de las tarjetas *black*, mostraba su apoyo a López Madrid e insultaba a nuestro suplemento de vida social y famoseo, *La Otra Crónica* (*LOC*).

> —Te escribí cuando salió el artículo de lo de las tarjetas en la mierda de *LOC* —escribía la Reina haciendo referencia a una pieza en la que habíamos contado la relación de Felipe VI con López Madrid— y ya sabes lo que pienso, Javier. Sabemos quién eres, sabes quiénes somos. Nos conocemos, nos queremos, nos respetamos. Lo demás, *merde*. Un beso compi yogui (*miss you!!!*).
>
> —Os lo agradezco mucho —respondía López Madrid—. En el futuro extremaré el cuidado, vivimos en un país muy difícil y seré aún más consciente de mi conducta.
>
> En ese momento se unía a la conversación el Rey Felipe VI:
>
> —¡Y tanto! Me uno al chat, pero prefiero tener un rato para charlar sin intermediación electrónica ni telefónica. Comemos mañana? Abrazo.

Teníamos una bomba informativa y esta vez no estaba seguro de publicarla. Durante las siguientes dos horas, mi despacho vivió un intenso debate sobre los límites de la privacidad de los Reyes, la publicación de filtraciones interesadas, la investigación periodística y la responsabilidad del director no solo ante lo que publica su periódico, sino ante lo que le gustaría publicar y no debería. Solo Richard Gere, nuestro responsable de suplementos y editor de *LOC*, se mostró favorable a ir adelante con la historia. Había sido corresponsal en París y a su regreso había escalado puestos hasta convertirse en director adjunto de Jota, aceptando una presión laboral que no se podía pagar con dinero. En el camino se convirtió en un descreído, una de las conversiones clásicas del corresponsal reinstalado en las rutinas de la redacción. Gere había sido quemado por Jota y, al llegar Casimiro García-Abadillo, fue relegado a jefe de suplementos, que permitía llevar una vida más acomodada a costa de alejarte de la primera línea informativa. Me llevaba

bien con él desde los tiempos en que había sido mi jefe —Internacional era uno de sus territorios— y compensaba mis coberturas más duras con trabajos de enviado especial al Open de Australia de tenis o las carreras de Fórmula 1 en Singapur.

—Para que no olvides que tienes el mejor trabajo del periódico —decía.

Gere era un buen periodista que tenía el mérito adicional de ser de los pocos que no hacían la pelota a El Cardenal, que se la tenía jurada y de vez en cuando me pedía su cabeza. Su mayor pega era que trabajar a las órdenes de Jota tanto tiempo le había contagiado su tolerancia a las trampas y su desinterés por la buena praxis periodística. Me pasaba el día detrás de él para que metiera en cintura a un par de balas perdidas que tenía en sus suplementos, que lo mismo te hacían el mejor reportaje de la prensa del fin de semana que cometían fechorías que desesperaban a nuestros abogados. Cada vez que iba a ver a Gere para recordarle que eran otros tiempos, o debían empezar a serlo, me miraba como diciendo:

—Vaya con el nuevo director: quiere historias cojonudas y que se las traigamos sin mancharnos las botas.

Nuestro jefe de fin de semana sugirió que publicáramos la noticia de que los Reyes habían enviado mensajes de apoyo a López Madrid, pero sin revelar su contenido:

—Damos la historia y no violamos su intimidad.

Pedro García Cuartango, nuestro jefe de opinión y uno de los referentes morales de la redacción, defendía que incluso los Reyes tenían derecho a su privacidad, salvo que el contenido de sus conversaciones revelase la comisión de un delito o comportamiento inmoral. Era la gran diferencia con respecto a los mensajes de Rajoy a Bárcenas, enviados cuando ya se había descubierto la fortuna del extesorero en Suiza y que mostraban no solo la intención del presidente de encubrir la corrupción, sino su connivencia con el hombre que supuestamente le había pagado sobresueldos. Aunque se podía reprochar a la Reina su indiscreción, no teníamos ningún indicio de que conociera los gastos de López Madrid más allá de lo publicado en la prensa, que hubiera protegido sus acciones o tuviera intención de ayudarle a salir del apuro. Mucho menos que se hubiera beneficiado personalmente. El Dos estaba también en contra de la publicación. El Callado añadió una preocupación que terminó por decantar la discusión:

—Huele a trabajo de Las Cloacas —dijo.

El ministro Fernández seguía utilizando a sus comisarios y jefes de unidad para tratar de eliminar a los adversarios del Partido Popular, mientras la lucha entre facciones de la policía estaba fuera de control. Nadie había prosperado más en el negocio de la policía paralela que el comisario Villarejo, la fuente histórica de nuestro diario hasta mi decisión de cortar la relación. La justicia empezaba a indagar en la fortuna de un policía que había logrado hacerse inmensamente rico gracias a los servicios que prestaba a través de una decena de sociedades con nombres tan poco discretos como el Club Exclusivo de Negocios y Transacciones (CENYT). La policía clandestina de Villarejo y otros comisarios elaboraba informes de «inteligencia» que sus clientes utilizaban para sus guerras internas, rivalidades empresariales o venganzas personales. El mercadeo de información, audios y cualquier material que sirviera de valor en las intrigas del poder incluía lo que Villarejo describía como «información vaginal», extraída a través de prostitutas y modelos utilizadas para sacar secretos de las alcobas de la elite y espiar a políticos.

Entre los clientes que en algún momento habían contratado los servicios del comisario estaban los tres principales bancos del país, Santander, Caixabank y BBVA, las grandes empresas energéticas, Repsol e Iberdrola, herederos de grandes fortunas como Susana García Cereceda, que había encargado el espionaje de su hermana Yolanda en su batalla por el patrimonio del clan de La Finca, o el empresario sevillano Juan Muñoz, marido de la estrella televisiva Ana Rosa Quintana. Si los gobiernos de diferentes partidos habían mirado a otro lado —Villarejo había actuado con impunidad bajo once ministros del Interior diferentes— era porque entre los protagonistas de sus más de 400 dosieres se encontraban los políticos, empresarios, periodistas y personalidades más importantes del país, incluida la princesa Corinna zu Sayn-Wittgenstein. Los audios de la amante del Rey Juan Carlos I, en los que aseguraba haber hecho de testaferro para ocultar la presunta fortuna del emérito en el extranjero, terminarían haciéndose públicos y deteriorando aún más la imagen del padre de Felipe VI. Las Cloacas del Estado habían infiltrado desde los despachos ministeriales a las plantas nobles de las oficinas del IBEX y desde los palacios reales a las redacciones.

López Madrid, el amigo de los Reyes, pensó que Villarejo era su hombre después de que su familia y su entorno recibieran decenas de llamadas anónimas de acoso. El consejero de la constructora OHL y CEO del grupo

Villar Mir sospechaba que detrás de aquellas llamadas estaba la dermatóloga de la alta sociedad madrileña Elisa Pinto, a cuya consulta había acudido meses antes para quitarse un lunar en lo que sería el comienzo de un complicado *affaire*. Su ruptura degeneró en una guerra abierta y la denuncia de Pinto de que Villarejo la había apuñalado delante de su hijo de 10 años, presuntamente por encargo de López Madrid.

Las denuncias y contradenuncias del empresario y la dermatóloga provocaron finalmente la intervención de la Guardia Civil y llevaron hasta el teléfono de López Madrid. La filtración que habíamos recibido consistía en la transcripción de uno de los chats borrados por el empresario y recuperados por los agentes. Si se trataba de un trabajo de Las Cloacas, como pensaba El Callado, no podíamos publicarlo sin investigar a fondo qué había detrás. Los comisarios implicados en la policía paralela habían empezado a ser acosados por la justicia y chantajeaban al Estado amenazando con difundir las conversaciones privadas del poder si no se detenían los procesos contra ellos. Una vez más, recurrían a periodistas que no hacían preguntas y que estaban dispuestos a publicar primero y contrastar después.

Decidí que no publicaríamos los mensajes sin más, pero que seguiríamos la pista de las conversaciones e indagaríamos en las amistades de los Reyes y los chantajes de Las Cloacas. Subí a ver a El Cardenal y le conté lo que teníamos.

—Creo que haces lo correcto no publicándolo —dijo.

E inmediatamente estropeó lo que hasta entonces había sido una decisión periodística, correcta o no, y dijo que llamaría a la Casa Real para apuntarse el tanto. En *El Gran Juego de los Favores*, ninguna oportunidad se desaprovechaba. Toda información delicada tenía su valor. Y ninguna era más preciada que la que se guardaba en el cajón.

Las conversaciones de los Reyes fueron difundidas dos días después por *Eldiario.es*. Nuestro filtrador, que dos años después supe que venía del entorno de la dermatóloga y no de Las Cloacas, se había ido a otro lugar. La mayoría de nuestra redacción desconocía que la información había estado en nuestro poder, pero El Dos se iba a encargar de que lo supieran. Mi adjunto envió un mensaje a un correo colectivo con las direcciones de los responsables de todas las secciones con una alerta en la que decía que «el director» no quería que se reprodujeran los mensajes. No mencionaba los motivos discutidos en la reunión o las dudas sobre el origen de la información.

Menos aún que él había sido uno de los principales defensores de esa decisión. Cuando le pedí explicaciones, me dijo que había sido un error y que creía que lo estaba enviando solo al editor de la web. No le creí. Sus deslealtades habían pasado a ser tan asiduas, y me llegaban desde tantos puntos, que no tuve duda de que su intención había sido provocar el incendio que terminaría prendiendo.

Ese día tenía que partir a Huesca para inaugurar el XVII Congreso de Periodismo Digital y, mientras repasaba mi discurso en el tren, el periódico se convirtió en un hervidero de rumores sobre los motivos de que el director no hubiera querido publicar la exclusiva. El hecho de que en las conversaciones la Reina llamara «mierda» a uno de nuestros suplementos hacía más incomprensible mi decisión. Para mí era un dato irrelevante. *LOC* criticaba con dureza a la Reina —Jaime Peñafiel, su mayor crítico, mantenía una columna semanal en el suplemento—, y todos los días se escuchaban calificativos peores hacia nuestro suplemento rosa en los pasillos de San Luis.

El escándalo de los mensajes estaba ahora en todos los medios y pedí que los recogiéramos citando a *Eldiario.es*. Richard Gere, como editor del suplemento y director adjunto, escribiría un artículo de respuesta a doña Letizia. La ofensa de la Reina ponía en bandeja una respuesta cargada de ironía, pero el editor de *LOC* escogió un texto ácido y duro que buscaba ridiculizarla. Lo llevamos a portada con el título «Soy el jefe de "la mierda de *LOC*" y espero, Majestad, que siga leyéndonos». El Cardenal llamó enfurecido, en una de las pocas veces que le vi perder la compostura:

—Me dijiste que no publicarías los mensajes.

—Ya son públicos, están en todos los medios. El respeto a la intimidad es ahora redundante y no podíamos dejar de recogerlos.

—No sabes lo que esto supone. Llamé a Casa Real y les dije que no saldrían.

—¿No te das cuenta? No hay una persona de este país que no haya leído que la Reina ha llamado «mierda» a nuestro suplemento. Teníamos que responder y la opción escogida es la mejor, una columna del editor de *LOC*.

Di mi discurso en Huesca con la cabeza en Madrid, ansioso por volver y conocer cómo estaban las cosas. Cogí un tren de vuelta a la mañana siguiente y, cuando estaba a medio camino, recibí una llamada que aparecía en mi pantalla como «número oculto». Al responder, la persona al otro lado de la línea dijo:

—Hola, soy el Rey.

Pensé en colgar: no estaba de humor para bromas. Entonces caí en que la voz me resultaba familiar. Era Felipe VI:

—¿Qué tal, David? Te llamaba para pedirte disculpas, en mi nombre y en el de la Reina…

—Bueno, no hacía falta.

—Los mensajes no eran apropiados.

El Rey me explicó el contexto de su conversación privada con López Madrid y me dijo que sabía que había renunciado a publicarla. Le dije que me parecía personal y que lo habría hecho si hubiera revelado irregularidades o delitos.

—Lo entiendo, lo entiendo. Tengo a la Reina a mi lado y también quiere hablar contigo.

Doña Letizia dijo que sentía lo que había dicho sobre *LOC*:

—Entiendo que la redacción esté molesta conmigo.

—Un poco, sí.

—No era mi intención…

Hablamos de periodismo y de las dificultades de vivir bajo la lupa de una prensa que, superada la autocensura, desmenuzaba cada uno de sus vestidos, retoques de belleza —falsos y verdaderos—, miradas, relaciones, reacciones y gestos. *LOC* había publicado unos días antes un reportaje contando que se estaba sometiendo a un tratamiento de rejuvenecimiento mediante dióxido de carbono. La Reina me dijo que no era cierto y yo sabía que no lo era, porque me lo había confirmado el dermatólogo que supuestamente la había tratado, al que conocía.

No, Zarzuela no era el lugar más feliz del mundo para ella. La Reina vivía el cuento clásico de la plebeya que entra por amor en un mundo que no es el suyo. Solo alguien que como Felipe VI había sido formado y entrenado para el puesto desde niño podía encajar en aquel universo de hermetismos y protocolos, tradiciones centenarias y formalidades impuestas, máscaras palaciegas y amables hipocresías. Doña Letizia se había equivocado con sus mensajes —y quizá yo al no publicarlos—, pero tampoco lo tenía fácil. La aristocracia la despreciaba porque no pertenecía a su mundo y el pueblo porque, perteneciendo al suyo, lo había abandonado para entrar en la aristocracia. No importaba lo que hiciera, un país con los complejos y envidias del nuestro jamás le perdonaría haber llegado a reina. Y, menos que nadie, una prensa que había encontrado en ella la manera de redimir sus silencios pasados sobre la monarquía.

XV EL SINDICALISTA

El comportamiento de El Dos durante el incidente de los Reyes reforzó mi decisión de destituirle y forzar su salida del periódico lo antes posible. Que discrepáramos sobre el periódico que debía hacerse había pasado a un segundo plano: mi adjunto lideraba la resistencia interna frente a los cambios, trabajaba para minar el proyecto que trataba de sacar adelante y buscaba construir su candidatura para, llegado el momento, ocupar el lugar que pensaba que le correspondía como director. La Digna me lo había advertido cuando anuncié su nombramiento:

—Nadie desea tu puesto más que él.

Que El Dos albergara ambiciones prematuras no significaba que no tuviera agravios justificados sobre mi gestión. El principal era lo que llamaba mi «síndrome de lobo solitario», que según decía me llevaba a no compartir mis decisiones.

—Te has pasado años viajando solo sin tener en cuenta a nadie más que a ti —me dijo en una ocasión—. Pero esto es un trabajo de equipo y a veces me entero de tus decisiones por otros. Me dejas en evidencia delante de la redacción, que no entiende que no esté al tanto.

Admití la falta y le expliqué que no era desdén hacia él, sino un problema de despiste crónico que en mis tiempos de reportero hacía que siempre tuviera que pedir hojas y bolígrafo a los colegas en las ruedas de prensa, olvidara encender la grabadora en entrevistas importantes —empecé a llevar dos— o me presentara a cubrir una revuelta como la que tumbó a Suharto en Indonesia sin ordenador. A veces me detenía en una sección, charlaba con su responsable y daba una instrucción que, de regreso a El Despacho, ya había olvidado. El Dos tenía razón en que parte de mi despiste se debía a que la corresponsalía me había asilvestrado. Siempre había evitado los viajes de periodistas en grupo, incapaz de consensuar si había que ir a esta u aquella aldea, pasar en un lugar una hora o tres, ir a entrevistar al comandante de uno u otro bando. Tampoco me había sentido nunca parte de lo que se conocía como La Tribu, el

grupo de reporteros que coincidían en los conflictos: me había metido en periodismo para no tener que pertenecer a ninguna. Sentía un rechazo casi patológico por los hoteles de reporteros, que me recordaban al comedor del colegio, con su chismería incontenible y las interminables batallas de reporteros comparando quién la tenía más larga (la exclusiva). De todos los puestos del oficio, el de corresponsal era quizá el más libre y arbitrario, porque tus jefes se encontraban a miles de kilómetros de distancia y solo respondías ante ti mismo.

Todo lo había cambiado por la dirección de 300 periodistas combativos, un buen puñado de ellos convencidos de que la vida —y el diario— no los trataba como se merecían. Mi gestión era mejorable y culpar a mi *staff* resultaba demasiado fácil: yo lo había escogido y era el responsable de la disfuncionalidad con la que operaba. Me faltaban orden y consistencia para que mis decisiones calaran en la cultura de trabajo. Mi desinterés en las intrigas me mantenía ajeno a las guerras internas, pero también me alejaba de claves que debía conocer. No comunicaba lo que estábamos haciendo lo suficiente y ese vacío lo terminaban ocupando rumores que distorsionaban la realidad.

Había tenido que aprender a mandar a la carrera y a hacerlo sobre veteranos que no me creían capacitado para el puesto; a arbitrar entre facciones internas, sin que ninguna percibiera preferencias por mi parte; a motivar a periodistas que arrastraban con penuria los restos del talento que una vez les había conocido, mientras protegía a los nuevos valores de sus zancadillas; a lidiar con las ratas de redacción y el buró de jefaturas inútiles; a mediar en la guerra entre El Secretario y El Señorito por ver quién se convertía en el conserje de El Cardenal; a tratar de convencer a ejecutivos italianos de que apostaran por nosotros, cuando de su boca solo salía una palabra. *Headcount*, *headcount*, *headcount*…

Mi referencia en la jefatura había sido Jota, que en sus malos días solía dirigir el diario con la mano izquierda del sargento Hartman de *La chaqueta metálica*. En una ocasión mi jefe en Sociedad, Fernando Mas, uno de los mejores que tuve, me llamó para que le sustituyera en la reunión de la mañana, en la que el director repasaba el periódico impreso página a página. La sección de Deportes había abierto ese día con la victoria del Real Madrid frente al Valencia (4-2) y tres goles del jugador croata Davor Suker. «*Hat trick* y liderato», decía el titular a toda página. Cuando Jota llegó a la noticia,

su rostro se desencajó, las órbitas de sus ojos parecieron estar a punto de salir despedidas y su puño golpeó la mesa, haciendo que todos diéramos un pequeño salto en nuestros asientos:

—¡Sois unos gilipollas! ¿Se puede saber qué coño es eso de *hat trick* (el término, tres goles de un mismo jugador, era entonces mucho menos conocido que hoy)? ¿Por qué coño no podéis titular en castellano? Me cago en la puta madre que…

Mientras los gritos del director aumentaban, la inclinación de la cabeza del redactor jefe de Deportes descendía —en aquellos días los había que se iban a llorar a los baños—, hasta que estuvo cerca de tocar la mesa. Su cuerpo temblaba físicamente, mientras el resto de jefes imploraban a San Francisco de Sales, patrono de los periodistas, no haber metido la pata, porque casi nadie salía indemne en medio de aquellas tormentas.

Uno de mis padrinos, que había dejado el periódico antes de mi llegada, me había aconsejado al llegar a la dirección que también gritara mucho desde el primer día. Puñetazo en la mesa y mucho cagarse en todo. Su teoría era que los periodistas eran «unos verdaderos hijos de puta» y que la redacción había vivido demasiado tiempo bajo el mando autoritario de Jota para aceptar otro estilo.

—¿Afganistán o las junglas de Birmania en las que has estado? —me dijo—. Hay más trampas y víboras ahí dentro. Y si no tienes cuidado, te van a devorar. ¿Qué es esa mierda de que te has quitado el chófer?

—No lo necesito.

—¿Ves? A eso me refiero. Te tienen que ver como el director y el director va a todos lados con su chófer, no va a trabajar en autobús.

—He conocido a muchos directores de otros países: ninguno va con chófer. El del *New York Times* utiliza el metro.

—Pero tú no diriges el *Times* y si lo crees vas a durar un telediario. No eres uno más. No creas nunca que eres uno más. Si te ven como uno más, estás muerto.

Unos meses después empezaba a pensar que, en parte, tenía razón. No había hecho caso a su consejo de gritar mucho y dar golpes en la mesa, pensando que aquel era un estilo de mando rancio y poco efectivo, innecesario con adultos, pero empezaba a perder la paciencia con mi propia paciencia. Por razones que me resultaban incomprensibles, si pedía algo con un tono amable el redactor de turno pensaba que era voluntario y tenía que volver a recordárselo. Las

decisiones sin explicaciones se aceptaban mejor que las razonadas. Y mantener la puerta del despacho abierta y accesible había sido malinterpretado como una invitación para montar algaradas de protesta. El Cardenal, veterano incluso en estos detalles, mantenía el suyo herméticamente cerrado con un sistema de acceso por código secreto. Empezaba a entender por qué Anson había puesto un semáforo en la entrada del suyo en *ABC*. Tardé meses en despojarme del pudor del mando y, cuando finalmente me decidí a hacerlo, quizá era tarde. La Argentina, que seguía partiéndose la cara por desarrollar la *newsletter* del director que le pedí en nuestro primer encuentro, me dijo que me notaba diferente.

—¿En qué? —pregunté.

—No pierdes tanto tiempo en *bullshit* —dijo—. Te veo más directo y con menos aguante para tonterías. Reuniones cortas y directas.

—¿Y?

—Que ya era hora —dijo riendo.

No estaba dispuesto a perder más tiempo con las discusiones emocionales que lo contaminaban todo —«no somos marido y mujer», le decía a El Dos— y había renunciado a convencer a los inmovilistas de nuestra urgencia en la apuesta digital, tras llegar a la conclusión de que su resistencia no se debía a su falta de visión, sino a su determinación de preservar unos privilegios que dependían de que nada cambiara. Me dejé de rodeos también con El Cardenal y le comuniqué que mi decisión de prescindir de El Dos era irrevocable y que le había citado para decírselo, pero nuestro Mazarino siempre guardaba un as en la manga. Cuando estaba llegando a Beefplace, el restaurante argentino donde había convocado a mi adjunto para despedirle, recibí una llamada de Silicon Valley:

—Aborta.

—¿Cómo?

—Desde Recursos Humanos nos dicen que no se puede hacer.

—Es otro truco de El Cardenal, no me vengas con cuentos. Estoy ya en el restaurante y le voy a ver en un minuto.

—No, no. Te aseguro que lo hemos mirado bien. Vamos a otro ERE y no se puede despedir a nadie ahora o podría ser invalidado. Pero tienes nuestra promesa de que harás tu equipo en cuanto termine el proceso.

El Dos llegó al restaurante sin saber que acababa de ser salvado en el descuento, aunque tenía el presentimiento de que El Cardenal le mantenía al

tanto de todo. Durante la comida nos sinceramos, poniendo sobre la mesa nuestras decepciones mutuas. Él, mis despistes, desorganización y un puritanismo periodístico que creía que diluía el periódico y lo dejaba a la deriva en un momento en el que el país exigía posicionamientos firmes. Yo, sus certezas ideológicas, su periodismo intencionado que mezclaba opinión e información y su decisión de poner sus energías en la intriga, convirtiéndose en constante motivo de división.

—No has cumplido las condiciones que hablamos para hacerte mi adjunto. La primera era que estuvieras por encima de las conspiraciones de la máquina del café. La segunda es que fueras leal al proyecto y a su director.

—¿Crees que quiero tu puesto? —preguntó—. ¿Eso crees? Tengo colmadas mis ambiciones. No creo que haya nadie más preparado que tú. No lo quiero, no. Pero hay cosas del funcionamiento de una redacción que no conoces.

El respeto profesional y el cariño personal que nos habíamos tenido durante años se habían desvanecido, sustituidos por el recelo y las recriminaciones. El Dos sería más peligroso ahora que tenía los días contados. Sabía que sus probabilidades de supervivencia aumentarían cuanto peor fueran las cosas.

Una delegación de consultores estadounidenses desembarcó en San Luis al comienzo de la primavera, con estudios sobre transformación digital y gráficas sobre productividad laboral, sinergias en la gestión y *workflow reorganization*. Silicon Valley había contratado a la empresa estadounidense FTI Consulting para ayudar a «transformar el trabajo de las redacciones» del grupo. La decisión enfureció los ánimos aún más y el Comité de Empresa exigió conocer cuánto nos iba a costar la operación *Bienvenido, Mister Marshall*, cenas con jamón de bellota y vino de Rioja incluidas. Guardé el secreto, para evitar que se prendiera fuego a los despachos de La Segunda.

Le recordé a Silicon Valley que me había traído para llevar a cabo esa transformación digital y que, al menos en *El Mundo*, podíamos arreglarnos sin ayuda de nadie en cuanto tuviéramos luz verde de Italia. Pero nuestros ejecutivos querían que los estadounidenses nos hicieran un bonito informe que recordara lo atrasados que estábamos y lo necesario que era terminar con puestos redundantes, que los teníamos, para llevar a cabo los despidos sintiéndose menos culpables. Yo estaba de acuerdo en que había sinergias que podían ayudarnos a reducir costes, pero me sorprendía la ignorancia de gestores incapaces de comprender las consecuencias de algunas de sus

propuestas. El Cardenal sugería, por ejemplo, que podíamos ahorrar si una misma mesa de deporte hacía un contenido único para *Marca* y *El Mundo*. Hubo que explicarle los perjuicios que su idea tendría en nuestro posicionamiento en los buscadores de internet, tráfico de usuarios únicos y pérdida de publicidad digital. Silicon Valley sabía algo más, pero nunca había trabajado en medios y no conocía su funcionamiento. Nuestro *Lobo de Wall Street* quería crear un único equipo de maquetadores para diseñar las páginas de todas las publicaciones del grupo, algo que tenía sentido. Pero las redacciones de *Expansión*, *Marca* y *El Mundo* estaban en alas diferentes de nuestra sede y los periódicos ya sufrían atascos y disputas constantes a la hora del cierre ante la acumulación de peticiones.

—No es que no se pueda hacer —le dije—. Es que no se puede hacer mañana porque alguien desde un despacho lo diga.

Se organizaron cónclaves donde los consultores americanos y el *staff* de los tres periódicos perdimos días en conversaciones donde ellos trataban de entender cómo funcionábamos y nosotros para qué habían venido. Hicieron un *tour* y se escandalizaron en cada parada, viendo que cada sección tenía su propia forma de trabajar, las energías seguían puestas en hacer el papel, nuestro negocio menguante, los despachos rodeaban la redacción y el departamento de diseño tenía medios que no habían visto en diarios estadounidenses de similar tamaño.

—Lo que se me pide es que haga peor mi trabajo —dijo El Artista cuando se olió que podían recortarle el equipo—. Que diseñe peor el periódico. Y no estoy dispuesto a hacerlo.

Los estadounidenses ratificaron lo que ya sabíamos: nuestra estructura era disfuncional, carecíamos de los perfiles que necesitaba un diario moderno, nuestra tecnología estaba desfasada y la cultura de la redacción seguía anclada en el pasado. El retraso digital era común a todos los sectores en España, pero la prensa tenía aún menos incentivos para subsanarlo porque Los Acuerdos servían para parchear las cuentas de resultados. Si el final de año se podía arreglar pidiendo al presidente de una gran empresa un acuerdo de patrocinio, a cambio de una cobertura amable o algún silencio inconfesable, los planes de transformación siempre podían demorarse para el siguiente ejercicio.

El plan *Bienvenido, Mister Marshall* concluyó a lo grande con una puesta en escena en el auditorio de San Luis, donde un experto en *coaching motivacional* se esforzó en convencer a la resistencia de que sus temores eran

infundados y que, una vez encontráramos en nuestro interior el coraje de abrazar el cambio y reinventarnos, se abriría ante nosotros un nuevo horizonte de inmensas oportunidades. Temí que pidiera que nos abrazáramos mientras sonaba *We are the champions* y El Cardenal entraba en trance sobre el escenario. La gente volvió a sus puestos de trabajo más acojonada de lo que había entrado y con la sensación de que nos dirigía una banda de insensatos, pero los jefes de La Segunda se lanzaban miradas cómplices que parecían decir «somos la rehostia», convencidos de haber logrado una evangelización digital que ellos mismos no se creían.

Me encontré con El Sindicalista, nuestro responsable del Comité de Empresa, en la máquina del café después del *show*.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo, todavía perplejo por la sesión de *coaching* y fraternidad espiritual—. ¿Sabemos ya a cuántos quieren despedir?

—Sabes que aunque lo supiera —le dije recordándole que por Ley no podía desvelar información de la memoria del ERE hasta el comienzo de las negociaciones—, no podría decírtelo.

—La gente está muy nerviosa.

—Solo puedo decirte que voy a intentar pararlo. Creo que podemos pelear por un plan de bajas voluntarias, buenas condiciones de salida, y prejubilaciones. Me comprometí a luchar por cada puesto de trabajo y eso es lo que voy a hacer.

—Bien, bien. [El Cardenal] tampoco quiere despidos.

—¿Cómo? ¿Te lo ha dicho él?

—Todo esto es cosa de Silicon Valley y los gringos. Se creen que esto es América y que pueden venir con el hacha y depurarnos. Pero se van a enterar. No lo vamos a permitir.

El Cardenal se mostraba igual o más partidario de los recortes que Silicon Valley en las reuniones, pero había empezado a transmitir la teoría de que él era un simple espectador de un plan urdido por Italia, Silicon Valley y, más adelante, incluso yo mismo. Al día siguiente estábamos esperando la llegada de los Reyes, que tenían previsto hacer una parada en nuestro *stand* de arte en la Exposición Arco, cuando confronté a ambos:

—La redacción tiene la sensación de que no estáis en la misma página —dije—. Y yo mismo estoy confundido.

Mi comentario les violentó.

—Por supuesto estamos todos en lo mismo —dijo El Cardenal.

—Claro —repitió Silicon Valley, con la mirada clavada en el suelo—, en lo mismo.

La noticia con el número de despedidos propuesto por la empresa cayó como una bomba: 94 en *El Mundo*; 24 en *Marca*; y 16 en *Expansión*. La dirección ofrecía indemnizaciones de 20 días por año trabajado y 12 mensualidades, el mínimo establecido por la Ley. Estaba en una comida con La Digna y Pablo Casado, el futuro líder del Partido Popular, cuando recibí una llamada de Amelia con la voz entrecortada. Se había convocado una concentración de protesta frente a mi despacho a las cinco de la tarde. Algunos compañeros me escribieron indignados:

—Esto jamás se lo hicieron a Pedro Jota en los otros ERE. ¿Por qué no se manifiestan en La Segunda?

Tampoco yo lo entendía. Bastaba subir 20 peldaños, o dejarse transportar cinco segundos en ascensor, para llegar al despacho de la persona que más había hecho por agravar nuestra situación, recompensándose millonariamente por el esfuerzo.

Desde El Despacho podía escuchar el murmullo de los más de 200 periodistas que se habían empezado a concentrar frente a la puerta. Recibí un mensaje de Virginia preguntándome si quería que estuviera a mi lado cuando saliera. No respondí porque su situación ya era delicada —era vista como impulsora de los cambios más impopulares: todos necesarios—, pero cuando salí se situó rápidamente a mi lado.

—No tenías…

—No voy a dejarte solo ahora.

Todos los demás miembros de *staff*, incluido El Dos, habían huido o se habían atrincherado en sus despachos. Me reproché su actitud a mí mismo más que a ellos: pagaba mi error de no haber esperado a conocer mejor la redacción para nombrar mi equipo, rodeándome de personas fieles y que estuvieran comprometidas con algo más que la salvación de sus propios traseros.

El Sindicalista se encontraba, como siempre, en primera línea. Trabajaba como maquetador, un puesto vinculado solo al papel, y sentía una animadversión casi patológica a la expresión «transformación digital». Los maquetadores se encargaban de pintar los diseños de El Artista para la

portada, las primeras páginas de los suplementos y algunas coberturas especiales. Trabajaban con el jefe de sección o el periodista que había cubierto una información, discutían el tamaño de la fotografía, añadían titulares a una, dos o tres líneas y daban o quitaban espacio para encajar los textos. Era un oficio que nunca había tenido el aura intrépida del reportero o el romanticismo del fotógrafo, pero que en su día había sido tan indispensable como ninguno. Nuestras delegaciones habían prescindido de ellos y eran los propios redactores quienes elegían entre decenas de modelos de páginas guardadas en el sistema informático. Los consultores americanos creían que esa reducción debía ampliarse a Madrid, poniendo en riesgo puestos como el de El Sindicalista, que ascendía a capitán general en tiempos de conflicto laboral. Su escritorio pasaba a ser el más visitado y casi podías verle inflarse de importancia mientras los compañeros le agasajaban buscando información sobre las negociaciones con la empresa. Él se hacía de rogar, la confidencialidad y todo eso, filtraba algún chisme y aquello corría de boca en boca, se exageraba en cada parada y terminaba creando bulos que aumentaban la ansiedad en la plantilla.

Salí del despacho y me encontré con los rostros preocupados de reporteros, fotógrafos, maquetadores, diseñadores, ilustradores y secretarias. Donde los directivos de La Segunda veían «grasa», yo veía al fotógrafo con el que había cubierto un temporal en mis tiempos de becario, la maquetadora que había pintado con mimo mis primeros reportajes o la secretaria que había llamado a mi casa para decir que tenían noticias de Kabul y que estaba bien. La empresa proponía despedir a un tercio de aquella gente y mis compañeros esperaban que dijera que estábamos en manos de unos grandísimos hijos de puta —«tú eres de los nuestros, creciste en esta redacción y no en los despachos»— y que tendrían que pasar por encima de mi cadáver antes de tocar un solo puesto de trabajo.

Pero no dije nada de eso.

La lucha por reducir las salidas había empezado en la trastienda de San Luis. Una ruptura total con La Segunda anularía mi posición como interlocutor y convertiría en papel mojado mi propuesta de sustituir el ERE duro por un plan de bajas y prejubilaciones voluntarias.

—Hay mucho margen para darle la vuelta a la oferta de la empresa —dije sin poder dar detalles de la negociación.

Mis palabras no hicieron nada por atenuar sus miedos y cuando terminé pude ver la decepción en el rostro de los concentrados. Por la tarde asistí, frustrado y cabreado, a una reunión con El Cardenal, Silicon Valley y El Secretario. Les conté la forma en la que el *staff* se había ocultado durante la asamblea y les dije que no aceptaría despidos si no iban acompañados de recortes en El Cortijo:

—¿Qué cortijo? —dijo El Cardenal—. No hay ningún cortijo aquí.

—No puedes proponer el despido de 94 periodistas de *El Mundo* y no tocar la estructura de esta planta.

—Mucha gente ha salido en estos años. Puedo enseñarte la lista de directivos que ya no están, es falso que no haya habido salidas aquí.

—*El Mundo* no puede asumir siempre el grueso de los recortes. La paciencia de la gente se ha agotado. No voy a poder contenerlo. Se preparan huelgas y no podremos sacar el periódico a la calle.

Propuse cambiar el ERE por un plan de bajas voluntarias. Estaba seguro de que se apuntaría suficiente gente y que tendría un coste emocional mucho menor. Quedaron en estudiarlo y salí del despacho con Silicon Valley.

—Creo que no entendéis lo que se está viviendo abajo —insistí—. No puedo justificar los recortes si aquí no hacéis lo mismo.

—Va a salir gente de gestión también.

—No es suficiente. No podemos aceptar que se despida a un buen reportero mientras tú… mientras tú mantienes a tu amigo en su despacho.

Silicon Valley endureció el gesto.

—¿Qué amigo?

—El Americano. Todo el proyecto de la web, nuestra tecnología, lo que pasó en las elecciones con el recuento. Ha sido un desastre que hemos ido parcheando como hemos podido. Es un milagro que tengamos estos resultados. No puede haber amigos cuando la gente pierde su trabajo. ¿No sobra «grasa» en La Segunda? Te lo digo con franqueza. Nadie va a entender que haya protegidos aquí arriba mientras se sacrifica a los de abajo.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros y Silicon Valley se despidió con desgana. Acababa de perderlo como aliado, si es que alguna vez lo había sido.

XVI JERSEY

Algunas tardes, cuando necesitaba escapar unos minutos de la vorágine, subía a tomarme un café a La Segunda. Mientras en la primera se trabajaba hasta tarde, en administración las luces se apagaban a primera hora de la tarde y todo quedaba tranquilo. Iba a accionar uno de los botones de la máquina expendedora cuando se acercó uno de los gerentes:

—El bueno no es ese —dijo.

—¿No?

—Este otro —dijo apretando otro botón por mí.

Pagué la recomendación con un café para él y estuvimos charlando un rato. Apenas nos conocíamos, pero en las ocasiones que habíamos hablado me había parecido que no encajaba del todo entre los directivos de La Segunda. Tenía un discurso cínico sobre la empresa y un humor que despistaba: a veces reías y resultaba que estaba hablando en serio. Otras no lo hacías y estaba bromeando. Me preguntó cómo iban las cosas abajo y le conté la tensión que se estaba viviendo y mis temores de que el conflicto entre los trabajadores y la empresa terminara en un choque. En el intercambio de confesiones me dijo que también arriba había hartazgo generalizado con la gestión de El Cardenal, sus intrigas y compadreos, pero que nadie se atrevía a disentir porque la historia no favorecía a los opositores. No era solo el despido de los directores de *El Mundo* o *Marca*, sino una larga lista de directores generales, jefes de publicidad y directivos de departamentos purgados a lo largo de los años.

—David —dijo—. No sé si te das cuenta de que van a por ti.

—¿A qué te refieres? ¿Quién?

—Van a quemarte en el ERE para salvarse ellos. Esto funciona así. Te van a traicionar.

La teoría de mi nuevo amigo era que el número de despidos propuestos para *El Mundo* era parte de esa estrategia y que El Cardenal esperaba deshacerse de mí en medio del caos que provocaría en la redacción.

—¿Otro director despedido? —dije—. Bah, no lo creo.

—Yo de ti me cuidaría las espaldas.

Mi relación con El Cardenal se había deteriorado, pero me costaba pensar que quisiera echar a otro director que llevaba unos pocos meses en el puesto, antes siquiera de que hubiera podido poner en marcha su proyecto. Aunque estaba lejos de asumir mi teoría de que debíamos apostar nuestra supervivencia a una feroz independencia editorial y una profunda transformación digital, de vez en cuando me sorprendía aceptando sin demasiada oposición propuestas que no debían agradarle.

Los partidos políticos seguían manteniendo el país bloqueado y sin gobierno cinco meses después de las elecciones. Le dije que había llegado la hora de escribir un editorial pidiendo la renuncia del presidente Rajoy y del líder de la oposición Pedro Sánchez para desbloquear la situación, exigir la renovación de sus partidos y convocar nuevas elecciones con otros dirigentes. El Cardenal aceptó, ya fuera porque sus amigos del IBEX empezaban a desesperar con el *impasse* de la situación política, porque daba al presidente por amortizado o porque había visto la luz del periodismo independiente, de la misma forma en que el ministro Fernández había encontrado el camino hacia la virtud en Las Vegas.

—Hagámoslo —dijo—, pero es una apuesta arriesgada.

Llevamos el editorial a cinco columnas a portada y esperamos optimistas el impacto que generaría, aferrados aún a la fantasía de que la prensa tradicional tenía la pegada de antaño. Pero los tiempos habían cambiado y el alcance de las opiniones de los diarios se había diluido en mitad de la mayor oferta informativa y de opinión de la historia, con miles de medios y usuarios compitiendo por atención en la inmensidad del océano internet.

Nuestra petición de dimisión indignó al Gobierno, pero difícilmente hizo tambalearse al presidente. El país iba hacia nuevas elecciones con los mismos candidatos y nosotros debíamos empezar a convivir con la realidad de que nuestra munición no tenía el impacto que solía, no importaba las veces que nos repitiéramos lo importantes que éramos. «La influencia» que supuestamente ejercíamos sobre la vida pública había sido una excusa para casi todo en los años de crisis, esgrimida también para exprimir a las empresas con Los Acuerdos. Sí, nos repetíamos, todo iba mal, perdíamos lectores e ingresos, pero la teníamos. Influencia. Mucha. Muchísima. No nos dábamos cuenta de que, con tiradas impresas cada vez más pequeñas y cientos de nuevos medios digitales, con menos periodistas buscando exclusivas y el impacto de las que

publicábamos en caída libre, ya solo importábamos a un pequeño gueto de la elite económica, política, burocrática, académica y cultural de Madrid. Solo éramos relevantes para el *establishment* de la capital, en parte porque llevábamos décadas escribiendo sobre y para él. Y porque formábamos, aunque no quisiéramos reconocerlo, parte de él.

La prueba de lo mucho que estaban cambiando las cosas llegó poco después cuando la mayor exclusiva de los últimos años se difundió a través de un diario digital nativo fundado 14 años antes, *El Confidencial*, y una televisión que el Gobierno consideraba casi subversiva, la Sexta. *Los Papeles de Panamá*, la investigación liderada por el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación (ICIJ) que obtendría un premio Pulitzer, revelaban lo que todos sospechábamos: la elite económica del mundo, desde deportistas a cantantes, y desde políticos a magnates, tenía a su disposición un sistema alternativo para ocultar y proteger su dinero a través de paraísos fiscales y empresas tapadera.

La historia había nacido de una gigantesca filtración de 11,5 millones de documentos secretos extraídos del despacho panameño Mossack Fonseca y entregada al diario alemán *Süddeutsche Zeitung*. Lo que siguió fue un trabajo de investigación que, coordinado por el ICIJ, puso a trabajar durante un año y en secreto a un centenar de medios de 80 países diferentes. Las redes de colaboración periodística eran un nuevo modelo que nosotros habíamos empezado a testar también y que nos había llevado a fundar con otros diarios una alternativa al ICIJ. El consorcio European Investigative Collaborations (EIC) estaba formado por *Der Spiegel* (Alemania), *L'Espresso* (Italia) y *Politiken* (Dinamarca), entre otros, y al poco de empezar pusimos en marcha una gran investigación sobre fraude fiscal, contratos irregulares e intermediarios en el mundo del fútbol que se conocería como *Football Leaks*. Habíamos seleccionado a un grupo de jóvenes reporteros para investigar y reservamos un espacio en los sótanos del diario donde analizaríamos los miles de documentos y millones de datos que nos correspondían en el reparto del trabajo. Virginia se había reunido con los abogados del diario para conocer las posibles repercusiones y con los técnicos para asegurar todo el material en un servidor especialmente protegido. La clave en las nuevas formas de colaboración estaba en el secreto, porque al poner en funcionamiento organizaciones transaccionales, con la intervención de periodistas que no se

conocían entre ellos, cualquier indiscreción podía arruinar todo el proyecto. Ni siquiera los directivos de La Segunda conocían lo que estábamos haciendo. La amistad de El Cardenal con Florentino Pérez, el presidente del Real Madrid, era un problema porque entre los afectados por la investigación estaba la estrella del equipo Cristiano Ronaldo, que terminaría siendo condenado a dos años de prisión y una multa de 19 millones de euros por fraude después de que mi sucesor, Pedro Cuartango, publicara la historia.

Los consorcios se habían convertido en una manera de llevar a cabo grandes investigaciones internacionales en un momento en el que las redacciones habían reducido sus plantillas y carecían de medios. La prensa tradicional, sin embargo, había despreciado el modelo y las visitas de ICIJ a las redacciones de los principales diarios nacionales habían sido respondidas con indiferencia, dando la oportunidad de sumarse a *El Confidencial*. El resultado había sido una gran bofetada periodística, porque durante días tuvimos que mordernos el orgullo y recoger las informaciones de un medio al que durante años habíamos mirado por encima del hombro y que emergía como un competidor no ya en audiencia, sino en esa influencia que hasta entonces nos habíamos atribuido en exclusiva.

Los Papeles de Panamá incluían nombres españoles como los de Pilar de Borbón, hermana del rey emérito Juan Carlos I, Rodrigo Rato, el exvicepresidente que estaba en todos los líos, o el ministro de Industria José Manuel Soria. Mientras nuestro competidor, *El País*, ignoraba o minimizaba la información porque también aparecía implicado el presidente de su empresa, Juan Luis Cebrián, nosotros empezamos a buscar resquicios que nos permitieran subirnos al carro y liderar algunas de las líneas de investigación de *Los Papeles*.

Nos centramos en el ministro Soria, quizá porque era la persona que aparecía en la documentación que con más energía desmentía tener nada que ver con paraísos fiscales. Primero aseguró que no sabía por qué su nombre aparecía como secretario, entre 1991 y 1997, de una sociedad de nombre UK Lines Limited registrada en Panamá. Después admitió que la compañía había tenido relaciones con sociedades de su familia, pero sin su participación. Y finalmente, en la declaración con la que empezaría a cavar su tumba política, puso su honor sobre la mesa para asegurar que no tenía «ningún tipo de relación con compañías radicadas ni en Panamá, ni en Bahamas, ni en ningún otro paraíso fiscal».

Nuestros periodistas empezaron a preguntarse por la posibilidad de que la clave no estuviera en Panamá, sino en «otro paraíso fiscal». No era posible tener acceso a los registros de todos los que existían en el mundo, pero Jersey permitía acceder a su base de datos y comprobar quién estaba detrás de las empresas que operaban en la isla. Bastaba pagar 50 libras y obtener una clave de acceso para su web. El redactor que cubría banca, unos de los talentos discretos del diario, nos pidió permiso para pagar las 50 libras, se metió en el registro y buscó administradores con el nombre de Soria. Vi a mis reporteros reunidos alrededor del ordenador, escuché un grito de júbilo y al acercarme sus rostros se iluminaron como si les acabara de tocar la lotería.

—¡Lo tenemos!

—¿Soria?

—¡Tenía otra empresa en Jersey!

El ministro Soria había mentido y teníamos la prueba. Junto a su hermano Luis Alberto, había mantenido registrada y oculta a través de testaferros una compañía con el nombre de Mechanical Trading Limited hasta 2002. Su firma aparecía en el documento que habíamos comprado en internet. No podíamos perder un minuto. Si el papel podía encontrarse con tan solo entrar en el registro, cualquier medio podría hacer lo mismo y pisarnos la exclusiva. Descarté informar a El Cardenal, que llevaba varios días sufriendo por nuestras informaciones: el ministro no solo era su amigo, sino que tenía sobre la mesa de su despacho una petición de la empresa para autorizar la transferencia de uno de nuestros canales de televisión a otro operador, una inyección de dinero que necesitábamos con urgencia. El Cardenal me habría pedido tiempo para hacer sus llamadas y no lo teníamos. Se enteró de la noticia a la vez que nuestros lectores, con un gran titular a toda página en la web: «El ministro Soria tenía otra sociedad en el paraíso fiscal de Jersey».

La información empezó a ser reproducida por diarios de todo el mundo, mientras el Gobierno entraba en pánico y mi teléfono no dejaba de sonar. El Cardenal me envió un mensaje censurando la información y advirtiéndome de que mi imprudencia nos costaría una fortuna. Le respondí al día siguiente, para decirle que no se preocupara: el ministro acababa de dimitir. Esa tarde supe por el jefe de informativos de la Sexta, César González, que mi decisión de no consultarle había salvado la primicia. También ellos habían conseguido el documento de Jersey y lo tenían todo preparado para salir con la información. Nos habíamos adelantado por cinco minutos.

Lo ocurrido con Soria me confirmó que El Cardenal nunca estaría del lado del periodismo y que era imposible hacer un periódico independiente sin perjudicar no ya los intereses de la empresa, que podía entender le preocuparan, sino los suyos propios y los de sus amigos. No había nadie mejor conectado en el país, en una red que iba desde los servicios secretos a los jueces, de los políticos a los empresarios, pasando por la Casa Real y las principales instituciones del país. Daba lo mismo hacia dónde apuntaran nuestras informaciones, siempre tocaban a alguien de su entorno o a personas cuya protección podía convenirle en caso de apuro. Aquel entramado de relaciones que cuidaba con obsesión era incompatible con un puesto de responsabilidad en la edición de diarios, pero en lugar de reconocer esas limitaciones y centrarse en la gestión empresarial, estaba decidido a tomar el control editorial de las tres cabeceras del grupo. *Expansión* y *Marca* habían sido sometidas tras el despido de sus últimos directores y solo faltaba *El Mundo*, la pieza que más codiciaba.

Soria había cometido el más extraño de los harakiris políticos. Ninguna de las informaciones publicadas había demostrado que el ministro cometiera delito alguno —la investigación abierta por Hacienda determinaría si evadió impuestos— y, de hecho, todas hacían referencia a actividades empresariales que habían tenido lugar hacía mucho tiempo. El político canario tuvo margen para preparar una argumentación coherente, porque había sido informado días antes de que apareciera en *Los Papeles de Panamá*, presentarse en sus ruedas de prensa con la verdad y buscar el apoyo de sus compañeros de Gobierno. En un país donde el presidente podía seguir en su puesto tras haber enviado mensajes de apoyo al tesorero de su partido, al descubrirse que tenía una fortuna oculta en Suiza; donde el ministro del Interior podía montar una policía política para destruir a sus enemigos, sin que pasara nada; y donde los jueces describían al partido en el poder como «una organización criminal» en bastiones donde seguían ganando elecciones sin despeinarse, el comportamiento de Soria difícilmente habría forzado su dimisión. Pero decidió mentir públicamente, confiando quizá en que todas las fieras del periodismo habían sido domadas y los pocos lobos que quedaban podrían ser controlados con un par de llamadas a los despachos de La Segunda.

La dimisión del ministro fue seguida de nuevas teorías conspiratorias sobre mis intenciones al frente de *El Mundo*. Para unos la información publicada era

parte de una operación organizada por la vicepresidenta Sáenz de Santamaría para perjudicar a la facción del Gobierno con la que estaba enfrentada y que incluía a Soria. Otros aseguraban que los servicios secretos nos habían entregado el papel en un garaje con poca luz y en una escena sacada de *Todos los hombres del presidente*. Los reincidentes pensaban que se trataba de otro intento de aupar a Podemos o facilitar la llegada del joven Rivera a la Moncloa. Conté en mi Nota desde Aquilea del domingo —«El ministro que perdió el paraíso por 50 libras»—, que todo había sido mucho más sencillo: habían bastado un periodista despierto, una tarjeta de crédito y la redacción más rápida de la prensa española.

La exclusiva actuó como un bálsamo en San Luis y, aunque era consciente de que sus efectos serían pasajeros, la saboreé durante un par de días como si fuera la última. El miedo a los despidos y la ansiedad por el futuro se desvanecieron en medio de un sentimiento de orgullo colectivo y nostalgia de glorias pasadas.

La Digna vino a verme.

—¿Cómo te sientes? —preguntó—. Ya lo tienes: has tumbado a tu primer ministro.

—Estoy por poner su cabeza disecada en el despacho. En realidad ha sido todo…

—Sí, sí, me han contado. Enhorabuena. Hoy todo es como en los viejos tiempos, ¿no? Como en Pradillo.

—Habrá más días buenos, ya verás.

—Seguro, seguro.

Nuestra relación se había enfriado en las últimas semanas. Desde mi llegada se había quejado de que la mayoría de los columnistas del diario eran hombres. Llevaba razón. Las mujeres habían estado discriminadas desde los inicios del diario y la opinión, especialmente, era un terreno de hombres. Unas semanas después le comenté que tenía decidido hacer una oferta a Esther Palomera, una analista política que me gustaba por su independencia y rigor. Me dijo que hacía lo mismo que ella y que no creía que la necesitáramos. La respuesta me resultaba familiar: todo el mundo aseguraba querer cambiar las cosas en el diario, hasta que se tocaba su parcela. Lo último que necesitaba eran más batallas internas, así que renuncié a la idea. Le dije que cuando todo se calmara habría grandes cambios, que formaría un equipo nuevo y que El Dos no estaría en él. Fue un error, porque aquello volvió a despertar sus

ambiciones de ocupar un puesto en el *staff* y no iba a ofrecérselo. Pensaba que su valor estaba en sus crónicas políticas, cada vez mejor escritas. Me confundía su capacidad para defender dos ideas contrarias sobre una misma cosa, la deslealtad con la que me hablaba de todos sus jefes —presentes y pasados— y el trato hacia algunos compañeros, que sufrían su escarnio a gritos en mitad de la redacción. Habíamos leído juntos el anuncio de los despedidos propuesto por la empresa, en la comida con el futuro líder conservador Pablo Casado, y mientras volvíamos en su coche me había reiterado su entusiasmo con el proyecto y su determinación de defenderlo en los «momentos duros» que nos esperaban. Unas horas después se presentó en mi despacho y me dijo que lo mejor era que dimitiera para frenar los recortes:

—No puedes aceptar que echen a una tercera parte de tu redacción.

—Y no lo pienso aceptar —le dije—. Vamos a darle la vuelta a la propuesta de la empresa.

Necesitaba margen para lograr el acuerdo que necesitábamos y creía que podíamos tumbar el ERE. Mi renuncia se lo pondría demasiado fácil a El Cardenal.

—¿Marcharme ahora? ¿Y dejar el diario en manos de sus esbirros [El Secretario y El Señorito]?

—Ni la redacción ni yo les aceptaríamos nunca en la dirección.

—Son las alternativas. Quieren acabar con lo que este periódico ha sido las últimas tres décadas. Hay cosas que no puedo contarte, solo te pido que confíes en mí y que me ayudes. Seré el primero en marcharme si todo queda como está. Necesito tiempo para trabajar la solución.

—Vamos a la huelga, ¿lo sabes?

—Es un error. Solo agravará las cosas, habla con ellos. A ti te escuchan. Diles que es un error. Hay que dar una oportunidad a la negociación.

—Es demasiado tarde para pararlo.

Los movimientos de El Cardenal en mi contra se aceleraron tras la exclusiva de Soria. Vino a verme unos días después para contarme que había organizado una serie de comidas con los «pesos pesados» de la redacción, para comprobar el ánimo de la tropa y explicar que los recortes irían acompañados de una transformación de la empresa que garantizaría su futuro. Le sugerí que incluyera a Virginia:

—No tiene perdón que todavía no te hayas reunido con ella. Es la adjunta del

director y responsable de nuestra transformación digital. Está haciendo un gran trabajo.

El Cardenal estaba lleno de prejuicios sobre Virginia, a pesar de que era una trabajadora incansable, había sido decisiva en que invirtiéramos la tendencia de nuestra audiencia digital y recibía de mí los encargos más desagradables, incluida una auditoría interna para eliminar gastos innecesarios. Cuanto más ahorrara, pensaba, más puestos de trabajo salvaría. El despiste general sobre lo que hacía mi adjunta digital era tan grande, en parte por la ignorancia que rodeaba nuestro proyecto, que El Cardenal le atribuía supuestos giros progresistas en la web. Había perdido la cuenta del número de veces que le había explicado que al frente de la información diaria estaba El Viti, tan sospechoso de ser de izquierdas como él de liderar el Partido de los Trabajadores.

Virginia, crecientemente marginada por los pesos pesados, apenas tenía tiempo para la información diaria porque estaba lidiando con nuestras carencias técnicas, planeaba las grandes coberturas para la web, se pegaba con los de La Segunda para avanzar proyectos estancados, trabajaba en la reorganización, batallaba con Publicidad para que no nos colaran anuncios disfrazados de noticias, buscaba maneras de aumentar la audiencia y un sinfín de ocupaciones que poco a poco iban enderezando nuestra web y serían claves en que unos meses después el diario recuperara el liderazgo frente a *El País*. Pero el resto de los jefes la menospreciaba y aprovechaban mis ausencias para dejarla fuera de reuniones y hacerle entender que no era parte del club. El Cardenal almorzó finalmente con ella y me llamó sorprendido de no haberse encontrado con un espía leninista tratando de minar su periódico liberal. Más allá de que fuera de izquierdas, que lo era, Virginia tenía la formación, la experiencia y los conocimientos que necesitábamos para acelerar nuestra transformación digital.

—¿Desde cuándo hemos escogido el talento en función de la ideología? —pregunté a El Cardenal.

El nuncio de Milán continuó su ronda de contactos con los veteranos, jefes que le bailaban el agua y algunos de los Poetas Muertos. Los asistentes a las reuniones me contaron extrañados que se habían llevado la impresión de que su interés principal era conocer qué grado de apoyo tenía entre mis periodistas, en lugar de explicar los planes de la empresa. Me producía una enorme pereza dedicar tiempo a interpretar sus intenciones y dobleces. Si

pretendía traicionarme no había mucho que pudiera hacer. Llevaba más de dos décadas tejiendo alianzas y comprando voluntades, sacrificando peones y promocionando lacayos, para salir siempre victorioso en un mundo en el que yo no sabía desenvolverme. Preferí enfrentarle a sus intrigas y ofrecerle una vez más la posibilidad de que acordáramos una salida no traumática para el periódico. El Cardenal reaccionó ofendido ante la sugerencia de que estaba utilizando el ERE y a Los Nobles para volver a la redacción contra mí.

—Todo es mentira —dijo—. Hay gente que quiere hacernos daño y no cree en lo que queremos hacer. No debemos hacerles caso. Por supuesto quiero que sigas y que saquemos esto adelante. Estamos juntos, ¿recuerdas? Muy pronto habrá pasado lo peor y pondremos en marcha la revolución.

Y al repetir aquella promesa, que ahora sabía con certeza que iba en contra de su naturaleza, viéndole envuelto en otro de sus disfraces y teatralizando cada gesto con una risa nerviosa, supe que mentía. Había decidido deshacerse de otro director.

Lo que no alcanzaba a entender era por qué me había traído en primer lugar. Si quería el control editorial, en la redacción había periodistas que se lo habrían cedido sin resistencia. Si no quería cambios, los había que defendían que eran innecesarios. Y si lo que necesitaba era un *ministroperiodista* que engrasara los contactos con el poder y sirviera a sus amigos, sobraban voluntarios que habrían matado por ser directores de *El Mundo*. ¿Por qué cruzarse el mundo para convencer a un reportero tan ajeno a todo aquello, ofreciéndole falsas promesas y pretensiones de un gran proyecto periodístico? Tal vez creyó en exceso en su poder evangelizador y pensó que podría moldearme hasta convertirme en otro de sus conserjes. Que, una vez acomodado en mi sillón, asumiría los compromisos éticos necesarios para conservarlo. O quizás todo había sido más simple y en aquel encuentro de Nueva York se había producido un malentendido entre nosotros. Nada más que eso: un pequeño gran malentendido.

XVII LAS BARRICADAS

Una semana después de la dimisión del ministro Soria no quedaba nada del optimismo creado por nuestra última exclusiva. Los trabajadores de la empresa votaron mayoritariamente ir a la huelga y convocaron tres martes consecutivos de paros en un intento de frenar los despidos. Los empleados de *El Mundo* habían ido incluso más lejos que los de *Marca* o *Expansión*, con una medida extraordinaria que convertiría nuestra huelga en indefinida si no había acuerdo tras la última jornada de protesta. Entendía la indignación de la gente ante directivos que pretendían despedir a un tercio de la plantilla, mientras mantenían sus planes de pensiones y privilegios. Pero también creía que nuestros lectores no tenían por qué pagar las consecuencias de nuestro conflicto.

Laura Cioli, nuestra jefa italiana, vino a España y convocó una reunión en la que recordé mis advertencias de que llegaríamos a esta situación. Ni ella desde Milán, ni mucho menos El Cardenal desde la cercanía de su despacho, entendían qué era *El Mundo*. Nuestra redacción estaba formada por periodistas que estaban acostumbrados a enfrentarse al poder. La empresa no midió bien sus fuerzas cuando pensó que podría doblegarles por la fuerza. Cioli interpretó mi análisis de la situación como una prueba de debilidad y me preguntó si creía que podría resistir la presión.

—El problema no es ese. He estado en situaciones más difíciles. La gente está desmoralizada y se pregunta si un nuevo recorte servirá para algo. ¿Para cuándo el siguiente? No se ve el fin. Se me trajo para hacer una transformación de tres años, pero cada vez que nos reunimos se me presentan objetivos a tres meses, bajo la amenaza de más recortes si no se cumplen. No podemos tener las dos cosas, un proyecto de transformación a tres años y objetivos a tres meses. Incluso el *Washington Post*, con una de las marcas más reconocidas de la prensa internacional y el apoyo de una de las grandes fortunas, ha tenido que pasar por tres duros años para darle la vuelta a su situación.

—Pero nosotros no somos el *Washington Post* —interrumpió ella—. Y no

tenemos tres años ni a Jeff Bezos detrás. Lo que tenemos son deudas, bancos que desean cobrarlas y un plan financiero que cumplir.

Era difícil no coincidir con Cioli en que nosotros no teníamos un Bezos, que había aportado financiación al *Post* sin entrometerse en su periodismo o llamar una sola vez al director para dar indicaciones, porque según decía sería como entrar en un avión, meterse en la cabina y decirle al piloto: «Muévete a un lado, déjame a mí».

—Lo que quiero decir —insistí— es que la estrategia del *Post* es la correcta y que necesitamos un plan de transformación, inversión y apuesta periodística a medio plazo para salir de esta situación.

—Nuestra situación es urgente a corto plazo —dijo Cioli—. El plan tiene que ejecutarse.

La empresa pidió a los tres directores del grupo que diéramos una lista con el reparto de los despidos en caso de que las cifras quedaran como estaban. No se trataba de dar nombres, sino los cargos de los afectados para hacer números y ver si se llegaba a la disminución de costes que exigía Italia. Cuando llegó mi turno, presenté un plan con la salida de 18 jefes, incluidas cuatro personas del *staff*. No podíamos seguir perdiendo a los periodistas que traían contenido a cambio de preservar despachos. En mitad de la tormenta, había trabajado los fines de semana con Virginia, en la cocina de mi casa, en el rediseño de una redacción con una jefatura simplificada. El buró jerárquico sería reducido a tres escalafones —director, subdirectores y redactores jefe de cada área— y los despachos serían demolidos. Mi idea era recuperar el plan que había encargado a un equipo de arquitectos al poco de llegar, con una redacción abierta y sin obstáculos, salas de reuniones compartidas y la desaparición de La Pecera, para crear un espacio de discusión en el que incluir nuevas voces. Contaríamos con una mesa de control de calidad, con el objetivo de que ningún texto se publicara sin haber pasado una estricta revisión. Dale Fuchs, nuestra disidente americana despedida por sugerir que la necesitábamos, estaría de acuerdo. El trabajo se dividiría en tres velocidades con sus respectivos subdirectores: *breaking news*, historias del día trabajadas en profundidad y grandes reportajes e investigaciones. Un equipo específico editaría la versión impresa del diario. Montaríamos una pequeña delegación en Bogotá, para relanzar nuestra moribunda edición en América. Una nueva generación de periodistas que había demostrado su valía en los meses previos

sería aupada a puestos de responsabilidad, a costa de la aristocracia del diario que trataba de frenar los cambios.

La auditoría interna que había encargado a Virginia empezaba a revelarnos hasta qué punto podíamos ahorrar costes para invertir en la calidad del diario. Descubrimos que estábamos pagando servicios que, como el buscador de coches de la web, llevaban años sin funcionar. Eliminamos más de 30 blogs que nadie leía o que sus autores, casi siempre amigos de alguien del *staff*, habían dejado de actualizar. Aunque nadie lo sabía, la primera persona en ser despedida bajo mi dirección, antes incluso que Salvador Sostres, había sido mi mujer. Carmen mantenía un blog y escribía para la sección de viajes desde hacía años, en una colaboración que había logrado sin mi intervención cuando vivíamos en Bangkok. No podía tener a nadie de la familia cobrando de la empresa si quería acabar con la cultura de nepotismo y clientelismo que había hecho que desde nuestros comienzos los hijos, sobrinos y parejas de los jefes fueran colocados en puestos de la redacción o en La Segunda.

Solicité a Recursos Humanos las remuneraciones de todos los colaboradores externos, incluidos columnistas estrella, ilustradores y viñetistas. Enseguida advertí un error.

—Se os ha colado un cero de más en una de las cifras—, dije señalando al mejor pagado de todos ellos.

—No es un error, la cantidad es correcta.

—¿Gana más que el director?

—Llegó a ganar más que el presidente. Se le bajó el sueldo recientemente. Es una anomalía, lo sabemos.

Me contaron que nuestro colaborador había anunciado años antes que se marchaba a *El País*, justificando su adiós en que sus principios eran incompatibles con nuestra línea editorial. Jota dio instrucciones para que le subieran el sueldo hasta convencerle de que se quedara, con privilegios que incluían seguir colaborando fuera del diario. Y se quedó: después de todo, el problema no era convivir con nuestros principios, sino a qué precio.

Los columnistas que cobraban fortunas tendrían que aceptar recortes de más de la mitad de su sueldo o marcharse. A cambio, más reporteros *freelance* y colaboradores que ofrecían contenido original recibirían aumentos que les permitieran ofrecernos mejores historias. Prescindí de firmas como la de Antonio Gala, uno de nuestros intocables desde hacía más de dos décadas. No tenía nada contra el autor de *La pasión turca*, que había sido un escritor de

éxito y cumplía con sus *deadlines* por encima de nuestras expectativas —enviaba todos los artículos del mes de agosto el 31 de julio—, pero su sueldo no podía justificarse con la publicación de una columna diaria de un párrafo de extensión. Hacía tiempo que sospechábamos que ya nadie la leía y la confirmación nos llegó cuando cometimos el error de publicar su mismo artículo dos días consecutivos. Llamó un único lector para quejarse: el propio Gala.

—A esto le llamo yo eliminar grasa —dijo Silicon Valley al ver la lista con los cargos que pensaba suprimir—. Es lo que necesitamos.

—No solo en *El Mundo* —insistí—. Esta cifra de despidos nunca será aceptada por la redacción. Se tiene que ver que en La Segunda se hace un sacrificio.

—También se va a hacer.

—No es suficiente. Ya os adelanto que la huelga será masiva y será imposible sacar el periódico adelante.

—Algunos vendrán a trabajar, ¿no? —preguntó Silicon Valley.

—Nadie va a venir. No sé si lo entendéis: no saldremos a la calle si no hay un gesto por parte de la empresa. Necesitamos un plan de bajas incentivadas y voluntarias para renovar la plantilla sin traumas.

Una atmósfera de funeral envolvía el periódico y nuestros lectores debían de estar notándolo, porque las erratas se multiplicaban, pasaron delante de nuestras narices noticias que en circunstancias normales habríamos cazado al vuelo y los jefes llegaban a la reunión de portada sin nada que ofrecer, porque sus reporteros estaban pendientes de la huelga, las negociaciones y los despidos. Los responsables de las secciones tiraron de La Nevera, rescatando del olvido artículos a punto de perecer por congelación. San Luis era un hervidero de rumores y quinielas sobre quiénes serían sacrificados esta vez. El aire estaba tan viciado, las susceptibilidades tan a flor de piel, que un «hasta pronto» al terminar la jornada podía ser malinterpretado. El médico de la empresa advirtió que el número de visitas a su consulta se había disparado, sobre todo con casos de ansiedad y depresión. Algunos redactores empezaban el día con Valium. Otros mostraban bolsas oscuras bajo los ojos, como si hubieran pasado la noche en un ring de boxeo. No había bajas por enfermedad: nadie quería arriesgarse a ser echado en falta en su puesto. O peor aún: a que nadie notara su ausencia. El oficio agonizaba sin apenas salidas y las

posibilidades de recolocarse eran mínimas en caso de despido. Ni siquiera venderse a una de las trincheras ideológicas de la *comentocracia* era ya garantía de sobrevivir a los tiempos. El número de voluntarios dispuestos a buscar cobijo al abrigo del poder superaba las plazas disponibles y la paga se había reducido a la mitad.

Las inercias informativas que más empeño había puesto en erradicar, incluidas tediosas crónicas políticas que se limitaban a recoger declaraciones y contradeclaraciones de los políticos, habían regresado. La ausencia de una mayoría suficiente del PP tras las elecciones había metido al país en un círculo de negociaciones para formar Gobierno que no llevaba a ningún sitio, pero que dominaba la actualidad. Si criticaba el periodismo declarativo y de agenda en una reunión, Los Nobles se ofendían y lo atribuían a que al director no le gustaba la información política. En realidad sucedía justamente al contrario: porque me interesaba, no podía soportar que fuera reducida a un correveidile de declaraciones repetitivas, textos sin relato y piezas escritas con la pasión narrativa de una nota de prensa.

Aunque sentía la urgencia de pasar más tiempo en la redacción, preocupado por la vuelta de vicios del pasado, La Segunda me reclamaba constantemente para reuniones sobre el futuro de la empresa que siempre terminaban con la conclusión de que había que volver a reunirse. A veces llegaba a la Pecera sin tener todas las claves del día y por la noche, cuando repasaba nuestra portada, no me reconocía en ella. El Reportero había prometido no sumarse a los pelotas —«con tu permiso, si me lo concedes, voy a seguir diciéndote las cosas como las pienso»— y lo cumplía recordándome que *El Normal* que habíamos visionado en la Churrería Siglo XIX había perdido el rumbo. Me mandó un mensaje con un pasaje de *El lugar más feliz del mundo*, el libro que había regalado al Rey, en el que contaba mi desesperación con los jefes durante mi cobertura del Gran Tsunami del Índico en 2004:

> Cuando los muertos se cuentan por decenas de miles, el periódico lleva mi crónica a portada con un titular en el que se destaca que hay «cuatro españoles desaparecidos». Llamo a la redacción:
>
> —¿Decenas de miles de muertos y el titular de portada es que «cuatro españoles han desaparecido»? ¿Cuatro turistas de los que ni siquiera sabemos si están entre las víctimas o tomando cócteles en el bar de algún resort lejos de aquí?
>
> —La gente se identifica más con las víctimas de su país, humaniza la tragedia.

Traducción: nuestros muertos valen más.

«Añoro a este cabrón», escribió El Reportero junto al pasaje.

—Todo es más fácil desde ese lado —respondí.

—¿Te refieres a mi sofá?

—No, al reportero que solo tiene que preocuparse de su crónica.

Mi año al frente del diario no había alterado nuestra amistad, pero sentía que El Reportero no siempre comprendía las dificultades de la dirección o las tensiones de El Despacho. Tampoco yo hacía esfuerzos para que mis cercanos lo entendieran. Les ocultaba las presiones de El Cardenal, las traiciones de El Dos, las reuniones de emergencia sobre la caída de la difusión o los apuros presupuestarios, todo para que no creyeran que el proyecto estaba amenazado. Las cosas iban a salir bien, les decía. Muy pronto este periodo estará olvidado. Vamos a hacer *El Normal*, ya lo veréis.

Mi propuesta de añadir el mayor número de jefes a las salidas fue filtrada al *staff* desde La Segunda, creando más motivos de tensión. Nuestros jefes estaban acostumbrados a hacer las listas de despidos, no a ser incluidos en ellas. Uno a uno me preguntaron si contaba con ellos. Si hubiera aprendido algo de El Cardenal, de su capacidad para manejar los miedos e inseguridades de quienes le rodeaban, les habría dicho a todos ellos que no estaban en la lista, asegurándome su lealtad en un momento crítico y decapitando después a quienes me conviniera. Les dije la verdad: estaba centrado en reducir los despidos y ni siquiera había pensado en nombres a excepción de El Dos, que no preguntó. Todos los demás se quedaron con la incertidumbre y sin una buena razón para defender a su director.

El Cardenal bajó a mi despacho y me dijo que había tenido una gran idea que pensaba calmaría los ánimos: convocaría un gran cónclave con las mejores cabezas pensantes de *El Mundo*, para definir su futuro y mostrar que había un gran proyecto más allá de los recortes. Me pasó la lista de las personas que creía debían estar en Aranjuez, la ciudad elegida para la reunión y donde en 1808 se había producido el motín que acabaría con la abdicación del rey Carlos IV en su hijo Fernando VII. «¿Qué mejor sitio?», pensé. Mientras me iba dando los nombres de los convocados —La Digna, El Artista, El Secretario, El Señorito, Javi Dios, Pedro Cuartango, Silicon Valley, nuestro columnista Arcadi Espada…—, pensé que aquella mezcla de egos, ambiciones

y cuentas pendientes solo podía terminar como la cena de Nochebuena de las familias mal avenidas.

—¿La Digna y Arcadi Espada en la misma habitación? —pregunté—. Pero si se detestan.

Los aliados que me quedaban creían que la reunión era una encerrona y que no debía acudir, pero dije que iría de todas formas y añadí a Virginia a la lista de asistentes. Y fue así como un sábado de primavera, mientras la redacción ardía por los cuatro costados, los llamados a salvar *El Mundo* pusimos rumbo a Aranjuez. Nos reunimos alrededor de una inmensa mesa en forma de U, en una sala con máquina de café y una pizarra con grandes hojas de papel y rotuladores para las presentaciones.

El Cardenal agradeció la asistencia, cogió un rotulador y, asegurando que había llegado el momento de hacer la revolución —empezaba a odiar la palabra—, empezó a describir su visión del futuro. Pero en lugar de desgranar un plan digital para el diario, nuevas vías de negocio o arriesgadas apuestas editoriales, aseguró que la solución a todos nuestros problemas se resolvería refundando el diario impreso y llevando a los lectores a los quioscos de nuevo, como niños detrás del flautista de Hamelín. ¿Cómo pensaba revertir la tendencia mundial de la caída de las ventas de noticias en papel? ¿Cuál era su idea genial que no se le había ocurrido a nadie antes? El nuevo periódico eliminaría los suplementos, incluidos los de mayor éxito como *Crónica* y *LOC*, e integraría sus contenidos en un único diario dividido en tres grandes bloques —Nacional, Opinión y el resto—, llenando las páginas de sesudos análisis y firmas de intelectuales de prestigio, por supuesto lo más conservadores posible. Mientras El Cardenal iba desgranando entre vaguedades su gran proyecto, sacado de una convención de directivos de prensa de 1986, mi incredulidad fue tornándose en cabreo hasta que no puede soportarlo más. Interrumpí:

—¿En serio? ¿Vienes aquí y presentas un plan sin haber hablado con el director antes?

Miré a Silicon Valley, con el que llevaba meses trabajando en la transformación digital, esperando que dijera algo. Guardó silencio. Y entonces caí en la ingenuidad de mis expectativas sobre él: ¿por qué iba un directivo recién llegado, sin ninguna vinculación emocional con el periódico o con su director, a poner su puesto en riesgo por defender aquello en lo que creía? Su cobardía prolongó su paso por la empresa un tiempo, pero no le protegió

frente a El Cardenal. Dos años después recibió la patada de todas formas y se marchó a llevar las finanzas de una compañía de seguridad, posiblemente sin notar la diferencia. Podía trabajar para una cadena de supermercados o una empresa de medios, vender tostadoras o noticias, y le habría dado lo mismo. El periodismo era para él una mera mercancía, un señuelo con el que atraer al consumidor de todo lo que pensaba vender. Silicon Valley no comprendía que cuando trabajas para un periódico asumes, incluso si está en manos privadas, responsabilidades de servicio público que van más allá de la cuenta de resultados o los bonus de los directivos. Si tenían que explicártelo, entonces era mejor que te dedicaras a vender alarmas para segundas viviendas en la playa.

El plan de El Cardenal ignoraba el fracaso que acabábamos de sufrir con la nueva edición impresa de los domingos, el agujero que había abierto en nuestras cuentas, la estrategia con la que empezaban a salir de la crisis los grandes diarios del mundo —modelos digitales que apostaban por la calidad, la innovación y el pago por suscripciones—, o las oportunidades que empezaba a mostrar nuestro revivido proyecto digital, que seguía dándonos alegrías frente a la debacle del papel.

El Cardenal se excusó al ver la falta de entusiasmo ante su propuesta y dijo que eran solo ideas para iniciar una discusión, dando la palabra al resto para que cada uno aportara sus sugerencias. Uno de los primeros en hablar fue El Señorito, que aplaudió las propuestas del jefe con entusiasmo y dijo que el diario había perdido solidez, por lo que urgía recuperar el norte.

—¿Como has hecho tú en la delegación de Sevilla —pregunté—, donde no vendemos ni 1.800 ejemplares y hemos tenido que recortar la plantilla ante la falta de lectores, ventas e ingresos que ha provocado tu gestión?

No volvió a intervenir.

Arcadi Espada y La Digna se pelearon como estaba previsto. Ni siquiera recuerdo por qué, pero su pulso continuaría durante años y siempre pensé que esa rivalidad estaba motivada por la ambición compartida de dirigir el periódico algún día. Arcadi se me había ofrecido semanas antes para sustituir a El Señorito al frente de *El Mundo* de Andalucía —tardé en darme cuenta de que hablaba en serio— y La Digna anhelaría con el tiempo emular la llegada de Soledad Gallego a la dirección de *El País*. A mí me gustaba tener a los dos como columnistas porque, aunque el personaje había devorado al periodista en

ambos casos, sus opiniones opuestas cabían en un periódico que aspirara a ser algo más que un folletín parroquial. Y, sin embargo, dar las llaves de El Despacho a cualquiera de ellos habría sido como poner a los leones al frente del zoo.

El Poeta, nuestro columnista y reportero de la sección de Cultura, que encajaba en aquel escenario como El Secretario en una convención de misioneros combonianos, habló en términos shakespearianos de nuestra crisis y propuso un diario con más pulso informativo. La Favorita de El Cardenal, una periodista que había recuperado del *ABC* y probablemente la única persona de la empresa que le proporcionaba cariño sincero, dijo cosas que nadie entendió y que por la forma de decirlas no pretendía que nadie entendiera. Virginia recordó lo obvio: teníamos que escoger nuestra apuesta, la única razonable era digital y cuanto más se retrasara peor nos iría. Javi Dios, el responsable de *Papel*, dio un discurso sobre el futuro del diario que fue interpretado por los presentes como el lanzamiento de su candidatura al trono, por si el motín de Aranjuez terminaba como el de principios del siglo XIX, en destronamiento y sucesión. En mitad de aquel ambiente cargado de inautenticidad, donde costaba encontrar alguien que no estuviera posando para El Cardenal, me tocó responder a la pregunta que en cierto modo nos devolvía al punto de partida.

—¿Qué es para ti *El Mundo*?

Y mientras describía una vez más mi visión con un largo discurso, repitiendo lo que había sostenido una y mil veces, pensé que perdía el tiempo y que bien podía resumirse todo utilizando nuestra convención como ejemplo: debíamos ser todo lo contrario a la farsa que estábamos representando en Aranjuez.

Regresamos a Madrid y nada más poner el pie en la redacción comprobé que todo lo hablado ya había sido revelado por los participantes en la cumbre, con las exageraciones, fantasías y medias verdades con las que se propagaba la información en los templos de la verdad. No importaba, porque el análisis final que se transmitió era acertado: habíamos vuelto sin haber salvado *El Mundo* y el director había sofocado, a duras penas y quizá solo temporalmente, el motín de Aranjuez.

—Ha sido una encerrona —me dijo La Digna cuando nos marchábamos—, pero te has defendido bien.

Las conversaciones entre la empresa y los trabajadores no iban a ninguna

parte. El Sindicalista bajaba de las reuniones con gesto compungido y enseguida se formaban corrillos a su alrededor para saber qué había pasado. Sus comunicados eran cada vez más agresivos, pero a veces iban acompañados de guiños a El Cardenal, con el que mantenía una extraña relación de complicidad. El Comité de Empresa pidió en una de sus notas la supresión de todos los coches de empresa de los directivos salvo el suyo. Cuando le pregunté por la excepción, nuestro general en tiempos de turbulencias laborales me dijo que lo necesitaba para los actos de representación.

—Bueno —dije—. Si hay alguien que puede comprarse su propio coche es él.

Mi papel en las negociaciones era frustrante porque no podía sentarme en la mesa: no era un directivo de La Segunda ni formaba parte del Comité de Empresa. Tenía que tratar de influir desde fuera, con la esperanza de que las posturas se acercaran y pudiéramos evitar la huelga. No estaba funcionando: el apoyo en favor de los paros era masivo. Convoqué al *staff* en mi despacho para discutir cuál iba a ser nuestra posición. Por una vez, Virginia y El Dos, que eran como el día y la noche, coincidieron en algo: ambos pensaban que debíamos solidarizarnos con los huelguistas. Richard Gere y El Artista estaban de acuerdo. Pedro Cuartango, el jefe de opinión, estaba cabizbajo y con la mirada perdida en una esquina del despacho. Era el intelectual del periódico y el periodista que había dejado grabado en tinta, a través de miles de editoriales, el pensamiento de *El Mundo*. Su expresión mostraba un dolor casi físico ante la situación.

—Tú eres el director y si me pides que venga a trabajar lo voy a hacer —dijo—, pero si salimos en contra de la redacción al día siguiente presentaré mi renuncia. No podré volver a mirar a mis compañeros a la cara.

—Tenemos que venir todos mañana —dije—, pero no voy a daros instrucciones para que supláis el trabajo de los redactores. Solo sacaremos el periódico si vienen suficientes empleados para hacer un producto digno. Si la gente no viene a trabajar, *El Mundo* no saldrá.

Aquella decisión equivalía a sumarme a la huelga, porque sabía que no vendría nadie. El Secretario se enteró de la reunión que acabábamos de tener y vino a verme alterado, tratando de pedirme explicaciones. Le dije que el director se reunía con su equipo cuando quería y al ver que no estaba de humor se relajó.

—Dime que vas a sacar el periódico.
—No está en mi mano decidirlo.
—Arriba dicen…
—Me importa una mierda lo que digan arriba. Que bajen ellos y se pongan a picar textos. Puedes decírselo de mi parte.
El día de la huelga los piquetes hacían guardia en la entrada de San Luis. Zarandearon mi coche al grito de «fuera los esquiroles». Llovieron tomates. La redacción era un desierto de ordenadores apagados, asientos vacíos y escritorios llenos de papeles, libros de notas y archivos, como si acabara de ser abandonada tras el aviso de un desastre inminente. Vinieron todos los miembros del *staff*, La Favorita de El Cardenal, que se presentó divertida con el título de «esquirola adjunta» y el jefe de Cultura, que hacía años que estaba por encima de lo que pensaran los demás de él. Irene llegó con uno de sus coloridos vestidos y el entusiasmo de nuestros inicios en Sociedad. Tenía el instinto para ver historias que otros dejaban pasar delante de sus narices, frescura al escribirlas y determinación para conseguirlas. Unos meses antes, mientras Grecia amenazaba con hundir el euro, con sus bancos cerrados y el Gobierno de Alexis Tsipras desafiando el plan de austeridad que imponía Bruselas, la había enviado a Atenas con la misión de conseguir la entrevista que todos los medios buscaban con el ministro de Economía rebelde Yanis Varufakis. Irene fue la única en lograrlo, presentándose en su casa de las afueras de La Acrópolis y deslizando por debajo de la puerta una nota implorando que le concediera unos minutos. Varufakis la recibió en su salón y sus declaraciones en la portada de *El Mundo* —«Lo que hacen con Grecia tiene un nombre: terrorismo»— abrieron los grandes medios internacionales desde Nueva York a Pekín.
—Bueno, ¿qué hay qué hacer? —preguntó Irene.
Le había advertido que no vendría nadie y que se quedara en casa para no complicar su situación con sus compañeros.
—Te ordené que no vinieras. ¿Es que no tengo ninguna autoridad como director?
—¿Y dejarte solo? Ni lo sueñes.
Dejamos correr el tiempo por si venía alguien más, pero eso iba a ser todo. Nuestros efectivos podían contarse con los dedos de las manos. Me llevé a Virginia e Irene a comer a La Veguita y coincidimos con un piquete liderado por El Sindicalista y La Digna. Vestían camisetas, portaban pancartas y

llevaban silbatos colgados del cuello. Iba con ellos Malaúva, quizá la persona que mejor simbolizaba el daño que Los Nobles habían hecho al diario. No había un día en que no arrastrara su amargura por los pasillos, criticara lo que hacían sus compañeros o se resistiera a ofrecer ruidosas lecciones sobre el oficio, anunciando el fin del periodismo antes de salvarlo con tediosas crónicas sobre encuestas y resultados electorales. Era La Digna, sin su personalidad ni talento.

—¿Qué? —preguntó Malaúva al vernos llegar—. ¿Sale el periódico mañana?

—No —dije—, *El Mundo* no saldrá mañana.

Y nada más escuchar la noticia, Malaúva cogió su móvil y envió un mensaje con la noticia a través de Twitter, dando la primera primicia que nadie le recordara en años.

Lo que no habían logrado presidentes corruptos ni capos del dinero, boicots publicitarios y crisis financieras, lo habíamos conseguido nosotros solos. El diario no acudiría a su cita con los lectores tras publicarse ininterrumpidamente durante 27 años. Dejé que pasaran las horas y alrededor de las siete de la tarde pedí a los que habían venido que se marcharan a casa. Me quedé solo al frente de aquella redacción silenciosa y sin periodistas, el director de la nada más absoluta. Acabábamos de vivir la jornada más triste de la historia del periódico, a excepción de los días en que conocimos la muerte de los tres periodistas que perdieron la vida trabajando para él.

XVIII EL FUNERAL

Nuestro columnista José Luis López de Lacalle fue asesinado por la banda terrorista ETA el 7 de mayo de 2000. Recibió cuatro tiros en la cabeza y el tórax cuando volvía de comprar la prensa y le quedaban 250 metros para llegar a casa. La portada de la mañana siguiente mostraba una fotografía de su cadáver cubierto por una sábana blanca manchada de sangre, junto a su paraguas y los periódicos. El titular a cinco columnas decía: «ETA asesina al columnista López de Lacalle por defender la libertad en el País Vasco».

Julio Fuentes cayó un año después en una emboscada en la carretera de Jalalabad a Kabul, dos semanas después de que me reemplazara en la cobertura de la invasión estadounidense de Afganistán. Nada más conocerse la noticia hubo gente que llamó a mi casa para dar el pésame a la familia: habían escuchado la noticia de que el enviado especial de *El Mundo* había muerto y creían que se trataba de mí. «Testigos presenciales dan por muerto al periodista Julio Fuentes en Afganistán», titulamos en portada, deseando que por primera vez alguien nos llamara para desmentir una información.

Julio Anguita Parrado confirmó que en las guerras muere el reportero que está en el lugar equivocado, en el momento equivocado, no necesariamente el que más arriesga. Estaba de segundo corresponsal en Nueva York y quería demostrar el gran periodista que había en él: gestionó una plaza para «empotrarse» con los marines en la Guerra de Irak de 2003. Aunque era su primer conflicto, envió algunas de las mejores crónicas bélicas que se publicarían nunca en el diario. Cuando las tropas estadounidenses preparaban el asalto final sobre Bagdad, y Julio se había ganado ya el reconocimiento que buscaba, tuvo que elegir entre quedarse en la base o sumarse a la avanzadilla que llevaría a cabo el asalto final sobre la capital. Decidió quedarse y un obús cayó sobre el cuartel. El periódico abrió con la noticia: «El periodista de *El Mundo* Julio A. Parrado muere víctima de un misil al sur de Bagdad».

Las muertes de Lacalle, y sobre todo de Fuentes y Anguita Parrado, a quienes conocía personalmente, me habían marcado durante mis años de corresponsal y se habían convertido en una pesada memoria ahora que era el director. Los compañeros de Internacional encontraban extraño que su nuevo director, que había sido reportero de guerra, se resistiera más que ningún otro a enviar a periodistas al frente. Quizá fuera porque conocía los riesgos. Nunca había sido tan peligroso cubrir conflictos. Los informadores habían dejado de ser vistos como testigos neutrales y en lugares como Siria eran secuestrados, decapitados y utilizados como herramientas de propaganda en vídeos que se distribuían por la red. Javier Espinosa, nuestro mejor reportero de guerra, había permanecido seis meses secuestrado en el país, después de que en un viaje previo salvara la vida por muy poco en el ataque que mató a la legendaria Marie Colvin, del *Sunday Times*, en Homs.

Los grandes medios se resistían a enviar a sus periodistas a zonas de riesgo y su lugar había sido tomado por colaboradores a la pieza que veían una oportunidad de hacerse un nombre.

Cuando Antonio Pampliega, un conocido periodista *freelance*, me escribió ofreciéndose a trabajar para nosotros desde Siria, traté de disuadirle y le dije que no me sentía cómodo «con la idea de tener a alguien jugándose la vida por escribirnos un reportaje por el que pagamos muy poco dinero, hecho por alguien a quien no hemos ofrecido garantías de seguridad». Pampliega encontró una productora de TV que costeara su viaje y se marchó a la guerra de todas formas junto a los reporteros Ángel Sastre y José Manuel López. Escribieron a Internacional ofreciendo una serie de reportajes y después no volvimos a saber de ellos. Unos días después El Cardenal recibió la llamada del general Félix Sanz Roldán, Director del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), preguntando si teníamos a alguien trabajando para nosotros desde Siria. El Secretario vino a verme alarmado:

—¿Hemos enviado a alguien a Siria?

—No, pero hay un grupo de españoles trabajando en el país que nos han ofrecido su trabajo. ¿Por?

—Han sido secuestrados.

Unas semanas después fuimos invitados por el general a una comida en el CNI.

Sanz Roldán era, como todo el que mandaba en el país, amigo de El

Cardenal. Nos hizo de guía por las instalaciones hasta que llegamos a una sala de operaciones donde había colgado las fotografías de los ciudadanos españoles que había logrado liberar, incluida la imagen icónica del hijo de Javier Espinosa corriendo a abrazarle en el aeropuerto tras su liberación en Siria. Le pregunté cómo iba lo de Pampliega, Sastre y López:

—No han caído en las peores manos—dijo—. Creo que saldrá bien.

También el jefe de los espías nos pediría un favor, llegado el momento. Se había enterado de que estábamos preparando la publicación de un extracto de un libro de Alejandro Suárez Sánchez-Ocaña, *El quinto elemento*, que revelaba que el CNI había adquirido un programa informático que se utilizaba para tomar el control de ordenadores privados y contaminarlos con información comprometedora. El Cardenal me pidió que levantáramos la página, recordándome lo mucho que Sanz Roldán había hecho por nosotros en la crisis del secuestro de Espinosa. Me pareció una bajeza que relacionara ambas cosas y me negué. Cuando se publicó el artículo, me reenvió el mensaje que el director de la agencia le había mandado: «Con amigos así no necesito enemigos».

El secuestro de Pampliega, Sastre y López terminó con su liberación diez meses después y reforzó la contradicción entre mi resistencia a poner a periodistas en primera línea y mi convencimiento de que debíamos seguir yendo a las guerras para contar lo que estaba pasando. Los corresponsales y enviados especiales habían contribuido a parar conflictos desde aquel primer destino de Howard Russell para el *Times* en la Guerra de Crimea en 1854. La Guerra de Vietnam, un siglo después, se habría alargado aún más si los reporteros no hubieran abierto los ojos de la sociedad americana, provocando un giro en la opinión pública. Yugoslavia se habría seguido desangrando quién sabe hasta cuándo, y los políticos europeos discutiendo qué hacer en cumbres inútiles, si el periodismo no hubiera estado allí para relatar las masacres en los mercados de Sarajevo o para fotografiar a los viandantes que morían abatidos por los francotiradores cuando cruzaban el Bulevar Mese Selimovicala. *El Mundo*, desde sus orígenes, había perseguido ese periodismo y enviado a sus reporteros, incluido a mí mismo, a lugares donde eran necesarios. Y lo habíamos pagado caro. Una placa en la entrada de San Luis conmemoraba a nuestros periodistas caídos en actos de servicio y todos los años dábamos unos premios periodísticos en su honor.

Los galardones de la XIV edición habían ido a parar a tres grandes reporteras, Lynsey Addario, Veronique de Viguerie y Safah al-Ahmad, y la distinción al mejor columnista a Arturo Pérez-Reverte, uno de los pocos reporteros de guerra que había logrado convertirse en novelista de éxito. No conocía personalmente a Reverte antes de llegar a la dirección, pero al saber de mi nombramiento me había enviado un mensaje de apoyo y un consejo que debí haber tenido más en cuenta: «Cuídate de los amigos ruidosos y de los enemigos invisibles».

El acto de entrega de los premios se celebró en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona y quise que fuera también un homenaje a Fernando Múgica, mi primer jefe en Internacional y uno de los últimos clásicos del oficio. Múgica había cubierto y fotografiado los grandes conflictos de la segunda mitad del siglo XX y fue uno de los últimos en abandonar Saigón cuando cayó en manos de las tropas comunistas en 1975. Pero los jefes en Madrid tuvieron la mala idea de ponerle detrás de un escritorio, del que Fernando escapaba cámara en mano, para fotografiar escenas de la redacción mientras fantaseaba con volver al frente. Durante algún tiempo se enredó en la cobertura de la conspiración de los atentados del 11M, arrastrado por Jota, antes de dejar el periódico por la puerta de atrás. El nuestro era un oficio sin memoria y lleno de egos donde Múgica se había movido como un *gentleman*. Solo nos habíamos peleado una vez, cuando llamé desde Kabul para quejarme de que no hubiera publicado una crónica que le había enviado sobre los muyahidines en Afganistán. Me dijo que si lo prefería podía cogerme un avión y cambiarle el sitio en la mesa de edición, que en aquellos días posteriores a los atentados del 11S suponía pasarse el día cerrando páginas, además de tener que aguantar a corresponsales convencidos de que todo lo que escribían merecía tratamiento de Pulitzer.

—Tú editas la sección y yo me voy a la guerra, ¿trato?

Y sabías que hablaba en serio, porque Fernando era de esos reporteros para los que, como cuentan que dijo Robert Capa, perderse una invasión era como «rechazar una cita con Lana Turner».

No habría más invasiones ni ofensivas para él: Múgica se estaba muriendo. Los últimos meses los había pasado en el hospital, entre hemorragias y quimioterapia, soportando dolores y luchando contra un cáncer que le carcomía por dentro. Conseguí hablar con él y le dije que no se preocupara por el acto de Barcelona y que celebraríamos lo que quedaba del oficio

cuando se pusiera mejor.

—Lo estás haciendo muy bien, David —me dijo, supongo que porque sabía que estaba pasando por momentos difíciles—. No dejes que te venzan los despachos. Nos veremos en Barcelona.

Había descartado completamente a Fernando para la entrega, pero cuando estaba a punto de subir al escenario del Liceo para pronunciar mi discurso le vi llegar caminando junto a su hija y observándolo todo a su alrededor, prueba de que no había perdido el olfato de reportero.

—¿Me crees capaz de perderme una fiesta?

—Eres un león, ¿lo sabes?

—Un león viejo —dijo él.

Compartíamos la pasión por el reporterismo y un injustificado sentimiento de culpa por la muerte de Julio Fuentes: yo por haber pedido el reemplazo que le llevó a una guerra que podía haberse evitado y él por no haber impedido que tomara aquella carretera entre Jalalabad y Kabul, cuando ya teníamos a Alfonso Rojo en la capital afgana. Quizá fuera el recuerdo de Julio lo que hacía que me resistiera tanto a enviar a mis periodistas a la guerra. Y, sin embargo, sabía que Fernando me habría reprochado mis aprensiones:

—Los reporteros no servimos para la redacción. ¿Acaso no puedes morir de salmonela en una boda o en un estúpido accidente de coche volviendo a casa del trabajo? ¿Es mejor morir de viejo?

Ahora, en mitad de batallas sindicales y huelgas, intrigas y disputas que consumían nuestras energías y talento, entendía mejor que nunca lo que Fernando había querido decirme al ofrecerme un trueque, yo a la redacción y él al frente de Kabul. También yo me habría cambiado por uno de nuestros corresponsales, dejándoles a cargo de El Despacho para marcharme al más cabrón de los conflictos, donde las maldades se cometen por algo más que una promoción y tienes una mejor idea de dónde vienen las balas.

El éxito de la huelga en *El Mundo* enfureció a nuestros dueños en Italia, que veían debilitada su posición en las negociaciones. La empresa se movió de sus posiciones para mejorar su oferta a los trabajadores. Las conversaciones avanzaban, con la posibilidad de acordar un plan de bajas incentivadas, prejubilaciones y un aumento de las indemnizaciones. Me parecían gestos suficientes para desconvocar el paro previsto para el siguiente martes, que supondría un daño innecesario. El Sindicalista, sin embargo, pensaba que las

movilizaciones debían continuar. No podía entender su posición.

—Eres un irresponsable —le dije al encontrármelo en el pasillo—. Ya tienes tu huelga: no hemos salido. ¿Qué más quieres? ¿Te das cuenta de lo que supondría no sacar el diario un segundo día? Estás poniendo a todo el mundo en riesgo y los puestos que dices defender en peligro.

—No es una decisión mía, sino de todos los comités. Los otros dos diarios han salido (*Marca* y *Expansión* habían sacado ediciones limitadas).

—Ese es su problema. Nosotros no hemos salido, las negociaciones avanzan y si vamos a la huelga otra vez se jode todo. Tienes que parar esto.

Desde Italia me llegaban informaciones de que Laura Cioli respondería a otro día sin periódico con una retirada de la empresa de la mesa de negociación y el despido de los 94 trabajadores inicialmente propuestos, con la mínima indemnización que marcaba la ley. Era una información que no podía compartir y tampoco parecía necesario: todos los compañeros con los que hablaba estaban de acuerdo en que, una vez mostrada la capacidad de paralizar el diario, la redacción había recuperado la iniciativa y podía utilizar la amenaza de nuevos paros para ganar terreno en la negociación.

Dediqué los siguientes días a desactivar a la oposición de cara a la asamblea en la que se votaría sobre el mantenimiento de la huelga. Busqué escépticos y los convertí para la causa, merodeé alrededor de las máquinas de café, argumentando en contra de los paros, manipulé en mi favor el deseo natural de la condición humana de agradar al poder y comprendí mejor que nunca por qué los políticos sentían la necesidad de fotografiarse con bebés y abrazar abuelas en las campañas electorales. Las respuestas que obtuve fueron tan positivas, los aliados parecían tan convencidos, que olvidé la regla del tenista: el partido no está ganado hasta que ha terminado y has estrechado la mano del oponente en la red. En el tumulto de la asamblea las razones cedieron ante las emociones, los moderados fueron intimidados por los radicales y los ruidosos acallaron a los cabales. La redacción votó a favor de un nuevo día de huelga, pero esta vez estaba decidido a tumbarla. Me propuse sacar adelante el periódico, aunque tuviera que hacerlo solo. Estaba convencido de que la nueva huelga haría un daño irreparable a la imagen del diario y sabía que pondría en mayor riesgo los puestos de trabajo. Reuní al *staff* y les dije que contaba con todos ellos:

—Si creyera que haciendo huelga salvaríamos a 30 personas, la haría. Pero ocurre lo contrario. El riesgo es que Italia se levante de la mesa y que se

ejecuten los despidos con 20 días. El daño a la imagen del diario, además, será irreversible. Las suscripciones han sido afectadas por la primera huelga. La web tardó una semana en volver a su tráfico normal. No podemos permitírnoslo.

Hice una lista con cerca de medio centenar de trabajadores que me habían dicho que vendrían, suficientes para actualizar la web y publicar una edición reducida en papel. Entre los que habían dado un paso al frente estaban casi todos los Poetas Muertos, al menos cinco redactores jefe y algunos veteranos. El Reportero me confirmó que trabajaría. Pero según se acercaba la fecha su voluntad flaqueó y uno a uno vinieron a verme cabizbajos para comunicarme que habían cambiado de opinión.

El Reportero entró en mi despacho con gesto de haberlo perdido todo en el casino.

—Lo siento —dijo—. Lo siento de verdad.

Por primera vez desde que nos conocíamos se hizo un incómodo silencio entre nosotros.

—Pensé que coincidíamos en que esa huelga es un error. Va en contra de lo que se quiere conseguir y puede hacer que más gente pierda su trabajo si sale adelante.

—Comprende que yo tengo que estar con esta gente.

—¿Y los demás?

—Creo que no vendrá nadie.

Podía entender a quienes creían, equivocadamente, que una segunda huelga lograría más concesiones de la empresa. A quienes llevaban años acumulando resentimiento hacia los directivos de La Segunda y ya no aspiraban a nada que no fuera ajustar cuentas. A las ratas de redacción que buscaban empeorar las cosas, seguras de su capacidad para emerger entre las ruinas y prosperar en mitad del caos. Y también a quienes pensaban honestamente que estaban defendiendo el diario en un momento crítico. Me costaba más aceptar la decisión de quienes creyendo que la decisión correcta era venir a trabajar no lo harían por miedo. El miedo: ¿acaso había otro sentimiento que dejara más al desnudo el verdadero carácter de las personas?

La víspera de la jornada de huelga se cayeron de la lista el resto de los que habían anunciado que vendrían.

—Todos esperamos que seas capaz de sacar el periódico —me dijeron

varios Poetas Muertos al despedirse la víspera.

Lejos de reconfortarme, aquellos ánimos hacían más difícil aceptar su decisión.

Irene vino a verme para decirme que trabajaría de nuevo.

—¿No te he hecho una putada suficiente trayéndote de la corresponsalía de París y también quieres ser odiada por tus compañeros?

Ahora que todo se tambaleaba, temía que se estuviera inmolando por un proyecto que no estaba destinado a ser.

—Tú eres la única a la que no puedo pedir que venga.

Pero Irene era demasiado leal, y sus principios demasiado tercos, para que me hiciera caso. Se presentó con Virginia, las dos con una sonrisa y disponibilidad para entregarse en una misión que parecía imposible: hacer un periódico sin periodistas. Nuestras fuerzas apenas sumaban el *staff*, a excepción de El Dos, que cometió su última deserción y se quedó en casa, tres redactores y un redactor jefe. Los convoqué a todos en mi despacho y les anuncié que actualizaríamos la web y sacaríamos una edición de 40 páginas a la calle, repartí el trabajo y les dije que no tuvieran ninguna duda de que si lo lográbamos, si al día siguiente los lectores encontraban su diario en el quiosco, su gesta sería una prueba de lealtad no solo hacia ellos, sino hacia los compañeros que no habían acudido a trabajar.

El Cardenal apareció a media mañana más alterado de lo que le había visto nunca, con el rostro desencajado y dando gritos:

—¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza! Han zarandeado mi coche en la entrada. Son salvajes. He estado a punto de salir…

Le dije que iba a sacar el periódico. Miró alrededor, donde solo se veían escritorios vacíos y pantallas apagadas, y preguntó:

—¿Cómo?

—Eso es cosa mía. Pero mañana *El Mundo* estará en los quioscos.

Virginia e Irene empezaron actualizando un par de noticias en la web. Cuando los huelguistas detectaron los cambios enfurecieron y empezaron a acosarnos a través de las redes sociales, asegurando que éramos unos traidores y que estábamos colaborando en el despido de nuestros compañeros. En realidad, nos disponíamos a hacer justamente lo contrario.

Puse al *staff* a hacer las tareas que normalmente ordenaban a sus redactores. Algunos no habían escrito una nota, editado un texto o ajustado un título en años y me pareció que de todos los jefes yo era el que mejor se adaptaba a las

circunstancias por la cercanía de mis tiempos de reportero. O quizá porque nunca había dejado de serlo y El Despacho estaba siendo ocupado por un impostor: un reportero que se hacía pasar por el director. Volví sin esfuerzo a mis funciones de corresponsal y escribí crónicas sobre India y Corea del Norte, edité textos y corregí páginas, yendo a buscar las copias a la impresora como había hecho en mis años de becario.

Escogimos fotografías del sistema y utilizamos diseños de páginas de ediciones antiguas para la maquetación. Escribimos la peor crónica de fútbol jamás publicada, montamos una historia con el último caso de corrupción del PP, otra con el descubrimiento de 1.200 nuevos planetas por la NASA y un análisis sobre la lucha por la hegemonía en la izquierda entre PSOE y Podemos. Trabajamos sin descanso, con la urgencia del cierre y cercados por los piquetes que seguían protestando en la entrada. Y, al caer la noche, agotados, enviamos a la imprenta las 40 páginas que había prometido. Era un diario imperfecto y mejorable, pero digno. Lo habíamos sacado adelante un puñado de *esquiroles* con la ayuda clandestina de varios huelguistas, que a última hora se habían sentido culpables y habían dejado textos de apoyo.

A la mañana siguiente los defensores de la línea dura estaban furiosos y se aferraron a un error para tratar de levantar a la gente contra nosotros, sin saber que en privado la mayoría de la plantilla suspiraba aliviada y nos felicitaba. El periódico había llevado a portada desde su fundación, bajo la cabecera, la cita de un autor, filósofo, político o pensador. La frase que encabezaba nuestra edición de emergencia parecía escogida con toda intención: «Que se haga justicia aunque perezca el mundo».

—¡Quieren que perezca *El Mundo*! —gritaba La Digna, completamente entregada a su papel de Juana de Arco del periodismo.

—¡Vergüenza! —repetían los enfurecidos.

—Un error inocente —tratamos de explicar.

El Artista había escogido una vieja portada al azar porque no teníamos maquetistas y se había cambiado todo menos la cita. El Sindicalista nos acusaba no solo de haber boicoteado su huelga, sino de chulearnos en el camino. Di por inacabado nuestro trabajo del día anterior, escribí yo mismo una *fe de erratas* y pedí que se publicara en la edición del día siguiente. No podía evitar sentirme orgulloso de aquellas 40 páginas editadas en mitad del silencio de una redacción vacía. Más que nunca, había cumplido la promesa que había hecho el día que me presenté como nuevo director: había sido leal a

los lectores y, aunque muchos de ellos no lo comprendían, a mis periodistas.

Fernando Múgica murió el 12 de mayo, dos días después de la huelga fallida. Con él se marchaba una forma de entender el reporterismo. Con su barba cuidada y rubia, sus ojos azules y su voz calmada, efectivamente, no habría desentonado en una película de la época dorada de Lana Turner. Fui al tanatorio a despedirle, pero excusé mi presencia en el funeral religioso porque coincidía con el acto empresarial más importante del año para *El Mundo*, la Gala del Motor, en la que agasajábamos a los presidentes y directivos de nuestros anunciantes de coches. El ministro de Economía, Luis de Guindos, presidiría el acto y estaba previsto que yo diera un discurso y entregara los premios. Quedaban apenas dos horas para que comenzaran ambos eventos, la Gala en el Hotel Palace y el funeral de Fernando, cuando comencé a dudar. Amelia estaba esa tarde en su puesto y permanecería a mi lado hasta el último día.

—¿No es absurdo? —le pregunté—. ¿Ir a ese estúpido acto en vez de al funeral de Fernando?

Pero Amelia no podía decirle al director que renunciara a la Gala y me pareció adivinar que me respondía con la mirada:

—Por supuesto que debes ir al funeral.

¿Cómo podía haber dudado siquiera? ¿Qué me había pasado? Quizá El Despacho estaba empezando a cambiarme. Llamé a El Cardenal y le dije que no iría con él a la Gala porque tenía que estar en la despedida de Fernando.

—Lo entiendo —dijo.

Mientras él se dirigía al Palace para dar mi discurso, yo cogí un taxi hacia la Iglesia San Fermín de los Navarros de Madrid. Estaba abarrotada. Vi a gente que había trabajado en nuestros inicios y de la que no había vuelto a saber. Estaban mis predecesores en la dirección del diario, Pedro Jota y Casimiro García-Abadillo. La Digna y algunos de Los Nobles. El Dos se quedó detrás, de pie, y nos saludamos sin decirnos nada. Me reencontré con jefes de mis comienzos y compañeros que habían sido despedidos o purgados en luchas internas, entre ellos algunos de los que más habían contribuido a levantar *El Mundo*. Las zancadillas habían cesado momentáneamente, los agravios fueron aparcados y las batallas suspendidas en una tregua para despedir a uno de los nuestros.

Apareció por allí Mari Carmen, la secretaria de redacción jubilada tras

haber sido durante dos décadas el alma del periódico, llevando las cuentas, valorando las crónicas de los *freelance* y animando a los novatos a atreverse:

—David, no vales para la redacción. Márchate lo más lejos que puedas.

Todo lo que habíamos sido y ya no éramos, lo que habíamos hecho y dejamos de hacer, la historia del diario, con sus grandezas y miserias, estaba presente en aquella reunión que Fernando parecía haber organizado adrede, quizá para regañarnos por no haber sabido mantener la ilusión de los mejores días. Cuando terminó la misa me despedí con prisas, excusándome en que tenía que llegar a tiempo a la Gala del Motor, pero en realidad huyendo de la insoportable nostalgia que envolvía el ambiente y de la certeza de que, no importaba lo que hiciera, nada volvería a ser como antes.

XIX LA TRAICIÓN

No habría tercera jornada de huelga. Tras días de duras negociaciones, empresa y sindicatos estaban a punto de firmar un acuerdo que reducía las bajas en las 12 ramas de la compañía. Los 94 despidos inicialmente propuestos para *El Mundo* se quedarían en 58, se abriría un plan de bajas y prejubilaciones voluntarias y las salidas forzosas, si las había, tendrían una indemnización de 37 días por año trabajado. De la misma forma que las guerras resultaban absurdas porque siempre terminaban en un tratado de paz, todo lo que habíamos vivido en las últimas semanas, las huelgas, enfrentamientos y tensiones, había sido innecesario. Habría bastado presentar la misma propuesta que ahora estaba sobre la mesa desde el principio para que todo hubiera sido muy diferente. Mientras la redacción se lamía las heridas de su última batalla por la supervivencia, y El Cardenal hacía esfuerzos por apuntarse el tanto del final de la crisis, respiré aliviado por primera vez en varias semanas.

Tenía prisa por reanudar mi proyecto, suspendido desde el anuncio de los recortes, y convoqué a El Cardenal, Silicon Valley y El Secretario a una reunión para presentárselo. Saqué mi ordenador y empecé a enseñarles las gráficas que describían la nueva redacción multimedia, la reorganización, los flujos de trabajo, la supresión de jefaturas que simplificaba la cadena de mando, la nueva mesa de control de calidad o la creación del equipo específico que editaría nuestra versión impresa. Estaba en mitad de mi explicación cuando El Cardenal interrumpió, hizo una señal a El Secretario y su lugarteniente extrajo un papel del bolsillo de su chaqueta:

—David, no queremos que te enfades, no es nada personal, pero la empresa cree que esto es lo que necesitamos.

El Secretario dejó el plan sobre la mesa. Estaba escrito a mano. El proyecto de Aranjuez no solo no había muerto, sino que se había creado un equipo paralelo a mis espaldas para desarrollarlo. El Cardenal había reunido a algunos de los periodistas más resistentes al cambio y a miembros destacados

de nuestro *establishment* para trabajar en un proyecto que llevaría al periódico en la dirección contraria a la del resto de grandes diarios del mundo. Incluía una apuesta por la versión impresa, el mantenimiento de nuestra vieja estructura jerárquica y la creación de una «factoría» que se encargaría de la producción de todo el contenido no diario bajo el mando de El Secretario.

—¿¡Qué mierda es esta!? —dije alzando la voz como no lo había hecho ante ninguno de mis redactores. Si lo pensaba, en el último año solo había gritado a El Dos y a las tres personas que tenía enfrente.

—Queremos que eches un vistazo a estas ideas y las incorpores al proyecto. Nada más.

—¿Lo de Aranjuez? Sois unos verdaderos hijos de puta. Unos hijos de la gran puta.

—No te pongas así —intentó calmarme El Cardenal.

—¿Que no me ponga así? Soy el director de este periódico y no se va a hacer ningún plan que no sea el que yo diga. Llevo meses esperando para ponerlo en marcha. Mi plan o ninguno, no tengo nada más que hablar con vosotros.

Me levanté con intención de marcharme, pero El Cardenal me pidió por favor que me quedara y tratáramos de llegar a un entendimiento. Defendí por enésima vez el único proyecto que pensaba que garantizaría nuestro futuro a largo plazo. Les dije que estaba dispuesto a aceptar la factoría de contenidos, en una versión limitada que unificara la producción editorial de las revistas del grupo, incluida nuestra revista femenina *Yo Dona*, pero no los suplementos clave de *El Mundo*. El resto era innegociable, incluida una ejecución del ERE en el que todas las salidas serían decididas por mí, sin intervención de la empresa. No se repetirían los despidos de veces anteriores: salvaría al mayor número de perfiles digitales y reporteros que producían contenido original. Una veintena de jefes, incluida la mayoría del *staff*, abandonarían la empresa, permitiendo la llegada a puestos de responsabilidad de una generación que consideraba preparada para dar el salto. El resto de las salidas servirían para desmantelar la aristocracia que desde hacía años había obstaculizado la modernización del diario para preservar sus privilegios. Seis de Los Nobles, la mayoría con cargos y sueldos de jefes, tendrían que marcharse.

—¿No querías una revolución? —le dije a El Cardenal—. Ahí la tienes.

Pedí a Amelia que buscara huecos para convocar a la redacción en el auditorio, donde pensaba presentar mi plan.

Terminé de corregir la portada y me disponía a marcharme cuando El Callado vino a verme. Tenía el gesto desencajado.

—David, tengo que contarte algo —dijo.

—Claro, tú dirás.

—Me gustaría que quedara entre nosotros. Creo que he hecho algo que… que ha sido un error.

—Lo que sea, puedes contármelo.

—Me pidieron que escribiera una carta.

—¿Una carta…?

—Una carta de apoyo a su gestión [de El Cardenal]. Me dijeron que la necesitaban para reducir los despidos, que la iban a llevar a Italia y que con la fuerza de todos nosotros detrás podría… Te prometo que no escribí nada malo de ti. Siempre he sido leal. Temo que la puedan utilizar en tu contra.

En las siguientes 48 horas una decena de personas vinieron a contarme que El Secretario les había pedido cartas similares en nombre de El Cardenal, que seguía una vez más el manual de Mazarino: «Siempre que puedas recurrir a tus subordinados para ejecutar tus planes, ejercer presiones o infligir castigos en tu lugar, ¡hazlo! Resérvate para tareas más elevadas».

Al día siguiente El Cardenal convocó a toda la plantilla en el auditorio, se presentó como el salvador de decenas de puestos de trabajo y, en un tono paternalista, anunció un futuro prometedor para la empresa. Tras su discurso le vi hablando con La Digna junto a la puerta, caminé hacia ellos y, antes de que advirtieran mi presencia, escuché como ella le decía lo mucho que le había costado escribirle «la carta». Pasé de largo y seguí caminando hacia mi despacho. ¿También ella? No podía entender que se hubiera sumado a la conspiración. Tras nuestra primera cita, y superado su escepticismo inicial, se había convertido en una de mis mayores defensoras dentro y fuera del diario. Nuestra relación se había enfriado, pero seguía declarándome su apoyo incondicional cada vez que tenía la oportunidad. Mil veces la había escuchado blasfemar contra El Cardenal y la manera en la que los directivos de los medios habían arruinado a la prensa con sus ambiciones de poder y dinero. Tan solo unos días antes me había llamado por teléfono para decirme que había enviado su última columna: un texto duro contra la empresa y sus directivos, a los que acusaba de diezmar la redacción y despreciar el periodismo.

—Entendería que no lo publicaras —me había dicho.

—Saldrá sin que se toque una coma —respondí.

La publicación del artículo fue la señal definitiva para La Segunda de que había tomado partido por la redacción y me puso en una situación aún más delicada. No esperaba que La Digna me lo agradeciera, pero nunca imaginé que se uniría a El Cardenal en su ofensiva por derribarme. La ignorancia no podía ser una excusa en su caso. Si alguien conocía la motivación detrás de aquellas cartas era nuestra corresponsal política. Nadie había escrito más o mejor sobre las intrigas del poder y sus batallas internas. Tenía el don de acertar casi siempre a la hora de predecir quiénes serían los vencidos. ¿Había llegado a la conclusión de que yo sería uno de ellos y que no tenía sentido malgastar su crédito en una lucha perdida? ¿Había descartado lograr conmigo la vicepresidencia que por fin oficializara el poder que siempre había tenido en la sombra? Cabía la posibilidad de que hubiera cambiado de opinión sobre mí y que de repente hubiera caído en que yo no era el director que necesitaba el periódico. Pero, aun siendo así, ¿era mejor entregárselo a la persona que con más empeño estaba intentando acabar con su independencia? Quizás La Digna simplemente estaba siendo La Digna. Podía trabajar para el Gobierno del Partido Popular y regresar convertida en protectora de nuestra objetividad periodística; liderar las manifestaciones contra El Cardenal a las puertas del periódico por la mañana y escribirle una carta de apoyo por la tarde; presentarme como el Adolfo Suárez del periodismo un día y sumarse a la oposición al siguiente. «No olvides a los amigos y cuídate de los pelotas», me había advertido Ana Romero aquel día en el Palacio Real, mientras mi acompañante me presentaba a sus amigos de La Corte. «Un día se volverán contra ti».

El Cardenal había construido pacientemente una alianza entre quienes más tenían que perder con los cambios y los había unido a la causa de la destitución de un director que se había negado a entregarle el control editorial del diario. De repente, todas las piezas encajaban. Las comidas en las que testó la lealtad de mis periodistas. Las filtraciones manipuladas de los datos de audiencia que ignoraban nuestro crecimiento digital y exageraban mi responsabilidad en una caída del papel que venía de largo. La puesta en marcha de la máquina del fango, con filtraciones a *confidenciales* e insidias internas: para matar al director, antes debía destruir la reputación del reportero. La utilización del ERE y el miedo a los despidos para debilitarme

ante la redacción. La forma en la que había jugado con las ambiciones de El Dos, para que le hiciera el trabajo sucio mientras alimentaba sus expectativas de sucesión. Había vuelto a manejar los tiempos con maestría y engañado a todos, adversarios y aliados, para encontrar una vez más la salida al laberinto de intrigas en el que los demás nos habíamos perdido.

Los Poetas Muertos se negaron a escribir la carta, al igual que personas que podrían tener razones para sentirse agraviadas por mí y tomaron la decisión de no sumarse. Un grupo de compañeros vino a verme alarmado. Mientras me proponían formas de desactivar lo que veían como una conspiración, permanecí en silencio. Llegaron a la conclusión de que debía coger el primer avión a Milán, presentarme ante los dueños de la empresa y relatarles lo que estaba pasando, armado con las pruebas de las presiones editoriales y la explicación de que la supuesta rebelión de los «pesos pesados» era en realidad un intento de frenar un proyecto que amenazaba los intereses de la aristocracia del diario. Hubo quien me sugirió que ofreciera a La Digna la vicepresidencia que tanto anhelaba, para recuperar su apoyo cuanto antes. Otros querían que garantizara la continuidad del *staff*, para que se pusieran de mi lado. Los más combativos pedían que subiera al despacho de El Cardenal y le amenazara con hacer públicas sus presiones e intentos de manipulación.

Pero no iba a hacer nada de aquello.

Había un argumento puramente práctico: mis capacidades para la deslealtad, la confabulación y la doblez jamás podrían competir con las de un adversario que llevaba toda una vida perfeccionándolas. En caso de una hipotética e improbable victoria, mantendría mi generoso sueldo, seguiría teniendo mesa garantizada en los restaurantes de moda, saborearía por más tiempo la sensación embriagante de ser tratado con importancia, incluso cuando dijera las cosas menos importantes, y me haría fuerte en El Despacho, desde donde no solo tendría una ventana con vistas privilegiadas al poder, sino que conviviría con el ejemplo de lo que este hacía a las personas. Las recompensas de la victoria me parecían pequeñas y en cambio veía ventajas personales en la derrota. Si todo acababa, volvería a ascender a reportero y recuperaría una vida que había dejado de reconocer: mis viajes, mi familia, mis libros y mi tiempo. Nunca más volvería a dudar entre entretener a anunciantes de coches en una gala o asistir al funeral de un amigo. Cambiaría un puesto que nunca había ambicionado por la libertad que siempre había buscado y que 20 años antes me había llevado a marcharme lo más lejos

posible. No se trataba de aceptar mi suerte con resignación: estaba dispuesto a seguir peleando por mi sitio y por un proyecto en el que creía, pero no a cualquier precio.

Había algo que El Cardenal nunca había entendido: *El Mundo*, para mí, no era un empleo, un trampolín para disfrutar de los privilegios del oficio o una plataforma para alcanzar metas más altas. Era el lugar que me había deslumbrado en aquella primera visita a Pradillo, cuando todavía era un joven estudiante de periodismo; donde me había sentido parte de un proyecto que me trascendía y había forjado amistades que habían perdurado en el tiempo; donde me habían ofrecido la oportunidad de salir a conocer el mundo y creer que había escogido un oficio que podía cambiar las cosas, si tan solo resistía la tentación de que me cambiara a mí. Si ahora lograban que también yo conspirara y traicionara, jugara sucio y sacrificara a otros para salvarme, justificándome en que solo sería esta vez, por el bien superior de salvar al periódico, si cruzaba esa línea, si me convencía de que siempre podría volver atrás —¿acaso era posible?—, si me convertía en uno de ellos, entonces ya no quedaba ninguna duda.

Habían ganado.

La tensión de los últimos meses me abandonó ante la cercanía del desenlace y me embargó una extraña calma ahora que veía el horizonte con absoluta claridad. Defendería el diario hasta el último día. La última portada. El último redactor. Y, si perdía, me marcharía a casa con la cabeza bien alta.

Subí a ver a El Cardenal para darle una última oportunidad de hacer las cosas como le había pedido meses antes, de frente. Le dije que sabía que estaba pidiendo cartas de apoyo y lo negó ofendido. Cuando le enfrenté a la evidencia, admitió que le habían llegado algunos correos electrónicos, pero que siempre había sido a iniciativa de los remitentes y sin él solicitarlo. ¿Qué podía hacer sino agradecerlo? Empezó a hablarme del futuro como si no tuviera ninguna duda de que yo sería parte de él. Dijo que, aunque discrepábamos sobre el proyecto, confiaba en que resolveríamos nuestras diferencias, que yo era un hombre de la empresa y clave en su futuro. Mi plan de renovar Nacional y prescindir de Los Nobles, que ya había filtrado a los afectados para sumarlos al complot, le demostraba que no se había equivocado conmigo:

—Por fin tenemos un director con los cojones de hacer lo que se necesita. Nadie se había atrevido hasta ahora.

Al día siguiente se fue a Italia con las cartas que había reunido, dijo que el director había perdido el control de la redacción y mostró las pruebas de que los periodistas estaban con él.

Y pidió mi cabeza.

A través de la cristalera de su despacho vi que El Dos recogía sus cosas, me acerqué y me dijo que todo había acabado. Se marchaba del periódico. El Cardenal había jugado con él todo este tiempo, manipulando sus ambiciones y aprovechándose de sus impaciencias, pero a la hora de la verdad nunca había tenido intención de hacerle director. El Dos había trabajado a contrarreloj para tratar de montar una alternativa y sumar apoyos, sin darse cuenta de que la mayor parte de la redacción no le habría seguido a una fiesta con barra libre en el Pop & Roll. Al contrario que nuestro nuncio de Milán, mi adjunto carecía de tacto o discreción para la intriga, se dejaba llevar por las emociones, que desnudaban sus intenciones antes de tiempo. Su brusquedad solo encontraba aliados intimidados, oportunistas y poco fiables, que venían a contarme sus deslealtades porque sospechaban que alguien con su carácter no estaba destinado para el trono. El Dos había estado todo este tiempo en el techo de aquel vagón de la India al que me había enviado cuando todavía creíamos el uno en el otro: una vez arriba, no tenía a qué agarrarse y había terminado cayéndose antes de llegar a la estación. Tal vez era eso lo que nos había pasado a los dos.

—Tanta traición malgastada —pensé mientras nos despedíamos.

—Algún día miraremos atrás a todo esto y nos reiremos —dijo él.

—Seguramente —dije—. Seguramente.

La redacción estaba más silenciosa que de costumbre. A primera hora de la tarde apenas se trabajaba y la gente se dividía en corrillos desde donde los rumores de mi inminente destitución iban a saltar a los despachos de la política, los consejos de administración de las grandes empresas, las redacciones de la competencia y los platós de televisión del país. Los amigos venían a preguntarme directamente si era cierto que era un muerto andante, convencidos de que iban al corazón mismo de la noticia, cuando sabido es que el marido es el último en descubrir que ha sido engañado.

Fui a ver a El Secretario, que tenía menor capacidad de disimulo que su jefe, en busca de confirmación. No soltaba prenda, pero en un momento de nuestra

conversación me dijo que entendía que los últimos meses habían sido muy duros y que la empresa no había sido justa conmigo:

—Quizá no te hemos dado el apoyo que necesitabas.

Me explicó con cortés hipocresía que el plan inicial había sido ofrecerme el tiempo y los medios prometidos, pero que las urgencias de la situación lo habían truncado todo.

—Y fíjate ahora, después de las intrigas, los problemas, el ERE, las batallas internas, todo lo que has tenido que pasar… Ahora… Creo que ahora estás preparado para ser un gran director…

Y en el silencio que siguió quedó como suspendida en el aire la frase que no terminaba de salir de sus labios:

—Lástima que sea demasiado tarde.

Me detuve en la sección de Internacional, que por mi pasado como corresponsal siempre había sido una zona amiga. Su jefa, a la que había promocionado al poco de llegar, me indicó que mirara la pantalla. «Se va a comunicar una decisión relevante en referencia al director», decía un mensaje del Comité de Empresa.

—No puedo creer que lo vayan a hacer —dijo—, otra vez no.

—Todo irá bien, no te preocupes.

Seguí mi ronda por las secciones como cualquier otro día, preguntando por las historias de la jornada y posibles temas de portada. Cuando volví a mi despacho me encontré con El Reportero.

—¿Has leído la noticia? —preguntó.

—¿Cuál?

—La chocolatería ha cerrado —dijo.

—¿La nuestra? —pregunté—. ¿Siglo XIX? No me digas, eso sí que son malas noticias. Cierran las chocolaterías, agonizan los periódicos y echan a los directores. Nada volverá a ser como antes.

—Te lo dije: eres demasiado periodista y no lo suficientemente hijo de puta para el puesto.

—¿Eso sigues creyendo? La amistad te ciega. Hemos hecho algunas cosas bien y otras no tanto. Pero no podrán decir que no lo intentamos, ¿verdad?

Nos abrazamos.

Pedí a Amelia que convocara la reunión de portada. No había grandes novedades. Las últimas maniobras del Gobierno para frenar los procesos judiciales sobre corrupción. Una investigación de Starsky y Hutch sobre una

corruptela menor. Acusaciones entre políticos. Y una buena noticia: el rescate de cientos de refugiados cuando la embarcación en la que trataban de alcanzar la costa italiana hacía aguas. La fotografía que escogí para la portada captaba el momento justo en que el barco se hundía y los inmigrantes africanos saltaban al mar para salvarse.

A última hora de la tarde me trajeron los editoriales. Hice un par de correcciones y se los llevé a la sección de Opinión. Me acerqué a Últimas, pedí que se cambiara la apertura y que se cuadraran algunos títulos. La mesa de cierre tenía lista la primera página —la número 366 desde mi llegada—, pedí una impresión para llevármela a casa y fui revisándola por el camino, en las esperas de los semáforos en rojo. No quería que fuera mi última portada. No había nada malo en ella, pero tampoco nada especial. No era una portada de la que se habría sentido orgulloso el director de *El Normal*.

XX EL DIRECTOR

Amelia me dio una bolsa donde meter mis cosas. No había mucho en los cajones: un puñado de invitaciones no utilizadas para el palco del Real Madrid, montones de tarjetas de visita de peticionarios y una pila de cartas de mi lector cabreado, con las portadas de los domingos troceadas. Supuse que se alegraría al conocer mi despido. Poco después la portada sábana fue desechada y se volvió al formato tradicional.

El Despacho seguía sin decorar.

—Al final no te hice caso —le dije a Amelia, que tenía los ojos llorosos.

—No, no lo hiciste y mira que…

—Sí, me lo dijiste mil veces.

Los redactores se concentraron en la puerta del despacho, esta vez para despedirse. Dije que había sido un inmenso honor y que pensaba que había cumplido mi palabra: les había sido leal hasta el final. Me marchaba con la mochila tan ligera como el día que llegué. Sin deberle un favor a nadie. Sin que nadie me lo debiera a mí. Les pedí que no se rindieran nunca ante quienes desde dentro y fuera de la empresa querían acallar a *El Mundo*. Que no permitieran que, también nosotros, terminábamos siendo otra fiera amaestrada. Hubo un aplauso y me dirigí hacia la puerta cuando vi acercarse a La Argentina. Venía de La Segunda, donde había abroncado a Silicon Valley por mi destitución. Llevaba en sus manos una prueba impresa de la *newsletter* del director que le había pedido el primer día.

—Al fin la tengo —dijo secándose las lágrimas—. Acaban de terminarla.

Nos reímos.

Caminé hacia la salida y, al contrario que el día de mi llegada un año antes, el guardia no trató de impedir mi salida.

El director de Recursos Humanos llamó dos días después para decirme que El Cardenal estaba realmente apesadumbrado por la forma en la que se habían hecho las cosas —me había enterado de mi cese por *los confidenciales*: ni una

llamada tras 20 años en la empresa— y que quería verme. Pensaba que yo era un gran valor para el diario y me ofrecía cobrar el total de la indemnización de mi contrato, además de darme la oportunidad de elegir una corresponsalía en la ciudad que quisiera del mundo.

—Por supuesto con todos los beneficios que tenías en Asia. Solo tienes que escoger el lugar.

Nuestro predicador mantenía su innata capacidad para conocer el precio de las personas —cuánto costaba doblegar sus principios— y siempre te hacía una oferta que no podías rechazar. ¿Y a mí, con qué podía comprarme? El dinero era bueno, muy bueno, pero pensó que no sería suficiente, así que le añadía el caramelo de una corresponsalía. La oportunidad de regresar a la vida de reportero, con las comodidades de la aristocracia: una embajada periodística donde olvidar los malos ratos de la dirección, sin tener siquiera que soportarle. Mis dos antecesores, Jota y Casimiro, habían aceptado una recompensa económica y continuar durante algún tiempo en la empresa antes de crear sus propios proyectos periodísticos. Entregar todas aquellas compensaciones a sus damnificados nunca había sido un problema para El Cardenal: el dinero era de la compañía y le servía para expiar las culpas y guardar las formas. El armario de su despacho estaba lleno de cadáveres bien pagados y embalsamados. ¿Por qué no convertirme en otro más?

Durante los siguientes días me costó encontrar a alguien que pensara que no debía aceptar el acuerdo que se me ofrecía. Solo había un problema: no me sentía capaz de firmarlo. Me habían cesado por hacer mi trabajo, defender la independencia del periódico, oponerme a que diezmaran la plantilla y promover los cambios que garantizarían su futuro. Me habían prometido medios y había recibido recortes; apoyo y había encontrado intrigas; tiempo y ahora sabía por cercanos a El Cardenal que había iniciado sus movimientos contra mí cuando apenas llevaba tres meses en el puesto, después de que estropeara su reconciliación con el Gobierno de Rajoy en el aniversario de *Expansión*. Si cedía, aceptando una oferta que sentía que era un intento de silenciarme, ¿no estaba aceptando su relato de lo sucedido? Todas las batallas libradas, ¿para rendirme sin más? ¿No era ese su gran triunfo final, comprarme como había hecho con tantos otros?

Me cité con Cruz Sánchez de Lara, una abogada combativa que había pleiteado contra la empresa en otras ocasiones, y tres días después presenté una demanda alegando que mi destitución había sido una represalia por

negarme a poner el diario al servicio de los intereses de El Cardenal. No solo solicitaba la improcedencia de mi despido, sino su nulidad y mi readmisión al frente del periódico. Me había convertido en el primer director de un gran periódico que se acogía a la cláusula de conciencia de la Constitución que protege a los periodistas frente a los intentos de doblegar sus principios deontológicos. Reuní pruebas, desgrané mi relato junto a Cruz y decidí sentar en el banquillo como testigos a los poderes político, económico y mediático: el presidente de Telefónica César Alierta, que El Cardenal protegió paralizando la imprenta sin mi autorización; el ministro José Manuel Soria, cuya dimisión forzamos con el documento sobre sus actividades en Jersey; el exdirector de *Marca* Óscar Campillo, despedido por las presiones de Florentino Pérez; o a los exdirectores de *El Mundo* Pedro Jota Ramírez y Casimiro García-Abadillo.

—¿Hay algo que quieras contarme antes de que pongamos esto en marcha? —preguntó Cruz.

—Nada.

—¿Algún lío con alguna becaria?

—¿Cómo?

—Van a mirarlo todo. Van a ir a por ti con todo. Tratarán de destruirte.

Poco después de mi despido el periódico publicó datos que Cruz consideró un regalo y yo una prueba más de la torpeza con la que se hacían las cosas en mi antigua casa. La información indicaba que *El Mundo* era el diario que mejor se había comportado «desde enero», mis últimos seis meses en el cargo, añadiendo que la audiencia digital del diario en ese periodo había crecido un 9 % y los ingresos publicitarios habían superado la media del mercado. Sin datos con los que justificar mi despido, ni becaria dispuesta a declarar que el director la había acosado en la máquina del café, la empresa buscó la intimidación para evitar el juicio. Recibí una llamada desde la dirección de Atresmedia, con cuyos medios tenía contratos de colaboración. Me dijeron que mi demanda se había convertido en un problema y que mi puesto corría peligro si no la retiraba. El Cardenal había pedido mi cabeza y *El Príncipe de las Tinieblas*, Mauricio Casals, se la entregó: fui despedido de Antena 3 y Onda Cero. El nuncio se movilizó entonces para boicotear mis apariciones públicas en foros y universidades. Y buscó entre la redacción a personas dispuestas a trabajar en su defensa y en la destrucción de mi reputación.

Rasputín, que había llegado a jefe de Opinión después de una carrera al

servicio de las alturas, se presentó voluntario. Nuestra relación había sido rocosa desde el inicio, porque pensaba que ese puesto le venía grande y a los pocos días le sustituí por Pedro García Cuartango, nombrado nuevo director tras mi salida. Mi decisión alejaba a Rasputín de unos despachos por los que sentía una atracción casi fetichista. Aprovechaba las ausencias de mis adjuntos para encerrarse en sus oficinas —decía que necesitaba intimidad para hablar con sus fuentes— y tras mi cese se encariñó con El Despacho, viendo que Cuartango no quería instalarse en aquel lugar que reducía la esperanza de vida profesional de sus ocupantes. Rasputín se entregó a la causa de proteger a su nuevo padrino, escribió una carta en contra de mi demanda y la colgó en el tablón de anuncios junto al baño más concurrido de San Luis:

> La redacción de *El Mundo* se ve en la obligación de responder a la demanda presentada por su exdirector para reclamar contra la empresa editora por una supuesta vulneración de su cláusula de conciencia, pretensión que por sí sola resulta tremendamente dañina para el crédito y la consideración de nuestro trabajo. Sin prejuzgar las eventuales responsabilidades de nuestro editor, de las que esta redacción no ha tenido ninguna noticia, la recepción de presiones es inherente al cargo de director de *El Mundo*. Así ha sido desde su fundación en 1989 como consecuencia de la audacia y el incisivo pulso informativo de las páginas del diario, dramáticamente deteriorado durante el año de gestión de David Jiménez. Lo que ha resultado insólito, en cambio, durante su mandato ha sido su renuncia desde el primer día a su obligación y su derecho a actuar de contrapeso frente a esas presiones, tal como sí habían hecho con liderazgo y decisión sus antecesores. Durante su tiempo entre nosotros, Jiménez jamás expresó en ese sentido ninguna queja que la redacción haya conocido. Antes al contrario, lo que sí hizo fue lo que nunca debe hacer un director de *El Mundo*: trasladar casi a diario en primera persona presiones a sus periodistas para que rebajasen el tono y el cariz o, directamente, eliminasen determinadas informaciones críticas con el poder o que, sencillamente, le resultaban molestas porque algún jefe de prensa o algún seguidor de Twitter se atrevía a reprochárselas. En todos los casos, esta redacción respondió con la profesionalidad y el coraje que le corresponden, pero es a ese ejercicio de cobardía editorial al que debemos, en buena parte, la trágica situación de esta cabecera, inimaginable en mayo de 2015.

La nota iba acompañada de una petición para que los trabajadores la firmaran: quedaban días para que la empresa anunciara la lista de despedidos del último ERE. Fue uno de los momentos más bajos y a la vez más elevados en la

historia del diario, porque la presión era enorme para garantizarse la salvación estampando el nombre en aquel papel. La redacción se negó. La mayoría de sus periodistas no estaban dispuestos a firmar un texto a sabiendas de que era falso. Firmaron 16 personas de las cerca de 300 posibles, a pesar de que la carta se mantuvo en el tablón más de tres semanas y El Secretario se movilizó como en sus mejores batallas para engordar la lista. La Digna añadió su nombre en primer lugar y me pareció coherente que tratara de acabar lo que había empezado al aliarse con El Cardenal. La secundaron algunos Nobles, El Sindicalista, que andaba negociando la indemnización para una jubilación temprana, un par de maquetadores y un tipo de cierre con el que siempre me había llevado bien y que me llamó unos días después para disculparse. Tenía hipoteca e hijos. Si le echaban, ¿dónde iría? Le dije que no se preocupara: había visto hacer muchas cosas por miedo y aquella no era de las peores.

Rasputín había escrito el texto que más lejos le llevaría en su carrera. Meses después recibió como premio uno de los más fulgurantes ascensos que nadie recordara en la historia del periódico, haciéndose con una dirección adjunta. Y aunque hubo quién pensó que El Cardenal se había excedido —una jefatura intermedia habría hecho el trabajo—, nadie dudó que el nuevo Dos se había graduado con méritos en las intrigas del poder.

Nunca más tendría que usurpar el despacho a nadie.

Tras mi triple despido, los intentos de anularme en actos públicos, mi veto para trabajar en otros medios y la difusión de la carta con la que la empresa buscó mi escarnio público —prueba de que El Cardenal no creía poder defender su verdad en los juzgados—, la empresa pensó que habría entrado en razón y estaría dispuesto a negociar. Envió a un emisario para tantear la posibilidad de retomar un acuerdo y mejoró su oferta económica, sujeta a una cláusula de confidencialidad que me obligaba a no hacer, decir o publicar nada que afectara a su honorabilidad. Dije que nos veríamos en el juicio:

—Si hacer a un reportero director de periódico fue un error, despedirle sin motivo lo fue aún más.

Entre los restos de mi idealismo periodístico, seriamente tocado tras un año en El Despacho, había encontrado fuerzas para armar una causa que creía justa y necesaria. Veía el proceso judicial como una carrera de fondo en la que la mentira había salido con ventaja, pero donde la verdad se iría recuperando para imponerse antes de la llegada a la meta. Durante los siguientes meses

evité responder a quienes desde fuera y dentro de la empresa cuestionaban que acudiera a la justicia para defenderme, como si por alguna extraña razón yo estuviera exento de ese derecho; dejé que otros fabricaran el relato que les convenía sobre mi año al frente del diario, sin tener mucha idea de lo que se hizo y lo que se impidió hacer, lo que se defendió y cuánto costó hacerlo; ignoré a quienes me advertían que sería el fin de mi carrera, como si entre mis aspiraciones estuviera volver a ocupar un despacho; y callé ante quienes desde la distancia atribuían a mi decisión las más diversas motivaciones.

Esperé en vano el apoyo de los colegas o las asociaciones de prensa. Salvo por unos pocos amigos, solo recibí críticas. Compañeros de *El Mundo*, incluso aquellos para quienes la idea de un diario sometido a El Cardenal se hacía insoportable, me pidieron que retirara la demanda para no perjudicar al periódico. La principal organización del gremio, la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE), organizó poco después un ciclo de conferencias con el patrocinio de la banca y el lema *Volver al periodismo, clave del futuro de la profesión*. Entre los invitados a aportar su visión estaban El Cardenal y Carmen Martínez Castro: el directivo que había trabajado incansablemente por limitar la libertad en sus medios y la secretaria de Estado de comunicación que despedía a tertulianos críticos y enviaba mensajes incendiarios a los directores. Castro se mostró preocupada por la intimidación que sufrían los periodistas en nuestro país y les agradeció «el apoyo» durante la última crisis independentista en Cataluña. Habría sido difícil imaginar una escena que reflejara mejor la rendición del periodismo. Y, sin embargo, el triunfo sería efímero para el Gobierno.

Mientras aguardaba la llegada de mi juicio, y tras meses de bloqueo institucional, se celebraron nuevas elecciones en España. El PP volvió a ganar, recuperando parte de los votos perdidos e iniciando una legislatura en minoría que apenas duraría dos años y terminaría abruptamente después de que el partido fuera condenado por corrupción. La sentencia ponía en duda que el presidente hubiera dicho la verdad cuando declaró que desconocía la existencia de la contabilidad paralela. Las informaciones publicadas por *El Mundo* empezaban a ser ratificadas por los jueces. Y, aunque la verdad llegaba tarde para algunos de nosotros, su victoria dejaba una lección valiosa para las futuras generaciones del oficio: el tiempo, casi siempre, está del lado del periodismo.

Pedro Cuartango, mi sustituto al frente del diario, presentó su dimisión una semana después de ser nombrado, tras comprobar que El Cardenal también pretendía hacer el periódico por él. El nuncio de Milán entró en pánico y terminó suplicándole, entre sollozos, que por favor reconsiderara su posición y le diera otra oportunidad. Temía que, esta vez sí, en Italia descubrieran en qué manos estaban sus dominios españoles. Cuartango era demasiado buen tipo para no conceder aquella segunda oportunidad, continuó en el puesto y meses después fue despedido tras publicar las investigaciones de *Football Leaks* iniciadas durante mi etapa. Florentino Pérez había pedido a El Cardenal que parara la cobertura que afectaba a su estrella, Cristiano Ronaldo. El Cardenal había trasladado la instrucción al director. El director se había negado. Todo se repetía. *El Gran Juego de los Favores* debía continuar. Participa o deja sitio al siguiente.

Me encontré con Cuartango poco después de su cese en un supermercado Alcampo. Bromeé sobre quién de nosotros había durado menos en el cargo y tuve que insistir en que había sido yo por unos días, negándome a ceder un título que creía haber ganado por méritos. Me contó por encima cómo había sido traicionado por El Cardenal y lo difícil que le resultaba no acudir todos los días al lugar que había sido su vida durante casi 30 años. Mientras le escuchaba, comprendiéndole como solo otro defenestrado de San Luis podía hacerlo, pensé en el partido que los *confidenciales* habrían sacado a nuestro encuentro: «Cumbre de exdirectores de *El Mundo* en la pescadería», titularían. La empresa se había deshecho de uno de sus últimos referentes morales: la destrucción del espíritu de Pradillo había sido completada.

El Cardenal escogió como quinto director en cuatro años a El Señorito. Nuestro exdirector en Andalucía, célebre por su huida de Sevilla para no comunicar los despidos a sus redactores, reunía todas las cualidades que requería la nueva etapa. El Secretario, con quien había rivalizado en sumisiones, recibió como consolación su factoría de contenidos, una redacción paralela para editar todos los suplementos y revistas del grupo. ¿Por qué decidirse por un conserje, si podía seguir teniendo dos? Todo había sucedido tal como se lo había vaticinado a La Digna unos meses antes, cuando entró en mi despacho para pedirme que dimitiera en lugar de aceptar el ERE de la empresa:

—¿Y dejar el diario en manos de sus esbirros?

—Ni la redacción ni yo les aceptaríamos nunca en la dirección —había

dicho.

Con El Señorito y El Secretario al mando de La Primera, el periódico fue moldeado al gusto de El Cardenal, mientras nuestros mejores periodistas luchaban por mantener la dignidad en mitad del asalto final al proyecto. La aristocracia interna reforzó su poder, las servidumbres fueron premiadas —una columna para La Favorita por aquí, una subdirección para Money por allá, un despacho para Rasputín—, y El Secretario estrenó un flamante Jaguar tras cerrar el último ERE. Los despidos reprodujeron los vicios de los anteriores: apaños entre jefes para salvar a sus protegidos y castigo a quienes habían osado salirse de la línea o impulsado cambios que tocaban cortijos e intereses. Sobrevivieron un buen puñado de Corchos, conocidos por su habilidad para seguir flotando tras cada naufragio, y se volvió a perder un talento imprescindible para el futuro. Pablo Jáuregui, nuestro gran hombre de Ciencia, decidió aceptar una oferta cuando conoció mi cese. Carmen Serna, la editora que desesperaba con mis peticiones para que cuadrara los títulos, fue incluida en la lista de decapitaciones a instancia de Los Nobles, que se deshacían de una de las pocas personas que tenía el coraje de enfrentarse a ellos. Despidieron a Virginia, tras haber impulsado durante mi año los mejores datos de crecimiento digital de la prensa en España, en todos los indicadores. Irene decidió acogerse al ERE y colaborar desde fuera. La purga se extendió a quienes tenían perfiles digitales o innovadores. Mi despido, el primero de la lista, fue computado como un ahorro en costes laborales y evitó la salida de varios reporteros. Quién sabe, quizá entre ellos estaría el futuro director que un día devolvería al diario glorias pasadas.

Los meses pasaban y mi proceso judicial avanzaba lentamente entre el letargo burocrático. Cuando la fecha del juicio se acercaba al fin, tras ocho meses de espera, mi abogada me llamó para decirme que abandonaba mi defensa. Al principio Cruz no quiso decirme por qué y por un momento temí que, en contra de lo que había mantenido desde el principio, creyera que mi caso estaba perdido. Días después supe que en realidad tenía un romance con Pedro Jota, el fundador de *El Mundo* y uno de los testigos a los que habíamos llamado a declarar en la vista. Mi letrada juraba que su relación sentimental no había empezado aún cuando se hizo cargo de mi demanda y, aunque su versión solo resultaba convincente si se creía en el amor súbito y adolescente en la madurez, no tenía tiempo para averiguaciones. Necesitaba un abogado con

urgencia. Miguel, un gran amigo de la infancia que trabajaba en un despacho internacional, y que desesperaba ante mi resistencia a llegar a un acuerdo con la empresa, me recomendó a Ignacio Jiménez-Poyato, un laboralista eficaz, rápido y experimentado que se empapó del caso a toda prisa. Ambos me dijeron que aún quedaba una cosa por probar antes de la guerra total que suponía el juicio:

—Juntarte en la misma habitación [con El Cardenal].

No le había visto desde mi despido y no estaba seguro de querer hacerlo. Aunque mi enfado se había diluido con el paso del tiempo, y me sentía cada vez más desvinculado del diario, seguía albergando resentimiento hacia él. Era un sentimiento que no nacía de su engaño en Nueva York, sus traiciones, su guerra sucia tras interponer mi demanda o el convencimiento de que había desaprovechado la mejor oportunidad de hacer *El Normal*. Lo que no terminaba de perdonarle, y me impedía pasar página del todo, era la sensación de que me había robado el idealismo con el que había pisado la redacción de Pradillo por primera vez 20 años antes, que había protegido obsesivamente de los demonios del cinismo en mis años de corresponsal y que había defendido hasta el final en mitad de la soledad de El Despacho.

Durante mi larga batalla judicial había creído que si iba hasta el final, si mi verdad ganaba aunque fuera en la misma línea de meta, podría volver a ser ese reportero al que impidieron la entrada en su primer día como director. La realidad era que no estaba en manos de El Cardenal devolverme la fe en el oficio y que más bien sucedía al contrario: solo podría recuperarla si rompía de una vez por todas con él y todo lo que representaba. Mi demanda pedía algo que ya no deseaba: regresar como director a un proyecto que había dejado de existir tal como yo lo había idealizado. La sensación de derrota que había sentido tras mi despido se había ido transformado en victoria con el tiempo. Había resistido hasta el último día, manteniendo la independencia del diario y su control editorial. Ni El Despacho ni sus privilegios me habían cambiado. No había traicionado a nadie por conservar mi pequeña e insignificante parcela de poder. No me había convertido en uno de ellos. *El Mundo* me había dado dos décadas de una vida fascinante y llena de aventura, me había permitido hacer el periodismo que había querido y me había pagado generosamente por ello. Había llegado el momento de dejarlo marchar.

Les dije a Miguel y a mi nuevo abogado que vería a El Cardenal.

La cita se acordó para un viernes, el último día laborable antes de la

celebración del juicio. Quedamos en el bar La Pausa, junto al despacho donde tendría lugar la reunión. Al verme llegar, Jiménez-Poyato sacó un papel de su maletín y dijo:

—¡La tenemos!

—¿El qué? —pregunté.

—La prueba que estábamos esperando.

El documento probaba que hubo una orden desde La Segunda para detener la impresión del periódico con el artículo de César Alierta y reafirmaba nuestro caso sobre las presiones recibidas.

La televisión del bar mostraba un partido de tenis del Open de Australia entre Rafael Nadal y Grigor Dimitrov.

—Es la hora —dijo mi letrado.

—Un momento, están en el *tie break*.

—¿Llevas meses esperando que se resuelva esto, tu futuro está en juego y te quieres quedar a ver el partido?

—Si he esperado meses, puedo esperar unos minutos más.

Nadal ganó. Subimos a las oficinas y fuimos conducidos a una habitación donde esperaban los abogados de la empresa, el jefe de Recursos Humanos y El Cardenal. Carmen me preguntaría esa noche qué había sentido al verle.

—Nada —dije.

Ni un atisbo de resentimiento, enfado o deseo de ajustar cuentas pendientes. Todo había desaparecido. Me acerqué a él. Vi a un hombre envejecido y agotado. Bromeé:

—Qué malos ratos te hacen pasar tus directores.

Mi tono cordial le relajó. Admitió que lo había pasado mal y que su reputación había sufrido por culpa de mi demanda. Sentí cierta lástima por él, como cuando venía a mi despacho a lamentarse de las críticas que recibía de los *confidenciales*. Dijo que había hecho un gran esfuerzo por convencer al nuevo dueño en Italia de pagar la indemnización y que lamentaba que la cifra final estuviera ligeramente por debajo de lo acordado:

—Si hace falta, estoy dispuesto a poner la diferencia de mi bolsillo.

—Puedes guardarte tu dinero —dije—. No voy a ir a juicio por dinero. Pero por mi libertad de expresión estoy dispuesto a llegar hasta el final y a que nos veamos el lunes en el juzgado.

—No sería bueno para nadie.

—No sería bueno para el periódico y no tengo ninguna intención de hacerle

daño.

La noche anterior los abogados habían tratado de cerrar un acuerdo que estuviera dispuesto a firmar. Me presentaron propuestas que seguía rechazando ante la insistencia de la empresa de forzar una cláusula de confidencialidad que consideraba inaceptable. No tenía ningún problema en respetar secretos empresariales que pudieran beneficiar a competidores, pero no podía asumir un documento redactado con el único propósito de enterrar una de las etapas más importantes de mi vida y despojarme precisamente de la libertad de expresión por cuya defensa había sido despedido. Si aceptaba, les entregaba mi condición de periodista.

Mi abogado sugirió una solución aceptable para mí. El acuerdo de confidencialidad incluiría una frase que garantizaría mi «libertad de expresión constitucionalmente reconocida» y me liberaría de la mordaza que querían imponerme. El Cardenal miró a sus abogados y asintió, aceptando el añadido.

El resto de los detalles se redactaron en el momento. La empresa reconocía que mi despido había sido improcedente —no existía causa objetiva: había cumplido con mi deber— y accedía a pagar la indemnización acordada tras 20 años de trabajo en el diario. Nos dimos la mano, me levanté de la silla y él se acercó aliviado. Me preguntó si podía invitarme a comer un día de estos, para que dejáramos atrás lo sucedido. Yo acababa de hacerlo.

—No es buena idea —dije—. Quizá más adelante.

Y mientras me marchaba pensé que nunca volvería a conocer a alguien tan elegantemente implacable en la traición, tan cortés en la eliminación de sus adversarios o más condicionado por el miedo a que los demás le vieran como realmente era. Sus temores, malicias, intrigas, dobleces… se ocultaban bajo un disfraz de apariencias que se había convertido en su segunda piel. Jamás se quitaría la máscara. No podía, porque detrás no había nadie.

El día previsto para el juicio se celebró un acto de conciliación en el juzgado. Repasé el acuerdo una última vez, me detuve en cada una de las cinco palabras que lo habían hecho posible —«libertad de expresión constitucionalmente reconocida»— y pensé que, en cierto modo, habían sido las últimas que había ordenado publicar como director. No podía imaginar una manera mejor de decir adiós a mi periódico.